

SARA TOLEDANO



El Lado

OSCURO
DEL SEXO



4 NOVELAS DE AMOR DURO Y BDSM



EL LADO OSCURO DEL SEXO

4 Novelas de Amor Duro y BDSM



Por **Sara Toledano**

© Sara Toledano, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Sara Toledano.

Primera Edición.

Dedicado a Mar y a Sara

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [**Haz click aquí**](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento*

GRATIS

Índice

[**Mosquita Muerta** — *Joven Virginal Convertida en Esclava del Amo Millonario*](#)

[**La Sociedad B** — *Nueva Esclava en el Club Secreto del Amo Millonario*](#)

[**Virgenventa.com** — *Sexo Duro y BDSM con la Virgen y el Amo Millonario*](#)

[**El Amigo Dominante de mi Hermano** — *Sexo Duro y Pasión Prohibida*](#)

[**Bonus** — *Preview de “La Mujer Trofeo”*](#)

Mosquita Muerta

Joven Virginal convertida en Esclava del Amo Millonario

I

El resplandor de la máquina copiadora iluminaba el rostro su rostro. Andrea miraba los recuadros y gráficos sin interés... Para variar. Mientras lo hacía, escuchaba a un grupo de compañeros en la esquina de la sala de copiado.

-¿Vas a la fiesta este fin de semana?

-Sí, creo que sí. Aunque estoy muerte, me encantaría dormir pero sabes como soy, me encanta salir de farra.

-Por eso te lo pregunto. Yo también estoy como tú pero dicen que es una mansión y que servirán champaña. ¿No es majísimo?

Convirtió el sonido de las voces en ruido de fondo. Volvió a concentrarse en lo que tenía en frente.

-5 carpetas. 5 informes. Todos a la sala de reuniones.

Al terminar, salió para ir al gran salón en donde los gerentes solían reunirse para hablar de planes y estrategias para la empresa. Cada vez que le tocaba esa tarea, fantaseaba con las conversaciones.

Hablaban de negocios, por supuesto, también de las cenas con langostas, las fiestas de lujo, las mujeres hermosas con quienes salían. No como ella, claro, no como una mujer tan gris y entregada a la rutina.

Volvió a su pequeña oficina, tomó el teléfono y marcó la extensión de su jefe:

-Todo listo, sr. González.

-Excelente. Siempre tan rápida y eficaz, Andrea. Muchas gracias.

En pocos segundos, pretendió que estaba ocupada frente a la computadora pero realmente observaba de reojo a los hombres elegantes que salían de sus oficinas con la misma actitud de tíos inalcanzables. No podía evitar preguntarse qué se sentiría estar con uno de ellos.

La tarde transcurrió como si nada aunque era viernes. Algunas chicas

salieron temprano para prepararse para la noche, así como unos cuantos hombres. Poco a poco la oficina quedó vacía salvo por algunos con tareas pendientes por hacer y, claro, Andrea, quien ya tenía la costumbre de quedarse hasta tarde planificando y organizando lo urgente para el día siguiente y hasta de la semana.

A las 8:00 p.m., escuchó que el señor de la limpieza preparaba la aspiradora. Señal inequívoca que tenía que irse en poco tiempo. Se levantó con tranquilidad, recogió algunos papeles, los colocó dentro de una carpeta roja (porque se trataba de información importante), apagó la luz de la lamparita de su escritorio y tomó tanto el bolso como el abrigo.

Pasó por el alfombrado gris de la oficina. Siempre la veía cuando le tocaba irse. La verdad era que la detestaba, detestaba tener que sentir cómo sus zapatos se hundían levemente sobre la superficie suave.

Trataba de menguar la incomodidad al fijar la mirada a los elevadores. Por suerte, no había nada así que no tendría que dar una explicación burda sobre lo que haría el fin de semana.

Presionó el botón y entró. Se encontró con esa imagen suya que le sorprendió un poco. Su expresión estaba particularmente severa, tanto, que se le marcaba la vena de frente con fuerza. Debajo de sus ojos negros y grandes, estaban un par de bolsas. No estaba descansando lo suficiente.

El cabello corto y oscuro, se le veía opaco; algo que, además, le acentuaban unas cuantas canas que le habían salido apenas cumplió los 30. Los labios gruesos, ya estaban descoloridos. El labial se había corrido casi por completo.

Trató de peinarse un poco apenas las puertas se cerraron. Como un acto de vanidad para convencerse que no todo estaba perdido. Sin embargo, agachó y miró el suelo brillante. También pudo ver su reflejo allí. Suspiró.

La vida de Andrea siempre fue, digamos, lineal. Nunca destacó particularmente en la escuela ni en la universidad. Se esmeró lo suficiente para graduarse y evitarle dolores de cabeza a sus padres.

En esos años, trató de encontrar algo que realmente le apasionara, así que participó en clases de piano, pintura y hasta ballet. Fue bastante buena en danza contemporánea pero de un momento a otro, perdió por completo el interés. Tuvo esta misma actitud con casi todo.

El sexo era un tema que le causaba un poco de ansiedad. A pesar de andar por la vida como ausente, Andrea era una chica atractiva. Los chicos buscaban acercársele pero ella tenía este método de no prestarles atención en lo

absoluto. Su mirada fría los convencía que era mejor que retrocedieran. No por ello perdió la oportunidad de tener relaciones. Todo lo contrario.

Su primera relación sexual fue con un vecino de la cuadra. Ambos estudiaban en la secundaria y tenían la misma edad. Por algún tiempo, intercambiaron miradas y hasta unas cuantas palabras, sin embargo, no pasó nada más. Las cosas cambiaron en fiesta de fin de curso. Por lo general, era un evento tedioso en donde los chicos tenían miedo de invitar a las chicas a bailar.

Andrea estaba sentada en las gradas de la cancha de básquet con un vaso de ponche en la mano. Tenía un vestido sencillo y el cabello más esponjado de lo normal. Como quería esconderse de la gente, se quedó al margen de lo que sucedía. En ese momento, se acercó el chico que tanto le gustaba, le extendió la mano y le sonrió.

-¿Bailamos?

Era la primera vez que le pasaba algo así. No lo podía creer.

Dejó el vasito a un lado y fue con él a la pista de baile. La música de fondo era una canción de Alt-J. Un poco extraño para un encuentro romántico. No obstante, Andrea estaba por las nubes.

Gracias a ese primer encuentro, los dos estaban juntos casi la mayoría del tiempo. El primer beso fue cuando estaban sentados en el césped, mirando el cielo, mientras hablaban de películas.

Él se acercó a ella, le acarició el mentón y colocó sus labios sobre los suyos. En ese momento, sintió que algo le nació en la boca del estómago y que viajaba con rapidez por todo su cuerpo. No pudo identificar qué fue pero lo encontró increíble.

El próximo paso lo dieron cuando los padres de Andrea se ausentaron por una cena con amigos. Ella lo invitó a ver películas aunque sabía que sería lo menos que harían. Subieron por las escaleras, se desnudó frente a él y comenzaron a besarse con intensidad. Ese momento representó mucho para ella, fue la primera vez que realmente le encontró el sentido a las cosas a pesar de ser tan joven.

Terminaron tendidos en la cama. Andrea abrió las piernas y sintió como el pene de él se adentró en ella. Se sostuvo fuerte de sus hombros, sintió un dolor agudo por unos minutos hasta que por fin la molestia cedió. Cruzó el umbral para encontrarse excitada y hambrienta de más.

Estuvieron allí durante un rato. Andrea llegó a un par de orgasmos (cosa que supo después en su clase de Biología) y el chico también. Al final,

permanecieron acostados, mirando el techo y con amplias sonrisas en los rostros.

Tuvieron sexo tanto como pudieron. En la cocina, sala, en el garaje e incluso se aventuraron en los salones de la escuela. Quedaban en verse al final de las clases y se comían a besos en la biblioteca.

Cuando no podían más, salían de allí y buscaban algún sitio que les permitiera tener intimidad. Hubo un par de veces en donde casi los descubrieron pero eso no los detuvo en absoluto, más bien los alentó a seguir más.

La felicidad duró poco. Los padres de Andrea le notificaron que pronto se mudarían a otra ciudad. Ella, acostumbrada a no pelear ni resistirse, asintió con tristeza. El día que se marchó, su primer amor le regaló la uña que usaba para tocar guitarra.

-Para que no te olvides de mí.

Y así fue. Nunca lo olvidaría.

Pasaron los años y también los amantes. Andrea reafirmó el gusto por el sexo pero sabía que quería ir más allá. Quería experimentar con cosas un poco más intensas.

Durante un encuentro con un tío, le pidió que le diera nalgadas. Las palabras desconcertaron a su acompañante. Incluso le profirió unas palabras de desagrado que fueron suficientes para que ella tomara sus cosas y se fuera de allí.

Desde ese momento se transformó. Andrea se volvió más tímida tanto en la vida como en la cama. El misionero era la posición preferida aunque eso no conllevara a un encuentro inolvidable. Con el tiempo, priorizó su carrera profesional y dejó de lado el sexo porque lo llegó a considerar como una distracción.

Después de tomar el subterráneo y de pelearse con unos cuantos para poder salir del vagón, Andrea caminó hasta su calle para ir a casa. La zona en donde vivía era bastante tranquila y bonita por lo que se sentía bien cada vez que regresaba.

En el tapete de la entrada se encontró con unos sobres de correspondencia, los tomó y abrió la puerta de su casa. Encendió la luz y apagó la alarma. Dejó las llaves en un pequeño bol de azulejos que le había hecho su madre y fue hacia la cocina. Estaba hambrienta.

Miró el reloj y suspiró. Había llegado más tarde que de costumbre. Así pues que ignoró este hecho y abrió el refrigerador. Sacó una pizza fría y una

cerveza. Sonrió como si aquello fuera el manjar más exquisito del mundo.

Se sentó en el sofá y encendió la televisión. Enseguida buscó el canal de documentales y se enganchó mirando uno sobre la Segunda Guerra Mundial. Estaba tan embebida hasta que después recordó que su vida eso. Una rutina incansable. Una rutina aplastante.

Trató de dejar ese asunto hasta allí. Terminó de comer y de beber. Se quedó un rato más y luego subió a su habitación para darse un baño. Dejó los zapatos en una esquina y su traje de asistente eficiente sobre la cama. Al quedar desnuda, el cansancio pareció que la consumió por completo, así que se consintió un poco más al ducharse con agua tibia un poco más caliente.

Salió y se secó mientras buscaba el control remoto por la habitación amplia. Lo encendió y volvió a sintonizar el mismo canal. Sí. Era un animal de costumbres.

Se puso unos pantalones de algodón y una camiseta vieja de The Rolling Stones. Se acostó en su amplia cama y se arropó porque, a pesar de que era verano, hacía un poco de frío por las noches. Antes de olvidarlo, ajustó el reloj despertador para las 6:00 a.m., del lunes. Lo dejó sobre la mesita de noche y se abrazó a una de las almohadas.

Mientras el narrador contaba las atrocidades del Tercer Reich, Andrea observó su alrededor. Las paredes blancas y vacías salvo por la del fondo en la cual colgaba unas fotografías. Un par de mesas junto a la cama, un clóset y un gran ventanal a un lado de la habitación que daba hacia los jardines del vecino.

Una vista hermosa sin importar la estación que se encontrara. Todo se veía pulcro, en orden... Demasiado para su gusto. De nuevo esa punzada de excesiva rutina y complacencia con la norma. Era una especie de picadura que no podía rascarse pero que esta se volvía más grande e incómoda.

Programó el sleep del televisor y dejó el control cerca del despertador. A medida que pasaban los comerciales de electrodomésticos y artefactos milagrosos para cocinar, Andrea se quedó dormida con el rostro iluminado por el brillo de la televisión.

II

Los dos días del fin de semana transcurrieron como una copia del otro. Las compras usuales, la limpieza de rutina y la costumbre de ir el viernes al cine para ver el estreno del que tanto hablaban en la televisión y en las redes sociales.

El domingo en la noche, Andrea preparó todo para el lunes. Apoyó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos buscando el sueño. Sería una noche difícil y así fue.

Antes de que sonara el despertador, se levantó de la cama y bajó para hacerse un café. A pesar de haberse quedado dormida con relativa rapidez, pasó la noche prácticamente en vela. Se molestó consigo misma cuando observó el reflejo de su rostro en la superficie del microondas.

-Joder.

Las bolsas se veían más pronunciadas y los ojos los tenía enrojecidos. Nada qué hacer.

Luego de hervir el agua para el café, se sentó en la mesita de la cocina para aprovechar el tiempo que tenía antes de prepararse. La mañana estaba nublada pero se sentía muy tranquila. Llegó a escuchar el ladrido de un perro a lo lejos y el sonido del camión de la basura. Cerró los ojos mientras tomaba el café.

Al terminar, lavó la taza y preparó el baño para ducha. Todo siguió el curso normal. Se desnudó, se duchó y salió. Al verse en el espejo, se miró las bolsas y volvió a maldecir su mala suerte.

Como era tan metódica y ordenada, la ropa de oficina ya estaba lista sobre la cama. Apenas terminó, comenzó a vestirse pero con esa sensación pesada que ya tenía sobre sus hombros desde hacía días. Era como una sombra, como sentir un grillete en el tobillo. Suspiró de cansancio.

Terminó de arreglarse. Por suerte, su cabello se veía bonito y gracias al maquillaje, su rostro ya no se veía tan demacrado.

Desayunó un poco y salió hacia la parada de autobús. No tenía ganas de darse golpes con la gente, así que prefirió esa alternativa.

Para variar, llegó antes que la gran mayoría. Encontró a los chicos del departamento de IT concentrados en la pantalla y con grandes tazas de café. Le resultó gracioso que, cada vez que pasaba cerca de ellos, escuchaba una especie de lenguaje poco comprensible. Siguió de largo para ir a su oficina. Al llegar, se encontró agradecida de tener un espacio para ella misma, por más

pequeño que fuera.

Poco a poco, a medida que transcurrieron las horas, notó cómo la gente llegaba. Algunos lo hacían solos y otros en pequeños grupos. Llegó escuchar pequeñas manifestaciones de euforia y de historias del fin de semana. Ella no tendría nada interesante que decir.

Se quedó en el escritorio, tecleando las órdenes de costumbre. En ese momento, escuchó el teléfono. Las 9:00 a.m. Su jefe también era puntual.

-Hola, Andrea. Buenos días. ¿Qué tal el fin de semana?

-Buenos días, sr. González. Bastante divertido. ¿Y el suyo?

-Pues, digamos que movido. Oye, olvidé decirte que al mediodía tendremos una junta con unos inversionistas. Es muy importante. Así que necesito que, por favor, imprimas los mismos informes del viernes pasado. Cinco.

-No hay problema. ¿Algo más, señor?

-No, creo que con eso estaremos estupendos. Disculpa las molestias, eh.

-No se preocupe.

-Vale. Muchas gracias.

Colgó y se concentró de nuevo en la pantalla. Los informes estaban allí así que imprimió uno y fue hacia la misma sala de copiado. Al llegar, sintió el dejà vú del viernes. La misma gente hablando en el fondo, la luz iluminándole el rostro. La cara de decepción de todo.

Dejó las carpetas en los puertos y hasta preparó un pequeño termo con café. Preparó todo. Antes de salir de la sala de reuniones, se echó para atrás y se felicitó por el orden y pulcritud de siempre.

Cuando volvió a su puesto, marcó la extensión de su jefe:

-Sr. González. Ya todo está listo. Incluso hay un poco de café y bocaditos.

-Andrea, como siempre, muchas gracias. No podría vivir sin ti.

-No se preocupe, señor.

Colgó y fantaseó con la idea de que aquello realmente fuera así. Se preguntaba cómo sería. Dejó de pensar en eso y se encontró en la pila de quehaceres que parecía nunca acabar. Siempre había algo por hacer.

Las puertas de los elevadores sonaron indicando que alguien había llegado. Lo cierto era que se trataba de un grupo de cuatro hombres que hablaban animosamente sobre cualquier tema.

-Buenos días, señorita. Venimos para una reunión con el Sr. González.

-Por supuesto, adelante, señor.

Les indicaron el camino con una sonrisa. Eso se debió por supuesto porque

los cuatro eran hombres increíblemente guapos. Sin embargo, destacaba Erik. El más alto de todos y el que parecía de mayor poder.

-Gracias.

Le dijo a la recepcionista con una amplia sonrisa que dejó en evidencia sus grandes y blancos dientes.

Además de alto, era moreno, de ojos azules, nariz larga y recta y boca fina. Sobre el labio superior tenía un lunar negro. Un pequeño punto que le hacía tener un aspecto atípico pero al mismo tiempo atrayente.

El encabezó el grupo así como los suspiros de quienes los veían pasar. Sin duda, les gustaba tener toda la atención.

-¡Joseph! Tío pero te ha salido barriga y todo, eh.

-Ja, ja, ja. ¿Cómo estás, Erik? Cantidad de tiempo sin vernos. Años, desde la universidad, ¿cierto?

-Así es. Qué gusto el verte, amigo mío. De verdad.

Los dos intercambiaron un fuerte abrazo y rieron un poco hasta llorar.

-Ven, te presento a mi excelente equipo. Ellos son lo mejor de lo mejor y tengo suerte de tenerlos en mi empresa.

-El honor es mío al tenerlos ustedes por aquí. Así que, síganme para que vayamos a la sala y hablemos un poco de negocios.

-Así es el viejo Joseph. Directo al grano.

-Sabes que odio los rodeos.

El grupo entró a la sala y en seguida comenzaron a bromear y a hablar.

-A ver, creo que me falta algo... Déjame llamar a mi asistente. —Joseph tomó el teléfono y marcó la extensión de Andrea-. Hola, Andrea. Sí. Exacto. Vale, te espero.

Ella de antemano sabía que le faltaba la agenda en donde solía anotar los puntos importantes. Así que se apresuró en buscarla para llevársela.

Mientras se acercaba a la sala, sintió un fuerte latido en el corazón, como una especie de presentimiento. No le prestó la atención y se acercó hasta la puerta de cristal. Sintió las miradas de los hombres e hizo un esfuerzo por ignorarlas. Su jefe le hizo una seña para que entrara.

Reunió todo el valor posible. Empujó la puerta de vidrio y extendió la mano con la libreta de cuero.

-Chicos, ella es Andrea. La persona más valiosa de esta empresa. Me ha salvado la vida tantas veces que es imposible contarlas.

Ella saludó con la mano mientras los demás la miraban sonrientes. Sin embargo, Andrea se sintió hipnotizada por la mirada de Erik quien se

encontraba al fondo.

-Parece que no ha cambiado mucho. Sigue siendo tan olvidadizo como siempre. Pero a ver, ¿cómo se llama la salvadora de mi viejo amigo?

-Andrea, mucho gusto, señor.

-El placer es mío. Me llamo Erik y ellos son, bueno, un grupo de tíos pretenciosos.

Rompieron la formalidad con las carcajadas. Todos reían menos ellos dos. Erik tenía la vista fija en Andrea y ella, con el miedo calado en los huesos, también.

-Bien. Les dejo para que continúen. Disculpen la interrupción. Permiso.

-Nos vemos, Andrea.

Dijo esa voz grave y melodiosa. La sonrisa de él fue lo último que vio antes de salir.

Al sentarse frente al escritorio, Andrea alzó la vista. Todavía era posible escuchar las risas. Hizo el esfuerzo de identificar a Erik entre todo el ruido. Logró hacerlo y una sensación de calor le abrumó por un momento.

Nadie le hizo sentir así, al menos no para un primer encuentro. Esa mirada, esos labios, esa sonrisa que la desarmó en un instante. Las mejillas se le encendieron rápidamente por lo que trató de calmarse como pudo. Respiró profundo y retomó la faena de siempre... O pretendió hacerlo.

Erik siguió hablando desde la silla en donde se encontraba. Su humor chispeante, hizo que una reunión de negocios realmente fuera el encuentro de unos amigos que no se veían en mucho tiempo. Mientras las risas iban y venían, su mente estaba concentrada en esa chica tímida de ojos asustadizos.

La falda estilo tubo y de corte alto, marcaba su silueta curvilínea. La blusa blanca de rayas azules finas, le dió a entender que, a pesar de estar consciente de su figura, trataba de presentarse como una mujer formal.

El cabello corto le acentuaba suavizaba el mentón cuadrado aunque los labios carnosos fue lo primero que le llamó la atención. Se veía tan tranquila y tímida que sintió la curiosidad de quitarle todo ese miedo que albergaba su cuerpo.

-Bien. La semana que viene podemos hablar más de este proyecto. De verdad es que me interesa mucho y creo que vendría bien para la empresa.

-Excelente. ¿La hacemos aquí o allá?

-Allá, mejor. Así podrás ver los procesos que tenemos al mismo que te familiarizas con el ambiente. ¿Te parece?

-Claro que sí.

-Si sigues así de olvidadizo, creo que será mejor que lleves a Andrea. No te queremos distraído, eh.

-Ja, ja, ja. Quizás no sea tan mala idea después de todo. No estaría de más que ella supiera de lo que queremos hacer.

-Estupendo. No se diga más. Nos vemos la semana que viene.

Joseph y Erik se dieron un abrazo y se despidió de él con un par de bromas más.

-Jefe, creo que esta inversión será muy interesante para nosotros.

-Apuesto a que sí.

Lo dijo pensando todavía en Andrea.

III

Ellos hablaban sin parar. Intercambiaban números y cálculos, propuestas y estrategias. Incluso planificaron el momento de recibir a su nueva empresa aliada. Cada quien estaba trabajando desde ya en lo que tenía que hacer. Erik, mientras estaba en silencio, pensaba en las formas para seducir a Andrea.

Erik era un hombre acostumbrado a llamar la atención. Desde que recuerda. Primero fue cuando demostró un gran talento para los negocios a temprana edad. Cuando sus compañeros de clase soñaban con las vacaciones de verano, él deseaba comenzar los cursos intensivos de matemáticas y cálculo.

Por varios años se obsesionó con la estadística y economía, y hasta pasaba días leyendo los índices bursátiles. De hecho, tomó el dinero de sus mesadas para invertirlo en la bolsa. Su padre tenía el pecho inflado de orgullo. Su hijo demostró que era su digno sucesor.

Al crecer, se interesó aún más en estas áreas. Paralelamente, se hizo campeón de natación regional y nacional. Erik, sin duda, era el orgullo de toda familia rica.

Sin embargo, había un detalle que lo hacía más especial todavía. Tras esa fachada de chico guapo e inteligente, el secreto que guardaba dentro de sí, comenzó a sentirse como una carga.

En la universidad fue donde descubrió el BDSM, un conjunto de prácticas atípicas en el sexo. Ya sabía que le gustaba controlar pero con el BDSM su mundo de posibilidades se amplió mucho más.

Podía torturar, hacer sufrir, humillar, producir dolor y en cambio recibiría la completa devoción de alguien. Experimentaba una gran sensación de poder y control. Era lo que buscaba.

Pasó tiempo investigando, leyendo y encontró las palabras exactas para lo que sentía. Estaba feliz pero también confundido. Estaba consciente que esas prácticas no eran bien vistas por la gente, así que tendría que tener cuidado al respecto.

Tuvo novias y amoríos. Le gustaba mucho la compañía de las mujeres y se volvió adicto a la atención que recibía de ellas. Todo bien. Todo perfecto. Era el tío más guapo y exitoso del lugar. ¿Quién no querría estar con él? Al mismo tiempo, estaba consciente que eso no sería suficiente. Quiso más. Siempre.

Cuando presentía que las cosas no irían a ninguna parte, terminaba y saltaba a otra relación... Y así iba hasta que conoció a Nell. Una mujer

madura con la que su trabajaba con su padre.

Nell tenía un conjunto de características que le llamaban la atención. Era alta, rubia, voluptuosa, inteligente y fría. Tenía una mirada distante lo que le causaba un morbo indescriptible.

La conoció en una fiesta navideña de la empresa de su padre. Fue básicamente por la comida y los tragos. Su novia del momento lo acompañó así que pensó que no se aburriría tanto.

La vio bajar las escaleras con un traje negro que insinuaba sus curvas. Tenía el cabello recogido así que se deleitó con su cuello largo como un cisne. Su piel blanca, sus ojos verdes y los labios pintados de rojo. Esa imagen de ella lo hacía sentir como un pigmeo ante semejante amazona.

Por dentro le carcomía la curiosidad de estar con ella, pero de seguro lo lanzaría al agujero de la indiferencia. Así pues que permaneció en la mesa, mirando el resto de la fiesta mientras campaneaba un vaso de whiskey.

-Ya vengo. Voy a recargar.

-Vale.

Se levantó para ir a la barra. Se quedó de pie con ganas de irse y se lo propuso luego de terminar de beber. Aquella decisión cambió drásticamente cuando sintió una mano sobre su hombro. Él giró desinteresadamente porque pensó que se trataba de su novia. La sorpresa le congeló la expresión. Era Nell.

-¿Qué tal? ¿Te diviertes?

Trató de sacar las palabras pero estas estaban atrapadas en el paladar. Por más que lo intentara, le fue imposible. Así que, ante la mirada divertida de ella, él tomó un trago apurado. El alcohol lo ayudaría a solucionar ese problemita.

-Eh... Ehm... Sí. No... Bueno. Estas fiestas son así de predecibles.

-Entonces, ¿por qué estás aquí?

-Por si me encuentro con algo interesante.

-Siempre surge la oportunidad.

-No lo dudo.

Se miraron por un rato y ella le tomó el brazo.

-¿Estás ocupado?

-No. Para nada.

-¿Y ella?- Dijo señalando a su novia quien estaba sentada sola y aburrida.

-Ella estará bien.

-Vamos.

Lo llevó a través de la pista y se metieron por un pasadizo en esa inmensa mansión. Caminaron un poco más y llegaron a una pequeña habitación poco iluminada. La falta de luz, sin embargo, hacía que el ambiente se sintiera más íntimo.

Ella se volteó y le acarició el mentón. El corazón de Erik estuvo a punto de estallar porque no podía creer que una mujer así le deseara. Su fantasía se hacía realidad.

Se besaron suavemente al principio. Pero luego todo se volvió más intenso. Las manos de él fueron hacia su cintura y la acariciaron con delicadeza. Subió un poco más porque la curiosidad de perderse entre esos grandes pechos le tenía desesperado.

-No, no. Espera un momento.

Se sintió un poco descolocado porque tenía la costumbre de tener el control. Sin embargo, no se arrepintió de hacerle caso. Nell le tocó como nunca, su lengua fue hacia la de él con decisión y le dejó en claro que desde hacía tiempo que también quería estar con él.

Siguió acariciándolo hasta que Erik escuchó el sonido del cierre del pantalón que cedía entre sus dedos. Seguidamente, experimentó la presión de una de sus manos sobre su pene. Ella lo masturbaba con una destreza impresionante. Era obvio que se trataba de una mujer experimentada. Sabía cómo debía hacerlo.

Después de un rato y a pesar de los jadeos de la excitación, Erik observó de reojo cómo Nell se colocó de rodillas ante él. Siguió masturbándolo un poco más hasta que por fin sintió esos labios sobre su pene.

Estaba tan duro, tan venoso que ella apenas comenzó a chuparlo, tuvo algunas dificultades en tenerlo todo en su boca.

-Dios pero qué grande es.

Erik sonrió orgulloso de ese cumplido así que tomó la cabeza de ella para penetrarle la boca con más fuerza. Iba suave y lento, intercambiaba los ritmos y las intensidades por lo que hubo un punto en el que sintió que estaba a punto de correrse.

Los hilos de saliva mojaban el delicado vestido negro de Nell e incluso sus grandes pechos. En ese momento, cuando pensó que no podía más, la tomó con fuerza y la arrojó sobre la cama. Estaba fuera de sí, como si se hubiera transformado en otra persona.

Fue hacia ella, puntualmente a la altura de su entrepierna. Destrozó las medias y la ropa interior, le abrió las piernas y la miró con lujuria. Nell cedió

todo el control y estaba excitada por el animal que se había transformado Erik.
Alzó su vestido y olió su coño.

-No sabes cuánto tiempo esperé por esto.

Ella, sin tener oportunidad de hablar, sintió cómo la lengua de él se hundió entre sus carnes. Sus labios chupaban los de ella, absorbiendo sus fluidos por la excitación. Sus dientes mordieron un poco el clítoris, pero sólo un poco, lo suficiente para hacerla estremecer.

La comió por entera, con pasión y desesperación. Se aseguró de que ella caminara por el borde de la locura y así fue. En la habitación sólo se escuchan gemidos y gritos. Tanto, que ella buscó una almohada para taparse la boca, no podía controlarse.

Siguió devorándola hasta que no pudo más. Se incorporó velozmente y la penetró como un semental. Duro y fuerte. Erik se sostuvo de sus suaves piernas mientras la embestía sin parar. Ese calor que abrasaba su pene, esa estrechez de su coño, las tetas que se movían descontroladamente. Era un placer para todos los sentidos.

Fue hacia ella para besarla, para halarle el cabello, para morderle los labios. Al afinarse, aseguró ir más profundo dentro de ella. Nell lo miraba a los ojos, trataba de acariciarlo pero tuvo que admitir que la intensidad de ese cuerpo joven le hacía volar por los aires. Esa piel morena, los ojos azules que denotaban una pasión impresionante.

Erik, en el medio de ese trance, le tomó por el cuello y lo apretó un poco. Se excitó aún más al verla con la respiración limitada. Era la máxima expresión de poder y control. Era eso lo que más le gustó.

Apretó más y la penetró con más crudeza. Estaba decidido a calarse en su piel. Nell, por otro lado, con los ojos cerrados, con la boca que no paraba de lanzar gemidos, apenas tuvo la fuerza para decirle a Erik que se corriera dentro de ella.

-¿Estás segura?

-Sí. Hazlo por favor.

-Lo haré cuando me dé la gana.

Siguió follándola, esta vez, en cuatro. El ruedo del vestido le sirvió de agarre por lo que pudo lograr un movimiento intenso y constante. Cada tanto le daba nalgadas mientras le decía palabras humillantes.

-Perra.

-Zorra.

-Ramera.

-Así es que me gusta que chilles.

Continuó hasta que sostuvo finalmente en sus caderas para empujar más hacia adentro. En cuestión de minutos, se corrió dentro de su coño con fuerza. Al terminar, cayó sobre la cama completamente cansado.

Luego de un rato, Erik ya se encontraba frente al espejo del baño, arreglándose la corbata. Nell, se acomodó el vestido y tomó las medias y bragas rotas para botarlas a la basura. Acomodó su cabello con cuidado y retocó su maquillaje. Por fuera parecían dos extraños compartiendo espacio pero internamente todavía estaban encendidos por la pasión.

-Déjame salir primero –Dijo ella.

Él asintió pero antes le dio un largo e intenso beso.

-Está bien.

Ella volvió a excitarse pero debía salir. Pasó un poco de tiempo ausentados.

Erik, al regresar a la fiesta, fue directo a la mesa que había dejado. Su novia no estaba allí. En su lugar, encontró su móvil con un mensaje.

“Me fui porque tenía mucho sueño. Avísame cuando llegues a casa. Te amo”.

Él sonrió. Todo le salió a la perfección.

Después de ese día, Erik y Nell tuvieron más encuentros sexuales. En la oficina, en la piscina de la mansión de ella o en la habitación de él. No importaba el lugar. Las ganas eran muchas, demasiadas.

Paralelamente, Erik se convirtió en Dominante. Con Nell supo lo que era ser el dueño de alguien por entero. Controlar los deseos, fantasías y hasta orgasmos. Asimismo, supo los grandes beneficios de los amarres y del shibari, de la tortura eléctrica, los latigazos y las pinzas de ropa sobre los pezones y labios vaginales. Sometió a Nell a largas sesiones en donde la humillaba. Claro, con su previo consentimiento.

Se sintió pleno y poderoso. Sin embargo, desarrolló sentimientos por ella. Se enamoró perdidamente y hasta estuvo dispuesto a dejarlo todo con tal que lo aceptara. Por supuesto, eso no estaba en los planes, por lo que Nell, comenzó a distanciarse de él. Fue un proceso duro y muy doloroso pero necesario. Entendió que no todo el mundo con quien tuviera una gran química sexual, era una pareja potencial.

El adiós definitivo fue cuando ella se mudó a Noruega por negocios. Al poco tiempo se casó con un empresario importante del país y Erik se convirtió en un recuerdo más. En un capítulo divertido.

Él, por su parte, se dedicó a aventurarse más y más. Gracias a su atractivo y a su posición de hombre importante, era el objeto del deseo de muchas mujeres. Cosa que le agradaba muchísimo.

Sus inclinaciones se vieron alimentadas aún más al involucrarse en un grupo que le aseguraba la protección de su identidad así como el disfrute de más inimaginables placeres de la carne.

Así pues consolidó su personalidad dominante, a tal punto que no se vio haciendo otra cosa de las puertas para dentro. Eso, por supuesto, no quería decir que perdía la oportunidad de involucrarse con las mujeres más deseadas del momento. Aquello también le resultaba divertido.

-Tomarla por el cuello, quitarle la ropa mirándole a los ojos. Arrancarle lo que quedara restante y besarla. Besarla con tan fuerza que no tuviera oportunidad... Porque no tendrá oportunidad de hacerlo.

Erik repasó esa fantasía durante el tiempo que pasó en el coche, vía a su trabajo. Se bajó, siguió hablando, rió un poco, dio unas cuantas instrucciones y se separó del grupo hasta que llegó a su oficina. Se sentó en su amplia silla y giró hasta concentrar la mirada hacia el gran ventanal con vista a la ciudad.

-Andrea, la salvadora. Veamos si es cierto.

IV

-Necesito que vengas conmigo.

-¿A la reunión, señor?

-Sí. Te necesito allí conmigo. Sé que se me pueden escapar algunos detalles y sé que eres excelente observadora. No está de más que cuente con un par de ojos y oídos. Además, sé que tienes ganas de escalar así que puedes ver esto como una oportunidad de conocer el terreno.

Andrea sintió como si tuviera ganas de vomitar. Sí, ciertamente le había dicho a su jefe las ganas de mejorar su vida profesional pero pensó que él no tomó en serio el comentario pero, por lo visto, no fue así.

-Uy. Debemos irnos ya. No quiero hacerles esperar. Lleva lo que creas necesario y reúnete conmigo en mi oficina.

En seguida recordó la reunión de la vez pasada. La insinuación de Erik. ¿Sería él quien insistió en ello? ¿Pero cómo? Imposible. ¿O sí?

Tomó un poco de aire y buscó su agenda, un bolígrafo y su bolso. En medio de las sensaciones que tuvo en ese momento, miró su reflejo en la pantalla de la computadora. Tenía el rostro arrugado y preocupado.

-Vale, que no pasa nada, es una reunión como cualquier otra. No es gran cosa. Vamos... Vamos... Relájate.

Hizo un par de ejercicios de respiración que había visto una noche cualquiera en YouTube y salió de la oficina.

-¿Lista?

-Venga.

Luego de despejar la inseguridad que sentía por lo que estaba pasando. Su vista se encontró de frente con un gran edificio en el medio de la ciudad. Perdió la cuenta sobre la cantidad de pisos que había así que se concentró en el lujo que rodeaba el lugar. Incluso la gente se veía muy diferente.

-Sí... Es impresionante, ¿cierto? Por eso es tan importante este trato. Son gente muy influyente en el mundo de la tecnología y esta alianza podría ser muy beneficiosa para nosotros. La primera vez que vine tuve que hacer el esfuerzo de recoger la quijada, así que deberías hacer lo mismo.

-Ja, ja, ja. Disculpe.

-Creo que es la primera vez que te escucho reír. Es agradable.

-Gracias, señor.

-Bien, Andrea. El show está por comenzar.

Aparcaron en una calle cercana y se bajaron del coche. El edificio le hizo

sentir a Andrea que sólo era una pequeña hormiga entre aquella inmensidad.

Caminaron entre la gente hasta que entraron al lobby del edificio. Suelos y paredes de mármol, una recepción con un mesón de madera y detalles finos de gran calidad. De verdad que ella estaba impresionada.

Inmediatamente, identificaron al jefe de Andrea por lo que les dieron pases con acceso a todo el edificio y fueron directamente a los elevadores.

-Este Erik no se anda con cuentos.

-¿Cómo se conocieron, señor?

Andrea se atrevió a hacer esa pregunta. Retuvo por mucho tiempo esa necesidad que tenía en su interior.

-Verás, fue en la universidad. Era uno de los estudiantes avanzados a pesar de su corta edad. Además, también estaba en el equipo de natación... Como yo. No pensé que nos llevaríamos tan bien pero así fue. Somos amigos desde ese entonces.

-Entiendo.

-Me ha ayudado mucho. Y, aunque no lo parezca, es una persona muy noble.

Ella asintió y en ese mismo momento se abrieron las puertas de los elevadores.

-Bueno, parece que ya llegamos.

Los dos estaban un poco intimidados con las oficinas. Lucían mucho más modernas y lujosas que las suyas.

-Bienvenidos. Pasen por aquí, por favor.

Una hermosa chica los condujo hacia la oficina principal. Allí estaba Erik, sentado en su escritorio con el teléfono en la mano y mirando un trozo de papel.

-Ajá. Sí. Ajá. Sí, ya vi el documento y me parece bien. Mmm. Podemos intentarlo mañana. Excelente. Quedamos así.

Colgó el teléfono y se acercó a Joseph para darle un abrazo.

-Amigo mío, tan puntual como siempre.

-Venga, venga. Sin bromas.

-Que lo digo en serio hombre. –Dirigió una mirada muy diferente a Andrea. –Supongo que la salvadora tiene algo que ver con esto, ¿o me equivoco?

Ella sintió la tensión del momento y quiso hundir la cabeza bajo la tierra.

-A ver, Erik, es un esfuerzo en conjunto. ¿Qué tal si vamos a hablar de lo que nos compete?

-Bien, entonces vayamos.

Erik tomó unos papeles y los condujo a una sala de reuniones. Era un sitio rodeado de vidrios y con muebles de lujo. Parecía un lugar impresionante y muy bien decorado.

-No tengo a mi grupo hoy porque quiero atender esto por mi cuenta. Analizamos los números y estadísticas y es una propuesta que nos gusta mucho. Tendremos que evaluar los porcentajes de ganancia y la inversión total para comenzar con el proyecto. Aquí les preparé una presentación que espero esté sencilla.

Encendió el video beam y comenzó a hablar con naturalidad. Andrea, sentada con el rostro como un ratón asustado. Escuchaba las palabras que salían de su boca. Supuso que se trataba de una persona que estaba acostumbrada a hablar para cualquier cantidad de personas porque no le notó ni una pizca de nerviosismo.

Él se movía por el lugar con confianza. Se dedicaba a responder las preguntas de su jefe y a explicar con detalle los aspectos importantes de la presentación. A veces se acercaba a la luz, haciéndolo ver como algo fuera de este mundo. Quizás así era.

Concentrada en sus apuntes, calculando en su mente lo conveniente y lo que no, Andrea no se percató que Erik poco a poco tomó lugar detrás de ella. Ciertamente sintió su voz más cerca pero no le dio importancia. Al incorporarse para verlo, no estaba allí y fue cuando sintió cómo las manos de él se apoyaron repentinamente en el espaldar de su silla.

-Ese es el estudio que hicimos conforme a su empresa. ¿Qué te parece, Joseph?

-Pues, estupendo. Me gustó mucho el planteamiento.

Siguieron intercambiando palabras al mismo tiempo que el corazón de Andrea le latió como una locomotora. No se esperó aquella presencia tan cercana. Trató de mantener la entereza tanto como pudo y se separó de la silla, dando a entender que no estaba conforme con esa conducta.

Erik, atento siempre a los detalles, se percató de la incomodidad que había producido, así que tomó un poco de distancia y respetó la señal de Andrea.

-Bien, tendré que andar con más cuidado –Dijo para sus adentros.

Luego de la reunión, los tres caminaron por toda la oficina conociendo los departamentos y sus funciones. Incluso llegaron a encontrarse con el equipo de Erik. Después de más saludos, siguieron caminando.

Andrea, se sintió inspirada por lo que veía. Se proyectaba a sí misma

asumiendo un cargo importante que resultase un desafío todos los días. Aquellas nubes de fantasía se disipaban cuando reflexionaba sobre su presente. Su timidez era, de cierta manera, un impedimento para que se aventurase un poco más.

-Bien, entonces creo que podemos dar por concluida esta reunión. Muchas gracias por recibirnos, Erik.

-El placer ha sido mío. Siempre son bienvenidos aquí, ¿vale?

-Vale.

En ese momento, sonó el móvil de Joseph.

-Disculpen un momento.

Andrea lo vio alejarse y una sensación de ansiedad albergó en su cuerpo. Erik se acercó un poco hacia ella pero tomando en cuenta que debía ir con cuidado.

-Gracias por venir, Andrea. Ha sido muy agradable el tener tu presencia.

-Gracias a usted, señor.

-Venga, deja de decirme señor. Me gustaría que te sintieras un poco más en confianza conmigo... Lo juro, no muerdo. –Le sonrió con la sonrisa más seductora posible. Ella estuvo a punto de desarmarse.

-Soy un poco tímida, como habrá notado.

-Por supuesto, por eso le quiero pedir disculpas por si he sido un poco agresivo en cuanto a mi lenguaje corporal. Es la costumbre. En el mundo de los negocios tienes que jugar de esa manera y es una actitud que siempre me recuerdo a mí mismo. Aunque sé que no es fácil de asimilar para todos. Lo siento.

La disculpa fue sincera y el rostro de Andrea pareció sonrojarse salvajemente. No pudo controlar aquella reacción por lo que Erik se sintió conmovido.

-En unos días tendremos una fiesta de Navidad en la oficina. No es gran cosa, realmente son aburridas pero creo que se divertiría. Además, puedo extenderle la invitación a sus compañeros de trabajo. ¿Qué le parece?

Nunca nadie le preguntó su opinión para algo. Siempre fue vista como una especie de pared blanco. Se sabía que estaba allí y no más. Por lo tanto, se sintió un poco halagada por la pregunta.

-Como usted crea más conveniente, señor.

Antes de responderle, Joseph se incorporó a la conversación.

-Lo siento.

-Oye, le he dicho a Andrea que me gustaría teneros en la fiesta de Navidad

de la compañía. Seguramente ustedes también tendrás una pero creo que sería divertido que nos acompañaran.

-Ah, claro, claro. Estaremos encantados.

-Pues, que no se diga más.

-Muchas gracias, Erik.

-Gracias a ustedes... Ah, Andrea, espero que nos veamos en la fiesta.

-Seguro, señor.

Le sostuvo la mirada y fue como si la hubiera desnudado en un santiamén. Erik tenía algo que daba a entender el poder y la pasión que estaba en su cuerpo. Ella trató de ignorar esto pero no pudo, no pudo resistirse a ese hombre que se mostró tan intimidante y tan amable al mismo tiempo. Le causaba mucha confusión.

V

La pajarita negra de raso fino por fin quedó acomodada en el cuello blanco y pulcro e la camisa de Erik. Dio un paso para atrás y así ver la imagen por completo. La faja estaba perfecta, el saco también. Los pantalones le quedaban justo a la medida y los zapatos de charol era el toque ideal para terminar el look de fiesta.

Al salir, le provocó tomar un poco de whiskey. Por alguna razón, se sentía un poco nervioso, así que salió de la habitación y fue al bar que se encontraba cerca de la cocina. Destapó la botella de Old Parr y sirvió un poco del líquido en un vaso de cristal. Un par de cubos de hielo y fue suficiente. Era el trago perfecto.

Caminó unos cuantos metros hacia el ventanal y observó la belleza la ciudad en la noche. Las pequeñas luces de las casas y de los postes de luz, lucían como pequeñas estrellas en la tierra.

Desde donde se encontraba, en esa casa de tres pisos que emergía del pico de una meseta, se sentía el hombre más afortunado del mundo. Saboreó un poco más del whiskey y recordó los ojos negros de Andrea. Tenía una mirada cargada de timidez y también de curiosidad. Quizás dos cosas antagónicas pero convivían en ese ser.

Dejó el vaso en el fregadero y se terminó de arreglar. Estaba ansioso por que el espectáculo comenzara.

El lugar de la fiesta era una mansión en donde generalmente iban los ricos y famosos a hacer celebraciones de todo tipo. Había piscina, jacuzzi, amplios jardines y un salón central que ofrecía el espacio suficiente para unas 300 personas pudieran estar allí cómodamente.

Para más atractivo, había un par de fuentes: una que se encontraba en la entrada y se trataba de una imitación de El Rapto de Perséfone de Bernini y otra que estaba en uno de los jardines principales. Tan majestuosa como la primera.

A pesar de ser lujosa y elegante, la mansión también tenía cierto estilo kistch. Característica que le pareció divertida a Andrea. El grupo llegó justo en el momento en donde la banda tocaba una canción animada. Se sorprendieron al ver la cantidad de personas que estaban allí.

-Nosotros somos nada. –Dijo un chico de IT.

Aunque nadie pareció escucharlo, esas palabras tenían sentido. Sólo era una veintena en compasión a los que estaban allí.

-Bueno, chicos. A divertirse.

Joseph dio la señal y cada quien trató de colarse en la fiesta que se sentía tan exclusiva. Andrea quiso resguardarse con algún compañero pero se quedó completamente sola. Estaba aterrada. Este tipo de situaciones le resultaban incómodas.

Así pues que bajó la escalinata y fue hacia la fuente de los jardines. Allí estaba una barra, la pista de baile y unas mesas. Por suerte, había algunas vacías así que podría sentarse allí y observar. Era su ejercicio favorito.

-Vino blanco, por favor.

-Enseguida, señorita.

Mientras esperaba la copa, miró su reflejo y se sintió muy bonita. Tenía un vestido negro, largo con una raja en una pierna, sandalias altas. Peinó su cabello de lado y se maquilló los labios de rojo. Era un aspecto muy diferente al que veían sus compañeros de oficina, incluso le valió un piropo de su jefe.

Tomó la copa y se sentó en una pequeña mesa. Bebió un sorbo y miró las luces que iluminaban la pista de baile. La banda tocaba una versión alegre de Creep de Radiohead por lo que le pareció un poco extraño que la gente no le molestara aquello. Siguió concentrada en lo que tenía al frente y no se percató en la presencia de Erik, quien estaba detrás de ella, observándola como un cazador.

Desde donde se encontraba, se relamió mirando el asomo del hueso de la nuca así como el de la espalda, la piel morena parecía brillar y hasta le pareció que sería suave al tacto. Estuvo muy tentado en tocarla, en acariciarla. Quería saber cómo era estar con ella.

Por fin avanzó hasta tomar una silla y sentarse junto a ella.

-Tienen rato haciendo covers. Algunos son una atrocidad pero a la gente le gusta, no hay nada que hacer. Hola.

Ella se sobresaltó un poco. Lo miró y estaba más guapo que nunca. No tenía esa sonrisa descarada pero sí un brillo en los ojos.

-Eh... Sí. Me di cuenta de eso. Es curioso. Hace rato escuché Creep y casi me dio una crisis pero venga, la gente está para divertirse.

-Estoy de acuerdo. ¿Tienes mucho rato desde que llegaste? Me hubiera gustado haberlos recibido.

-Unos 20 minutos, más o menos. Por allá están mis compañeros.

-Vale. Si te soy sincero, creo que me quedaré aquí porque me gusta la compañía. Espero que no te moleste la mía. –Lo dijo con una sonrisa muy sensual.

Andrea tenía un poco menos de miedo que la primera vez que lo conoció. Era por el alcohol, claro. La barrera de la timidez se estaba difuminando poco a poco.

-Está muy bien para mí.

-Excelente. Por cierto, qué bueno que ya no me llamas señor. Mejor, ¿no crees?

Ella asintió.

-Vale, traeré algo de comer.

-Gracias.

Se levantó con esa gracia de hombre divino y ella lo miró irse. Observó su espalda ancha y lo bien vestido que iba. Sin duda tenía muy buen gusto.

Cuando escapó de su campo de visión, bebió lo último que le quedaba en la copa y pareció recibir una descarga de energía. Respiró profundo hasta que sintió de nuevo la presencia de él.

-A ver. Rescaté un poco de sushi, sashimi y wakame. Ah, estos son una especialidad de un chef de comida china. Es increíblemente delicioso y creo que deberías probarlo primero.

Se trató de un bollo de masa blanca relleno de carne de cerdo. Apenas probó bocado, Andrea sintió una fiesta en el paladar.

-Esto es exquisito.

-Te lo dije.

-Gracias por esto.

-Bah. No es nada. Espero que te guste.

Comieron, hablaron, rieron. Erik quedó enganchado ante esa carcajada de ella. La sintió tan honesta, tan deliciosa que la imitó.

-Nada mal. Tengo esto ganado. –Se dijo él.

Y así era.

Andrea estaba deslumbrada por el humor de él, por sus comentarios y por los temas que hablaron durante el tiempo que estuvieron solos. Música, cine, historietas, comida, viajes.

En esa conversación, ella descubrió que él era amante de The Black Keys, del rock clásico y el soul. Le confesó que tenía una colección de discos de vinilo que guardaba en una habitación especial para que no se dañaran.

Igualmente, le dijo que odiaba levantarse temprano y que prefería las reuniones en la tarde. Sin embargo, como tuvo la oportunidad de hacer su propia empresa, tuvo que sacrificar algunas cosas.

-No creas. Lograr esto representó mucho trabajo. Mi papá me prestó algo

de dinero, por suerte. Pero tuve en mente pagarle eso por lo que pasé días, semanas mejor dicho, partiéndome el lomo, haciendo trámites de todo tipo. Te sorprenderías del protocolo que hay en este país. Pero, al final, sí pude. Ahora tengo en la mira otras cosas...

Le dirigió una mirada encendida.

En ese momento, se escuchó que comenzaba una canción lenta. Erik se levantó de repente y le ofreció la mano.

-¿Bailamos?

-Soy muy mala. Tengo dos pies izquierdos.

-No te preocupes, yo te guío.

Insistió con esa sonrisa irresistible y ella no le quedó más que acceder. Así pues que se levantó y le tomó la mano. Era suave, cálida. Sus dedos rozaron delicadamente hasta que llegaron a la pista de baile.

Como si el Universo conspirara a favor de los dos, las luces se volvieron más tenues, como si se recreara un ambiente más íntimo. Él le tomó la cintura, acariciándola suavemente. La atrajo a sí y comenzaron a dar pasos lentos al son de la canción.

Ella vio algunas parejas y trató de copiar la forma de bailar. Comenzaba a sentirse incómoda hasta que sintió el cálido aliento de él sobre su oído.

-Relájate.

Fue tan sutil que sintió una ola de calor en su cuerpo. Asintió levemente y se dejó guiar por él.

Poco a poco, Andrea sintió la necesidad de apoyar su cabeza sobre su pecho. Al hacerlo, cerró los ojos y fue como caminar sobre las nubes. Estaba con el tío más guapo del lugar y todo aquello le resultó sumamente único.

Siguieron bailando hasta que ella alzó la mirada. Los ojos azules de Erik la observaban y fue entonces cuando él le tomó el rostro y la besó.

El beso fue mágico. Los labios de él se sintieron suaves, tiernos. Su lengua se encontró con la de ella para acariciarla y probarla. Incluso hubo una especie de repunte en la intensidad pero en seguida las cosas se tornaron suaves. Erik era capaz de manejarse entre ambas cosas a la perfección.

Al terminar la pieza, los asistentes aplaudieron a la banda por su tan variado repertorio, mientras que Erik y Andrea estaban envueltos en su propio mundo.

La fiesta de Navidad transcurrió con normalidad para el resto de los presentes. Comida y bebida a granel así que no habría queja. Los compañeros de Andrea, al final, decidieron reunirse en una mesa un poco remota por mero

gusto. No tenían muchas ganas de socializar con las altas esferas.

-Me gustaría que nos viéramos después, si te parece claro.

-Estaría encantada.

Él volvió a sonreír y a besarle.

-Vale.

Intercambiaron números justamente antes de que llamaran a Erik para que dijera unas cuantas palabras al público.

-En un momento voy. Andrea, estaré comunicándome contigo muy pronto, tenlo por seguro.

-Está bien.

Tuvo un impulso de querer besarla pero no pudo. Su presencia era requerida con urgencia.

Él subió la escalinata y tomó un micrófono. En la otra mano sostenía una copa de champaña. En ese momento, la música se detuvo y la gente le prestó toda la atención.

Andrea logró colarse entre la gente hasta dar por fin con su grupo.

-Tía, ¿pero en dónde has estado?

-Me perdí. Tuve que pedirle ayuda a uno de los meseros. Me da hasta vergüenza.

-No es para menos. Este lugar es inmenso.

Se sintió conforme de que la mentirilla hubiera funcionado. Después, escuchó las palabras de Erik. Él, hablaba pero también buscaba desesperadamente a Andrea con la mirada. Al lograrlo, prácticamente la miró durante el resto del discurso que no era más que un conjunto de palabras que iban dirigidas a la gente que ya a ese punto estaba a un paso de la embriaguez.

-¡Salud, amigos! Salud y que sigan disfrutando de la fiesta.

Todos alzaron su copa alegremente y aplaudieron al final.

Andrea esperó un tiempo más para verse con él pero no pudo. Erik tuvo que dedicarse a las relaciones públicas por lo cual ella optó irse con la gente de la oficina. El cansancio y el dolor de los pies pudieron más.

Al llegar a casa, apenas se quitó las sandalias y se sintió aliviada por sentir el frío de la cerámica bajo sus pies. Caminó un poco más hacia la cocina, abrió el refrigerador y tomó un poco de agua. Se dio cuenta que tambaleaba un poco y no sabía muy bien si eso se debía al alcohol o la noche que tuvo con Erik.

Se echó sobre el sofá y sintió que el mundo le daba vueltas. Estaba feliz, casi eufórica. Quería salir, tocarle la puerta al vecino y darle un abrazo. Así

estaba.

Dudó que si aquello realmente pasó, si fue real o fue producto de su imaginación. Rozó sus labios y sí, todo fue de verdad. Su cuerpo y su mente se lo decían a gritos. Estaba impresionada además del magnetismo que sentía cuando estaban juntos. Era como si el mundo entero desaparecía por completo.

Cerró los ojos para seguir aferrándose a ese sueño hasta que por fin se quedó dormida.

VI

La vida volvió a la rutina de siempre. El escritorio blanco, el pequeño espacio, el brillo de la computadora que le molestaba, el café instantáneo que más bien era un chiste. Después de esa fiesta, de esos besos, de esa mirada intensa, Andrea no supo más de él en los siguientes días.

Al principio pensó que quizás había anotado mal el número. Se aferró a esa idea hasta que le vino el pesimismo de que, quizás, él más bien se había aburrido de ella y que ya estaba con otra chica. Total, era uno de los solteros más deseados de la ciudad y tenía sentido que así fuera.

Sin embargo, le gustaba consolarse con la idea de que, sin duda, fue la noche más emocionante de su vida. Al menos en mucho tiempo.

Terminó la jornada de ese día. Los demás recogían sus cosas con parsimonia mientras que ella aún terminaba un informe. A diferencia de otros días, no se quedaría demasiado tiempo. Deseaba llegar a casa, tomar un baño caliente y recluirse en la aplastante rutina que parecía perseguirla sin control.

Después de un rato, entre los empujones propios de la hora pico, Andrea abrió la puerta de su hogar exhalando un suspiro. Miró la oscuridad, apagó la alarma y encendió las luces para no sentirse tan sola.

Subió inmediatamente y comenzó a desvestirse para ducharse. El agua caliente resultó tan reconfortante como recordaba. Salió, se puso una bata y pensó en prepararse un chocolate caliente. La idea la animó un poco y justo cuando se destinaba a ello, escuchó el móvil. Pensó inmediatamente en su madre, tenía un par de días que no sabía de ella.

Lo buscó entre su bolso y miró la pantalla. El nombre que observó la hizo dudar de que sí realmente estaba bien.

“He tenido días terribles. Apenas he logrado dormir pero ya me encuentro desocupado. ¿En dónde estás? ¿Qué tal si nos vemos?”.

Por un momento, pensó que era mejor idea inventarle una excusa o pretender que no le había llegado ese mensaje. Total, no es poco común esos problemas con la conexión.

Sin embargo, se observó a sí misma tecleando con el deseo de verlo. De verdad quería hacerlo. Tenía el pecho agitado. Aquel temblor se le transmitió en el resto del cuerpo. Incluso pensó que sería incapaz de escribir con tranquilidad. Finalmente, se espabiló.

-Venga, que no soy una niña, eh. -Se dijo a sí misma con la intención de reprenderse.

“Estoy en mi casa. Y claro, claro que me encantaría verte. ¿En dónde nos encontramos?”.

Envió la respuesta y en seguida comenzó a caminar rápidamente por su habitación. Iba tan rápido que pareció que casi estaba a punto de hacer una zanja gracias a sus pasos.

Esperó un poco más hasta que escuchó el móvil, era él quien la estaba llamando.

-Lo siento, tuve que llamar porque estoy manejando. ¿En dónde te encuentras? Puedo buscarte ahora mismo.

-Eh... Eh...

Tardó un poco en reaccionar. Al final, pudo decirle con lujo de detalles en donde vivía. Hasta le mencionó algunos puntos de referencia para que se ubicara mejor.

-Vale, ya me ubiqué. Creo que estaré allá en unos 15 minutos.

-Bien, te estaré esperando.

-No sabes las ganas que tengo de verte.

-Yo... Yo también.

Colgó y creyó que iba desmayarse ahí mismo. Entonces fue hacia el clóset y comenzó a buscar desesperadamente alguna ropa que fuera cómoda y práctica. Lamentablemente, no tenía tiempo para verse tan deslumbrante como en la fiesta, pero al menos haría el intento.

Peinó su cabello, pintó sus labios de rojo, se colocó unos jeans oscuros y una camiseta negra. Buscó un cárdigan que le quedaba un poco ancho y unas zapatillas deportivas que casi no usaba.

Les quitó un poco el polvo, se vio en el espejo para cerciorarse que todo estaba bien y, antes de irse, se dio cuenta que ya no tenía las bolsas y que más bien había cobrado una expresión hasta rozagante.

Bajó las escaleras y tomó un vaso de agua para calmarse un poco. A los pocos minutos, escuchó el sonido de una corneta. Apagó todas las luces y se detuvo en la perilla de la puerta. Por un momento quiso echarse para atrás pero sus pies, pesados como un par de plomos, le impidieron hacerlo; así que giró y abrió. Ahí estaba él, luciendo como el hombre más guapo del mundo.

Ella le saludó con un gesto con la mano y se giró para introducir la clave de la alarma y cerrar con llave. Esos segundos tan anclados a su rutina, le parecieron eternos.

Erik, estaba recostado en el coche. Era un Mustang del 70. Negro y brillante como esa noche. Estaba vestido con un traje azul oscuro. La

elegancia la rompió al deshacer el nudo de la corbata. Ya a esa hora lo que deseaba era despejarse un poco de la formalidad a la que estaba acostumbrado.

Mientras estaba allí, miraba a observando a Andrea. Los jeans ajustados le marcaban las caderas y las piernas anchas. La camiseta hacía lo mismo con su cintura. Notó el rojo de sus labios gruesos, esos mismos que le producían tanto morbo. Además, no pudo evitar sentir una vibrante alegría apenas la vio. Ella se presentó como un destello de luz.

Finalmente la vio acercarse a él. Adoraba verla con la informalidad de su ropa, esa misma que contrarrestaba tan bien con su estilo empresarial.

-Hola, guapa.

-Hola. ¿Cómo estás?

-¿Hasta para saludarme tienes un protocolo? Venga.

Fue hacia ella, le tomó por la cintura y le besó los labios con pasión. Andrea sintió que el mundo se le movió bajo los pies.

-Bien, ¿nos vamos?

-Eh... Sí, sí.

La abrió la puerta con galantería. Al montarse, notó el olor y el sonido del cuero apenas se sentó. Ciertamente se trataba de un coche clásico pero que tenía todos los detalles de lujo. Incluso le llamó la atención los rines. Eran brillantes y relucientes. Se impresionó porque realmente no le interesaban esos detalles.

Él se montó junto a ella y esperó un momento, le dirigió una sonrisa pícaro y puso la mano sobre la palanca de cambios y el pie en el acelerador.

-Espero que te guste la velocidad.

Hizo un par de movimientos rápidos y el coche pareció suavemente por el asfalto. Los neumáticos patinaban sobre la superficie y el rostro de Erik se transformó por completo. Estaba casi eufórico. Era, sin duda, amante de las emociones fuertes.

Estuvieron así por un largo trayecto. Ella comenzó a saborear otros tipos de placeres. Pasó su vida siendo reservada, precavida con todo, tímida y hasta preocupada por lo que pudiera pasar. Ahora estaba con alguien que le ofreció todo un mundo de posibilidades.

-Quiero llevarte a un lugar que es perfecto para beber y relajarse un poco. No, no pongas esa cara. Estoy casi seguro que te gustará. De no ser así, ten la confianza de joderme con eso.

-Ja, ja, ja. Vale.

La noche estaba espléndida. El brillo de las estrellas y de la luna, daban una sensación única. Había una brisa refrescante pero no fría. Cerró los ojos por un momento y experimentó lo que sentía la gente de espíritu libre.

En medio de su emoción, el coche aparcó cerca del centro de la ciudad. En un callejón repleto de bares. Andrea trató de disimular la ignorancia que tenía sobre ese lugar. Lo cierto, es que era fascinante ver las luces en las calles, escuchar las risas de las personas, admirar los espectáculos afuera de los bares. Era un sitio lleno de vida.

-A ver... venga, este es el lugar. Te encantará.

Empujó la puerta de madera y se encontró con un bar pequeño pero acogedor. En el fondo, había una tarima y justo allí se presentaba un grupo de jazz. La música animaba más el ambiente.

Las paredes y muebles oscuros, más el denso humo de cigarro que se colocaba sobre las cabezas de quienes estaban allí, le resultó curioso a Andrea. No le pareció asfixiante ni le dio esa sensación de encierro, más bien era casi como si pudiera ser como quisiera.

Se sentaron en una pequeña mesa de madera, un poco alejados del resto. Vieron un trozo de papel con los nombres de los tragos que tenían allí.

-Un Martini seco y una copa de vino blanco, por favor.

El misterioso mesero desapareció entre las mesas y los dos se quedaron envueltos en la sensualidad de la privacidad que tenían y en la música.

-¿Qué te parece?

-Nunca he venido a un lugar así como este. Es estupendo.

-Te dije que te gustaría.

-Lo sé. Debo reconocer que sí tenías razón.

Justo en ese momento, las bebidas descansaron sobre la mesa, frente a ellos.

-Bien, salud.

Chocaron las copas y el rostro de Andrea se iluminó. Estaba más que feliz, hacía mucho que no sabía qué era eso.

Erik tomó un sorbo de su trago y se dispuso a observó con cuidado las maneras de ella. La forma en cómo bebía y la el pequeño destello que tenía al degustar el trago. Él seguía observándola, de hecho le pareció un ejercicio interesante.

-Pensé que no nos hablaríamos más. –Dijo ella de repente.

La pregunta casi descolocó a Erik quien estaba acostumbrado a dar siempre el primer paso.

-Oh no, te prometí que nos veríamos y aquí estamos. Pero, como te mencioné, hay veces en donde mi trabajo me absorbe demasiado. Incluso olvido que soy un ser humano. –Se acercó un poco más a ella, a esos labios gruesos teñidos de labial rojo que resaltaban aún más esa forma sensual. – Pero no, no te olvidé. Imposible.

Dejó el trago a un lado y le tomó ligeramente el mentón. Lo acarició un poco hasta encontrarse con la mirada asustadiza de ella.

-Tranquila...

Notó cómo su pecho se inflaba rápidamente. Cerró los ojos y se besaron. La boca de Erik tenía acento amargo pero picante al final. Ella no supo si el trago tenía que ver o si era algo que sólo su cuerpo podía dar.

Gracias a la cercanía que tenían entre sí, era más fácil sentir el calor que desprendía su piel, así como los sonidos propios del placer que le proporcionaba el juntar sus bocas.

Andrea sintió que perdía cada vez más el miedo, que perdía la timidez. Sentía que estaba paseando por el borde de un conjunto de emociones intensas y eso le produjo un frío en la boca del estómago. No quiso pensar en nada más así que siguió entregándose a él tanto como pudo.

A medida que se besaban, perdió cada vez más la fuerza de sus extremidades. La resistencia se alejaba de su cuerpo y la ansiedad de estar con él se hizo mayor. Erik, supo leer estas señales así que acercó su boca al oído.

-¿Por qué no nos vamos a un lugar un poco más cómodo?

-Sí.

-Vale. Déjame pagar.

Le dio otro beso y ella aprovechó tomarse la restante cantidad de vino blanco. Se pellizcó el brazo como para cerciorarse que todo eso no se trataba de un sueño. Luego de cancelar, Erik se reencontró con ella y salieron de espacio denso y lujurioso.

Como no pudo resistirse a ella, apenas llegaron al coche y comenzaron a besarse. Andrea, quien sufría ataques de pudor, se sintió un poco incómoda pero luego olvidó todo aquello. Él le transmitió un poco de esa confianza que tanto exudaba. Para su sorpresa, la gente los ignoraba por completo. Fue sumamente liberador.

Subieron al coche y de nuevo la emoción que corrió por sus venas. Bajó el vidrio de la ventana y fue como respirar adrenalina. Sacó una de sus manos con la intención de acariciar el viento. Las luces de las calles iluminaban su rostro ahora con expresión tranquila y conforme. Hasta incluso apostó que ya

no tenía bolsas debajo de sus ojos.

Poco a poco, el coche disminuyó de velocidad. En ese momento, Andrea se percató que se encontraban en la entrada de unos de los hoteles más lujosos de la ciudad.

La entrada resplandecía. El brillo de las luces que se encontraban allí, resaltaban la superficie lisa del mármol negro. Incluso el plateado del metal de las puertas corredizas y de los detalles, parecía que fueron hechos exclusivamente para ese lugar.

Apenas bajó, un valet se acercó a ellos con extrema amabilidad. Era obvio que para Erick todo aquello era una cuestión de rutina, sin embargo no era lo mismo para Andrea. El servilismo, el lujo, el extremo lujo, llegó un punto que le produjo cierto escozor.

-Bien, ¿y qué te parece?

-Pues... Es hermoso.

-No te sientas incómoda, ¿vale? Quiero que te diviertas y que la pasemos bien. Ten eso presente.

-Vale.

Trató de despejar su mente de todas esas reflexiones. Él, de cierta manera, tenía razón. Así que Andrea trató de fingir que también formaba parte de ese mundo exclusivo.

La recepcionista los atendió con una amplia sonrisa. Mientras Erik terminaba de hablar con ella, Andrea observó la gran araña que colgaba del techo. Los múltiples cristales servían para reflejar la luz en varias direcciones, era como dejarse hipnotizar por una gran supernova.

-Listo. Ven.

Fueron hacia los elevadores. Mientras esperaban. Erik miraba fijamente el número que se marcaba en la parte superior de los mismos, ella notó su reflejo junto a él.

Erik se veía alto, demasiado alto. El traje y la camisa medio abotonada, le resaltaban esa personalidad divina. Los ojos azules, un poco más claros, era el acento que atraía a cualquiera aunque, para ella, lo más hermoso era ese lunar sobre la boca. Luego se detalló a sí misma.

Todo le pareció bien pero se impresionó aún más al ver su rostro. Se veía tranquila y hasta entusiasmada. Si echaba una ojeada a esos días antes de conocer a Erik, muy probablemente se hubiera encontrado con una imagen completamente distinta. Quizás amargada, quizás triste. Pero ya no se veía así.

Subieron y con ellos, unos cuantos más. El silencio incómodo se rompió

con el sonido que anunciaba la llegada a los pisos. Finalmente, se quedaron solos y esa fue la oportunidad para que Erik la abrazara desde atrás.

Sus fuertes brazos rodearon su cintura con firmeza y su aliento descansó en el cuello. Los labios finos rozaron un poco la piel y ella sintió cómo se le erizaba la piel. Sus manos encontraron las de él y las acarició un poco. Incluso se entretuvo un rato con las venas que se le veían en el dorso y en los brazos.

El ascensor los dejó en el piso y ambos caminaron por un pasillo iluminado y grande. La alfombra era de color oscuro así como las paredes. Unos cuantos pasos más y llegaron finalmente.

Él pasó la tarjeta magnética y la puerta se abrió automáticamente. Andrea, de nuevo quedó deslumbrada por el lugar. Era una habitación enorme, tan grande que incluso contaba con una pequeña salita de estar. La cama, blanca y perfectamente acomodada, tenía un par de chocolates Rocher.

En ese momento, alguien tocó la puerta.

-Buenas noches, señor. Servicio a la habitación.

Un mozo tenía una bandeja con unos cuantos platillos de sushi y frutas frescas. Además, en la otra mano cargaba una pequeña botella de vino espumante.

-Excelente, muchas gracias.

-Gracias a usted, señor. Feliz estadia.

Se retiró y Andrea todavía daba vueltas por la habitación como una niña. Él fue a encontrarse con ella. De nuevo volvió a besarla y ahora sí que no tuvo reparo en hacerlo como quiso. Tanto su lengua como su lenguaje corporal, fue agresivo. La intención de Erik era hacerla sentir que era su prisionera, su esclava.

Las caricias y los agarrones se volvieron también más intensos. Las manos de Erik exploraba el cuerpo de Andrea a su antojo. Ella, debido a la excitación, se quedó allí, siendo el objeto del deseo de él, incapaz de moverse un poco más. Estaba entregándose a él.

El sushi, las frutas y el vino tuvieron que esperar un poco más por los dos. Erik y Andrea olvidaron por completo los días que pasaron sin verse así como el hermoso lugar en donde estaban. Ella olvidó la timidez y él dejó de lado el decoro. Fue directo a sus carnes, a sus gemidos, a las súplicas de más.

Comenzó a desvestirla poco a poco pero eso sí, con ciertas reservas. Con moderación, con tacto, quería mantenerse allí, junto a él.

Andrea cerró los ojos y fue como encontrarse con todos los sentidos desde el interior. Era un instrumento musical que era tocado por manos expertas. La

melodía eran los gemidos que se producían gracias a los estímulos que recibía. Su interior era una fiesta de sensaciones.

Es obvio decir que su coño estaba empapado. Latía con tanta fuerza que ella incluso pensó que no podría aguantar más y terminaría por gritarle que le poseyera.

La destreza de las caricias de Erik era tal que Andrea no se percató que él la desnudó por completo. Sólo faltaban los jeans y las zapatillas.

Escuchó cómo desabotonó el pantalón y cómo estos cayeron sobre sus pies. Los brazos de ella lo rodearon por el cuello. Se desprendió de lo último que le quedaba en el cuerpo y lo miró a los ojos. El mensaje fue claro.

Erik la depositó en la cama con sutileza y procedió también a quitarse lo que tenía puesto. Andrea estaba embebida por el cuerpo caliente que estaba sobre ella. Fue así hasta que miró la estampa de ese hombre.

La piel morena era reluciente y sin imperfecciones, los pectorales y los abdominales marcados, los muslos fuertes y las piernas anchas. Sus brazos estaban apoyados sobre la cama y enmarcaban el rostro de Andrea.

La boca de él fue directo al cuello de ella, finalmente sintieron el roce de sus pieles que se mezclaban entre sí.

Ella abrió las piernas para recibirlo, inmediatamente sintió el roce de su pene contra su coño caliente. Continuó haciéndolo hasta por un buen rato. Aquella táctica, por supuesto, fue intencional. Erik buscaba con esto tentar aún más a Andrea, pretendía empujarla hasta la desesperación.

La excitación era tal que los ojos de Andrea se llenaron de lágrimas. Estos estaban entreabiertos y apenas podía verlo porque ella estaba flotando en una nube de emociones. Se aferró a la cama con ambas manos y siguió gimiendo. Esas chipas de calor, de electricidad, se propagaron por todo el cuerpo.

En ese instante, cuando pensó que era imposible atravesar otra frontera que fuera más allá de lo que estaba experimentando en ese momento, la lengua de Erik acarició el clítoris. El resto de su boca, succionó los labios vaginales, con el fin de degustar esos deliciosos sabores y fluidos.

Apenas dio la primera lamida, Andrea exclamó un fuerte alarido. Tan fuerte que pensó que podría pasar la barrera de las paredes. Pero luego se olvidó de eso, olvidó ese detalle mínimo porque él volvió hacia ella con gran decisión.

Esa lengua se movió rápido y con violencia, daba vueltas, giros, entraba y salía con rápidamente. Andrea no pudo creer que alguien la arrastrara a la perdición de esa manera.

Erik se encontró más que a gusto entre esas piernas gruesas y deliciosas. Sus manos apartaron un poco de esas carnes para tener vía libre para ir más adentro de ella. Lo hacía tan salvajemente que se escuchaba a sí mismo. Por lo general, no le prestaba atención.

Cada roce, cada lamida, lo acercaba más a ella, a ese mundo complejo que era Andrea. De vez en cuando le dirigía una mirada para saber cómo lo estaba llevando. ¿Conclusión? Iba bien. Mucho más que bien.

Empezó a sentir dolor en el cuello y parte de los brazos. Relajó un poco estos últimos y trató de limitar el movimiento a la boca pero se le hizo complicado. Así que se mantuvo un poco más allí hasta que se incorporó.

Andrea abrió los ojos apenas él se detuvo. Lo vio sobre ella, sonriéndole, mirándole con descaro. Ese mismo que le parecía tan atrayente, tan sensual. Se puso a la altura de su rostro y le dijo, mirándola sin pestañear.

-Sabes delicioso.

Ella se excitó aún más. Mientras, Erik se puso de pie. Andrea aprovechó para verle la espalda, los glúteos y el pene. Este último no lo pudo detallar bien porque justo allí, la mano de él fue a parar a su cuello. La sostuvo con fuerza y pudo notar una actitud muy diferente. Sin embargo, no le pareció incómoda, más bien... Le excitó.

-Arrodíllate y chúpalo.

Andrea, húmeda y desesperada, asintió como una niña buena. Al fin tuvo la oportunidad de verlo de cerca. Tal como deseaba.

El glande de Erik tenía un tono rosáceo. La forma era grande y la superficie estaba brillante gracias al flujo pre-seminal. El cuerpo era grueso, no tan largo pero sí repleto de venas. Andrea las palpó suavemente, como si estuviera fascinada por ellas. Erik, mientras, la veía entre divertido y excitado.

Sus dedos siguieron explorando ese miembro que debía producirle sensaciones gloriosas, así pues que se apresuró en lamerlo. Primero rozó su lengua en la punta, hasta concentrarse allí un buen rato.

Sus labios descendieron hasta que el glande quedó completamente dentro de la boca. Poco a poco, Andrea se lo introdujo hasta que lo logró. No hizo movimiento alguno, a ella también le gustaba jugar.

La mano de él situó sobre su cabeza y haló un poco el cabello corto. El largo fue suficiente para apretar con fuerza. Entonces él tomó el control de ella, de los movimientos que haría y de la intensidad de los mismos.

Andrea le dio una última mirada antes de comenzar con ese vaivén

delicioso. Al hacerlo, sintió los relieves de ese pene, la humedad y la excitación que tenía Erik. Incluso le llegó escuchar unos cuantos quejidos, los cuales, le hizo sentir orgullosa de sus talentos.

Cuando se cansaba de chupar, dejaba que sus manos tomaran su lugar. Sus dedos acariciaban el glande y la palma abrazaba el resto del cuerpo. Gracias a que el pene estaba mojado por el flujo de él y por la saliva de ella, masajeaba y presionaba con fuerza.

Hubo un punto en que conjugó los movimientos de su mano con las succiones que hacía su boca en el glande. Erik sintió que las piernas le iban a fallar en cualquier momento.

Quiso quedarse allí, quiso dejarse perder entre las sensaciones que ella le regalaba con tanto gusto pero no. La detuvo colocándole la mano de nuevo en el cuello. Le apretó nuevamente e hizo que se levantara con suavidad. Cuando ella finalmente se puso de pie, la acercó hacia sí y la besó con fuerza. De hecho, le mordió los labios y hasta se los rompió un poco.

El dolor y el olor de la sangre no asustaron a Andrea, más bien la colocaron en un modo especial. Se quedó esperando que él le diera más órdenes. Erik supo leer las intenciones que demostraban sus ojos.

-Contra la pared. No. Dándome la espalda. Bien, buena chica.

Instintivamente, ella arqueó la espalda para exaltar las formas de su culo. Grandes, firmes, duras. Erik no aguantó la tentación y le dio una nalgada. Ella gimió y giró su cabeza para darle a entender que siguiera. Él sonrió maliciosamente y continuó con los impactos. Probó con todo tipo de ritmos e intensidades.

Ese par de deliciosas nalgas se volvieron de un color rojizo con diferentes tonalidades. En unas zonas eran rosadas y otras más intensas. Incluso pudo deleitarse con la figura de su mano estampada. Volvió a imprimirla sobre la piel para que ella recordara que él era el que mandaba.

Estuvo admirándola por un rato hasta que comenzó a rozar su pene entre los labios de su vagina. Mientras lo sostenía, pudo sentir la firmeza de su carne, la dureza que tenía producto de la excitación.

Tomó un poco de aire para controlar los impulsos que sentía. Sabía que, de lo contrario, alguna reacción acabaría pronto con lo que estaba haciendo y esa no era su intención.

Respiró un poco más y se sostuvo de las caderas de Andrea. La suavidad de ese contacto le hizo perder de nuevo la razón y no se resistió más. Comenzó a follarla con fuerza desde esa posición.

Ella, por suerte, contó con el soporte de la pared porque de lo contrario, era seguro que se desvanecería en cuestión de minutos. Estiraba o flexionaba los brazos. Gemía sin parar gracias a las embestidas de él que no cesaban. Sentía las manos de Erik sobre ella, como queriéndole traspasar la piel.

Le pareció impresionante que fuera que ese hombre pusiera tanto empeño, tanta fuerza sobre ella y que, a su vez, lo resistiera bastante bien. Estaba hecha para esto.

Más embestidas también significó más nalgadas. La mezcla de ambas cosas le producía un sinfín de sensaciones. Su vida cobró sentido en ese instante. Había esperado demasiado pero tuvo su recompensa.

Siguió follándola hasta que sintió que la sangre le corrió por el cuerpo a toda velocidad. Erik la volvió a tomar del cuello e hizo que se arrodillara. Andrea tenía las mejillas encendidas, la frente y el pecho, sudados y la agitación que la hacía respirar con fuerza.

Desde esa posición, le introdujo su pene con fuerza, hizo que se lo metiera todo en la boca. Ella hizo unas cuantas arcadas pero soportó muy bien el tenerlo allí. Procuró empapar con su saliva aquel miembro grueso y delicioso.

Intentó mover el cuello para chupárselo con más arte. Él se lo permitió y dejó que luciera todas sus habilidades. Se reclinó un poco sólo para verla mejor y de verdad que esa imagen le produjo cualquier cantidad de sensaciones. Estaba a punto de reventar.

Cuando el orgasmo estaba por manifestarse, la sujetó con fuerza por el cabello y la miró a los ojos. Hizo que se detuviera en su glande para que chupara con más fuerza hasta que por fin eyaculó sobre su cara y labios. Fue una sensación tan intensa que gimió y rugió como un animal.

El esperma se esparció por hasta en los rincones más hermosos de ese rostro que demostraba una gran excitación. La lengua de Andrea se paseó hasta por donde pudo para saborear el regalo que él le había dado.

Se relamió un par de veces más hasta que sintió las manos de Erik que la tomaban para colocarla sobre la cama. Le abrió las piernas con fuerza y colocó su cabeza entre ellas. Cerró los ojos y se concentró en comerle el coño con salvajismo, ese mismo que le caracterizaba como el Dominante que ella.

Mordió los labios vaginales, el clítoris y succionó sus fluidos. Al final, su boca se apostó sobre ese punto de placer con el objetivo de hacerle retorcerse en sí misma. Ella sostuvo las sábanas entre sus manos hasta que todo se apagó de repente.

Sus ojos quedaron consumidos por una oscuridad absoluta, una que no le

produjo miedo sino más bien un placer indescriptible. Supo que emitió un grito porque, al salir de ese umbral, llegó a escuchar el último rastro de esa manifestación.

La tensión de su cuerpo desapareció y se dejó vencer por el cansancio de ese conjunto de sensaciones. Permaneció en esa galaxia. Deseaba quedarse allí por mucho tiempo.

Con rapidez, Erik fue al baño para buscar unas cuantas toallitas y limpiar a Andrea, quien todavía se encontraba en una especie de trance. Al verla así, tan deliciosa y dormida como una ninfa, procuró darle el espacio y el descanso que merecía.

Observó con más detalle los rastros de sus manos por su cuerpo. La piel morena de ella, brillante y suave, contrastaba con las impresiones que él le produjo. Volvió a sonreír.

Regresó para botar los desechos y para refrescarse un poco el rostro. El agua fría pareció regresarlo a la realidad porque se quedó mirándose a sí mismo al espejo. Estaba impresionado por el aspecto que tenía. Estaba colorado, sudado y emocionado. Una emoción que trató de reflexionar pero no encontró una verdadera razón.

Un poco más de agua y de tranquilidad, le hicieron concluir que era ella quien le producía eso. Inesperadamente, esa idea de arrastrar a Andrea a un mundo de placer desconocido, también trajo como consecuencia el que él experimentara algo que hacía mucho no sentía. El estar cómodo ante la compañía de una mujer después del sexo.

Erik era un hombre indiscutiblemente muy sexual pero también desprendido para las relaciones. Saltaba de una a otra porque adoraba la compañía de una mujer atractiva pero lo cierto era que muchas veces no se permitía ser como era. Se escondía tras la fachada de galán irresistible, de soltero cotizado.

Dejó un momento la reflexión para acercarse a Andrea. Quería asegurarse que ella estuviera bien. Apenas rozó su mano sobre su mejilla, ella abrió lentamente los ojos, como despertando de un plácido sueño.

-¿Qué... Qué ha pasado?

-Creo que tu orgasmo fue un poco intenso y quedaste, pues, inconsciente. ¿Estás bien? ¿Cómo te sientes?

Ella trató de incorporarse pero olvidó que ese torrente de emociones era algo nuevo por lo que tuvo que tener cuidado.

-Me siento bien pero creo que estoy un poco mareada.

Él fue directo a la mesa y tomó un platito. Le puso un par de fresas, trozos de duraznos y un par de piezas de sushi.

-Ven, come un poco. Te sentirás mejor.

-Gracias...

Unos cuantos bocados fueron suficientes para que le regresara el color a las mejillas a Andrea. La sonrisa de satisfacción después de comer el alimento, también le generó una sensación de bienestar.

-Nunca experimenté algo así. ¿Es normal?

Tuvo un poco de timidez cuando hizo la pregunta. Especialmente, porque estaba frente a alguien que tenía mucha experiencia al respecto. Quiso amortiguar el efecto comiendo un trozo de sashimi en silencio.

-A ver, lo que tuviste se llama Petit Morte. Sucede justo en el orgasmo. Tu mente y cuerpo se desconecta y, digamos, “mueres” por unos segundos o muy cortos minutos. Luego reaccionas. Como pasó hace poco. –Al terminar, se sentó junto a ella- No debes sentir pena ni vergüenza de no saber. Es más, es genial que preguntes. Puedes preguntarme lo que quieras.

-¿Tienes algún secreto?

La respuesta le cayó como anillo al dedo.

-Sí, de hecho. En el sexo soy alguien que no le gusta demasiado lo convencional. ¿Sabes a lo que me refiero?

-No... Realmente no.

-A ver. Supongamos que las cosas se dividen en dos. Aquellos que prefieren el sexo vainilla y los que no. Ya, ya te explico es de “vainilla”. Se refiere al sexo normal, común y corriente. Tu abajo y yo arriba o viceversa y sin tantas complicaciones. Un par de minutos y listo.

De repente, se le vino a la mente, todas esas veces en las que tuvo relaciones. Se percató que todas eran así. Aburridas.

-... Eso no quiere decir que esté mal. Son preferencias nada más. Lo que no es vainilla forma parte del mundo de BDSM. Las siglas se refieren, básicamente, a sumisión, dominación, masoquismo, sadismo. Sin embargo es una palabra que incluye muchas más, como el fetichismo. Hay tantas vertientes que te sorprenderías. Es todo un mundillo.

-Vaya... ¿Cómo es una relación de dominación y sumisión?

-Eso depende de las personas que estén involucradas. Pero la condición es que el sumiso o sumisa debe entregarse por completo ante su Amo o Ama, ya que esta es la persona que tomará el control de las emociones y sensaciones. Marcará la pauta de las sesiones y un largo etcétera. Cabe decir, que lo que

hagan forma parte de un acuerdo ya establecido. Por eso es muy importante que establezcan los términos y condiciones. Así se evitarán los malos ratos.

-¿Qué tipo de Dominante eres?

Andrea estaba demostrando tener más seguridad en sus palabras, así que no temía en saber un poco más.

-Pues, me gusta controlar mucho y humillar también. Adoro torturar pero está claro que eso depende de a quién se lo hagas. No creo en la dominación mental, es un absurdo ya que le restas sentido a la relación. Pero eso es una opinión personal.

-Entiendo...

-¿Cómo te sientes con lo que te acabo de decir? Si no lo has notado, he confesado algo muy delicado.

-¿Por qué?

-Siento mucha confianza contigo. Además, tengo el leve presentimiento que sé que te gustará mucho esto. ¿Te gustaría probar?

Por un instante, Andrea quiso echarse para atrás. La costumbre de huir a todo dar, era una costumbre que todavía albergaba. Pero esta vez era diferente, el hombre que tanto le gustaba le insistía que probara algo diferente. Sabía que contaría con su asistencia así que no estaría a la deriva. También tuvo el presentimiento que todas esas experiencias la cambiarían para siempre.

-Sí... Claro que sí.

Él sonrió ampliamente y dejando entrever que maquinaba un sinfín de cosas.

-Vale. Primero lo primero. Tenemos que hablar de aquello que no nos gusta y que queremos como límites.

-¿Qué quieres decir?

-Los límites son aquellas cosas que no quieres que formen parte en la sesión ni en la actividad sexual. Es algo que se toma muy seriamente porque, de infringir esa norma, es suficientemente válido para la sesión termine, incluso la relación. Sí. Se han visto casos de casos.

-Vale. Suena importante.

-Lo es. Así pues, dime, ¿qué no te gustaría incluir?

Andrea tardó un poco en responder pero luego pudo hacerlo. Él también le compartió algunas cosas y quedaron de acuerdo con los términos.

-¿Te sientes satisfecha? –Preguntó él sin dejarle de mirarle los pechos.

-Sí. Creo que está todo bien.

-Vale, entonces creo que nos podemos concentrar en otra cosa.

Se levantó por un momento y caminó en dirección a su ropa. Levantó el saco y sacó del bolsillo interno una cuerda no muy larga. Era de color negro y de grosor fino. A pesar de la distancia, Andrea pudo apreciar que brillaba un poco, así que asumió que era suave al tacto.

-Quiero que probemos con esto ya que, verás, me gusta mucho, mucho amarrar y me encantaría a que ti también... Si sabes a lo que me refiero.

Como si hubiera producido un clic en su cerebro, ella extendió los brazos sobre la cama hasta que quedaron por encima de su cabeza. En su mirada era fácil percibir que estaba dejándose por él, deseaba que él tuviera el control de su cuerpo.

Erik le pareció que ella le leía la mente, así que no tardó demasiado en ir hacia ella y amarrarle las muñecas. Le hizo un nudo delicado para que se sintiera cómoda con la sensación.

-Avísame si lo sientes bien así o si quieres que te suelte.

-No, me gusta. Me gusta mucho.

Y de verdad así era. El roce de la cuerda sobre su piel y la firmeza de los nudos que él le hizo, le produjeron que una excitación como nunca había sentido. Incluso cerró los ojos en todo momento como una forma de darle a entender que realmente confiaba en su criterio. Quizás, después de todo, su destino era convertirse en sumisa y nada mejor que recibir el cuidado y la guía de un Dominante como él.

Luego de amarrarla, Erik bajó poco a poco sobre su cuerpo. Rozaba sus labios sobre el cuello, pechos y el torso. Descendió hasta encontrarse con ese punto divino, con su coño caliente y húmedo que esperaba ansiosamente por él.

Su boca, de nuevo se encontró con esos pliegues de carne y piel que lo volvían cada vez más adicto. Andrea mordió sus labios al mismo tiempo que se entregaba a las sensaciones que él le proporcionaba.

La comió, la devoró por completo. Sus manos se aferraron sobre sus muslos gruesos y su aliento envolvió todo esa zona. Ella no paraba de gemir y los únicos intentos para sostenerle la cabeza o acariciarlo, fueron inútiles. Estaba inmovilizada, no sólo por los amarres sino también porque esos brazos de él también la sujetaban. Le adoraba ser objeto de su control y dominio.

Hundió más su cabeza entre las piernas porque estaba determinado en hacerle llegar. Quería saber cómo era aquella Andrea que explota dentro de su boca, cómo era cuando los sentidos no se apagaban sino que estaban allí.

Al tener los ojos cerrados, Andrea miraba imágenes que iban de un lado

para el otro, algunas sin formas y otras sí. Se conjugaban entre sí, bailaban, se movían lento. A veces incluso parecía ver como especies de fuegos artificiales que se expandían en la oscuridad de su mente.

Asimismo, sus sentidos también se elevaban como si flotaran por los aires. La extrema emoción y hasta ciertos picos de dolor y ardor, parecían convivir dentro de su ser sin mayor problema. Aferró entonces sus manos sobre las cuerdas y la piel que pudo sostener. Continuó navegando en ese mar de emociones.

De repente, las lamidas de Erik se volvieron más rudas y salvajes, era obvio que quería que ella llegara al orgasmo, así que insistió un poco más. La presión que ejercía sobre su clítoris y labios gruesos, le parecieron que tenían el resultado que buscaba. La expresión de ella se contraía y cambiaba.

-Córrete para mí... Ven...

Le dijo en una especie de susurro. Fue tan sutil, tan suave, que por un momento pensó que se trataba de una ilusión pero no, no era así. Entonces se dejó ser por completo. Soltó su cuerpo y mente, decidió que ambos fluyeran con las energías que sentía así que fue mucho más sencillo.

Los años de negación del placer, las veces en que se sintió inútil e incapaz de regalarse sensaciones deliciosas, el sentimiento de culpa de querer un poco más de lo que los demás querían para ella. Todo eso y más, quedó guardado y olvidado ya que su presente insistía que continuara ese camino, que siguiera con él, que se entregara a esa locura.

Sus piernas comenzaron a temblar salvajemente, así como sus brazos. La tensión regresó a su cuerpo como si previera que se encontraría con algo intenso... Y así fue. Él hizo una última lamida.

Esa fue suficiente para que Andrea gritara y estremeciera el silencio de ese gran espacio. Expulsó una gran cantidad de fluidos que terminaron en las manos, boca, lengua y rostro de Erik. Él se encargó de lamerlos por entero.

Esa oscuridad que conoció rato antes, volvió a ella pero un poco más fuerte. ¿Acaso eso era posible? Sin duda, para Erik no había límites al respecto.

Él se levantó poco a poco. Acarició su cuello porque le molestó un poco debido a la posición en la que se encontró por tanto tiempo. Mientras lo hacía, observó que Andrea todavía parecía encontrarse entre las mieles de la Petit Morte, así que fue al baño para volver a lavarse la cara.

Se tomó un poco más de tiempo la primera vez, básicamente porque el cansancio por fin le cayó sobre los hombros. El sueño y el esfuerzo de un

largo día de trabajo más el sexo intenso de hacía minutos, le dejaron tan exhausto que el agua fría era poco suficiente para hacerlo despertar un poco más. Sin embargo, miró su reflejo en el espejo y notó de nuevo esa alegría que tenía. Esa colección de sentimientos que desconoció y que le gustó.

Al regresar a la habitación, Andrea pareció que cayó en el sueño profundo así que procuró cubrirla con una sábana. Apagó las luces e inmediatamente ella se abrazó a la almohada, acomodándose.

Erik se acostó junto a ella. La observó un rato más hasta que poco a poco, sus párpados se rindieron ante el sueño.

VII

La mañana siguiente, Andrea estaba todavía abrazada a la comodidad de la almohada cuando Erik se despertó. Miró el Rolex que dejó sobre la mesa de madera y se fijó que eran las 7:00 a.m.

Después de suspirar, miró a su acompañante quien dormía plácidamente. Por un momento pensó en entregarse al sueño pero no podía. El día demandaba su máxima atención, así que se levantó con cuidado.

Podría despertarla y hacer que se vistiera para que se fuera antes, tal y como solía hacer con sus amantes de una noche. Sin embargo, Andrea le generaba una sensación diferente, como si tuviera que cuidarla y protegerla.

Fue hacia el baño, cerró la puerta con cuidado y abrió la ducha. Al poco tiempo, se dejó acariciar por el flujo de agua caliente y fría. Se apoyó sobre los brazos ayudándose de la pared y cerró los ojos. Vaya que sí quería volver a dormir... Pero junto a ella.

Al terminar, tomó la ropa del día anterior y se dispuso a vestirse de nuevo. Luego iría a casa o a la misma oficina para terminar de cambiarse y comenzar la jornada. Cuando quiso irse de allí, en ese último instante, la miró.

Se acercó a ella haciendo grandes zancadas y procurando el menor ruido posible. Le quitó un mechón de pelo que tenía en la frente y dejó una pequeña nota que escribió velozmente. Se volteó y se fue, dejándola allí, en el mundo de los sueños y el lujo.

Los ojos de Andrea se abrieron cerca de las 9 de la mañana. Cuando se percató de la hora, dio prácticamente un brinco del susto.

Miró para todas partes y se dio cuenta que estaba sola. Frotó su cabello por un rato, preguntándose qué había pasado hasta que vio una notita en el borde de una lámpara que estaba allí. La tomó entre sus dedos y la miró con curiosidad.

“Tuve que irme rápido, lo siento. Aquí tienen un excelente servicio de taxis, ya les pedí que apenas llamas, se encargarían de llevarte a donde quieras. Te llamaré pronto”.

La dejó de nuevo en donde la encontró y se levantó poco a poco. Como se sentía débil, trató de no hacer demasiada fuerza. Al dar unos pasos más allá de la cama, sobre la mesa central, se encontraba un plato nuevo de frutas y pan tostado. El café se veía recién hecho así que se lamentó un poco que la encontraran babeando sobre la almohada.

Tomó un sorbo y le pareció una exquisitez, así que bebió el resto y luego

se fue a tomar un baño. Por suerte, no tendría que vestirse con ropa de oficina, sino con la que tenía el día anterior. Se apresuró en vestirse aunque sabía que ya iba más que tarde para la oficina, ya no tendría sentido apresurarse porque no ayudaría en nada.

Así que se acercó de nuevo a la mesa, comió unas cuantas piezas de fruta y un poco del pan. Llamó a la recepción y bajó para esperar el taxi. Le echó un último vistazo de ese increíble lugar en donde se había quedado.

Esperó entonces en el lobby. En cualquier otra ocasión, se hubiera sentido extraña, como si no fuera sí misma pero resultó que fue distinto esa vez. No hubo impresiones de culpa ni de remordimiento. No se sintió mal porque hubiera amanecido sola en un lugar ajeno. Era como si fuera libre de alguna manera.

La llegada del coche y del aviso de uno de los chicos del valet, le indicaron que ya era momento de irse. Tomó el bolso y dio unos cuantos pasos.

-¿A dónde la llevo, señorita?

La pregunta le hizo dudar sobre la respuesta.

-El centro de la ciudad, por favor.

El hombre ingresó rápidamente la dirección en el GPS y se dispuso andar. Sintió una estación de pop-rock clásico. Andrea, mientras estaba en el asiento de atrás, apoyó la cabeza sobre el cuero suave y casi pensó que se quedaría dormida. ¿Qué tal si se tomaba el día libre? ¿Qué tal si por primera vez rompía con todas sus reglas?

Tras pensarlo mucho, Andrea decidió que iría a la oficina. El deber y la costumbre le ganaron. Sin embargo, presentía que la gente le haría preguntas sobre todo porque era una mujer de costumbres, sabían que ella era en extremo puntual y que estaba a un paso de vivir dentro de la oficina. Le resultó divertido pensar en lo que dirían sus compañeros de trabajo.

Se colocó un vestido, medias y tacones no muy altos. Quería algo práctico y sencillo, especialmente porque todavía estaba cansada y con sueño. Por suerte, el taxista le informó que recibió la orden de hacerle otro viaje así que tomó la palabra y fue con él a la oficina. Al menos se ahorraría la pesadez de esa rutina del subterráneo.

Llegó a las puertas del edificio con la sonrisa en el rostro. El gesto le sorprendió al vigilante que se encontraba en las puertas e incluso a los recepcionistas. Sin duda, aquello quería decir que estaban acostumbrados a verla con una actitud mucho más gris y agria.

Ella caminó por la cerámica lustrada con orgullo y alegría. Andrea sintió

que su andar estaba soltándose a pesar del condicionamiento que adquirió hacía años antes, al hacerlo con la espalda doblada.

Marcó el piso y llegó con la misma actitud. Los grupos de empleados la miraban con sorpresa y curiosidad. Tenía algo muy diferente a lo de siempre.

Llegó a su oficina y se apresuró en tener todo en orden. Luego se encargó de avisarle a su jefe que se encontraba allí. Le inventaría alguna excusa así que no le prestó demasiada atención al asunto. Respondió algunas llamadas, anotó unos cuantos encargos y salió para encontrarse con su jefe.

Al tocar el vidrio de la oficina, miró que este abrió mucho los ojos. Pareció que estaba sorprendido de verla.

-Hola, Andrea... Vaya, estábamos preocupados por ti, ¿cómo estás?

-Hola, señor. Pues, bien. Me ausenté varias horas porque no me sentía muy bien. De hecho, ni pude comunicarme con usted debido al malestar.

-Vaya, ¿pero estás mejor? ¿No prefieres ir a casa?

-No, señor. Ya me encuentro bien.

Joseph permaneció incrédulo pero decidió confiar en la palabra de ella, así que le encargó varias tareas. Esto también serviría para determinar si su estado de salud estaba delicado. Tampoco quería que su mano derecha se volviera más débil.

-Bien, me pondré manos a la obra.

-Eh, Andrea. Si te sientes mal, no dudes en decírmelo. Podemos dejarlo para otro momento.

-No se preocupe, señor.

Ella salió del lugar como si no hubiera pasado nada. Por dentro, era otra cosa. Sentía que había cometido el máximo acto de rebeldía y que, por si fuera poco, se salió con la suya. Volvió a sentarse sobre su silla, encendió la computadora y se dispuso a teclear como si fuera un día cualquiera, con la única diferencia de que se sentía mejor que nunca.

A varios kilómetros de allí, un Erik pensativo estaba solo en su oficina y a punto de tomar una decisión importante para él.

Dio unos pasos hacia el ventanal que tenía frente a sí y se concentró en los diminutos coches que se veían desde las alturas. Eran como juguetes para niños.

La idea le dio vueltas en la cabeza durante varios días. Pensó tanto que hasta dedujo que sus neuronas se quemarían. Al final, se percató que no había nada más que analizar, la respuesta la tenía frente a sus ojos así que sólo le restaba darle el ejecútese. Ya no quería darle rodeos.

VIII

“¿Qué tal si nos vemos para cenar? Tengo algo importante que decirte”.

Ese mensaje le produjo cierta ansiedad a Andrea pero también emoción. Pensó que la mejor opción era esperar a que se encontraran y listo. Pronto saldría de dudas.

Como no quiso repetir la misma situación de la primera vez que salieron a solas, se preparó de la mejor manera posible. Peinó su cabello como en la fiesta de Navidad y se colocó un vestido de flores porque el verano era más que evidente, así que usar algo fresco y ligero no parecía tan mala idea después de todo.

Se colocó unas sandalias trenzadas de color plateado, las cuales resaltaban su color de piel y se pintó los labios de rojo porque sabía que resaltaban la forma sensual de su boca. Miró su reflejo y se sorprendió del cambio que tuvo en los últimos días. Erik le había hecho sentir más segura de sí misma, por lo cual se atrevió a experimentar un poco más su lado femenino.

Después de terminar, se asomó por la ventana y miró el coche de él. Así que apagó las luces, tomó un bolso pequeño y un chal ligero y salió con animosidad. Tenía el presentimiento que las cosas cambiarían aún más drásticamente.

Él vestía unos pantalones vaqueros y una camisa blanca arremangada, más unos tenis. Aunque prefería los trajes, no estaba mal cambiar las cosas de vez en cuando. Esperó a Andrea hasta que la vio salir. El vestido de flores la hizo ver más suelta y confiada, cosa que le encantó. Por si fuera poco, pudo ver algunas marcas que le hizo un par de días atrás. Ella las mostraba con orgullo.

Al encontrarse, se dieron un largo beso y se subieron al coche. Cuando Erik tomó la palanca de velocidades, se sintió nervioso como nunca.

Pisó el acelerador y anduvo por las calles de la ciudad con rapidez. Bajó la velocidad cuando se acercaron a una calle repleta de restaurantes. A pesar de ser día de semana, había un montón de gente que iba de aquí para allá.

Aparcó y bajaron frente a un restaurante con aspecto bastante informal. Andrea se sintió un poco más cómoda al respecto ya que no hubo necesidad de lujos extremos.

Se trató de una especie de bar de baguets. Había una larga barra en donde se podían ver los ingredientes para maridar el bollo de pan, más un par de mesas que estaban puestas sobre la pared. Aunque era un espacio pequeño, se sintió agradable estar allí.

Tomaron una mesa y se sentaron. Erik revisó el corto menú y fue a comprar. Andrea estaba nerviosa porque él se mostró el completo silencio durante el camino. ¿Le esperaba una mala noticia? De ser así, trató de no preocuparse demasiado ya que estaba acostumbrada a recibir noticias desagradables.

Él regresó con un par de platos de cartón más unas latas de Coca-Cola fría. Se sentó finalmente frente a ella.

-Este es otro de mis lugares favoritos. Sé que es ir de un extremo a otro pero estoy tratando de probar que soy un hombre encantador.

Ella sonrió y se llevó el primer bocado del baguel con queso crema y salmón. Cerró los ojos al probar el placer de lo que comió. En ese instante, Erik aprovechó el momento para tomar aire y decirle lo que tanto había pensado.

-¿Te gustaría ser mi sumisa?

-¿Era eso lo que me querías preguntar?

Él pareció sorprendido.

-Sí.

-Pues, pensaba que ya lo era.

Respondió con tanta tranquilidad y naturalidad que se quedó perplejo. Luego, se espabiló porque recordó que tenía una pequeña caja guardada en el bolsillo.

-Vale... Entonces creo que es hora de darte esto. Sé que quizás es un poco apresurado pero me parece que no hay que esperar demasiado.

Ella abrió bien los ojos y tomó un sorbo de la gaseosa para despejar la garganta. Erik buscó la caja rectangular y compacta. La abrió y dejó que Andrea observara el contenido de ese pequeño objeto. Le pareció ver una pulsera de color plateado.

-¿Qué te parece?

-Es hermosa.

El diseño sencillo y minimalista de la prenda, le hizo ver que Erik tenía ciertamente muy buen gusto.

-Verás, en el BDSM, cuando un Amo y su sumisa establecen el contrato y luego de cierto tiempo para probar si hay química y esas cosas, el próximo paso es establecer que la relación vaya a otro nivel. Cuando eso sucede, se formaliza mediante un collar.

>>>Los más ortodoxos toman este accesorio y lo imponen a su sumisa pero otros, como yo, no somos tan literales y preferimos interpretar esto de una

manera más libre. En este caso, una pulsera. Aunque puede ser cualquier cosa, lo que importante es que quede claro el compromiso que adquieren los dos. Un compromiso que requiere de responsabilidad y dedicación.

Andrea estaba sin poder decir palabra. Esa respuesta de ese hombre le había dejado en el sitio. Al principio tomó toda la situación con ligereza pero se percató que para Erik se trataba de un asunto mucho más serio. Le miró los ojos azules y el pequeño fruncido que hacía con su boca cuando hablaba seriamente.

Ella estiró una de sus muñecas, haciéndole entender que le pusiera lo que sostenía esa caja. Erik lo hizo y le gustó ver el accesorio en su muñeca, así como la sonrisa de ella de satisfacción. Tenía esa misma expresión que tienen los niños cuando descubren algo nuevo y que eso mismo les produce emoción. Era una mirada que le recordó lo mucho que le gustaba ser Dominante.

Así pues que se dedicaron a comer y a beber con tranquilidad. El nerviosismo de Erik desapareció por completo así que fue obvio que se relajó lo suficiente como continuar la conversación sobre cualquier tema. Andrea, en su interior, estaba entusiasmada por lo que el futuro le preparado.

Por otro lado, Erik mientras hablaba sin parar, decidió que ya era hora de que Andrea conociera un poco más sobre sí mismo.

IX

Después de pasar un par de horas hablando, Erik se levantó.

-Es momento que conozca mi casa.

-Vale.

Se levantaron y fueron hasta el coche, Andrea supuso lo que vería así que fue ella ahora la que estaba comenzando a sentirse nerviosa.

Fueron por unas cuantas calles hasta que se adentraron a una zona exclusiva. Las casas, edificios y mansiones ostentaban lujo a todo dar. Jardines prolijos, calles y aceras limpias, impolutas. Los coches aparcados a los costados, parecían ser de marcas sólo accesible sólo por ricos y famosos. Los postes de luz parecían iluminar lo más hermoso de la arquitectura de la ciudad.

Poco a poco, el coche de Erik disminuyó la velocidad hasta que aparcó en una casa de tres pisos. Después de sentir una gran impresión, ella se preguntó qué haría alguien con una casa de tales dimensiones y más si vivía sola. Eso formaba parte de las grandes incógnitas que más tarde le encontraría respuesta.

Tuvo la amabilidad de abrirle la puerta para que saliera. La entrada resultó ser mucho más espectacular de lo que observó desde adentro del coche. El garaje estaba abierto por lo que pudo mirar la colección de coches y motos. Todos con estilo clásico. La gran puerta de madera, era más alta y ancha del común por lo que infirió que fue hecha con la intención de darle un acento más moderno.

Él introdujo una clave en un pequeño tablero e inmediatamente se abrió la puerta. Unas cuantas luces del recibidor se encendieron con una intensidad tenue por lo que fue suficiente para observar el espacio que tenía ante sus ojos.

Era una gran sala con forma elíptica y rodeada de altísimos ventanales enmarcados con bordes de metal. El exterior era un hermoso jardín con unos cuantos muebles sencillos. La escalera que llevaba el piso superior, fue lo otro que le llamó la atención a Andrea.

Erik, dejó las llaves y fue directo hacia donde ella estaba. Se le abalanzó como si fuera una presa y en seguida comenzó a llenarle de besos. Apostó su boca en el cuello mientras que sus manos se dedicaron a quitarle la ropa. Eso no le costó demasiado trabajo, gracias a que ella sólo tenía un vestido así que apenas pasó tiempo para que sus dedos rozaran esa deliciosa extensión de

piel.

Andrea no tardó demasiado para que se rindiera ante la excitación. Pero, siendo sincera con ella misma, ya lo estaba, incluso antes de verlo. Sencillamente le producía demasiado morbo la sola idea de él, de estar con él, de besarlo, de pertenecerle las veces que quisiera.

Los gemidos que exclamaba su boca era gracias a las caricias que Erik le producía en su cuerpo. Se dio cuenta el mismo tiempo que había desperdiciado tiempo valioso con gente inútil que sólo la utilizó para satisfacerse a sí mismas, así que cada momento que tenía con él, era invaluable.

Poco a poco quedó desnuda y fue la oportunidad de Erik para que entraran en calor.

-Espera un momento.

Ella asintió y se quedó de pie, entre la desesperación y la duda. La sombra de Erik se extendió sobre el suelo por lo que le dio a entender que él estaba cerca, así que lo miró de frente y se dio cuenta que traía consigo una cadera unida a una cinta de cuero negro. Al llegar a ella, él le volvió a dar una orden.

-Arrodíllate.

Lo hizo sin chistar, como si su mente y cuerpo lo hubieran hecho así desde hace mucho tiempo.

Él se encargó de colocarle el curioso objeto. Estando así, Andrea se percató que la cinta de cuero era para su cuello y el resto de la cadena, sería maniobrada por él a través de sus manos.

Cuando se encontró conforme con la imagen, Erik se colocó frente a él y la hizo gatear por el gran espacio. La guió por las escaleras. Pasaron un piso y después otro. Con cuidado, las manos y rodillas de Andrea conocieron lo que era ser una esclava, lo que era entregarse a su Amo sin reclamar, sólo obedecer.

Finalmente llegaron a un oscuro pasillo. En él, Andrea sólo observó dos puertas. Recordó las dimensiones del último piso y asumió que se trataría de un par de habitaciones bastante amplias.

Erik se detuvo y avanzó solo hasta la puerta más lejana, él quedó consumido por la oscuridad de ese lugar hasta que después se reunió con ella. Haló de la cadena y los dos se adentraron en una de las habitaciones.

Ella se quedó quieta mientras él buscó el interruptor de luz. El clic fue lo que interrumpió el silencio. Como supuso, la habitación era grande pero estaba rodeada de ciertos muebles extraños y pocos comprensibles para ella.

No reconoció nada salvo por el bombillo que tambaleaba en el techo y la cama que estaba en el medio, iluminada por esa brillo blanco.

Erik se aproximó y le hizo colocarse de pie. Se acercó a su rostro y la besó con fuerza, mordió sus labios y hasta chupó su lengua.

-Este es el lugar en donde puedo ser yo, siempre.

Tomó un extremo de la cadena más cerca de la cinta de cuero. Andrea sintió otro jalón ya que la intención de Erik era mostrarle ese mundo que él construyó de a poco.

-Estos son los látigos... Y estas las cuerdas. Como verás, me encanta hacer amarres. Estos de aquí son consoladores, arneses... Pedí que hiciera uno a tu medida así que espero que lo uses pronto, si te portas bien.

Se acercó a su cuerpo desnudo y la miró como si estuviera poseído por alguna fuerza sobrenatural. Volvió a besarla con agresividad y llevó su mano a su coño que ya estaba palpitando con una increíble energía.

-Así... Así es que me gusta, mi pequeña puta. Mi pequeña ramera.

Las palabras de Erik le retumbaron en el oído de ella. Hicieron eco sobre su cabeza y se esparcieron sobre el resto de su cuerpo como si quedara empapada de él. Cerró los ojos y gimió un poco.

Jaló de nuevo y así fue cuando ella conoció la curiosa cruz de San Andrés, vio unas cuantas cajas de madera, más látigos y un mueble de madera sencillo a un costado de la pared. También había un baño. Sin duda, muy conveniente.

-Tengo muchas ganas de que disfrutemos mucho. Si supieras que no sé por dónde comenzar contigo. Me siento como un niño de lo emocionado que me tienes. Pero siempre concluyo en lo mismo, en destrozarte, en arrancarte la piel y en quedarme con todo lo que eres. Sólo para mí.

-Hazlo. No lo dudes más.

-Pequeña, pero si nunca lo he dudado. Sólo estoy cumpliendo con mi deber de decírtelo.

Inmediatamente la llevó hasta la cama. La dejó sobre esa superficie pero de rodillas. Él se incorporó pero hizo que ella se sentara sobre su cara. Andrea sintió un poco de miedo debido al ancho de sus piernas, no quería hacerle daño.

-Ven...

Insistió con esas suaves palabras hasta que Andrea accedió. Las manos de Erik se sostuvieron en sus caderas y ella, lentamente, descendió hasta que su coño quedó justamente en su boca. Apenas terminó, él comenzó a devorarla como esa vez en el hotel.

Lo más interesante del caso, es que él, a pesar de estar concentrado en la faena de darle placer a través de su boca y lengua, con una de sus manos todavía sostenía parte de la cadena de metal. Así que también regulaba un poco la respiración de ella y hasta jugaba con jalones.

Para Erik quedó claro que esos sabores habían calado sobre su cuerpo y su mente. La suavidad de las carnes de Andrea, así como ese flujo divino que salía de ella cuando se excitaba. Quería asegurarse de beber y comer de ella. Era un hambre que no se calmaba nunca.

Gracias a esa posición, su cuello descansó aún más por lo que pudo mantenerse allí por un largo rato. Andrea pensó que faltaría poco para desvanecerse pero, cuando parecía que sí, Erik se encargaba de jalar la cadena o de enterrar sus manos sobre esos muslos para hacerla reaccionar. Era un claro mensaje de que, al final, ella tendría que doblegar su desesperación. Su voluntad ahora era la de él.

Aunque podría quedarse allí toda la noche, Erik no quiso quedarse con una sola cosa, así que se levantó y Andrea quedó sobre la cama, acostada. Él comenzó a desvestirse, a dejar las prendas de ropa y a dejar visible ese cuerpo glorioso.

Sin importar las veces, Andrea siempre encontraba algo nuevo para quedar prendada de él. Era un hombre cuya belleza resultaba aplastante para cualquiera. Se sentía como la mujer más afortunada del mundo.

Erik tomó su pene entre sus manos y comenzó a masturbarse, le gustaba hacerlo frente a ella porque observaba que en su mirada, se leía la ansiedad de tenerlo en su boca. Estuvo un rato así y, como estaba de buen humor, jaló de nuevo la cadena, hizo que se arrodillara y le colocó el pene entre sus labios.

-Chupa. No, no. Sólo tu boca.

Bajó el pene hasta sus labios y hasta le dio unos cuantos golpecitos en ellos. El glande estaba empapado de líquido preseminal. Le gustaba ver cómo los hilillos de su flujo pintaban los labios de esa mujer. Aunque Andrea tenía poco tiempo en esa posición, algo desesperó a Erik. La volvió a levantar la llevó hacia esa curiosa cruz de madera.

La posicionó dándole la espalda a él, la sujetó con los amarres que estaban unidos a la estructura y se incorporó. Se echó el cabello para atrás, respiró profundo. Se percató que su pecho latía con fuerza.

Aunque su misión era llevarla a ella a las profundidades del placer y la lujuria, pareció que Andrea también hacía lo mismo con él. Gracia a sus gemidos, a su piel, a sus expresiones en ese rostro divino, cada cosa de ella lo

llevaba a un nuevo nivel.

Luego de tranquilizarse un poco, se acercó a un mueble en donde colgaba toda la colección de látigos. Había de cuero, látex e incluso de cuerda de cáñamo. Algunas de ellos también tenía puntas de metal por lo cual, era perfecto para causar más daño. Sin embargo, supo que aún no era momento de dejar libre su sadismo. Después tendría oportunidad para eso.

Tomó uno sencillo, cuyo material lucía bastante gastado y no era tan pesado al tacto. Se sintió satisfecho con su elección así que fue a donde estaba ella. A medida que se acercaba, escuchaba los gemidos y la respiración agitada de Andrea.

Observó sus nalgas prominentes y no se resistió. Le dio unas cuantas nalgadas e incluso las mordió. Les dejó estampados los dientes producto de la lujuria que ella despertaba en él.

Se agachó un momento y volvió a lamerla, a poseer su coño con su lengua. Ella volvió a gemir debido al placer que sentía y porque también le excitaban los amarres que impedían moverse libremente. En definitiva, había completado su transformación como sumisa.

Él se volvió a levantar y comenzó a darle latigazos en la espalda. Lo hizo despacio y con cuidado para no asustarla, para que se volviera adicta a ellos. Poco a poco, imprimió un ritmo más intenso. Los impactos fueron más fuertes y más intensos. La piel morena de Andrea, se marcaban por el cuero.

Esas zonas rojizas y rosáceas, además, no se limitaron allí, también se esparcieron por sus nalgas divinas y por los muslos gruesos. Incluso él se aventuró hasta las pantorrillas. Deseaba que todo lo que fuera de ella, quedara dominado y poseído por él. Más aún, que la gente lo supiera cuando la mirara.

Cuando sintió el cansancio en su muñeca, presintió que había sido suficiente. Así que soltó el objeto sin importarle que cayera al suelo. Se colocó detrás de Andrea, le jaló el cabello y le dijo muy cerca al oído.

-Apenas estoy comenzando.

La Sociedad B

Nueva Esclava en el Club Secreto del Amo Millonario

I

El vestido corto mostraba esas piernas gruesas que gracias al sol brillante de verano, resaltaban, luciendo relucientes y suaves. Cualquiera que pasara por allí, quedaba inevitablemente atrapado por la belleza de las mismas o por el rostro tranquilo de la mujer que estaba sentada en ese banco. Era pleno diciembre y el día estaba demasiado bonito como para no regalarse un paseo por ahí.

Lo cierto es que Andrea cambió muchísimo en los últimos días. De hecho, cree que las cosas dieron un giro de 180°. Algo que no se esperaba en lo más mínimo. Por supuesto que no se arrepentía, a ese punto era una mujer diferente y le gustaba tener esa sensación.

Cerró los ojos para sentir el calor del mediodía cuando de repente su mente la llevó a recuerdos muy intensos. Su cuerpo encadenado y siendo torturado, su entrepierna empapada de fluidos, sus nalgas con marcas de látigos así como sus piernas y espalda. Incluso sintió un poco de dolor al pensar en eso. Sin embargo, lo que más le gustaba eran esas palabras que él le gustaba tanto decirle:

-Mi pequeña puta, mi pequeña ramera. Eres mía, me perteneces.

El sonido de su voz tenía un efecto sumamente poderoso en ella. El calor del aliento de ese hombre sobre su oído, era un estímulo que la estremecía por completo. Así pues que sintió cómo su coño comenzó a mojarse violentamente, a palpar como si gritara su nombre desesperadamente.

Abrió los ojos y tomó un poco de la gaseosa que le sobró del almuerzo. Se puso los lentes de sol y respiró profundamente. Debía regresar al trabajo.

Tomó sus cosas y se levantó, comenzó a caminar con un andar sensual. Las caderas parecían emular el movimiento suave de las palmeras ante el viento. Incluso ella podía sentir cuando robaba las miradas de los otros. Sonreía para sus adentros.

Se detuvo en el paso peatonal mientras la luz estaba en verde. Los coches pasaban velozmente y la vida de la ciudad era más espléndida que nunca. En ese momento, ella recordó a su antigua yo y sintió cierta nostalgia.

Antes de sentirse como una femme fatale, la Andrea del pasado era una persona diferente. Vaya que sí. Era sumamente tímida en todos los aspectos posibles. Evitaba tener contacto con la gente para no sentirse incómoda o decir algo inapropiado. Solía vestir ropa gris y de colores tristes, tenía bolsas debajo de los ojos gracias a la falta del sueño reparador. Cada día de su vida parecía el mismo. Era interminable e insufrible.

Agachó la cabeza al verse a sí misma, en la sala de copiado con la expresión ausente ante las conversaciones de sus compañeros de trabajo que hablaban sin parar de lo emocionante que eran sus vidas. Pensaba con el brillo de la luz copiadora en el rostro. Pensaba que era una mujer que se había condenado a un destino vacío.

Recordó las veces que llegaba sola a casa, a ser devorada por la oscuridad y el silencio de esas paredes. Encendía el televisor para que hubiera un poco más de ruido pero, aun así, la sensación de derrota era más fuerte.

Eso, por supuesto, es el ámbito laboral. Cuando se trataba del amor y de sexo, era prácticamente lo mismo. Aunque intentó varias veces entregarse a ese instinto que le decía que fuera más allá, que pidiera algo que realmente le llenara, sus amantes tuvieron reacciones contradictorias. Así que se refugió en el sexo vainilla.

Sólo abrir las piernas, dejar entrar un miembro que no tendría ni pena ni gloria y luego irse a casa para comer un poco de helado y palomitas de maíz. Pasó muchas noches preguntándose si tendría la oportunidad de experimentar algo que realmente le hiciera sentir viva.

Dejó a un lado las expectativas así que se concentró en su trabajo de asistente en una empresa de tecnología. Se entregó a ser puntual, eficiente y casi indispensable. Su jefe incluso la llegó a considerar una salvadora. Se acostumbró a que Andrea lo rescatara de las situaciones más difíciles.

Elaboró una rutina intensa: salía de casa muy temprano y regresaba muy tarde. La conducta propia de un adicto al trabajo que sólo deseaba escapar del ruido que hacía su cerebro justo antes de dormir.

Todo siguió igual hasta que conoció a Erik en una fiesta de Navidad. Algunos de sus compañeros, su jefe y ella asistieron a una celebración que era un derroche de todo cosas. Había licores, variedad de comidas y platillos y

hasta una banda que se encargó de destrozarse una canción de Radiohead con el fin de hacerlaailable.

Bueno, la verdad es que se vieron antes pero fue allí cuando tuvieron la oportunidad de intercambiar algunas palabras. El tío era simplemente irresistible. Alto, moreno, de ojos azules, cabello negro, nariz larga y recta, boca fina y un pequeño lunar justo en el labio superior. Por si fuera poco, resultaba un placer verlo sonreír. Los dientes blancos era el broche de oro para un rostro tan único y atractivo.

Con él aprendió a salir de su zona de confort y experimentó todo un mundo de posibilidades. Desde el primer beso, él fue capaz de dominarla y de llevarla hacia el BDSM como su Dominante.

El primer encuentro fue mucho más de lo que hubiera esperado, él la tomó por el cuello y le hizo chuparle su pene. Ella, al apenas rozar sus labios en ese delicioso pene, descubrió que tenía una fuerte fijación oral y que, de paso, era muy buena haciéndolo. Disfrutó cada minuto en donde le regaló también el placer por medio de su boca, se sintió satisfecha porque poco a poco perdía el temor y la confianza invadía su cuerpo.

Esa misma noche, cuando por fin su coño y el pene de su amante se unieron a través de las embestidas y del deseo que se tenían entre sí, Andrea experimentó lo que realmente era estar con un hombre experimentado. Cuando pensó que todo había terminado, cuando recibió más de lo que esperaba, él se aventuró entre sus carnes para darle el máximo éxtasis, uno que nunca pensó que sería capaz de experimentar.

Mientras su lengua acariciaba su coño con violencia, con fuerza, sus ojos se cerraron para explorar un mundo aparte. Mordió su labio y se entregó al orgasmo más intenso y más hermoso del mundo. Sus fluidos salieron de su cuerpo como disparados de ella e inmediatamente, perdió toda conexión con la realidad. Su cerebro y su cuerpo se apagaron al mismo tiempo. Perdió el conocimiento para luego darse cuenta que eso lo produjo ese hombre misterioso.

Sí, era él, era él quien extendió la mano y la acercó a un nuevo nivel de placer. Al entregarse a él, al aceptar cargar la pulsera plateada, aceptó los términos para una relación como Amo y sumisa. La primera noche en que lo hicieron oficial, estrenaron sus nuevos roles y fue mucho más increíble de lo que ella hubiera pensado.

Todavía podía escuchar sus palabras:

“Apenas estoy comenzando”.

Claro que sí. Sabía que sí.

La luz del semáforo no cambiaba por lo cual se impresionó con la velocidad de aquella retrospectiva. Suspiró de nuevo y miró de frente a un gran edificio. Sonrió.

Lo cierto es que gracias a esos encuentros, Andrea pudo también tomar valor sobre otros aspectos de su vida. Concluyó que no pasaría el resto de su vida como una asistente, así que renunció. La Andrea leal, puntual y eficiente, tomó el timón de su carrera ante las miradas de desconcierto de sus compañeros de trabajo. Nadie pareció creer que esa chica tímida y callada tomara una decisión tan radical.

El primer indicio que le dio a entender que estaba haciendo bien las cosas, fue su instinto. El no sentir miedo ni arrepentimiento fueron claves en todo momento. Así pues que Andrea se dedicó a buscar en anuncios de prensa y en aplicaciones de ofertas de trabajo, opciones que le pudieran acercar a lo que realmente quería.

Tanto leer y considerar, que se postuló para un puesto de liderazgo en una pequeña empresa de editorial de libros para niños. Pondría en práctica sus habilidades como rápida redactora pero también asumiría un poco más de responsabilidades.

Aunque no quiso hacer una apuesta muy alta, se mantuvo optimista y esperó un poco más hasta que recibió la agradable noticia de que había sido contratada. Estaba emocionada porque era un trabajo diferente y, además, estaba ubicado en un muy buen lugar, repleto de oficinas, edificios y, en general, vida.

Tardó unos días en adaptarse pero logró hacerlo gracias a su determinación. Se dio cuenta que era una mujer tenaz y que era capaz de hacer lo que quisiera si era constante. Así pues que ahora estaba como pez en el agua.

Pocos segundos después, la luz cambió a verde y la gente que se había acumulado en el paso, comenzaron el camino hacia las direcciones que querían tomar. Andrea estaba concentrada en sus pensamientos cuando notó una incomodidad. Sabía de qué se trataba, así que se apresuró en llegar a las puertas del edificio en donde trabajaba.

Saludó cordialmente al vigilante y a la chica encargada de la recepción. Llamó a uno de los elevadores y subió como si todo fuera normal. Sin embargo, internamente deseaba llegar con premura. El sonido del elevador le hizo suspirar de alivio, finalmente llegó a su destino.

Empujó la pesada puerta de vidrio y saludó a la secretaria.

-Señorita Andrea. Tiene unos cuantos mensajes que acaban de llegar. Los recados están sobre su escritorio.

-Muchas gracias, Helena. Ya los reviso.

Pasó por el pasillo en donde se encontraban los redactores y editores. Algunos estaban discutiendo ideas nuevas y otros estaban probando nuevas formas para hacer que los textos fueran más atractivos.

Ella estaba encargada del área de arte y literatura para libros destinados a los dos años primeros años de secundaria. La nueva temporada escolar estaba por comenzar así que era necesario ponerse en manos a la obra... Pero primero había que hacer algo muy importante.

Fue al baño de mujeres y pasó el seguro. Sabía que a esa hora nadie pasaría por allí sobre todo porque todavía era hora del almuerzo. Alzó lentamente el vestido, se giró y miró el brillo del extremo del buttplug.

Miró con detenimiento y con un par de dedos volvió a empujarlo para que calzara bien. Probablemente se desacomodó al estar ese rato en los bancos. Volvió a mirarse e hizo una expresión de satisfacción.

Se acomodó el vestido, se miró al espejo y se limpió un poco el resto de las migas del pan que devoró cuando fue a comer. Retocó el labial rojo que ahora era inseparable y salió mucho más tranquila.

Desde hacía unos días, mientras investigaba más sobre el BDSM, se encontró con el mundo de los consoladores y buttplugs. Se maravilló con la cantidad y la variedad. Unos consoladores tenían forma de labial y algunos buttplugs tenían cola.

Este último accesorio le llamó la atención porque tenía la curiosidad de probar sexo anal y, gracias a sus investigaciones, dedujo que lo que podía hacer era entrenar su ano para tener mayor placer sexual.

Cuando tomó la decisión, fue a una tienda especializada, compró el buttplug, suficiente lubricante y se armó de paciencia. Supo que no era una carrera de velocidad más sí de resistencia.

Él no sabía nada porque quería que fuera una sorpresa, quería entregarle algo que nunca le había ofrecido a alguien y lo cual estaba segura que ambos disfrutarían, así que guardó el secreto aunque estaba entusiasmada y ansiosa por compartirlo.

-No, no. Todavía no. –Se decía a sí misma.

Aprovechó que él viajaría para incrementar el entrenamiento. Cuando se masturbaba pensando en él, aprovechaba para acariciar su ano suavemente con

su saliva o con el lubricante. Al principio la sensación le pareció extraña pero debido a su tenacidad, se encontró que era sumamente delicioso, incluso presintió que era capaz de tener orgasmos sólo al estimular ese punto. Sin duda estaba impresionada.

-Regresaré en un poco menos de un mes. Tenemos que hacer unas cuantas inversiones y me toca presentarme.

Como el Ceo de una compañía importante, le tocaba responsabilidades que ella al menos comprendía mejor ahora. Asintió y el día de la despedida antes de pasar bastante tiempo sin verse, Andrea se colocó un arnés de cuero que había comprado el día anterior. Le resaltaba sus pechos, el coño y las nalgas. Dejaba su torso y espalda casi completamente despejados para que recibiera todos los azotes que él quisiera.

Así pues que fue a su casa y, justo antes de que él abriera, ella se arrodilló sólo ataviada con el arnés y una cadena de metal en el cuello. El cinto para tomarla lo llevó en la boca como si fuera una mordaza. Esperó unos pocos segundos y la expresión de él le valió todo el esfuerzo del mundo.

-Andrea...

Ella no dijo nada. Estaba en silencio, esperando alguna orden de él. Fue entonces cuando tomó la pieza de la boca y jaló hacia dentro de la casa. Ella gateó, dejándole ver esas protuberantes nalgas, exhibiéndolas sólo para él.

Su amante, su Amo, se transformó por completo. De tener la expresión de preocupación, se transformó en Dominante. Sus ojos azules se tornaron un poco más claros y la boca la puso un poco tensa.

Jaló con más fuerza hasta que hizo que Andrea se levantara del suelo. Al estar de cuerpo entero, miró el arnés y sonrió. Le gustó saber que su sumisa tenía iniciativa y que era capaz de anticipar sus propios deseos.

Llevó una de sus manos y comenzó a acariciarla por el torso. Sus dedos rozaron suavemente su piel. Subió hasta tomarla por el cuello, apretándolo. Estando detrás de ella, la sostuvo con fuerza. La mano que le quedó libre, la usó para colocarla sobre su coño. También lo apretó. Y, al hacerlo, le provocó una gran excitación. Ella se retorció un poco, afincándose más en él.

-Una sumisa con iniciativa. Eso sí que me gusta.

Le dio una suave bofetada. Ligera. Delicada.

-Así... Así...

Subieron a la última habitación de la casa de él. Una donde estaba hundida en la oscuridad. Andrea, al esperar, recordó la primera vez que entró allí. Esa noche su vida dio un vuelco. Se convirtió en otra persona.

Abrió la puerta y jaló la cadena para que ella entrara primero. Dio pasos lentos para encontrarse con ese mismo lugar que tanto le gustaba. La habitación estaba a oscuras y esperó a que él encendiera la luz. Por supuesto que no lo hizo. Y no lo hizo porque quiso jugar con ella, con el desconcierto.

Así pues que se paseó por la habitación en silencio. De vez en cuando, sus dedos rozaban alguna parte de su cuerpo. Andrea, en medio de la oscuridad, no sabía qué hacer. Al principio sintió mucho temor pero después se tranquilizó. Era él, claro. Así que respiró profundo y alejó la impaciencia. Ahora le tocaba a él tomar acción al respecto.

Sintió que era guiada a otro lugar. Aunque sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, aún daba pasos inseguros. Él, para poner el asunto más interesante, procuró colocarle una venda sobre los ojos. Se quedó un poco más limitada.

La mano de su Amo tomó la suya para llevarla a otro lugar. Andrea escuchó el sonido de una puerta y pensó en la otra habitación que también estaba en el mismo pasillo pero que desde siempre permaneció en completo misterio.

La colocó en medio del lugar y en seguida encendió la luz. Él le quitó la venda y ella observó lo que estaba a su alrededor. No había nada salvo por un gancho metálico que estaba en el techo. Este estaba conectado a una serie de mecanismos y poleas. Andrea supuso de lo que se trataba así que esperó que su Amo le aclarara la situación.

-Nos vamos a divertir con esto.

Le quitó la cadena y, mientras lo hacía, rozaba su cuerpo para manosearlo, tocarlo como le diera la gana. Al terminar, se alejó de ella por un momento para luego regresar con unas cuerdas que sostenía en una de sus manos.

Él se colocó a los pies de ella y comenzó a amarrarla. Unos nudos sobre los tobillos, otros más arriba de los muslos, los brazos hacia atrás, también unidos con una serie de amarres que aseguraban que quedaría inmobilizada.

Se echó para atrás y reforzó algunas otras partes. Luego de estar satisfecho, trajo consigo una mordaza de tela y se la colocó en la boca. Él tenía esa mirada de hombre imposible, frío. De Dominante animal y salvaje. Así que comenzó a actuar con tal. Tomó uno de los extremos de cuerda, fue hacia una pared y descendió el gancho de metal, lo suficiente para sostenerse de la cuerda que había dejado libre.

La acomodó y se preparó para subirla. Poco a poco, lentamente. El cuidado que le imprimió se le transmitió a Andrea quien estaba un tanto

nerviosa. Sus pies comenzaron a dejar el suelo para elevarse gracias a la fuerza del gancho.

Dejó de escuchar el sonido de las cadenas y de la polea. Él se acercó a ella y la miró con una amplia sonrisa. Llevaba consigo un pequeño látigo el cual usó para rozarlo por todo su cuerpo. Se concentró en sus pechos, en su coño incluso. Allí pasó más tiempo acariciando, tocando, como si fuera su propia mano.

Al terminar, no esperó demasiado tiempo en comenzar a darle latigazos con ferocidad. Andrea entendió por qué tenía esa mordaza. Los gritos y los gemidos de desesperación quedaron amortiguados por ese trozo de tela.

Él miró los sollozos, los impulsos que le provocaban el ardor y el dolor que se registraban en la piel de esa mujer, en su mujer. La veía retorcerse y mirarle con desesperación, rogándole. Pero no había nada que suplicar, ella tenía que entender que, al dejarse, al entregarse a él, lo que tenía que hacer era eso, olvidarse de sí misma porque la satisfacción que realmente importaba era él.

Andrea perdió la noción del tiempo. No supo cuánto pero soportó lo suficiente, o al menos eso creyó. Su Amo la miró y se detuvo. Había tenido suficiente así que era bueno pasar a otra cosa.

La descendió hasta que sus pies de nuevo tocaron el suelo. Deshizo el amarre de la espalda, y continuó con los restantes. A medida que le quitaba la cuerda, observó los puntos de presión que ejercieron los nudos sobre la piel de su sumisa. Los acarició un poco para hacerle entender que así como le gustaba torturarla, también hallaba satisfacción en cuidarla y complacerla.

Andrea estaba en una especie de trance y logró conectarse a la realidad cuando él la tomó en brazos y la llevó hacia el otro lado del pasillo. Sus manos se aferraron esos hombros fuertes y musculosos. Era como nada malo le sucedería.

Él la dejó sobre la cama y comenzó a desvestirse. A diferencia de otras veces, incluso de hacía minutos atrás, estaba tranquilo y dulce. Se colocó sobre su cuerpo y comenzó a besarla con mimos. Rozó sus labios carnosos y perfectos, entremezcló su lengua con la de ella. Sus manos acariciaron su cuerpo. Primero su cuello, después sus pechos para seguir con los muslos y piernas.

Se detuvo allí, se concentró en ese centro de placer que tanto le gustaba. Percibió el aroma del coño de ella, sus dedos acariciaron los labios vaginales y la hermosura de su clítoris. La masturbó un poco más hasta que por fin

colocó su boca allí. La abrió lo suficiente porque deseaba devorarla por completo. Deseaba comerla.

Succionó su clítoris y luego hizo lo mismo con las otras partes. Adoraba sentir las diferentes texturas entre sus labios. Su boca le sirvió para explorar cada parte de ella con libertad. Apoyó sus manos sobre sus muslos para concentrarse allí tanto como pudiera. Sus dulces lamidas, hacían gemir a Andrea sin parar.

Las veces que sentía que no podía más, que de repente la desesperación lo embargaba, pensó que también era su deber el de dar placer y que aquello le resultaba tan satisfactorio como recibirlo.

Ella comenzó a temblar violentamente hasta que escuchó la orden de su Amo.

“Córrete para mí”.

Andrea buscó sus manos con ansiedad hasta que por fin llegó al orgasmo gracias a la boca de su amante.

Después de ese episodio, se quedó rendida en la cama, con los ojos entornados y la con la expresión final de tranquilidad. La energía, la electricidad que nació en alguna parte de su cuerpo, de distribuyó hasta lo último de sus extremidades.

Esa noche fue dedicada a ella. Su amante se desprendió de todo deseo de querer satisfacer sus necesidades carnales, así que dejó ese detalle de lado.

Después de salir del baño de la oficina, recordó que todavía tenía marcas en su cuerpo. Sonrió porque descubrió que le gustaba tenerlas y, además, lucirlas. Lo dejó en evidencia al usar el vestido corto, al cruzar sus piernas y con la expresión de descaro que tenía en su rostro.

A pesar de tener poco tiempo en el mundo BDSM, Andrea había aprendido muchas cosas hasta el momento. Primero cedió su cuerpo a la merced de él. Dejó que la marcara como le diera la gana, que la azotara, nalgueara y humillara. Cada palabra, cada castigo y tortura, parecía tener sentido para ella, siempre.

Sin embargo, había un detalle que tenía claro, era obvio que su mente todavía demostraba cierta resistencia al respecto. Algo dentro de sí le insistía en que debía preservar su esencia. Ese *nosequé* que todavía no había podido descubrir. Pero vale, un paso a la vez, no tenía sentido apresurarse. Antes de correr, es necesario aprender a gatear.

Ese impulso por probar cosas nuevas, salió dentro de ella cuando supo que podía desafiarse a sí misma. Salir de la zona de confort fue un ejercicio que

podía resultar muy satisfactorio.

Encendió la luz de su oficina. Le echó una mirada como si tomara una panorámica de la misma y se encontró contenta con lo que logró.

-Hay que ir a por más.

Se dijo antes de sentarse en su silla.

II

Erik estaba en la fila antes de subirse al avión. Para mala suerte, el vuelo se había retrasado así que no tenía la certeza de cuándo llegaría a casa. Esas tres semanas y un poco más, fueron largas, casi eternas.

Entre las reuniones, cócteles y cenas formales, él estaba cada vez más ansioso de ver a Andrea. Quién diría que el llamado soltero más deseado de la ciudad, estuviera involucrado con una mujer que sólo le hacía pensar en ella. Quizás era algún tipo de hechicera y no sabía.

Sostuvo el ticket entre sus dedos, observó la gente que estaba cerca. Algunos escuchaban música, otros, como él, tenían esa expresión de nada, de vacío. Era la entrega ante una situación que no podía controlar.

Para distraerse un rato, sacó el móvil. Tendría algún correo que responder o algún juego para hacerle pasar las horas con más tranquilidad. Para su sorpresa, lo primero que observó en la pantalla fue un mensaje de Andrea. Debido al estrés de los negocios, pensó que trataría de un problema o crisis. Desbloqueó la pantalla y la imagen que observó fue algo que casi le hizo temblar de pies a cabeza.

Sí, era ella pero con una actitud muy diferente. Era una foto muy reveladora. Tanto que casi tuvo que esconder el móvil para que nadie viera aquella fotografía no apto para cardíacos.

Infirió que se encontraba en la oficina por el aspecto de los baños pero eso pasó a un segundo plano cuando se dio cuenta de un pequeño resplandor en entre sus dos portentosas nalgas.

Hizo zoom con ambos dedos y lo que descubrió lo maravilló aún más. Era un buttplug, estaba seguro que era así. Comenzó a sacudir la cabeza, su sumisa lo estaba provocando. Lo encontró más que estupendo.

Cerró la imagen pero esta permaneció en su memoria. En seguida, comenzaron a llamar a abordar por lo cual, pronto estaría en casa y con su sumisa.

Entró al avión y se ubicó rápidamente en su asiento. Mientras lo hacía, pudo darse cuenta que era objeto de miradas y comentarios entre las azafatas. Bien, él estaba más que acostumbrado a ese tipo de situaciones. Una de las principales razones era su gran atractivo. Incluso una vez lo confundieron con un actor famoso. Sin duda le gustaba sentir ese tipo de atención.

Pero, a pesar de que era un hecho, desde que conoció a Andrea, Erik estaba más entusiasmado de lo que pensó en un principio. Desde que hablaron

en esa fiesta de Navidad, quedó encantado con esa personalidad dulce y tímida, aunque también tenía la seguridad de que detrás de toda esa fachada de niña buena, se escondía una mujer realmente pervertida y con ganas de explorar el mundo. Se percató de ello en el primer beso, fue suficiente para seguir adelante.

Así que todo el historial de mujeres, relaciones y hasta artículos de la prensa del corazón quedaron en el pasado. Era un tío diferente. Ahora se encontraba sentado, tomando un vasito de whiskey mientras las azafatas debían las explicaciones sobre qué hacer en caso de emergencia. Paralelamente, él maquinaba qué podía hacer para castigar aún más a su sumisa.

Sin embargo, había algo que lo tenía pensando. Más bien unas cuantas cosas. Si bien ella demostró completa confianza, Erik presentía que había algo más que ofrecía resistencia. Por supuesto que aquello era normal, quizás como un modo de protegerse a sí misma. Ella fue capaz de contarle la mayoría de los problemas que tuvo debido a su timidez.

Las situaciones que tuvo que enfrentar fueron terribles por lo que se encerró más y más en sí misma. Por otro lado, también tenía que tener cuidado con las cosas que ponían en práctica. Aunque su mente volaba cada vez que pensaba en ella, también tenía sentido esto de ir con cuidado. Todavía estaba en esa fase de “entrenamiento” por así decirlo.

Campaneó un poco el trago. Los cubos mínimos de hielo danzaban en el licor cuando se le ocurrió una idea.

-La Sociedad B.

Se dijo para sus adentros.

Inmediatamente rechazó la idea así que se puso a ver las nubes en la ventana. Sólo ansiaba encontrarse con ella.

III

-Sí. Esto es lo que debemos hacer para el próximo periodo. Por lo tanto, hay que tratar de hacer textos un poco más dinámicos. Incluso pensé incluir ilustraciones. Según el focus group del miércoles, a los chicos les encantó así que me gustaría probar.

Andrea terminó una presentación con esa sugerencia. Su equipo pareció satisfecho y dieron el visto bueno. Así que se retiraron y la dejaron sola en la sala de reuniones. Ella, mientras recogía los papeles y carpetas, le vino a la mente los días en los que trabajó como asistente. Esos días que también sentía que su vida era una rutina sin fin.

Al terminar, fue a su oficina, una amplia y bastante iluminada, para sentar a hacer la planificación de siempre. Mientras revisaba el calendario del mes con cuidado, se percató que Erik se regresaba el mismo día. La emoción de verlo le subió hasta las mejillas y trató de mantenerse tranquila pero no pudo. El experimento con el buttplug estaba saliendo más que bien así que estaba preparada para darle a su Amo una gran sorpresa.

Transcurrió la tarde velozmente, tanto que ella no notó siquiera que cayó la noche. Su vista estaba tan concentrada en la pantalla que incluso sus subordinados tuvieron que acercarse más de lo de costumbre para que ella advirtiera de su presencia.

Como estaba haciendo cambios en su vida, uno de ellos era no quedarse en la oficina por más tiempo del debido. Así que apagó la luz de la lámpara que tenía cerca e hizo lo mismo con la computadora. Pasó la llave al archivero y tomó su bolso para salir.

En los elevadores, mientras pensaba en comer un delicioso pasticho, escuchó el sonido del móvil.

“Ya llegué. ¿En dónde estás”.

Erik por fin estaba en la ciudad. Se apresuró a ir al subterráneo. Tomó el primer vagón a pesar que estaba repleto de gente. Olvidó que aquello era su máxima pesadilla puesto que sólo deseaba encontrarse con él y darle una noche espléndida de placer.

Llegó a casa un poco agotada. Él insistió aún más y ella apenas estaba entrando a la ducha. Incluso ni quiera tuvo tiempo para abrir la llave de agua caliente. Tampoco se detuvo en eso.

Al terminar, salió a la habitación, escogió un vestido fresco, unas zapatillas y un suéter ligero por si la brisa fría aparecía de repente. Aunque

estaba segura que eso era un detalle mínimo porque él le quitaría todo eso en cuestión de segundos. Se dispuso a salir cuando notó un brillo sobre la mesita de noche. Se trató de la pulsera que él le regaló al momento de formalizar la relación como Amo y sumisa.

-Tonta...

La tomó, se la colocó después de batallar un rato con el broche y bajó las escaleras. Temió llegar tarde, así que salió como una flecha. Apenas abrió la puerta, ahí estaba él. Con esa actitud de chico malo que tanto le gustaba y que era irresistible.

Apenas la vio, Erik fue hacia ella. Andrea apenas pudo introducir la llave en el cerrojo porque de inmediato fue hasta donde se encontraba. Con sus brazos bordeó su espalda, acarició su cintura y le dio un beso en el cuello. Sin duda, los dos extrañaban estar envueltos en el calor del otro.

-Te extrañé.

-Yo también. Pensé que nos veríamos en el restaurante.

-No quise esperar más. ¿En dónde estabas?

-En la oficina. Tuve una reunión y luego me senté a hacer unas planificaciones pendientes. El tiempo se me fue súper rápido.

Iba a seguir contándole sobre su día pero él le quitó la oportunidad al darle un beso. Las grandes manos de él, sostuvieron el cuello y el mentón de Andrea mientras se besaban. Ella terminó por acomodarse y acoplarse en él. Sus brazos como los de él, parecían hechos para que se conjugaran entre sí.

Dejaron sus labios para mirarse. Por un lado, Erik estaba cansado pero también satisfecho de estar allí, de estar junto a ella. Estar afuera de su casa, abrazándola le valió más que estar en cualquier lugar del mundo.

-Venga, que muero de hambre.

Se subieron al Camaro del 70. Ese modelito retro que tanto le gustaba a Andrea y que tanto le recordaba ese espíritu rebelde que había salido a la luz.

Dieron unas cuantas vueltas hasta que por fin ella reconoció que estaban cerca de llegar a la casa de Erik. Mientras hablaban de las incidencias del vuelo y de las cosas que hicieron en la ausencia del otro, Andrea se acomodó un poco el arnés y guardó que tuviera la postura correcta para no desenchajar el buttplug.

Salieron del coche y fueron a la entrada de la casa. Aquella puerta de madera grande que imitaba una forma atípica a las que había visto antes. Sin duda, extrañó verla aunque en el pasado le produjo cierto escozor.

Entró y las luces tenues iluminaron parte de su piel. La quedó expuesta por

el vestido. Dio unos cuantos pasos más atrás y luego de volteó para encontrarse con la mirada de él.

-¿Me extrañaste?

-Mucho.

-Quítate la ropa.

Ella se levantó el vestido con suavidad. Erik observó cómo la tela de estampado floral, dejó al descubierto sus muslos, el torso, los pechos... Sin embargo, hubo algo que lo hizo estremecer, tenía puesto un arnés de látex que resaltaban esos puntos deliciosos de su cuerpo.

Al terminar, Andrea se quitó los zapatos y luego volvió a girar para quedar a espaldas de él. Con ambas manos, apartó sus nalgas, se inclinó un poco y le dejó ver el brillo del buttplug, ese mismo que miró en la fotografía que ella le envió en plena fila para abordar el avión. La imagen en vivo y directo, resultó ser mucho más que mejor.

Lo buscó con los ojos, atenta ante lo que pudiera hacer o decir. No recibió nada más que una mirada llena de fuego y pasión. Así que se apresuró en decir:

-Esto es para ti. Todo, todo es para ti.

Erik sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Avanzó un poco hacia ella, conteniendo a su vez las ganas de destrozarla. Tuvo que echar su cabello hacia atrás y respirar profundo. Era demasiado para asimilar.

Luego de encontrar un poco de calma, fue hacia donde estaba ella, en la misma posición en donde estaba. Le un par de nalgadas y miró cómo estas se movieron al retumbar ante el impacto de su mano. Unas cuantas más. Muchas más. Ella tenía que aprender que al tentar a su Amo, tenía que enfrentar las consecuencias.

No hubo tiempo para ir al último piso, así que la llevó hasta la encimera de la cocina la cual servía como también como desayunador.

Hizo que se inclinara y apoyara sobre la superficie fría. Le separó las piernas y le haló un poco el cabello.

-Cómo te gusta comportarte como una ramera, ¿cierto?

-Sí, Amo.

-¿Por qué?

-Porque soy tuya, soy tu esclava.

-Así es. Eres mía. Mi puta, mi ramera, mi esclava.

Dejó de hablar para seguir dándole nalgadas. Al terminar, cuando sintió cierto dolor en la muñeca, Erik tomó ambas manos y las colocó sobre las

nalgas de Andrea. Las apretó, las agarró con fuerza. Tanto que casi la hizo gritar. De verdad que estaba desesperado.

Entonces se agachó, y poco a poco le quitó el buttplug. Ella hizo un gemido de dolor y placer cuando quedó afuera. Erik lo apartó y enseguida hundió su cabeza entre las nalgas. Primero lamió su coño, chupando sus labios y succionando el clítoris. Hasta lo mordió un poco, lo suficiente para que se mojara aún más.

Luego llevó su lengua hacia su ano. Ese botón delicioso y perfecto, que había quedado dilatado gracias al plug. Después de una primera lamida, mojó su pulgar y lo introdujo poco a poco. Poso su mano entre sus nalgas y comenzó a masturbarla. Andrea recibió una descarga poderosa e increíble de excitación. Su coño comenzó a palpar salvajemente, pidiendo a gritos la lengua o el pene de Erik.

Como si él hubiera leído su mente, se bajó el cierre del pantalón, se quitó la camisa y se sostuvo de sus caderas. Con el dedo aún dentro de su ano, llevó su pene hasta su coño. Hizo un gemido cuando rozó ese calor y sintió la humedad de sus fluidos que en seguida lo empaparon. Rozó un poco más hasta que por fin se lo metió con fuerza. De una, de golpe.

Al tenerlo todo adentro de ella, lo dejó allí y procedió a masturbar su ano. El dedo entraba y salía, en un vaivén delicioso. Después comenzó a mover la pelvis hasta al mismo tiempo que el pulgar. Los gritos y gemidos de Andrea fueron más intensos que nunca.

Siguió follándola hasta que la tomó del cuello, le sacó el pene y la hizo arrodillarse.

-Ya sabes qué hacer, ramera.

-Sí, Amo.

Abrió bien la boca y se introdujo el pene de él por completo. Sus grandes ojos negros no pararon de mirarlo en ningún momento. Cada tanto, Erik le proporcionaba un par de buenas cachetadas. El bulto de su glande que se perfilaba en la piel de una de sus mejillas, le despertaron más el morbo. Así que también le tomó del cuello, apretándolo un poco con el fin de también de jugar con su respiración.

Cerró los ojos disfrutando la manera en que ella le daba placer con la boca. Aunque quiso quedarse allí, disfrutando de ella y de sus maneras. Hizo que Andrea se levantara. Tomó el cinturón de su pantalón y lo ató a su cuello. Irían al último piso, al piso de los placeres.

Subieron poco a poco hasta que entraron a la habitación. Él encendió la luz

y se preparó. Por un lado, no sabía bien por dónde empezar ya que la misma emoción parecía hacerle perder el control. Así que entonces se le ocurrió una alternativa interesante para mantenerse tranquilo y ocupado al mismo tiempo.

-Ponte en cuatro.

-Sí, Amo.

Ella avanzó hasta la cama hasta que sintió un ligero jalón. Era él que la atrajo de nuevo hacia su regazo para darle un beso intenso. Una bofetada después, la soltó para que hiciera lo que le ordenó. Se colocó entonces sobre la superficie de la cama y adoptó que le ordenó su amo. A pesar de la distancia en la que estaban, Erik pudo ver ese ano palpitante y dilatado.

Buscó unas cuerdas de cáñamo en un mueble de madera que tenía cerca y se preparó para hacer unos amarres especiales. Fue de nuevo hacia la cama y colocó las codos y rodillas de ella juntos. Con las cuerdas, procedió a juntas los brazos y los muslos para que, al final, Andrea quedara completamente abierta.

Lo hizo con tiempo ya que quería mantenerla lo más inmóvil posible y más con lo que tenía en mente. Remató los últimos nudos y se encontró satisfecho con el producto. Cualquier maestro del shibari le daría el visto bueno.

Pensó en darle latigazos con la cuerda sobrante o incluso con cualquier que estaba allí, formando parte de su colección. Sin embargo, se decantó por algo diferente.

Volvió hacia donde estaba ella y lamió esa zona divina. Al terminar, su pene estaba a punto de explotar por lo cual se apresuró por follarla.

-¿Lista?

-Sí, Amo.

Mojó el glande con un poco de su saliva para lubricarlo. Se subió a la cama y se posicionó para estar cómodo. Sostuvo sus caderas y la penetró suavemente en su ano. Poco a poco, lentamente.

Andrea empezó a chillar de la desesperación. Al sentir ese pene grueso y venoso dentro de ella, no pudo evitar sentir que en cualquier momento se correría. Por lo tanto, hizo un gran esfuerzo por no hacerlo. Así que trató de respirar profundo y lento para concentrarse en otra cosa... Fue imposible.

Erik fue más adentro, más profundo hasta tenerlo todo en ella. Al quedarse allí, exclamó unos cuantos gruñidos. La estrechez de ese ano, la presión que le hizo sentir sobre su pene, era sencillamente la gloria.

No se hizo esperar el vaivén de su cadera. Él se sostuvo más fuertemente de ella por lo que cobró el impulso necesario para continuar. Siguió así hasta

que se sintió confiado. Además, otra buena señal era los gemidos descontrolados de Andrea.

La vista del ano abriéndose más gracias a él, la dejó por un momento con el fin de buscar estimular su coño. Cuando quiso hacerlo, observó cómo un hilillo de flujo salía de allí. Aprovecho para tomar un poco con los dedos y chuparlo. Era ese sabor lo que tanto lo enloquecía.

Mientras la penetraba con fuerza, procedió a dar pequeños pellizcos a su clítoris. La doble estimulación, hizo que ella se buscara de algo en qué apoyarse. La desesperación de no poder hacerlo, hizo que el momento se volviera realmente exquisito.

La penetró con más fuerza hasta que sintió un calor intenso que le nació en la boca del estómago y que se esparció por todo el cuerpo. Sí. Estaba a punto de correrse.

Como no pudo aguantar más, como el peso de la ausencia se hizo más fuerte que nunca, se sostuvo con más fulgor de las caderas de Andrea. Siguió hasta que por fin dejó salir toda esa fuerza de su cuerpo. Por otro lado, ella también se corrió al mismo tiempo que él. Una sincronía perfecta.

Erik eyaculó dentro del culo de Andrea. Fue tal la cantidad de semen que incluso se desbordó. Algunas gotas cayeron sobre la superficie de la cama.

Andrea, por su parte, expulsó sus fluidos al mismo tiempo que él se corrió dentro de ella. Le encantó la sensación de recibir el semen caliente de su Amo por lo cual, no pudo zafarse de aquello y se dejó vencer por el orgasmo.

Cuando los dos pudieron recuperarse de la intensidad del momento, Erik se adelantó para ir al baño para buscar algo, limpiarla y luego desatarla. Así como se tomó el tiempo para amarrarla, también lo hizo para quitarle las cuerdas. De hacerlo con brusquedad, podría causarle daño.

Mientras lo hacía, descubrió que hubo algunas partes que el roce fue tan intenso que incluso rompieron la piel. Claro, no era algo necesariamente grave pero su rol como Dominante también implicaba saber cuidarla y protegerla. Así que terminó de hacerlo y procedió a curarle las heridas.

Andrea, estaba flotando en la nube del éxtasis. Nunca creyó que tener sexo anal pudiera gustarle tanto. Eso se debió, en gran parte, a la paciencia que tuvo en entrenárselo y preparárselo para ofrecerlo como un regalo.

Cuando despertó, se incorporó y vio a Erik acostado, junto a ella. Le rozó los dedos sobre el rostro. Pensó en comer algo pero el cansancio del día fue tal que prefirió volverse a acostar y dormir un poco.

Al refugiarse en el calor de su amante, se le dibujó una gran sonrisa que la

convenció de que su iniciativa era la correcta. Antes de quedarse dormida, se dio cuenta que eso quizás tendría que ver con una actitud un poco más dominante por lo cual lo recibió de buen agrado.

¿Sería eso lo que tendría que probar la próxima vez? ¿Tendría que probar también el gozo de mandar y controlar? Todavía no estaba segura en parte porque apenas estaba comenzando y aún le faltaban cosas por aprender. Aun así, era una idea que comenzó a darle vueltas sin parar.

Mantuvo la mirada fija en el techo y poco a poco sintió la pesadez de sus párpados.

IV

El sonido de un camión, hizo que Andrea despertara con pereza. Para su sorpresa, estaba en la habitación principal de Erik. Se frotó los ojos porque no pensó que tendría la oportunidad de verla. Era mucho más grande y con una decoración minimalista.

Por el estilo de los muebles y la distribución de los mismos, infirió que se trataba de alguien que tenía particular gusto por las cosas de buena calidad. Cuando se incorporó, incluso sintió un poco de miedo de desordenar demasiado.

Su ropa estaba doblada en una silla. Bien. Otro dato de Erik que no conocía. Tomó el vestido y bajó las escaleras porque el aroma a café la llamaba.

A medida que bajaba, era capaz de escuchar con mayor claridad, el sonido suave del tarareo de la voz de Erik. No logró definir de qué canción se trató y ni tampoco le dio mucha importancia. Sólo le pareció dulce escucharlo de esa manera.

Se sentó silenciosamente en una de las sillas de la cocina. Él tenía un pantalón de pijama y andaba descalzo. El pelo, generalmente bien peinado, parecía un revoltijo negro y plateado. Estaba silbando mientras freía unos huevos.

-Hola, guapa. Buenos días.

-Hola. –Ella le sonrió- Nunca pensé que te vería cocinar.

-Bien, esto es una muestra de mis incontables talentos. Aquí van, un par de huevos fritos y gofres. Te gustará el contraste de salado y dulce. Créeme.

El hambre de Andrea no tuvo contemplación con ese plato de desayuno. Así que apenas dio las gracias y comenzó a devorar la comida.

-Calma, calma, que todavía falta el café.

Ella asintió.

Erik la miró al mismo tiempo que se sintió desconcertado consigo mismo. No pudo creer que después de tanto tiempo, se encontrara en esa situación de hacerle desayuno a alguien.

-¿Cómo dormiste?

-Muy bien. El día en el trabajo fue eterno, pensé que no saldría de allí.

Él no quiso desayunar así que sólo se tomó una taza de café. Se sentó frente a ella, mientras comía. De nuevo esa sensación de gusto y bienestar que no quería que se terminara.

-¡Joder!, mira la hora que es. Debo irme. Oh no.

-Tranquila. Al menos termina de comer lo que te falta que ya te llamo el Uber. No me mires así, venga.

Comió el resto del plato y subió rápidamente a la habitación para terminar de vestirse. Apenas tendría tiempo para ir a su casa e ir a la oficina.

-Joder, joder, joder.

-Ya llegó. Apúrate.

-Joder.

Dio unos cuantos saltos más y, antes de salir por la puerta, le dio un beso a Erik.

-Muchas gracias por el desayuno.

Él se apoyó en el marco de la puerta, sosteniendo aun la taza de café humeante. Le hizo un gesto de despedida y vio el coche alejándose. Cuando lo perdió de vista, cerró la puerta y se relamió la boca. Le supo a azúcar.

Entre las cosas buenas de ser el líder de un gran consorcio, es que de vez en cuando podría darse el permiso de llegar a su propio trabajo. Así que terminó de tomar el café, miró la hora y con mala gana subió los escalones para tomar un baño. Apenas tuvo tiempo para darse cuenta que era necesario regresar a la realidad.

Entró a la habitación y vio las sábanas arrugadas de su cama. Fue hasta el sitio en donde dormía Andrea y sintió la superficie. Todavía estaba tibio. Sonrió y se apresuró a ir al baño. Abrió las llaves de agua fría y caliente, inmediatamente sintió la tibieza del líquido sobre su cuerpo. La tensión de los músculos se fue por el desagüe al mismo tiempo que las preocupaciones.

Lo que no le contó a Andrea, en todo el tiempo que estuvieron juntos, fue que, apenas llegó a la ciudad, recibió una llamada de uno de los miembros de La Sociedad B. La próxima reunión se celebraría el viernes de esa misma semana, por lo que, además, le tocaba a él organizar los pormenores del evento. Otro trabajo extra.

En ese instante, deseó olvidar los deberes y repetir el momento del desayuno con Andrea. Pero no, no era así. No fue así.

Cerró las llaves de agua y se preparó para ir a trabajar. Abrió el amplio clóset y se detuvo un momento a pensar el traje que llevaría al trabajo. Otra característica de Erik era aquella necesidad de tener todo con cierto orden regla que, además, también aplicaba para sí mismo. Eso lo aprendió de su madre: “así seas pobre y comas piedras, lo importante es que no pierdas el amor propio”. Y el usar trajes finos era una muestra de que se quería mucho.

Sacó por fin un conjunto de saco y pantalón de color gris plomo. Una camisa blanca y una corbata morado oscuro de estampado de bacterias. Se sintió conforme con la decisión y comenzó a vestirse.

Aunque no quiso pensar en ello, la planificación de la reunión de La Sociedad B, lo puso inmediatamente ansioso. Debido a su personalidad perfeccionista, sabía que al final de la semana le saldrían canas verdes. Sin embargo, la idea de presentarle a Andrea otra faceta importante sobre él, tuvo sentido. Aquella era la oportunidad perfecta para que presentarla ante la sociedad y que descubriera parte de los mundos que conformaban el BDSM.

Así que se animó un poco más y apenas estuvo vestido, se apresuró en comenzar a hacer la organización. Aunque todavía tenía unos cuantos días por delante, lo mejor en su caso era adelantar trabajo.

Luego de peinarse y de arreglarse, salió velozmente al garaje. Se montó en su coche favorito, en el Camaro negro del 70, y se marchó a toda velocidad por el asfalto. La suavidad del roce de los neumáticos, el viento y la música de Audioslave que sonaba en la radio justo en ese momento, le hicieron sentir como el hombre más poderoso del mundo. Esa imagen se diluyó un poco a recordar sus manos sobre el cuello de Andrea.

-Vaya que sí nos vamos a divertir.

V

Los compromisos que tuvo que asumir Erik durante esa semana, fueron lo suficientes como para volverlo loco. Casualmente, durante esos días, se estaba preparando una presentación en una convención de empresas de tecnología y entre ellas, estaba la de él.

El objetivo del evento consistió en mostrar los nuevos avances en una serie de charlas y talleres abiertos al público. Aunque esto lo podía delegar al departamento de Marketing, Erik sintió la enorme responsabilidad de asumir una participación un poco más activa al respecto. Se trató de nada más y nada menos que de su propia empresa y deseaba darle el trato que merecía.

Paralelamente, la demanda de atención de la reunión de La Sociedad B también era un constante recordatorio de que tenía que hacer las cosas más que bien. Todos los miembros resultaban ser como él: personas de influencia y poder que se permitieron un espacio para ser tan libres como quisieran. Este era un grupo exclusivo pues porque estaba la necesidad de proteger la identidad de quienes formaban parte de él. La discreción es un valor importante.

Cuando supo que era Dominante gracias a una ex amante, Erik tuvo dos tipos de sentimientos: Alivio porque por fin podría ser lo que siempre quiso ser; y temor, básicamente porque si quería tener una sesión o algo remotamente similar, tendría que estar con alguien que al menos supiera del tema y que guardara sus gustos con celo.

Sin embargo, aquello se volvió una tarea titánica. El ejercicio de encontrar a una mujer que supiera guardar el secreto, no era tan fácil después de todo. La gran mayoría, al escuchar siquiera la idea de BDSM, se escandalizaban profundamente o manifestaban asco.

Erik tuvo que reprimir las respuestas hostiles que pasaban por su cabeza y más bien se dedicó a pasar el rato con ellas. No era un desperdicio después de todo ya que adoraba estar rodeado de mujeres hermosas.

La atención tuvo su precio, los tabloides comenzaron a notar que él estaba en los círculos más exclusivos e inmediatamente corrió en riesgo su imagen como empresario serio. Incluso, llegó a tener situaciones un poco embarazosas en reuniones de gran importancia.

Por otro lado, también estaba molestándole el hecho de que gracias a ello, su intimidad sería aún más difícil de complacer. No podría acostarse con cualquiera porque cualquiera podría aprovecharse de la situación vilmente.

Fue por unos años con actitud calmada hasta que se topó con una invitación particular. La misma, estaba presentada en una carta sin remitente ni sellos postales, sólo un mensaje corto y conciso con una dirección.

Él sintió un hilo frío de miedo por su espalda. Temió en lo más profundo que alguien lo chantajeara, el juego se le trancó por completo. No sabía qué hacer.

Por más absurdo que fuera, fue al sitio en donde lo citaron para saber de qué se trataba todo el asunto. Con los nervios a flor de piel, Erik llegó a un sitio en las afueras. Se trató de un bar. La fachada le causó cierto recelo puesto que no había ningún aviso, salvo por un nombre pintado en una de las paredes pero cuyas letras ya no eran legibles. De resto, sólo le restó tocar la puerta de madera oscura y vieja y esperar ansiosamente a que alguien le abriera. Si es que no se trataba de un pesado juego.

A los pocos segundos, escuchó unos pasos que se acercaban y una rejilla se abrió dejando al descubierto un par de ojos negros que lo estudiaron de pies a cabeza.

-¿Invitación?

Erik, instintivamente, enseñó el sobre. La rejilla volvió a cerrarse hasta que escuchó que le quitaban el seguro de la puerta. Al abrir la puerta, un hombre de baja estatura y de mirada intensa, le guió hasta la parte posterior del local.

Él entró con un nudo en la garganta. Sus suposiciones fueron correctas, se trataba de un bar pero el lugar estaba vacío. Incluso se podía ver polvo en la superficie de las mesas y de la barra.

El pequeño hombre se detuvo y tocó la puerta un par de veces. El mismo procedimiento que el anterior sólo que más rápido.

-Déjenlo entrar.

Cuando abrieron la puerta, un mundo completamente diferente se le presentó ante los ojos de Erik. Había sillas, gente sentada en un bar tomando tragos, una banda de jazz tocando. El ambiente era oscuro, denso pero también sensual. Como él no entendió nada, se quedó de pie en una esquina, esperando alguna respuesta.

Mientras lo hizo, observó con más detalle el ambiente que tenía alrededor. Algunas chicas estaban vestidas con arneses o atuendos provocativos. En sus cuellos, lucían cadenas o collares. Otros grupos de hombres y mujeres, lucían atavíos más formales y que denotaban un rol dominante. Incluso llegó a ver a un par de chicas vestidas de pony, paradas junto a un hombre muy alto y

fornido que hablaba muy cerca con una mujer. Otros más usaban máscaras, supuso que estaban ocultando su identidad.

De repente, un hombre alto y canoso se le acercó con una sonrisa.

-Bienvenido a La Sociedad B, Erik. Es un placer para nosotros tenerte aquí.

-No entiendo nada de lo que está pasando.

-Por supuesto. Qué descortesía de mi parte. Venga, te explicaré todo al respecto.

Se dirigieron a una mesita de madera cerca de la banda. El hombre ordenó un par de Martinis y luego miró a su visitante.

-Bien, recibimos información de una fuente anónima que tienes gustos por ciertas tendencias. No se preocupe, su secreto está a salvo con nosotros.

-Entonces, ¿por qué me invitaron?

-Queremos tener una comunidad fuerte en la que todos nos sintamos cómodos. Aunque el BDSM es una tendencia que es cada vez más aceptada, unos cuantos no se sienten en la libertad de expresar lo que realmente son.

>>Es por ello que hacemos un esfuerzo de reunirnos a todos y disfrutar de lo que nos gusta sin miedos ni prejuicios. Por supuesto, no es obligatorio formar parte de nuestra sociedad, sólo queremos darle la oportunidad de que considere la idea. Bien. Le dejaré para que conozca lo que tenemos. Pásela bien.

El hombre tomó su copa y se perdió entre la oscuridad y el humo de cigarro. Erik, mientras, todo le pareció extraño, como si estuviera en un sueño. Tomó el consejo de su anfitrión y trató de mezclarse entre la multitud.

Todo lo que veía, le resultó familiar y cómodo. Sumisas y sumisos con los ojos clavados en el suelo, esperando las órdenes de sus Amos y Amas, máscaras, sonidos de látigos que se escuchaban en algún lugar recóndito. Era como si hubiera llegado finalmente a casa.

Después de esa reunión, Erik se convirtió en uno de los personajes más importantes de La Sociedad B. Era un Dominante estimado y respetado por todo aquel que estuviera en ese círculo. Gracias a él, se establecieron normas y estatutos con el fin de respetar la vida privada de los participantes. Su influencia y poder se hizo cada vez más notable.

Al tener un lugar en donde podía pertenecer ampliamente, Erik mantuvo dos vidas paralelas. El del soltero cotizado, rodeado de chicas guapas y el de Dominante fuerte y controlador que con sólo una palabra, era suficiente para tener una cantidad absurda de sumisas a sus pies.

Le gustaba andar en esos dos mundos. Pero ahora, la situación se puso más interesante. Al ya establecer una relación con una sumisa, era claro que tarde o temprano tendría que presentarla para que ella conociera de primera mano todo lo concerniente al BDSM y de paso llevara su entrenamiento a otro nivel.

-No puedo creer que lo hayamos logrado. Iba a colapsar en cualquier momento.

-Yo también. Valió la pena pasar esos días sin dormir.

Erik despachó a su secretaria lo que se celebraran el éxito de la convención. Él respiró profundo y tachó el evento como un logro cumplido. Así que sólo faltaba uno más.

Se levantó de la silla, caminó un poco por la habitación y miró la pantalla del móvil. Lo introdujo en el saco y lo volvió a sacar. Le dio unos pequeños golpecitos, se quedó observándolo como si quisiera hacer algo con él. Algo, de lo que estaba completamente seguro. Así pues que dejó la indecisión por un lado y comenzó a teclear.

“Quiero que salgamos esta noche. Te llevaré a un sitio especial”.

VI

Andrea no vio el mensaje de Erik porque estaba frente a una pila de papeles que debía revisar. Las muestras de los libros más las ilustraciones, llegaron a pocas horas de salir de la oficina, por lo que ella tuvo que quedarse un poco más. Debido a eso, tampoco fue capaz de escuchar el móvil, aunque lo tuviera pegado al oído.

Se colocó los lentes y revisó página por página, con toda la tranquilidad del mundo para evitar los errores. Cuando se desocupó, sus ojos lloraban por el esfuerzo y el hambre se le manifestó de inmediato.

Cuando se puso de pie, le sonaron los huesos de la espalda y hasta de las piernas. Miró por la ventana y se percató que ya era de noche.

-Joder.

Respiró profundo y comenzó a organizar sus cosas para irse a casa. De repente, pensó en revisar el móvil como quien no quiere la cosa. Esa era la costumbre que le quedó de trabajar como asistente y de no tener ningún tipo de espacio para sí misma.

Leyó los mensajes y el último fue de Erik que le invitó a una cita. Sonrió pero luego se dio cuenta que el mensaje lo envió bastante más temprano así que se apresuró en responderle. Era obvio que lo quería ver.

Mientras esperó la respuesta, arregló la oficina, tomó sus cosas y se preparó para irse. Deseó con fuerzas que el subterráneo fuera amable con ella, al menos una vez. Al salir a la calle, se sorprendió que, aunque la temperatura bajó un poco, todavía hacía un poco de calor. Se alegró por ello ya que se recordó a sí misma los días de frío que pasó durante el invierno.

Llegó a la estación y recibió una respuesta de su Amo.

“Paso por ti en una hora. Avísame cuando estés lista”.

Se emocionó porque pasaron unos días desde la última vez que se vieron.

Entró al vagón, se sostuvo de uno de los tubos fríos y pensó en lo mucho que quería besarlo y en entregarse a él. La piel se le erizó a pensar en la forma en la que él siempre le besaba y le hacía sentir como si caminara entre las nubes.

Finalmente, el sonido que indicó que llegó a su destino. Se bajó entre empujones aunque ese día no le importó demasiado. Subió las escaleras y se dispuso a caminar la corta distancia que había hasta su casa. Para variar, la noche estaba espléndida. Le dio una buena sensación.

Abrió la puerta, dejó sus llaves en el mismo bol de cerámica que su madre

le dio de regalo y se dispuso a subir las escaleras para comenzar a prepararse. Se desvistió rápidamente y tomó una corta ducha ya que no quería tardarse demasiado. El tiempo apremiaba.

Se colocó frente al clóset y estuvo pensativa por un rato. Quería ponerse algo fresco pero también bonito. Así que optó por un enterito negro de algodón, unas sandalias doradas y una pashmina por si hacía frío. Procedió a arreglarse. Cuando ya estuvo vestida, fue al espejo del baño para dar los últimos toques.

Peinó su cabello de lado y se maquilló de forma sencilla salvo por los labios. Usó aquel color rojo que sabía que lo enloquecía. Se echó para atrás y se miró a sí mismo. Corrigió un cabello mal arreglado y una tira enredada. Y luego, listo. Perfecta. Sonrió para sí misma y en ese mismo momento sonó el móvil.

-Ya estoy aquí.

-Voy saliendo.

Apagó las luces y bajó las escaleras. Cerró la puerta y lo vio como siempre, apoyado sobre el coche y con esa mirada encantadora.

Vestía un traje negro y una camisa blanca sin corbata. Lucía elegante pero no demasiado. En ese instante, ella se dijo la suerte que tuvo de arreglarse un poco más de lo común.

-¿Tardé demasiado?

-No. Para nada.

Se dieron un beso y él la ayudó a subir al coche. Cuando los dos estuvieron adentro, Erik miró fijamente a Andrea.

-Iremos a una reunión de una comunidad BDSM. Se llama La Sociedad B.

-Oh, vaya. ¿Por qué no lo habías mencionado antes?

-Pues, es un grupo pequeño y selecto. No todo el mundo tiene la oportunidad de formar parte de él, básicamente porque los miembros desean resguardar su privacidad e identidad.

-Parece que estuvieras hablando de espías o algo así.

-Es algo muy serio. No estoy jugando con eso.

-Vale. Vale.

-Quiero que conozcas mucho más de este mundo y más porque estás en una especie de entrenamiento. Habrá cosas que te resultarán increíbles y otras desagradables, pero es como la vida misma. Lo importante es que recuerdes que cada persona que veas, está allí por su propia decisión. No ha sido violentada bajo ningún concepto.

Luego de terminar esas palabras, pisó el acelerador y continuó en lo que fue prácticamente su monólogo.

-Otro detalle es que no debes revelar la identidad de quienes estén en la reunión. Hay normas y sanciones que se aplicarán si no acatas lo que te comento.

Andrea adquirió una expresión severa y hasta de preocupación.

-Si es tan estricto y secreto, ¿por qué me llevas?

-Porque quiero que lo conozcas y más porque me tocó organizar el evento de hoy. Fue por ello que no pudimos vernos. Las cosas cayeron justamente casi al mismo tiempo y casi me vuelvo loco. Pero el asunto no es ese, más bien tiene que ver con el hecho de que debes conocer cómo son las cosas. Hay quienes toman esto como un estilo de vida, una forma de pensar y actuar las 24 horas del día. Además, hay relaciones de todo tipo. Unas ni siquiera incluyen sexo.

-Entiendo.

-Trataré de estar contigo en todo momento pero también quiero que sientas la libertad de ver y explorar.

-Vale.

Al terminar la conversación, aparcaron en una acera en un vecindario un poco alejado de la ciudad. Andrea se sorprendió de haber llegado tan rápido. Al bajar, le echó un vistazo a la gran casa que tenía frente a sus ojos. Tenía tres pisos más una azotea y quedaba justo encima de una colina, por lo cual se veía más imponente. Alrededor de esta, se encontraban coches de lujo aparcados en todas partes, como dispuestos en forma de corona.

Caminaron juntos hasta la entrada. Erik tocó la puerta y los recibió una pelirroja voluptuosa y muy hermosa.

-Señor E. Qué gusto tenerlo por aquí. Veo que también trajo a la invitada de la que tanto nos habló.

Andrea se quedó muda al ver la belleza de la mujer así como las prendas que tenía puestas. Era un vestido muy corto, parecido a los uniformes de las trabajadoras domésticas francesas. Medias de red, tacones muy altos de charol y gruesos bucles que cayeron sobre el pronunciado escote.

-Por favor, pasen adelante.

-Gracias, Diana.

Erick le dirigió una mirada a Andrea, le tomó la mano y se adentraron por fin a los terrenos de La Sociedad B.

El gran espacio de la mansión alojó diferentes grupos. Lo primero que vio

Andrea, fue un par de chicos sumisos con cadenas en el cuello y colocados en cuatro patas. Sobre sus espaldas, descansaban los filosos tacones de sus Amos quienes hablaban entre sí animosamente.

-Eso tiene que ver un poco con disciplina y humillación.

Dijo él interrumpiéndola de sus pensamientos.

-Se ve intenso.

-Lo es.

Los dos caminaron entre la gente. Ella notó que algunos tenían máscaras de animales y otros, estilo carnaval. Unas sumisas estaban de pie sosteniendo bandejas con comida o bebidas. Otras caminaban detrás de sus Amos. En dirección al jardín, había una especie de presentación de ponys. Mujeres y hombres vestidos de trajes de látex o cuero, demostraban sus habilidades como “caballos” de paseo o exhibición.

Andrea se sintió tan impresionada que Erik tuvo que tomarla del brazo para que tomaran una mejor ubicación. Cuando lograron sentarse en una de las mesas que estaban alrededor, él comenzó a explicarle:

-Esto es el pony play. Una de las prácticas del BDSM. Quienes asumen el rol de ponys, son los sumisos y sus Amos vendrían siendo sus dueños. Ellos se comportan como tal, son animales según la función que asuman. Pueden ser transporte de sus Amos o pueden hacer lo de ahora, exhibición. Existen muchos más pero es uno de los más populares.

-¿A ellos les gusta?

-Por supuesto que sí. Recuerda lo que te dije: cada quien está aquí porque realmente lo quiere.

-¿Pueden tener sexo aun estando así?

-Mmm. Depende de lo que acuerden ambas partes. Pero es posible, claro.

Andrea volvió a fijar la mirada en el centro del jardín. Estas personas incluso hicieron ruidos de caballos. Estaba impresionada y un poco abrumada.

-Señor E, solicitan su presencia.

La voluptuosa chica interrumpió la conversación de repente.

-Vale. Regreso pronto.

Se levantó, dejándola sola en la mesa. A pesar que el espectáculo le resultó interesante, ella quiso explorar aún más. Así que se levantó y comenzó a deambular por los diferentes espacios de la casa.

Subió las escaleras porque escuchó el ruido de unos gritos. Cuando pensó que alguien corría peligro, se trató de varias mazmorras ocupadas por sus Amos y sumisos, en plena sesión de latigazos. Andrea se asomó tímidamente

aunque había un grupo de personas observando la situación. Los gemidos y gritos de los torturados, le recordaron a sí misma. No pudo evitar excitarse.

Se adentró un poco más y se sintió atraída por el resplandor de una luz. Dio con el origen en una habitación contigua en donde un Amo y un chico sumiso practicaban shibari.

Había un círculo de personas sentadas en la oscuridad de la habitación. Como no eran demasiados, Andrea se aventuró y se sentó en el suelo como el resto.

El hombre, un tío alto, delgado y con lentes, vestía completamente de negro a pesar de la desnudez absoluta de su sumiso. El chico era notablemente más joven que él. Tenía una expresión tranquila pero de concentración.

Los amarres comenzaron a manifestarse sobre su cuerpo. El chico, de rodillas, no decía palabra. En cambio su Amo le susurraba palabras al oído, las cuales le causaron una gran erección al joven.

Las piernas quedaron juntas así como los muslos. El torso estaba bordeado por más cuerda así como los brazos que estaban puestos hacia atrás. El Amo, luego de cerciorarse que todo estaba en orden, fue a un extremo de la habitación y comenzó a accionar un mecanismo de poleas. Poco a poco, el chico ascendía en medio de esa luz blanca que lo hizo ver como un ser sobrenatural.

Al quedar en una distancia más o menos considerable sobre el suelo, el hombre de negro se acercó a su sumiso. Le acarició el rostro y justo en ese instante él lo miró.

-Te dije que no me vieras a los ojos.

-Disculpe, Amo.

Respondió el chico. Lo que ella vio después, le puso la piel de gallina.

El Amo, con látigo en mano, se ubicó cerca de sus piernas y comenzó a darle latigazos casi de manera descontrolada. Ella observó al resto de los espectadores y todos estaban concentrados en esa imagen. El chico no tardó demasiado en hacer ruidos y gemidos.

Ella, en la oscuridad, no supo exactamente qué fue lo que le excitó más. Pero estuvo segura que tuvo que ver con la forma en cómo el Amo castigó a su sumiso.

Tragó fuerte y salió de allí porque sabía que se perdería en ese ambiente denso. Caminó hasta bajar las escaleras y justo en el medio de la sala, una chica sumisa, alta y rubia, tenía un par de pinzas en los pezones con una cadena de metal que las unía.

Ella, con la mirada fija al suelo y completamente desnuda, respiró agitadamente hasta que su Amo estiró la cadena. Gimió, gritó un poco, incluso quiso moverse debido al dolor pero, aun así, no lo hizo. Tenía un nivel de concentración increíble.

Al terminar de bajar, Andrea notó que la joven tenía un pequeño aparato en el coño. Era un vibrador.

El Amo se paseó cerca de ella, torturándola. Jalaba la cadena o la abofeteaba. La humillaba frente a una mayoría de público masculino que disfrutaba ver la escena. Nadie decía nada, el silencio del lugar sólo era interrumpido por los quejidos reprimidos de la rubia. Otro estímulo que hizo que el coño de Andrea palpitara violentamente.

Justo en ese momento, la tortura se terminó para dar paso a las palabras de Erik frente a un público que se encontraba allí. Ella respiró aliviada y se concentró en la mirada de él.

-Amigos, esta noche es especial porque hemos creado espacio para que cada uno sienta la libertad de expresarse como desea. Es por ello, que hoy haré una demostración de tortura con elementos calientes. Una de mis especialidades.

La gente aplaudió y allí se presentó junto a él una mujer joven, más o menos de la edad de Andrea. Ella, al igual que la rubia, estaba completamente vestida salvo por una máscara de encaje que cubría su rostro. Junto a ella, una silla de madera ornamentada y de aspecto pesado.

Se sentó allí y esperó un rato más. Erik se quitó el saco, arremangó su camisa y tomó un velón blanco con una llama intensa. Esperó unos segundos hasta que comenzó notar que se acumulaba la esperma. Así pues, alzó el brazo considerablemente y vertió el líquido caliente sobre los muslos. La mujer tuvo que hacer un gran esfuerzo por no gritar.

-Apuesto que te gustó.

-Sí, señor.

Le dio una bofetada.

-No te escuché.

-¡Sí, señor!

-Muy bien, muy bien.

Volvió a verter cera de vela pero esta vez en los brazos y parte de los pechos. En el ínterin, él le jaló el cabello mientras lo hacía. Le vio sonreír, estaba completamente transformado.

Dejó la vela a un lado y siguió con un hierro caliente. Andrea abrió la

boca para gritar pero nadie pareció alarmado. Así que permaneció allí, en silencio pero sin dejar el estado de alerta.

Cuidadosamente, Erik paseó el hierro al rojo vivo cerca de la piel de las piernas de la mujer. A veces un poco lejos, a veces cerca. Hizo lo mismo con uno de sus pechos, puntualmente cerca de los pezones. La distancia fue tan corta, que Andrea temió que en cualquier momento la mujer gritaría del dolor... Pero no. No fue así.

Ella echó su cabeza para atrás y abrió un poco sus piernas. Andrea observó cómo un hilillo de flujo corrió por entre sus piernas. Al final, Erik dejó el hierro cerca de la chimenea y se acercó al oído de la sumisa.

-Muy bien. Ahora regresa con tu Amo.

Volvió a abrir los ojos, respiró profundo y se levantó con cierta dificultad. Apenas tuvo fuerza para acercarse a un hombre vestido de negro.

-Amigos, espero que sigan disfrutando la velada. Esta noche es para entregarnos a los placeres. ¡Salud!

Alzó una copa de champaña y todos bebieron a excepción de Andrea. Ella todavía tenía la imagen del joven balanceándose por los aires.

Aprovechó la algarabía para salir de nuevo a los jardines. A diferencia de la primera vez, ahora había una charla sobre cómo potenciar los cuidados con una little o brat. Andrea, aunque no estaba interesada en el tema, se sentó en una de las sillas. Un sumiso le ofreció un trago y ella lo aceptó amablemente. Casi se bebió todo el contenido.

En ese momento, trató de entender lo que estaba sucediendo en su interior. Cada vez se le hizo más vívida esa imagen del hombre amarrando al chico. Esa caricia en el rostro, era mirada severa, el castigo. Todo le daba vueltas.

Otro sorbo del trago que tenía en la copa que tenía en frente. Recordó la forma en cómo Erik tomó el control de ese instante. La mirada de la sumisa, esa misma que suplicaba por el dolor pero también por el placer que sentía, pareció ir de la mano con la que tenía él cuando la torturaba un poco.

El ruido de la silla corriéndose, distrajo enseguida a Andrea.

-Te busqué por todas partes. ¿Estás bien?

-Sí. Sí. Es que necesitaba un poco de tiempo para asumir todo lo que había pasado.

-Lamento no haberte dicho lo de esa mini sesión. Se presentó de un momento a otro.

-No te preocupes. Me pareció interesante.

-¿Qué fue lo que te pareció interesante?

-No lo sé. La manera en cómo te dirigías a ella y también la actitud que tenía. Con los ojos hacia el suelo. También me di cuenta de eso cuando vi una sesión de shibari. El Amo ató a un chico pero este estaba en una especie de trance y con la mirada al suelo. ¿Es normal?

-Pues, eso son términos que se establecen en cada relación. En general, un sumiso no es desafiante y adquiere una actitud pasiva. Una forma de demostrarlo es con la mirada. De lo contrario, se produce un castigo. Pero, como te digo, eso depende de las condiciones que establezcan los dos.

-Vaya, es más complicado de lo que pensé.

-Absolutamente. Eso también está sujeto a otras cosas. Por ejemplo, la confianza y el tiempo que tengan conociéndose. Son dos elementos que van de la mano. De hecho, conocí una vez una sumisa exclusiva en donde su Amo, para avisarle que habría una sesión, le daba una fuerte bofetada. Sin importar lo que ella hiciera. No, no te alarmes. Eso forma parte del consenso. Si a ti no gusta, no tienes por qué aceptarlo.

-Entiendo. Por un momento pensé que todo era intransigente.

-Para nada. La comunicación es vital en todo esto. Nosotros establecimos los términos. Tú me dijiste lo que no querías y yo también. En base a eso, vamos creando las mejores condiciones para nuestras sesiones. Al final, Andrea, es entender que esto es como una especie de juego. Un juego cuya meta es que ambas partes la disfruten de igual manera.

Ella se sintió un poco más tranquila al respecto. Pero el gusanillo de la dominación tomó control de sus pensamientos. Al mirar a Erik, el brillo de sus ojos azules, le hizo preguntarse si sería igual teniéndolo sometido, amarrado y suplicando por piedad.

Se espabiló cuando él le repitió una pregunta.

-¿Quieres que nos vayamos a mi casa?

-Eh... Sí. Sí.

-Vale, déjame terminar unos arreglos y después te busco.

Se acercó a ella y le dio un beso en los labios con suavidad. Se apartó y la dejó en la mesa con una tormenta en la cabeza. ¿Qué era lo que estaba pasando?

Mientras veía una exhibición de máscaras, Erik la tomó por el brazo. De nuevo, se adentró a ese mundo extraño pero igualmente atrayente. Después de unos cuantos apretones de mano, él finalmente cerró la puerta tras ello.

-Parece que la fiesta seguirá hasta tarde.

-¿Cada cuánto tiempo se reúnen?

-No tenemos fechas establecidas. Es difícil que todos coincidamos así que tratamos de hacerlo lo suficientemente seguido para tratar de incluir al grupo. De hecho, hicieron una reunión semanas atrás y no pude ir por cuestiones de trabajo. Es una forma interesante de hacer sentir que formas parte de algo. Hablando de eso, ¿te pasó estando aquí?

-Un poco. Lo que pasa es que tengo mucho que aprender. Hubo veces en las que me sentí abrumada y no supe qué hacer.

-No te preocupes. Es normal. Por más preparado que estés, no es sencillo enfrentarse a las perversiones de otros y las de ti mismo. A la primera que fui, cuando supe que me gustaba esto, una chica recibió una marca de fuego por su Amo.

>>Para mí fue demasiado. Incluso me cuestioné. Pero, después de investigar, leer y asistir a más reuniones, me sentí más seguro. Todos pertenecemos a un lugar pero sucede que nos hacen creer que no y, cuando encontramos a nuestros iguales, nos da miedo asumir lo que verdaderamente somos.

Esas últimas palabras resonaron en la mente de Andrea. Estaba ya pensativa pero aquello tenía sentido. Demasiado. Así que se apoyó sobre el asiento y miró hacia la ventana. Estaba concentrada en la vía, en las luces, en el brillo de la luna en lo alto en el cielo. Los dos compartieron ese silencio y tácitamente lo agradecieron.

Erik aparcó cerca de la entrada. Llegaron en cuestión de minutos así que bajaron y entraron. La casa estaba completamente a oscuras pero las luces del pasillo principal, se iluminaron con una luz suave.

-¿Quieres algo de beber?

-Aceptaría un whiskey.

-Bien.

A pesar de todo, Andrea necesitaba algo más fuerte. Mientras él se ocupó de servir los tragos, ella se acercó al ventanal de la sala para observar la noche. Le gustaba estar allí porque sintió una tranquilidad como nunca. El silencio de ese gran espacio, a pesar del sonido de los cubos de hielo cayendo y chocando contra el cristal de los vasos, le proporcionaba paz. A veces se preguntaba si aquello duraría lo suficiente como para convencerse de que realmente pasó.

-Aquí tienes. Creo que es la primera vez que te veo beber un poco más. ¿Segura que estás bien?

-Sí, sí. Segura.

-Vale.

-Fue una reunión interesante. De seguro recibiste muchos halagos.

-No es por jactarme pero sí. Por suerte conté con ayuda para las actividades así que eso era como tener la mitad del camino asegurado.

Ella bebió un sorbo del licor. La amargura del mismo le empapó los labios y la garganta. Saboreó un poco más y luego dirigió una mirada a Erik quien estaba atento a lo que estaba a punto de decir.

-¿Qué pasa?

Se adelantó. Andrea trató de no parecer desconcertada así que lo miró un poco más y hasta que se atrevió a decir lo que dudaba tanto.

-¿Has sido sumiso?

-No. Mi propia personalidad me llevó a ser Dominante.

-¿Pero te has imaginado siéndolo?

-Mmm. La verdad es que no. ¿Por qué?

-Pues, por nada en específico. Quería saber si era posible tener esa dualidad.

-Ah, entiendo. Claro, claro. Ese tipo de personas se le llaman “switch”. Pueden ser Dominantes o sumisos según con quienes estén. Sin embargo, a mi parecer, siempre va a haber un rol más predominante sobre el otro. Es algo que siempre sucede.

-¿Es problemático eso?

-No. Para nada. Como te digo, todo depende de los acuerdos y los consensos de la pareja.

-Vale.

Andrea ya tenía en mente una definición un poco más clara de las cosas. No obstante, la respuesta tajante de Erik le hizo reflexionar un poco más.

-Todo a su tiempo. –Insistió para sus adentros.

Aun con los pensamientos hechos un revoltijo, sintió la mano de Erik que le rozaba los dedos con los que sostenía el vaso con el whiskey. Se lo quitó y la miró fijamente a los ojos.

-A jugar.

Aunque Andrea supo en ese momento cuáles fueron las intenciones de Erik, él realmente no tenía un método o señal para hacérselo entender. Sin embargo, dentro de todo, a ella le gustaba que él tuviera el don de la espontaneidad. Le gustaba que lo hiciera porque quería decir que no había nada predeterminado en la dinámica que tenían.

Ella se incorporó, colocando la espalda derecha. Enfocó la mirada en el

suelo como recordó en la reunión de La Sociedad B y permaneció en silencio hasta que él le tomó por el cuello.

-Muy bien. Parece que has aprendido mucho. Me gusta que mi sumisa sepa qué es lo que tiene que hacer. Ahora, ven.

La jaló un poco y la llevó hacia las escaleras. Aunque ella estaba preparada para ir hacia la mazmorra, hubo un cambio de planes. Él la condujo a la habitación.

-Quítate la ropa.

Andrea se alejó un poco de él porque a Erik le gustaba verla desnuda desde cierta distancia. Ella poco a poco se quitó el enterito negro. Las telas holgadas y suaves que cubrieron su cuerpo, cayeron a suelo para dejarla casi desnuda. Lo único que tenía puesto, eran las bragas negras de encaje de corte alto. Luego, ella apartó con sus pies la pieza de ropa para proceder y quitarse las sandalias. Lo hizo despacio, como alimentando el suspenso de la situación.

Terminó y se irguió frente a él. En ese instante, Erik se dio cuenta lo mucho que le gustaba ver la piel así como la desnudez de Andrea. Los tonos de esa epidermis, le hacía pensar que ella era en sí una especie de mundo propio. Mantuvo los ojos al suelo y esperó que la voz de su Amo le dijera qué hacer.

Erik respiró profundo porque le invadió esa sensación de desespero de tomarla por el cuello, lanzarla sobre la cama y follarla sin control. Sí, habría tiempo para eso pero todo en su momento.

-Acuéstate boca arriba.

Ella avanzó hasta la cama, dejó su cuerpo en la superficie suave y permaneció allí. En esa posición, no podía ver las cosas que él hacía, así que se mantuvo a la expectativa. ¿Qué sería lo próximo?

Erik se dirigió a un pequeño mueble de madera cerca del clóset. A simple vista parecía un cubo sin mayores pretensiones, sin embargo, él hizo unos rápidos movimientos con los dedos y se escuchó un clic. Uno de los lados del cubo cedió y dejó salir una pequeña gaveta. Al jalarla, extrajo un rollo de cuerda. Había un grupo de cuatro.

Tomó la que estaba más próxima a él y se levantó con la intención de ir hacia donde se encontraba Andrea.

-Estira los brazos y piernas.

Al hacerlo, su cuerpo quedó completamente extendido y a la espera de lo próximo que pasaría. Ella respiró profundo y de inmediato sintió sus manos sobre las muñecas y los tobillos. A diferencia de la primera vez, Erik fue mucho más firme. Por lo cual no cupo duda que ella estaría completamente

inmóvil.

Piernas y brazos extendidos. Todo bien, todo perfecto, sin embargo Erik sintió que faltaba algo, un pequeño toque. Al encontrar qué era, optó por regresar al cubo de madera y traer el accesorio ideal. Una mordaza de bola.

Se la colocó con cuidado y paciencia. Trató de no apretarla demasiado para que se sintiera segura de lo que estaba pasando.

-Recuerda de la palabra de seguridad.

-Rojo.

-Bien. Dila cuando sientas que no quieres seguir más.

Asintió lentamente ya que su boca quedó limitada por la pelotita de goma que tenía entre los dientes.

La respiración se volvió agitada pero recordó las palabras de su Amo. La palabra de seguridad le daba cierto margen para manejar las cosas, aunque, hasta ese momento, no se le presentó razón para ello.

Erik se quitó la ropa a excepción de los pantalones. Por alguna razón, el estar así, le daba una sensación más fuerte de poder y control.

Después de hacerlo, buscó una vela y un encendedor. Quería divertirse un poco al estimularla con un juego de sensaciones en las que intervendrían el calor y el frío. Primero sería con la cera caliente.

La encendió y esperó un rato, al ver lo que estaba por suceder, Andrea recordó a la mujer sentada en la silla, los ojos llorosos y el hilillo de flujo que recorrió su pierna. Esta sería la primera vez que experimentaría algo así, por lo que era normal que sintiera un poco de miedo.

Finalmente, él se colocó junto a ella y le dirigió una amplia sonrisa. Seguidamente, giró la muñeca lentamente para que cayeran unas gotas de cera de vela en no de sus muslos. Cuando lo hizo, Andrea se retorció un poco debido al ardor que le produjo el líquido caliente.

Cerró los ojos por instinto pero luego los volvió a abrir. Al hacerlo, se encontró con la sonrisa de su Amo y con la sorpresa de que ese dolor le produjo que su coño palpitará violentamente. Él continuó vertiendo la cera sobre sus piernas y torso. Incluso se atrevió a ir un poco más lejos, en sus pechos para ser más exactos.

Aunque Erik, al ver cómo se marcaban los pequeños círculos rojos sobre su piel, sintió la urgencia de ser un poco más agresivo, tuvo que reprimirse para evitar malos ratos. Quería que la experiencia fuera deliciosa y no traumática.

Después de disfrutar un rato de los gritos contenidos por la mordaza, Erik

dejó la vela a un lado. Seguidamente, bajó por unos momentos a la cocina. Sacó del refrigerador algo que sabía que sería muy estimulante.

Entre sus manos pareció tener un consolador. Pero este tenía algo especial. Este estaba hecho de metal. Erik, al querer pasar del calor al frío extremo, pensó que introducir al congelador este consolador nuevo que adquirió especialmente para esa ocasión.

Se subió y quedó de rodillas sobre la cama. Masturbó a Andrea con una de sus manos hasta que le abrió las piernas. Poco a poco, introdujo el consolador de metal frío.

A medida que entraba en su coño, ella experimentó una sensación que se le hizo difícil de explicar. El frío que estaba dentro de sus carnes contrarrestaba con la intensidad del calor de su cuerpo. En su interior, trató de encontrar algún sentido pero no pudo. Entonces, no le quedó de otra que rendirse ante ese estímulo que la hacía excitarse más y más.

Eventualmente, la temperatura del consolador subió y Andrea pareció que las cosas se calmaban eventualmente. Pero Erik era una caja de sorpresas. Al terminar, introdujo un trozo de hielo en la boca y fue directo a su clítoris.

Él chupó los labios gruesos vaginales y succionó los fluidos de ella al mismo tiempo que su lengua, ahora fría, recorría ese terreno repleto de placer. Andrea volvió a flotar por los aires, perdiéndose en esa galaxia de sensaciones que él siempre le proporcionaba.

Erik se incorporó hasta que se acomodó sobre ella. Una de sus manos fue hacia la garganta y la otra a un pezón. Lo pellizcó con fuerza y apretó también con la misma intensidad. Su pene, poco a poco, se adentró en ella.

Las embestidas de Erik se hicieron con fulgor gracias a la desesperación que él sintió al escuchar los gritos y gemidos de ella. El juego de frío y calor funcionó a la perfección y se sintió orgulloso de haberse superado a sí mismo.

Aun así, procuró ir con cuidado porque, a pesar del progreso de Andrea y de su interés por el BDSM, todavía era una principiante. Este mundo en sí es complejo e intrincado así que debía ser prudente y asegurar una guía paciente. Una que le hubiera gustado tener en un principio.

Volvió a concentrarse en ella al verle la expresión de placer. Los ojos los tenía llorosos y a veces se mordía la lengua. Con su pulgar, acariciaba esos labios gruesos o se decantaba por ahorcarla un poco más al mismo tiempo que la destrozaba. Le gustaba la idea de hacerla suya de una manera tan fuerte intensa porque el sabor del control era lo que más le gustaba.

Quiso cambiar de posición así que se detuvo a quitarle los amarres.

Primero la de las muñecas y luego los tobillos. Acarició rápidamente esas zonas para luego tomarla de la cintura y hacerle que se colocara en cuatro.

Al ver ese culo tan grande y expuesto sólo para él. No pudo evitar colocar sus manos en respectivas nalgas, apretarlas y manosearlas como le diera la gana. Enterró su cabeza entre ellas, sintió el aroma de esa piel y se dedicó a morderlas y lamerlas como quiso. Era un animal salvaje que disfrutaba de su presa.

Finalmente, se incorporó de nuevo y se levantó sobre la cama, flexionó un poco las rodillas y escupió un poco hacia el ano, para que este estuviera lubricado lo suficiente como para meterlo. Lo sobó un poco e introdujo el glande con paciencia.

Al doblar más las rodillas, aseguró ir más adentro, estaba decidido a meterlo todo, entero en ella. Enseguida, Andrea exclamó un gemido de placer por lo cual Erik no renunció a la tarea de darle placer. Continuó hasta que metió todo su pene y comenzó a hacer embestidas para provocarle más gritos.

Ella se aferró a las sábanas y a una serie de palabras incomprensibles que exclamó con la boca contra la cama. Erik, cada vez más excitado, fue con más fuerza. Luego de un rato, cambió de nuevo de posición hasta que hizo que se acostara por completo. Esto fue con el objeto de llegarle con más profundidad. ¿Otra ventaja? Estando así sentía mucho más control de la situación y era una postura que resultaba agradable para los dos.

Así pues que su pene volvió a la posición inicial dentro del ano de Andrea. Ella no paraba de gritar, por lo cual él se acercó hasta su oído.

-Me encanta como chillas. Chillas como una ramera.

-Sí... Oh, sí.

-¿Quién es tu Amo?

-Tú eres mi Amo.

Él tomó el cabello con una mano y lo jaló un poco. Gracias a ello, las embestidas fueron más intensas. Ella no pensó que aquello fuera posible.

Siguieron así hasta que Erik sintió que en cualquier momento iba a correrse, por lo tanto, retomaron la posición anterior para que él pudiera masturbarle el coño al mismo tiempo que la penetraba. Con la otra mano, se sostuvo de la cadera.

Más rápido, más intenso, más salvaje. Erik estaba poseído por una especie de fuerza sobrenatural. Esa misma que logró transmitírsela a Andrea. Entonces, los temblores de los muslos de ella se hicieron más fuertes hasta que, al final, un chorro de líquido terminó entre sus dedos.

Erik, por otro lado, aliviado de que su mujer se corriera, se relajó y llegó al orgasmo. Justo antes de correrse, sacó su pene y se masturbó fuertemente. Los hilos de semen fueron a parar dentro del ano de ella y en las nalgas.

Andrea respiró profundo y casi se desplomó sobre la cama sino fuera por él. Sintió que sus manos la sostenían con cuidado, mientras la limpiaba. Erik, también sometido por el trance del orgasmo, se permitió un poco de tiempo al hacer todo eso.

Al regresar junto a ella, la acomodó suavemente sobre la cama. Se acostó a su lado y la abrazó por detrás.

-¿Cómo te sientes?

-Como si la adrenalina siguiera recorriendo mi cuerpo. De resto, estoy bien.

-Vale.

Le dio unos cuantos besos en el cuello antes de quedarse dormida. Ella, por otro lado, miró hacia el extremo de la pared aún pensativa.

VII

Erik volvió a la rutina intensa de trabajo. Las reuniones, acuerdos, contratos y demás no le dieron ni un respiro. Eso se debió gracias al éxito que tuvo durante la convención de tecnología. Su empresa resultó la joya de la corona del evento y ahora tenía una serie de ofertas que debía estudiar con cuidado si quería diversificar su negocio.

Esto también implicó una larga ausencia que Andrea aprovechó para su beneficio. Desde la última sesión, quedó más intrigada sobre el control y la Dominación, además de la posibilidad de que una misma persona fuera switch. Empezó a analizar cuidadosamente sus ansias y deseos y el panorama fue más claro como el cristal: ansiaba probar aquello pero ¿cómo?

Primero comenzó a investigar. Tomó un cuaderno de apuntes y escribió todo lo que recordó de la reunión de La Sociedad B, incluyendo el comportamiento de los Dominantes y de los sumisos. La forma en cómo se expresaban y hasta se vestían.

Luego, buscó la mayor cantidad posible de información sobre la conducta de este grupo de gente, sus rituales y hasta su forma de pensar. Pasó horas y horas frente a la pantalla tratando de entender las emociones que tenía.

Entre todas las cosas que se encontró, halló un blog de una Dominatriz. Ella se describía a sí misma como “una mujer ávida de control y poder. Dispuesta a ponerte a rogar por dolor y placer”. Esas palabras bastaron para que ella se atreviera a enviarle un correo pidiéndole ayuda. Quería saber su historia y consejos sobre cómo dar el primer paso.

Al terminar de escribir un largo correo describiéndole la situación, Andrea le dio a enviar y enseguida se sintió como una tonta. Supuso que esa mujer, apenas leyera ese escrito, seguro se reiría de ella. Entonces, se dejó abatir sobre la silla y trató de olvidar el asunto, total, tampoco era de vida o muerte.

Pasaron un par de horas hasta que escuchó el aviso de correo nuevo en la bandeja de entrada. No le prestó demasiada atención, así que siguió ocupada revisando muestras y corrigiendo escritos. Después de tomarse un café y de hablar un rato con su equipo, por fin recordó lo que recibió. Se colocó los lentes y comenzó a leer.

“Estimada, A. Leí tu mensaje y no pude evitar sentirme identificada contigo. Si te soy sincera, pasé por lo mismo hace muchos años y me encantaría poder ayudarte para que no cometas los mismos errores que yo.

¿Qué te parece si nos encontramos para almorzar? Trabajo en el centro de la ciudad y conozco un lugar en donde la comida es deliciosa y el ambiente es tranquilo. Quedo atenta ante tu respuesta”.

Andrea sintió como si el corazón le saltara del pecho. Eran buenas noticias y la verdad es que no quería desaprovechar la ocasión. Respondió de inmediato y concertaron en una hora. Ella tendría las preguntas al respecto, sin sentir presión ni miedo. Era el momento ideal para saber más.

Se acercó el mediodía y Andrea interrumpió lo que estaba haciendo para prepararse y encontrarse con Lady M. Así era el nombre con que se daba a conocer en el mundillo del BDSM.

Tomó sus cosas, avisó que se tomaría un par de horas y salió en plena hora pico. Las calles estaban repletas de gente y coches. Caminó unas cuantas calles y se encontró con un pequeño bistró. Hay mesas y sillas afuera por lo que tuvo sentido ya que el día estaba brillante y despejado.

Se acercó a una mujer que estaba sola en una mesa y le tocó el hombro.

-¿Lady M?

-¡A! ¡Hola! Mucho gusto, me llamo Ema.

La imagen mental que tenía Andrea de Lady M resultó ser muy diferente a lo que vio en persona. Era una chica baja, más o menos de su tamaño, delgada, de cabello negro corto con flequillo, ojos grandes y negros y con una sonrisa dulce. Lucía un vestido de flores pequeñas, zapatillas negras y un cárdigan rosa palo. La mirada amable le hizo sentir un poco menos tranquila.

-El placer es mío, me llamo Andrea.

-Venga, siéntate. Tengo un hambre atroz y creo que tenemos mucho de qué hablar.

Apenas pidieron la comida, Ema cruzó las piernas y se acercó hacia donde se encontraba Andrea.

-Muchas gracias por escribirme. Por lo general no respondo tan rápido pero tu caso me llamó la atención. Sé qué es lo que sientes ahora y lo importante que es encontrar las respuestas a tus preguntas. No es fácil y no todo el mundo está dispuesto a ayudar. Ahora, necesito que me digas cuál es tu situación actual.

-Pues, verás, no tengo mucho tiempo en esto. Quizás sea precipitado de mi parte pero es que hace poco fui a una reunión BDSM y todo lo que vi, tuvo un efecto en mí que estoy tratando de entender desde hace varios días. Tengo Dominante ahora pero siento la necesidad de probar con el control.

-Vale, entiendo. Primero, eso no tiene nada de malo. La curiosidad de

saber qué siente el otro en una sesión, es normal. En mi caso, pasé mucho tiempo confundida hasta que probé ser Dominatriz de un chico. Fue una experiencia que cambió toda mi percepción.

-¿Cómo fue todo aquello?

-Pues, verás, tuve que informarme por mi cuenta. Guiarme por lecturas que encontraba en Internet. Apenas pude preguntarle a unos cuantos Dominantes al respecto. Por suerte, no tenía uno en aquel momento pero de todas maneras fue todo un reto. En fin, el chico lo conocí en una reunión de gente que nos gusta el BDSM.

>>Todos estábamos en plan de conocernos y nada más. Así que él se me acercó a conversar conmigo. Fue muy agradable y poco a poco me dio a entender que se trataba de un sumiso. Aproveché para preguntarle tanto como pudiera sobre sus experiencias anteriores. Mi mente estaba captando todo.

Justo en ese momento, los platos de comida se les presentaron al frente de las dos. Andrea temió preguntarle si quería continuar, por lo que esperó un rato más.

-¿En dónde me quedé? Ah, ajá. Bien, estuve escuchándolo hasta que llegó el momento de la verdad. Me preguntó si era sumisa o Dominante. Esto lo vi como una gran oportunidad para el éxito o el fracaso, así que le respondí que era Dominante pero que estaba aprendiendo. Puedo jurar que sus ojos se iluminaron de repente.

>>El hecho es que fue un proceso gradual. Él me ayudó mucho y eso me sirvió para ganar más confianza en lo que quería lograr. Lo importante es no presionarse demasiado, es entender que todo forma parte de un proceso y que hay que disfrutar cada instante... Por más difícil que sea.

-Vale... Creo comprender.

-Mira, lo más sano para ti y tu Dominante es que le expases que sientes la necesidad de explorar ese lado de ti. Eso puede incluso mejorar la dinámica que tienen ahora. Dependerá de lo receptivo que sea él y si está dispuesto a probar. Es un asunto un poco complicado que requerirá que pienses las cosas con cuidado.

Andrea detuvo su mirada en frente al plato de pizza. Suspiró porque, gracias a la conversación con Ema, tuvo la sensación de querer continuar con sus intenciones pero no sabía cómo reaccionaría Erik.

-Hey, no te angusties. Esto no es física nuclear ni es la cura para el cáncer. Son relaciones humanas, si te soy sincera, soy optimista en estos casos porque casi siempre se puede encontrar una solución y hay que pensar que es así. Mi

único consejo es que vayas por lo que quieres. Tienes que buscar tu tranquilidad y felicidad.

Después de estas palabras, Ema se concentró exclusivamente en algunos secretos que pensó les serían útiles a Andrea. Los cuales estaban concentrados en ilustrar los deberes y placeres de los Dominantes, las fórmulas para amarrar y para someter, para humillar y para perder el miedo.

Hacer entender que a pesar del tamaño o aspecto que tuviera, era posible asumir una postura que impusiera poder. Las ideas y planteamientos de Ema hicieron que los ojos de Andrea brillaran con fuerza. Estaba más entusiasmada que nunca.

-Bueno, Andrea, espero de verdad que te haya servido lo que te dije. Cualquier cosa, este es mi número. Trataré de ayudarte en todo lo que pueda, ¿vale?

Ema le dio un fuerte abrazo y se despidió de ella con la mano. Ella se quedó allí, mirándola difuminarse entre la gente. Luego regresó a su torbellino de pensamientos, tratando de entender la situación tan extraordinaria que acababa de tener.

Tomó sus cosas y regresó a la oficina. Encontró todo como si no hubiera pasado las dos horas que pidió. La misma gente en los escritorios, dibujando o escribiendo. Sus jefes en reuniones y ella caminando hacia su oficina. Dejó las cosas en una gaveta y se dejó caer sobre la silla. En esos minutos de soledad y reflexión, recibió un mensaje de Erik preguntándole cómo estaba. Ella miró la pantalla del móvil por un rato, como temiendo responder ante esas palabras.

Finalmente comenzó a teclear cualquier cosa, palabras vacías y sin sentido. Dejó el móvil de nuevo en el escritorio y se preguntó cuándo sería el momento adecuado para decirle que quería tener la oportunidad de ser Dominante.

-Apuesto que se reirá de mí.

VIII

Erik volvió a encontrarse en una fila para abordar el avión. Le pareció particular tener que lidiar con una situación que ya parecía un deja vu. Así pues que sostuvo el ticket de manera desinteresada entre los dedos, con la expectativa de que en cualquier momento recibiría una sorpresa de su sumisa. Esperó y esperó hasta que finalmente lo llamaron para abordar.

Quizás estaba deseando demasiado, lo cierto es que pensaba en que quería reencontrarse con ella y romperle la piel como en otras ocasiones. Soñaba con la piel desnuda, reluciente y brillante, siendo sometida a cualquier cantidad de castigos. Suspiró de la emoción al mismo tiempo que descansó su cuerpo sobre la silla del avión.

Giró su cabeza hacia la ventana y cerró los ojos. No tardó demasiado tiempo en ponerse a soñar con su mujer.

Andrea tecleaba violentamente hasta que escuchó el móvil. Era él diciéndole que ya estaba en la ciudad y que moría por verla. Era la primera vez que decía algo así por lo que le pareció extraño que usara esas palabras.

“Aún estoy en el trabajo. ¿Nos vemos luego para almorzar”.

No recibió respuesta así que volvió a colocarse los lentes y se entregó al sonido de los dedos sobre el teclado. De repente, algo la distrajo. No le quiso prestar atención hasta que recibió una llamada de la recepcionista.

-Señorita Andrea, alguien está esperándola en el lobby.

-Vale, voy para allá.

Al salir, notó algunas mujeres que hablaban entre ellas. Unas estaban impresionadas y otras no podían quitarle la mirada a aquello que observaban con fascinación y admiración.

Ella pensó que se traba de otra cosa hasta que lo vio. Era Erik en la recepción, sentado y leyendo una revista mecánicamente. Él, apenas sintió su presencia, se levantó y le sonrió.

-Lo siento, muero de hambre.

Andrea se ruborizó de inmediato.

Erik había sido, hasta ese momento, un hombre que sólo limitaba su interacción en la habitación o en la mazmorra. De hecho, dejó bien en claro que era una persona que no le gustaba mezclar los aspectos de su vida y, aunque tuvo la confianza de decirle a Andrea que era Dominante, no hubo nada más allá de eso. Sin embargo, se presentó en su oficina poco después de llegar de viaje y con la expresión más dulce que le había visto hasta el momento.

Ella no pudo evitarse sentirse conmovida.

Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Todavía tenía el calor en la cabeza y deseó por un momento hundirla en la tierra.

-¿Qué dices?

-Dame un momento que tengo que terminar de hacer unas cosas. Prometo no tardarme demasiado. ¿Quieres quedarte aquí o prefieres ir a mi oficina?

-Aquí, no quiero interrumpirte.

-Vale.

Cuando hizo el gesto de irse, él le tomó por el brazo y la acercó a sí. La miró con deseo y le dio un beso en la boca. Andrea volvió a ruborizarse con violencia y hasta pudo sentir la mirada del resto de sus compañeras de trabajo que la miraban como si fuera la mujer más afortunada del mundo.

-Bi... Bien. Ehm, iré a terminar y me reúno contigo pronto.

-Vale.

Él le picó el ojo y le sonrió. A pesar de todos los pensamientos que tenía en su cabeza, Erik le hacía sentir que era afortunada en todos los aspectos.

Así pues que se regresó a su oficina y hundió la cabeza en la pantalla con la apariencia de que realmente estaba ocupada. Sin embargo aquello no fue más que una treta para que la gente no notara que realmente estaba perdida en la timidez.

Tras unos minutos, tomó sus cosas y se reunió con él en el lobby. Tenía las piernas cruzadas mientras revisaba el móvil. De seguro estaría respondiendo correos de trabajo porque, bueno, así era él.

Se detuvo en el umbral que llevaba al pasillo de las oficinas y se dispuso a mirarlo con atención. Tenía un traje azul oscuro de rayas finas, camisa blanca y una corbata morada claro. Erik tenía una gracia incluso en los momentos en los que no tenía que reservar la apariencia de hombre de poder.

-Lista. ¿Qué te apetece comer?

-Si te soy sincero creo que ya no estarías aquí.

Ella entendió el mensaje por completo por lo que se rió del comentario.

-Dime, en serio.

-La verdad es que me da igual, deseaba verte. No creí que iba a esperar demasiado.

Volvieron a mirarse como si el mundo sobrara. Andrea tuvo que espabilarse porque, de lo contrario, se comerían ahí mismo.

Se despidió de la recepcionista que todavía estaba hipnotizada por la presencia de ese hombre tan guapo y de aspecto poderoso. Andrea tuvo el

presentimiento de que al menos tendría que acostumbrarse a que él siempre llamaría la atención.

Empujaron la puerta de vidrio y salieron hacia los elevadores. Justo en ese momento, Erik le tomó la mano como si fuera un gesto de lo más común. Esto le tomó por sorpresa puesto que de nuevo era un gesto que le provocó sorpresa.

Él de inmediato comenzó a compartir las incidencias del viaje, las cosas que tuvo que hacer e incluso la comida que degustó. Parecía un niño emocionado por contar sus cosas. Algo completamente nuevo.

Aunque le produjo cierto grado de agrado, pensó que así se le haría más difícil contarle lo que quería probar. Sospechaba que no estaría dispuesto a dar su brazo a torcer. Se debatía en la sinceridad y en la frustración.

Después de caminar unas cuantas calles, llegaron a un restaurante de comida china. Un sitio bastante informal y que resultaba muy diferente a lo que estaba acostumbrado.

-Joder, muero de hambre.

Después de pelear por encontrar una mesa libre, Erik y Andrea se dispusieron a sentarse en un lugar cerca de la entrada.

-Tuvimos suerte. A veces es simplemente imposible venir aquí.

Después de pedir un copioso menú, Andrea tomó un poco de gaseosa para aclararse la garganta. Erik estaba ansioso por comer por lo que ella pensó que sería más conveniente que tuviera algo en el estómago en vez de arruinar el momento. Lo que ella no sabía era que él era un hombre sumamente observador.

Sabía desde hacía tiempo que ella tenía algo que no le compartía o con lo que no era abierta por completo. Dejó pasar unas cuantas oportunidades para preguntarle directamente ya que odiaba tener que esperar, sin embargo, también comprendió que eso dependía única y exclusivamente de ella. No podía acelerar el proceso. Respetar al otro también consiste en entender que cada quien tiene su propio paso.

-Estás muy callada. ¿Estás bien?

-Eh, sí... Tengo muchas cosas en mente, respecto al trabajo, me refiero. Estoy preocupada por una nueva edición y tengo los dedos cruzados puesto que es un proyecto en el que estoy trabajando desde hace tiempo.

-¿Segura? Has tenido episodios más complicados en el trabajo y creo que los has llevado mejor. ¡Ah! Llegó la comida.

Andrea supo que él tenía razón. Mientras veía los bollos rellenos de

cerdo, el arroz humeante y los rollos primavera fritos, ella agradeció el tiempo fuera que manifestó justo en el momento indicado.

Comieron y bebieron como si se tratara de un día cualquiera. Andrea se distrajo pero Erik estuvo pendiente de las cosas que estaban sucediendo. La miraba fijamente como queriendo darle a entender que podía contarle lo que quisiera sin que hubiera problema.

El cansancio del viaje le hizo retroceder un poco y a dejar el tema de sus pensamientos. Sin embargo, justo cuando pensó que había perdido la batalla, Andrea le tocó la mano.

-Tengo que hablar contigo de algo pero siento que si le doy más largas al asunto, explotaré.

-Sería hora, guapa. Dime.

Ella tomó un sorbo de gaseosa y trató de continuar.

-Desde que fuimos a la reunión de La Sociedad B, siento que se manifestó algo muy importante para mí, como si mis deseos se materializaran y pudiera entender todo dentro. –Él no dijo palabra- Bien, lo que trato de decir es que me gustaría ser Dominante o al menos probar un poco cómo es eso de tener el control en una sesión.

De repente, los hombros de Andrea se sintieron más livianos y la sensación de tensión desapareció, al menos de su parte. Sin embargo, el juego ahora estaba en manos de Erik quien estaba en silencio con una expresión de tranquilidad.

-Lo sé. Lo supe desde hace tiempo. Tuve mis sospechas y estuve atento ante lo que percibieras. Esa fue una de las razones por la cuales quise que caminaras y conocieras las diferentes cosas que estaban sucediendo. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

-Temí a que no entendieras. Además, también estaba confundida. Mientras estabas de viaje, aproveché para investigar y conocer más del tema. Sé que me falta mucho por aprender y practicar.

-Es así. Me encanta saber que quieras saber y explorar más. Por lo general, la gente siente reacciones adversas con el BDSM y prefieren satanizarlo de plano. –Se acercó más a ella-. ¿Qué te gustaría hacer?

-No lo sé aún.

-Ya se nos ocurrirá algo. Podemos empezar por cuestiones muy elementales. Nada drástico para que puedas adaptarse con tranquilidad.

-Vale.

Los dos se miraron con complicidad y terminaron de comer rodeados del

ruido de platos, vasos y conversaciones banales.

Después de las horas de sueño y del ajetreo en la oficina, tanto Erik como Andrea estaban preparándose para la sesión de ese día. Ella estaba más nerviosa que él porque temía que las cosas salieran mal. Para hacerla sentir segura, él le propuso que se vieran en su departamento. Así se movería en un terreno conocido y se le haría más fácil cambiar a su modo como Dominante.

Ella, luego de tomar una larga ducha, fue al baño y se miró al espejo. Ya no tenía esas bolsas grises debajo de sus ojos típicas de su anterior vida aburrida, ahora tenía una expresión de lozanía. Comenzó a maquillarse pero de una manera diferente a como solía hacerlo. Los ojos ahumados y los labios de color piel.

Al terminar, fue a su habitación y miró la ropa que tenía sobre la cama. Una falda negra larga estilo tubo, una blusa blanca sin mangas y, en el suelo, un par de tacones negros de aguja. Por suerte, también encontró unas medias negras que irían perfecto con todo aquello.

Terminó de vestirse y volvió a mirarse. Estaba impresionada por el aspecto que tenía. Sin duda, exudaba poder, control y gracias a ello comenzó a sentirse de esa manera. Poco a poco ya no quedaban rastros de la sumisa o de aquella muy remota y tímida Andrea que por muchos años se entregó al mundo vainilla.

Escuchó el timbre de la puerta y se levantó lentamente. Echó un último vistazo y salió de la habitación. Bajó por las escaleras y el escenario de su vida anterior se le presentó ante sus ojos. Los pasos lentos los hizo para recordarse a sí misma que ahora era quien tenía el control. Así que se tomaría el tiempo que le diera la gana.

Al llegar a la planta principal, giró la perilla de la puerta y lo encontró allí. Con un aspecto más informal y con ese brillo tan sensual en sus grandes ojos azules. Sonrió un poco tímido y ella no tardó en decirle.

-Entra.

La voz firme y contundente de él, estremeció un poco a Erik y todavía más porque no sabía con qué se iba a encontrar.

La casa estaba a oscuras a excepción de una fuente de luz que salía de la habitación principal. Erik permaneció en la estancia, esperando a que ella le dijera algo más. Mientras, estaba concentrado en la belleza de esa mujer. En lo alta que se veía y en el aspecto serio y severo de su rostro. Sin duda, en un contraste significativo en relación a la mujer que conoció un par de meses atrás. Como si fueran dos personas diferentes. Ella se colocó frente a él. Le

miró de reojo y le dijo:

-Sígueme.

Erik asintió y la siguió. Miró sus piernas mientras ascendía hasta esa luz. Quedó hipnotizado por el contorneo de sus caderas, por el movimiento de la cintura y de sus brazos que enmarcaban la figura desde atrás.

Andrea entró finalmente a la habitación y él pudo conocer por fin una parte del mundo de ella. Era un lugar espacioso, de paredes lavanda claro y de muebles de madera oscuro. Tenía un estilo minimalista y sobrio. No se detuvo a detallar más porque se concentró en lo que ella tenía para enseñarle.

-Quítate la ropa.

Ella se sentó en el borde de la cama cuando él comenzó a despejarse de las prendas que tenía puestas. Dejó el saco, los pantalones y la camisa en el suelo. Andrea, tomó la corbata entre sus manos, pensó en usarla después. Erik quedó completamente desnudo frente a ella, con esa actitud tranquila y pacífica en los ojos.

-Arrodíllate.

Aunque parecía muy confiada en sí misma, Andrea sintió un poco de miedo cada vez que trataba de decir palabras con ese tono de mando. No quería verse tonta o ridícula, sino más bien natural. Cada vez que quería terminar con el asunto y dejar las cosas hasta allí, recordó las palabras de Lady M: “Trata de disfrutar el momento”.

Respiró profundo y se concentró en el aspecto de Erik. Tan alto, tan fuerte y ella tan pequeña. Era un contraste que le resultó gracioso, ahora tenía el control y estaba empezando a disfrutar de ello.

Ella abrió las piernas lentamente. No tenía nada debajo de esa falda ni de la blusa. Él se dio cuenta al momento de tomar posición. La tela transparente de la blusa le hizo notar los pezones oscuros, mientras que, ella sentada y abierta, dejó ver esos hermosos labios gruesos.

Andrea tomó la corbata y la amarró al cuello de él. Hizo un nudo muy sencillo. Erik notó que las manos de ella temblaban terriblemente y la miró tratándole de decir que lo estaba haciendo bien.

Al terminar, ella jaló un poco el trozo de tela y le ordenó:

-Chúpamela.

Se subió un poco más la falda, dejando al descubierto la belleza de sus grandes muslos. Igualmente, vio con poco más de nitidez el coño que lo esperaba. Sus manos se apoyaron sobre el suelo y su boca fue directamente a encontrarse con el clítoris. Su cuello fue dirigido por la firmeza de la pequeña

mano de Andrea.

Erik en seguida comenzó a comer y a lamer esa hermosa humanidad. El sonido de sus succiones y mordidas, hicieron que Andrea soltara la corbata y sus manos fueran a parar al cabello de él. Lo jaló con fuerza y le hizo ir más adentro, más profundo a su punto de placer.

Mientras él trataba de no tumbarla sobre la cama y hacerla suya como solía hacer, permaneció en esa misma posición hasta que ella se incorporó para retomar el rumbo de la situación.

-Para.

Él momentáneamente se asustó pero luego se percató que ella quería cambiar de estrategia. Se levantó y dio unos cuantos pasos detrás de él. Erik realmente estaba a la expectativa. Fue así hasta que sintió el ardor de un primer latigazo. Andrea, por su parte, lo hizo con cuidado para no herirlo demasiado ni parece muy brusca... Al menos no la primera vez.

El impacto del fuste sobre la piel morena de Erik, le produjo a Andrea una sensación increíble. La adrenalina le recorrió todo el cuerpo e hizo que el corazón se le acelerara con violencia. Como si tuviera vida propia, continuó con los impactos.

Uno tras otro, casi en descontrol. Él hizo lo que pudo por reprimir los gemidos y gruñidos pero se encontró demasiado excitado gracias al dolor que recibió su cuerpo. Cerró los ojos y de inmediato se encontró flotando en una especie de nube que casi le hizo perder la cabeza.

Ella paró en el momento en que sintió una presión en la muñeca.

-Tómalo poco a poco. –Se dijo para sí misma.

Así que soltó el látigo y pensó en hacer otra posición pero con un pequeño giro.

-Acuéstate.

Con la respiración agitada y con una fuerte erección, Erik se levantó para extenderse sobre la cama. Ella se encargó de acomodarlo mejor. Con el roce de sus dedos sobre la piel de él, la forma en la que ella lo miraba con severidad y los modos que tenía al caminar, le hicieron sentir que estaba en el paraíso.

Se sorprendió además porque nunca pensó que se encontraría en una situación así. Nunca se vio a sí mismo como un sumiso. De hecho, no lo llegó a considerar ni remotamente cerca. Pero le resultó gracioso cómo las cosas cambiaron de un día para otro.

Si bien él introdujo a Andrea a su mundo, sabía a la perfección que en

algún momento ella querría tomar la iniciativa de hacer algo diferente. Así que también aprovechó la oportunidad para experimentar cosas nuevas, hacer de esto una aventura agradable para sí mismo.

Andrea tomó unas cuerdas que tenía guardada en una gaveta en un mueble de madera. Supo que eso sorprendería a Erik pero así era ella, siempre tenía trucos bajo la manda. Mientras lo amarraba, trató de recordar con exactitud los tutoriales que llegó a ver en YouTube y las recomendaciones de Lady M. Como no tenía demasiada experiencia, no quiso complicarse demasiado así que prefirió hacer algo sencillo pero suficientemente firme como para que al menos a él se le hiciera difícil desatarse.

Cuando terminó con los brazos y tobillos, procedió a subir a la cama. Por suerte mantuvo el equilibrio y procedió a sentarse sobre la boca de Erik que parecía todavía ansiosa por comerla. Poco a poco, depositó su clítoris entre sus labios e hizo que la chupara tan rico como la primera vez que lo hizo.

La lengua de Erik, esa que no tenía rival, comenzó chuparla con ferocidad. Mientras lo hacía, ella observó cómo la desesperación le hacía mover los brazos y manos. Las cuerdas salieron lo suficientemente bien como para reprimir los movimientos. Aunque le gustaba encontrarse con los ojos de él mientras la devoraba, Andrea quiso volver a variar un poco.

Siguió sentada sobre él pero de espaldas. De esta manera, le obligó a comer su ano también. Ella se movía un poco, como si su lengua también fuera su pene. Se dio placer con ella tanto como le dio la gana. Al estar así, además, también le dio la oportunidad de tocar su pene, el cual estaba tan duro como una roca.

Así que ella se inclinó un poco y comenzó a acariciar el glande. De esta manera, pudo ver cómo este comenzó a lubricar profusamente. Mientras más lo hacía, con ese ritmo intenso y constante, Erik pareció que perdía la concentración, queriendo perderse entre las caricias que ella le hacía sobre su miembro.

-¿Acaso te dije que pararas?

El tono de voz le advirtió que debía continuar con la tarea. También le recordó que él no era un Dominante sino que su rol en ese momento era muy diferente.

Andrea quiso llevarlo aún más al límite, así que aprovechó para sobarle los testículos. Cuando notó que nuevamente se volvió a colocar tan duro, tan erecto, se inclinó hacia él con el fin de chuparlo. Lo sostuvo con fuerza con una de sus manos y comenzó a lamerlo con determinación.

Erik comenzó a gemir, a gruñir, a moverse. Sus impulsos eran una señal clara de que deseaba que ella no parara y esas eran las intenciones de su Ama. Las lamidas continuaron hasta que ella se lo introdujo por completo en la boca.

Hizo movimientos ascendentes y descendentes. Para enloquecerlo, también lo masturbó. Después de un tiempo, lo hizo con más fuerza y más determinación. Cuando supo que estuvo a punto de correrse, se levantó de repente y se colocó junto a él. Lo miró fijamente a los ojos aún con las manos ocupadas en su pene.

-Ven... Córrete para mí.

Él entrecerró los ojos y se dejó vencer por las sensaciones y las caricias. Exclamó un fuerte alarido hasta que sintió la calidez del aliento de ella en su oído.

-Y apenas estoy comenzando.

Virgenventa.com

Sexo Duro y BDSM con la Virgen y el Amo Millonario

I

Un sobre blanco se deslizó suavemente debajo de la puerta. Apenas el roce del papel con el piso sonó con delicadeza. Sin embargo, Elena pudo escuchar ya que no estaba muy lejos de allí. De hecho estaba sentada en la mesa de la cocina, comiendo un trozo de pan tostado, pensando en las deudas por pagar.

Asomó la cabeza con cuidado, esperando que se tratara de una oferta del delivery de algún restaurante o cualquier otra cosa. Aferró sus escasas esperanzas hasta que se destrozaron cuando miró el estado de cuenta de sus tarjetas de crédito. Tomó el sobre y respiró con dificultad. Ya no sabía qué hacer.

Su situación se volvió cada vez más vulnerable en los últimos meses. Aunque trabajaba en un buen lugar y no ganaba tan mal, las cosas se volvieron color de hormiga. Trató de asumir más trabajo por fuera pero no hubo buen movimiento. Aquella factura le hizo sentirse peor y más preocupada que de costumbre.

Volvió a la cocina y se sentó en la silla de madera que estaba allí. Comenzó a hacer cálculos mentales sobre lo que le quedaba en el banco y cómo podía aprovechar sus ingresos al máximo. Se dejó caer sobre sus brazos y se quedó pensando en el futuro.

De repente, en medio del silencio del piso, pensó en una alternativa que cada vez se volvió más y más real. Recordó una conversación que escuchó de manera casual mientras almorzaba en la oficina.

Ella, mientras esperaba calentar el almuerzo, permaneció de pie al lado de un grupito de tres chicas que hablaban un poco fuerte.

-Sí, tía, que te digo que se puede ganar mucho dinero vendiendo desnudos. Mira, yo ya lo he hecho un par de veces y eso me ha ayudado a llegar a fin de mes.

-¿Pero de verdad funciona?

-Sí, tía, tengo una prima que renunció a su trabajo y vive de hacer sesiones

por la web.

-Sí, incluso te pagan para fingir que tienes una relación con el tío. Eso sí, tienes que tener PayPal porque es más fácil recibir los pagos por allí.

-¿Conoces de alguna página en donde podría ingresar?

-Sí, sí... Es la ostia, ya verás.

En ese momento, cuando Elena quiso saber aún más sobre lo que estaban hablando, las tres cerraron la conversación y se volvieron entre sí para que no las escucharan. Sin embargo, ya ella tenía parte importante de lo que quería saber.

La escena le quedó grabada en la mente y salió a flote justo cuando estaba al borde de la desesperación. Por más miedo que sintiera, estaba segura que esa no era la salida.

Así pues que se levantó de repente, recogió el desorden de la cocina y caminó unos cuantos pasos hasta la habitación. Al estar allí, fue al baño para cepillarse los dientes como religiosamente su madre le enseñó desde pequeña.

Enfrentó su reflejo en el espejo. Se miró a sí misma: el cabello por los hombros, liso y de color castaño oscuro, los ojos grandes cafés, la nariz larga, los labios finos y los lentes grandes de pasta fina. También se dio cuenta de su camiseta de vieja de Star Trek y de los pequeños muñecos de Sailor Moon que adornaban la encimera de la tina.

-Joder, nadie se fijará en mí.

Dio un largo suspiro entre la duda y las ganas de tomar esa decisión.

De aceptar, representaría un cambio muy drástico en su vida rutinaria, común y corriente. Elena, desde niña, tuvo una clara inclinación por los libros, en especial aquellos de ciencia ficción y de terror. De hecho, el primer contacto que tuvo con aquel mundo fue gracias a su padre quien le regaló Viaje al centro de la Tierra de Julio Verne. Aquellas palabras calaron tanto en la memoria de Elena, que su mente ansiaba más y más.

En la escuela fue igual, no tuvo muchos amigos ya que prefería ir a la biblioteca y leer tanto como pudiera. Aquellas horas en donde el resto de sus compañeros salían a jugar, ella hundía su cabeza entre aquellas páginas repletas de aventura y emoción.

Los años transcurrieron y cobró un fuerte sentido de la timidez y el pudor. A veces escuchaba en los pasillos las experiencias sexuales de sus compañeras. Incluso, observaba cómo los chicos que estudiaban con ella, miraba con lascivia al sexo opuesto. Obviamente, ella no objeto del deseo.

La situación cambió un poco en la universidad. Al encontrarse en un

ambiente más libre y menos tenso, se relajó lo suficiente como para darle la oportunidad de salir con unos cuantos chicos. Nada del otro mundo.

Lamentablemente, el sexo fue una completa decepción. La mayoría sólo optaba por hacer el mínimo esfuerzo de darle placer y el resto caía en la depresión post-alcohol o drogas. Elena, ávida por probar cosas nuevas, se encerró en su propio mundo como un intento para salvar la poca paz mental que le quedaba.

Mientras trataba de curarse de los malos ratos, ella insistió con la empresa de explorar su sexualidad. Leyó e investigó tanto como pudo con la intención de saber un poco más sobre sí misma. Se preparó lo suficiente para comenzar una temporada en donde conocería sus zonas erógenas y puntos de mayor placer.

Después de largas sesiones de estudios y reuniones con sus compañeros, llegaba a su habitación, se quitaba toda la ropa, tomaba una ducha, se acostaba sobre el colchón y cerraba los ojos. Sus dedos rozaban sus pechos y torso hasta desembocar a su coño. Respiraba lento, suave con la finalidad de no perder la concentración.

En el proceso, imaginaba cualquier rostro. Podría ser el profesor de Administración e incluso el chico que servía las bebidas frías en la fuente de soda. No importaba. Lo relevante era la fantasía que recreaba en el momento. Aquella que servía para que ella se sintiera cómoda y pensara que era la mujer más sensual del planeta.

A partir de allí, no tardaba demasiado en excitarse. Sus dedos rozaban el clítoris y los labios vaginales, en un movimiento hermoso y sensual. Poco a poco aumentaba el ritmo para luego introducir un consolador o vibrador.

La imaginación reproducía el contacto de la piel caliente, los besos y las caricias de manera tan vívida que podría sentir que estaba en esa situación. El progreso de sus sensaciones, la llevaban a un orgasmo potente, fuerte. Tanto, que procuraba taparse la boca para no hacer ruido. Al final, acababa sudada, agitada, con los dedos llenos de sus fluidos pero con el rostro feliz.

De esta manera, Elena comprendió que tenía una fuerte fijación oral, que le prendían que le tocaran los muslos con suavidad y que adoraba el sexo oral (tanto darlo como recibirlo). Sin embargo, tenía la curiosidad de explorar más, de adentrarse a un mundo que no fuera convencional. Así que también investigó un poco sobre el BDSM.

Encontró lo importante de la entrega del sumiso, de la enorme responsabilidad del Dominante y que en ese mundillo podría encontrar

cualquier cantidad de placeres para todos los gustos... Gustos que muchos ocultan normalmente.

Procuró guardarse eso en lo más profundo de su ser y dedicarse a tener una vida tranquila y nada agitada. Así pues que se graduó, dejó la casa de sus padres y se mudó a la ciudad. Con los ahorros de los trabajos que tuvo durante los estudios, pudo alquilar un piso pequeño cerca del Barrio Chino.

Eso, por supuesto, implicó vivir en medio del caos del tráfico y de los restaurantes que estaban cerca. Aun así, no lo encontró molesto porque era un contraste agradable entre su aburrida ciudad natal y el lugar en donde se encontraba.

Desde allí comenzó a buscar trabajo formal y se encontró con la oportunidad de formar parte de un conglomerado de empresas de tecnología. Aunque aspiraba a un mejor cargo, le ofrecieron el ser secretaria de la gerencia por lo que tendría la oportunidad de ascender. Así pasaron las semanas y los meses. Sentada frente a la computadora, haciendo formularios, respondiendo correos y redactando informes de todo tipo.

En realidad no le iba tan mal. Tenía un horario estándar, los dos días del fin de semana libres y algunos beneficios laborales. No obstante, las cosas se salieron de control, una serie de gastos se presentaron y ella tuvo que utilizar sus ahorros para poder salir a flote. Cuando por fin pasó la mala racha, se percató de las deudas, las cuales le preocupaban enormemente.

Acostumbrada a tener cierta estabilidad, todo lo que estaba pasando le resultaba desalentador. La idea de ofrecer sus servicios en una página web o en cualquier lado, le asustó, todavía le daba miedo lanzarse. Así que apagó todas las luces, se acostó en su cama y miró el techo por un rato. Dejó sus párpados caer y quedó vencida por el sueño.

II

Despertó como siempre. Apagó el reloj despertador y se levantó de la cama. Estiró su cuerpo y fue a la ducha. Encendió la radio que estaba sobre la tapa del inodoro y sintonizó una estación de rock. Se reproducía Digital Bath y comenzó a bañarse con la voz de Chino Moreno en el fondo. Tarareó la letra, cerró las llaves de agua y salió de la ducha. Revisó el rostro en el espejo y trató de sonreírse a sí misma.

-Venga, hagamos tripas corazón.

Todavía tenía en la cabeza los números en rojo de sus tarjetas de crédito y los mensajes del banco recordándole que tenía que pagar. Mientras encendía el secador de pelo, pensó que una buena opción sería pedirle dinero a sus padres. No obstante, no era buena idea. Desde hacía tiempo que no les hablaba y no quería hacerles pensar que había sido incapaz de lograr su independencia.

Apagó el secador y fue desnuda hasta el clóset para escoger la ropa. Si no se apuraba, llegaría tarde. Se vistió con rapidez y salió del piso con rapidez. Aun tendría oportunidad de tomar el autobús que la dejaba cerca de la oficina.

Después de una hora de golpes y de un tráfico infernal, Elena llegó al inmenso edificio negro en donde trabajaba. De hecho, le llamaban “El Cubo Negro” porque lucía exactamente igual. Entró y saludó a la chica que estaba en el lobby, sacó el carnet que la acreditaba a estar en el edificio y subió a los elevadores con paso firme. Suspiró al darse cuenta que llegaría a tiempo.

La oficina estaba tan movida como siempre. Corrió hasta su puesto para encontrar con una pila de requerimientos por parte de su jefe. Bien, al menos tendría suficiente para distraerse un rato. Dejó sus cosas sobre la silla, se preparó un café en la cocina y regresó para ponerse manos a la obra. Respiró profundo y comenzó a teclear.

Gracias a los pendientes, Elena olvidó por completo que faltaba poco para la hora de almuerzo. Sus compañeros, uno a uno, comenzaron a levantarse de sus sillas y se dispusieron a hablar entre sí como señal que era hora de comer. Ella, mientras, permaneció sentada un poco más hasta que se sobresaltó.

Miró el reloj del monitor y ya eran 20 minutos pasadas las 12. Cerró el sistema por un momento y aprovechó el tiempo para revisar Facebook. Mientras miraba las fotos de su familia y de amigos, miró un anuncio que le llamó la atención y que apareció como una ventana emergente.

“Conviértete en la muñequita preferida de un papá azucarado. No lo pienses más e ingresa a virgerenventa.com”.

Le pareció particular porque era como si el Universo se estuviera manifestado en ese momento. Miró hacia los lados, asegurándose que no tenía a nadie alrededor e hizo clic. Se sorprendió de lo que vio.

Era una página web dedicada a vender servicios de “compañía”. Aparecían bloques de fotos con el nombre de las chicas, habilidades y gustos. Exploró y se percató que quienes estaban allí más tiempo, recibían más visitas las cuales también se traducen en más dinero. Le prestó atención al aspecto de las chicas y se sintió terriblemente mal. Eran mujeres bellas, exuberantes.

-No, en definitiva no tendré oportunidad. –Se dijo para sus adentros.

Siguió en la página hasta que recopiló suficiente información. Guardó el sitio en Mis Favoritos y cerró la ventana. Se levantó para ir a la cocina y prepararse para comer. Al estar allí, agradeció que esta tuviera sola. Puso el envase de vidrio con la comida en el microondas y esperó a que se calentara la comida.

Mientras esperó, miró el reflejo de su cuerpo en la superficie reflectante del aparato. Observó su cintura pequeña, sus piernas delgadas y el trasero redondo y firme. A pesar de los pechos pequeños, un buen escote podría resaltarlos. Se echó el cabello detrás de las orejas y pensó que no estaba tan mal después de todo. Volvió a mirar hacia los lados para que no la encontraran en una situación extraña.

La cuestión era esta: no podía ni quería darle más vueltas al asunto, ¿de qué serviría? Lo peor que podría perder sería prácticamente nada. Si no compraban sus servicios, daba igual, al menos lo había intentado. Así pues que se sentó a almorzar con el pensamiento en la cabeza. Estaba decidida a abrirse una cuenta en la página que había visto y listo. Ya no habría marcha atrás.

El día transcurrió con rapidez por suerte ya que Elena estaba ansiosa por hacer lo que tenía que hacer. Logró llegar a casa y tras cerrar la puerta, sintió que el cansancio del mundo se le acumuló en los hombros. Aunque quería comer y dormir, más bien recordó que tenía que prepararse para tomarse unas fotos y abrirse el perfil de la página.

Así pues que se tomó una rápida ducha, peinó su cabello, se delineó los ojos con lápiz negro y se pintó la boca de rojo. Para darle un toque diferente, buscó una camiseta algo vieja de Star Wars y unas bragas negras de encaje. Al estar lista, se miró en el espejo y pensó que se veía muy tonta pero ya estaba, no había marcha atrás.

Buscó una pared blanca en la habitación, preparó el temporizador de su

móvil y, antes de hacer clic, practicó unas cuantas poses. Unas que había visto en la propia página y que le sirvieron de inspiración. Respiró profundo y comenzó a tomarse un sinfín de fotos. Al terminar, escogió unas cinco que les parecieron bastante buenas. Buscó su laptop, se acostó en la cama y pasó las fotos del móvil. Mejoró la resolución y el brillo y buscó la página.

Tecleó virgenventa.com y miró de nuevo esa pantalla negra con bloques de fotos con mujeres hermosas. Quiso dar un paso hacia atrás pero insistió y llevó el cursor en hacer perfil nuevo. Llenó los datos personales y colocó el correo de su PayPal. Subió las cinco fotos y le dio a guardar. Inmediatamente, su perfil se colocó en la página. Estaba en los primeros lugares con un anuncio que le pareció un poco burdo.

“Disfruta de la compañía de esta sexy nerd que te llevará a galaxias inexploradas”.

Sí. Eres tonto pero ya estaba.

Se levantó, se quitó el maquillaje y se hizo una coleta. Volvió a la cama con la esperanza de que alguien le hubiera hecho clic, pero no, nada.

-Es muy pronto, hombre.

Se consoló por lo que apagó todo y se acostó a dormir. Lo único que le restaba era esperar.

III

Julio se quitó los lentes después de leer un informe que recibió pocos minutos antes. Las cifras no eran alentadoras y se trataba de una sección importante de la empresa. Se levantó de la silla y paseó un rato por la oficina con una clara idea. Debía solicitar una reunión con los encargados de esa sección. Quería contar con el máximo de personal para que le explicaran lo que estaba sucediendo.

Bien, no se trataba de un problema demasiado serio pero si necesitaba atenderlo lo más rápido posible. Darle largas al asunto sería contraproducente.

Se estiró un poco y miró el reloj del escritorio. Eran las 11:30 p.m. El tiempo se le fue volando, sobre todo porque no paró durante el día. Una reunión aquí, un consejo de gerentes allá, un viaje rápido en una de las sucursales en el interior y el regreso a la oficina caracterizador por una pila de documentos por firmar y revisar. Estaba cansado y quería ir a casa pero tenía la costumbre de tontear un poco y esa noche no fue la excepción.

Cerró el documento y abrió el buscador. Revisó las noticias en Twitter y Facebook, ojeó el Instagram y la verdad es que todo le pareció aburrido. Después de un rato, se levantó de la silla, tomó sus cosas, entre ellas un pequeño maletín producto de un viaje en la mañana, y buscó su móvil para ponerse en contacto con un Uber. No tenía ganas de conducir.

Mientras caminaba, pensaba en lo mucho que le gustaría estar con alguien fascinante, alguien que le resultase un reto, alguien que no fuera como el resto del montón. Lo cierto es que para Julio esto era un mínimo detalle, incluso no tenía problemas de tener mujeres, y eso se debía, en gran parte, a su atractivo.

Era alto, de piel blanca y contextura gruesa, ojos cafés, mentón y frente cuadrados, labios un poco gruesos, nariz un poco ancha desde el puente – debido a una infancia y adolescencia cargada de juegos duros- y sonrisa amable. Tenía el gusto de llevar esa barba de tres días que le hacía lucir increíblemente viril. Por si fuera poco, prefería vestir de traje o al menos, casual en los días en donde no podía llevar corbata. Un hombre así era casi siempre el centro de atención.

Sin embargo, aquella no era su intención. Aunque siempre estaba rodeado de gente, Julio prefería estar solo. Y siempre fue así desde chico. Su madre se dio cuenta que él, a temprana edad, prefería jugar sin los otros niños y que además tenía dotes para el cálculo y las matemáticas.

Esos talentos fueron explotados durante la escuela y la universidad. Estudió Economía y luego hizo estudios superiores en Administración y Negocios. Todo eso lo logró por medio de su inteligencia. Obtuvo becas que lo llevaron al punto que quería llegar.

Después de su graduación, se prometió a sí mismo que sería su propio jefe. Que no le trabajaría a nadie más y que haría lo posible de darle a su madre todas las comodidades posibles. Nunca más sería aquella madre soltera sufriendo penurias para sacar a su hijo adelante.

La muerte de ella representó un duro golpe para él. Para sentir cierto alivio, procuró enfocarse en sus empresas las cuales crecían vertiginosamente. Incluso llegó a aparecer en la portada de los empresarios más jóvenes y exitosos del año. Logro que le llevó a seguir con su objetivo.

En apariencia, Julio sólo vivía por y para el trabajo. No tenía espacio para dedicarse a otra cosa, sin embargo no era así. Sucede que desde muy joven descubrió que sus instintos controladores y dominantes iban más allá de los salones de clase. Era una tendencia que se repitió en la cama.

Al principio sintió un poco de miedo porque era como estar fuera de lugar. Aunque adoraba a las mujeres y disfrutaba inmensamente del sexo, por dentro sabía que había algo más poderoso.

Tras una serie de encuentros desafortunados, Julio encontró una Dominatriz que lo introdujo en el mundo BDSM. Se trataba de una mujer mayor que le proporcionó todos los conocimientos pertinentes al tema. Con ella aprendió la magia detrás del shibari, los amarres y la importancia de prestar atención a los detalles. Especialmente, de las reacciones de la persona que esté en el momento.

-Tienes que aprender a observar bien, a captar hasta el más mínimo detalle. Así te asegurarás que el otro disfruta tanto como tú.

Esas palabras le quedaron grabadas como fuego y formó parte de la conducta que tomaría después como Dominante.

Con el paso del tiempo, encontró un inmenso placer en producir dolor, sobre todo al azotar y torturar. De hecho, las pinzas en los pezones representaban un punto muy interesante al momento de la sesión. Un imprescindible para él. Además de ello, los ganchos anales y el colocar las mordazas. Desde un trozo de tela hasta los de bola y aro.

Dejó a su Dominatriz luego que se sintió listo para emprender su camino como Dominante. Ella, infructuosamente, intentó convencerlo de lo contrario. Pero él ya no estaba interesado en la vida como sumiso. Quería algo más.

Como era un hombre importante y cuyo nombre estaba ligado a grandes y exitosas empresas, trató con cuidado su otra vida. No tenía problema de involucrarse con alguna u otra chica. Una noche de sexo casual no era mayor inconveniente, sin embargo, la situación se complicaba cuando quería algo más intenso. Por suerte, tenía un par de opciones que le ayudaban aliviar las ansias de control y humillación. Un par de mujeres que adoraban ser sometidas y tratadas como esclavas.

Fuera de ello, la vida de Julio era la típica de un hombre de negocios. Trataba de estar a la vanguardia y de producir tanto como fuera posible. Era un hombre en una especie de castillo, un tío que no se tomaba la molestia en prestarle atención en esos mínimos detalles sin importancia. Para eso estaban los demás

Pagó al hombre del Uber y bajó para subir la escalinata. Era un complejo de edificios muy modernos y de lujo.

La entrada, la cual era de vidrio y piedras, estaba iluminada por unas luces empotradas en el techo. Él alzó la mano con la intención de saludar al vigilante que estaba allí y fue directamente hacia los elevadores.

Cerró los ojos y sintió la desesperación de desvestirse y tomar un baño. Fantaseaba con la idea de un poco de agua tibia y acostarse a dormir.

Al llegar al pent-house, sacó las llaves del saco y abrió la puerta. Cerró la puerta tras sí e introdujo la clave de la alarma con prisa. Dejó la maleta y el sacó cerca de la encimera de la cocina y se dejó caer en el sofá. El ventanal frente a él dejaba entrar la luz de la luna y él se quedó allí por un rato. Alzó la vista y observó la escalera y los tres largos cables de los cuales colgaban tres enormes bombillos. Le gustaba ese toque industrial que le daba a la casa.

Tomó impulso y subió las escaleras hasta la amplia y abierta habitación. En la pared opuesta también tenía un ventanal aunque esta daba a los jardines del complejo. La gran cama, un par de mesas de noche, un closet y un televisor, el cual estaba unido por un par de controles y una consola de videojuegos. La usaba las veces que necesitaba ideas para sus negocios.

No tardó demasiado tiempo en quedar desnudo y en meterse a la ducha. Abrió las llaves de agua y quedó bajo el chorro por un largo rato. Incluso pensó que se quedaría durmiendo allí. Después de espabilarse salió y se miró en el espejo.

El pecho amplio, robusto y con vellos le hizo considerar la idea de depilarse aunque inmediatamente desistió de la idea. Se acercó para verse el rostro y miró las bolsas debajo de sus ojos. Ciertamente estaba cansado,

aquellos días de revuelo le obligaron a dormir poco, algo que detestaba.

Buscó un par de pantalones de pijama y se echó sobre la cama. Ni siquiera quiso encender el televisor. El cansancio llevaba su cuerpo.

IV

Julio miró el reloj de su despacho y tomó las cosas para irse.

-Sí... Ya sé. La semana pasada hice un recorrido por las empresas y ahora voy camino a una reunión a una de ellas para revisar los números. Hay unas cuentas que me preocupan un poco. Sí... La junta directiva sabe de ello así que pueden remitirse a los informes. Todo está claro. Perfecto.

Colgó la llamada y ordenó a su secretaria que no lo molestaran durante la reunión que tenía ese día.

-Pásame los mensajes importantes, sólo los importantes.

-Sí, señor.

Se despidió y se preparó para ir hacia El Cubo Negro. Bajó al estacionamiento y encontró su Camaro del 79, negro y reluciente, esperando por él. Como era verano, quiso ir con los vidrios abajo y a toda velocidad.

Encendió el coche y pisó el acelerador, haciendo ronronear los motores. Sonrió de satisfacción y tomó el volante con ambas manos.

Iba a toda marcha a lo que sería una especie de visita sorpresa a una de sus oficinas principales. Estaba interesado en conocer aún más la situación de aquellos números que le llamaron la atención. Aparcó en una acera cerca del Cubo Negro y bajó con una gracia casi felina. Se dirigió a la puerta principal y saludó a la recepcionista del lugar. Ella le indicó la oficina y fue hacia los elevadores.

Él no era el tipo de hombre que se tomara el tiempo para estas cosas pero tuvo una enorme necesidad de hacerlo, era como si existiera un motivo más allá que revisar algunas cuentas. Lo cierto es que se abrió paso y llegó a la oficina. Habló con la recepcionista quien, asustada, se levantó rápidamente para atender las necesidades de su jefe.

Esperó un rato y le indicó el camino a la sala de conferencias.

-El equipo vendrá pronto, sr. Julio.

Su visita causó revuelo y aprovechó para inspeccionar sus alrededores. Todo se vio en orden hasta que hubo algo que le llamó la atención. Era una chica que estaba en su pequeño despacho. Estaba de pie, hablando por teléfono. Se sintió atraído hacia ese cabello castaño, espeso que caía sobre los hombros.

La pasta fina de los lentes, el pantalón negro de corte alto que le marcaba la cintura y la blusa blanca de rayas que le hacía ver especialmente guapa. Ella, concentrada en lo suyo, no se percató ni por un momento de su presencia.

Así que se quedó con la curiosidad de saber cómo sería encontrarse con la mirada de esa mujer.

Al llegar a la sala de conferencias, se sentó a esperar la reunión. Mientras estaba allí, la imagen de esa chica todavía le daba vueltas en la cabeza.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada del equipo que elaboró el informe. De inmediato comenzaron a hablar de números y gráficos aunque Julio todavía tenía en mente a esa chica.

Al terminar, estrechó las manos de todos. Salió un poco más conforme con la situación e hizo el ademán para ver si ella todavía se encontraba allí cerca. Como no la encontró, salió de nuevo con rapidez ya que el día apremiaba.

... Después tendría tiempo para saber quién era.

V

Pasó el día pensando en ella. Por más papeles que tuviera en frente, por más responsabilidades se le presentara, el rostro de ella estaba marcado a fuego en sus neuronas. Esa sensación insistente le pareció suficiente para sentarse frente a la computadora para averiguar más de ella.

Aunque era tarde, se colocó los lentes para ver y trató de encontrar su nombre en la larga lista de empleados de esa compañía. Por supuesto, que fue una búsqueda inútil. Quienes podrían ayudarle mejor, estaban ya en sus casas y hacer una solicitud de ese tipo y tan tarde sería sospechoso.

Insistió un rato más y cuando estuvo a punto de dejar de tontear, hizo clic a un anuncio de una página web que vendía los servicios de damas de compañía. Le pareció un poco gracioso porque le recordó la recomendación de un amigo suyo. Una página en donde –y dicho por él– podría encontrar “gatitas muy lindas”.

El recuerdo de ese comentario le hizo reír por lo que hizo clic y se encontró con una portada de chicas voluptuosas y sensuales. Bajó las imágenes en búsqueda de alguien que le llamara la atención. Estaba con los ánimos de divertirse.

Lo cierto es que no hubo nada en particular salvo por una imagen que le gustó mucho. La chica tenía lentes, labios rojos y una camiseta de Star Wars que insinuaban sus pechos. La pose provocativa, así como la caída del cabello y esa mirada sensual, le llamaron mucho la atención. Hizo clic en la foto y miró el resto que tenía. Leyó su perfil y la encontró sumamente interesante. El gusto por lo nerd, la ciencia ficción y el horror, las películas clase B y los monstruos de Lovecraft.

Se acomodó en la silla para ver más de cerca a la joven. El color claro de la piel y el de sus ojos, el cabello espeso que caía por los hombros. Y ese destello de timidez que le despertó el morbo. Todo le resultó excesivamente familiar. De repente, se percató que era la misma chica que había visto en la oficina más temprano.

Se sorprendió de la coincidencia al mismo tiempo que se relamió y, al final, no lo pensó dos veces. Compró la compañía de ella por una semana. Como era un sistema de pujas, ofreció unos 5000 dólares. Esperó un poco más y la página le confirmó que se contactaría con la chica lo más pronto posible para cerrar la transacción.

Aunque quiso quedarse allí para observarla un poco más, el cansancio le

ganó el cuerpo, así que levantó de la silla, se quitó los lentes y se preparó para irse no sin antes sentirse como el hombre con más suerte en el mundo.

Mientras bajaba por el elevador, no paraba de pensar en ella. Aunque tenía un pseudónimo, quería saber su nombre. Así pues que aprovechó los cortos minutos que tenía antes de llegar al estacionamiento y se apresuró en escribir:

“Me encantaría que nos viéramos lo más pronto posible. Estoy ansioso por verte”.

-Sí... Nos veremos pronto. –Se dijo dentro de sí, esgrimiendo una amplia sonrisa.

Elena estaba acomodada en la cama cuando escuchó el sonido del móvil. Pensó que se trataría de un mensaje cualquiera por lo que no se apresuró demasiado en revisar. Después de un rato, cuando se encontró libre después de los comerciales, se topó con que era una notificación de la página. Un hilo frío recorrió su cuerpo y de inmediato se incorporó.

Poco a poco, abrió los ojos como platos. Un comprador ofreció 5 mil dólares por una semana. Nunca se imaginó que su compañía valiera tanto. De repente pensó que todo se trató de un sueño, de una ilusión, por lo que buscó sus lentes rápidamente para ver bien la pantalla. Efectivamente así fue.

Casi no pudo creer lo que pasó. Entre todas las chicas, entre todas esas bellezas, fue ella la elegida. Esta incredulidad le sobrevino porque supuso que nadie se fijaría en ella. Estaba más que equivocada.

Quiso responder pero sintió un enorme temor. Esa cantidad de dinero le resultaría más que un gran alivio. Podría hacer muchas cosas, podría retomar sus ahorros sin problemas, estaría más que holgada.

Dejó el teléfono a su lado, con una mezcla de sensaciones en su cuerpo. Con miedo, terror, esperanza. Cada una le decía que era posible salir de ese aprieto y terminar airosa. La otra parte sería, por supuesto, conocer a su salvador y próximo amante.

VI

Salió el sol como una apología a la energía positiva y al optimismo. Elena bajó de la cama con energía y con ganas de enfrentar la situación con esperanza. Como no pudo dormir bien, se despertó antes por lo cual se tomaría el tiempo de ducharse y desayunar.

Cuando estuvo lista, fue a la cocina, puso un poco de música y se preparó un par de gofres con miel y frutas. Estaba tarareando y planificando el encuentro con “J”. Ese misterioso hombre que ofreció esa cantidad de dinero por ella. Rió para sí misma al darse cuenta que era demasiado pero que demonios, ella bien lo valía.

Terminó de comer, salió y fue a enfrentarse a un tráfico más amable. Ya no se daría golpes en el autobús o en el subterráneo. Levantarse temprano tenía sus ventajas aunque lo odiara.

Llegó a la oficina de buen humor, incluso pensó que si todo salía bien, podría dedicarse a tiempo completo a ser dama de compañía. Podría refinar sus fotos e incluso tener su propia página. Su imaginación estaba por las nubes.

Dejó sus cosas sobre el escritorio. Cuando se dispuso a encender la computadora, observó una especie de tumulto en la oficina. Miró el reloj y le pareció extraño lo que sucedía hasta que le preguntó a uno de sus compañeros.

-¿Qué pasa?

-Es el jefe. Vino de nuevo.

-¿De nuevo?

-Sí, estuvo aquí ayer, ¿no lo viste?

-No, no. Imagino que estaba ocupada. Vaya...

-Es raro.

-¿Por qué?

-Por lo general el no viene ni a esta ni a ninguna de las demás empresas. Siempre resulta un gerente o algo así, incluso el vicepresidente. Nunca él. Ya van dos veces.

-Quizás haya algún problema y quiere que se solucione lo más pronto posible.

-La verdad es que todo este asunto me da un poco de miedo.

Elena se percató que esa imagen del CEO era más intimidante de lo que creía, así pues que se preparó para que fuera visitarla. Entró rápidamente a su oficina, encendió la computadora, organizó su escritorio y esperó a que la

llamaran. Algo le decía que así sería.

A los pocos minutos, su jefe tocó la puerta.

-El señor Julio nos quiere ver.

-¿Es necesario que vaya? –Elena dejó escapar una voz con evidente preocupación.

-Sí. Ayer vino para revisar un informe y hoy quiere conocer a las personas que lo elaboraron. Tienes que ir, fuiste la primera persona que encontró la anomalía y me parece que es lo más conveniente. Venga, no tienes por qué estar nerviosa. Estaré contigo para prestar apoyo, además, quizás ni siquiera tengas que hablar.

Elena sintió un poco de alivio y se preparó para salir.

Ya en la sala de conferencia, Julio le pareció divertido el revuelo en la oficina. Sin embargo, comprendió que eso tenía sentido y más de un hombre como él que casi nunca se aparecía en sus empresas y menos de improviso. Así pues que esperó un poco más hasta que por fin escuchó las puertas de vidrio que se abrieron en ese instante.

Entre las personas que entraron, estaba esa chica. Tenía la expresión de miedo y timidez que tanto le gustó.

-Señor Julio, le presento a Elena. Ella fue quien descubrió la anomalía de las cifras y la redactora de los informes.

Él extendió la mano con segura hacia ella. Elena, con el rostro encendido, apretó esa gran mano y trató de responder con seguridad ante esa sonrisa amplia y amable.

-Mucho gusto.

-El-el placer es mío.

Procedieron a sentarse alrededor de la mesa con Julio en la punta de esta. Mientras comenzaron a explicar los gráficos y números, esas palabras vacías para él, Julio sólo estaba concentrado en la espalda y en el perfil de Elena. La nariz larga, la boca fina y los ojos grandes que se escondían de él. El sonido de fondo perdió sentido y coherencia ya que sólo le importaba ella.

En un punto de la reunión, Julio se levantó de repente. Estaba buscando la excusa perfecta para tener tiempo a solas con ella por lo que esperó que todos terminaran la intervención y se preparó para decir.

-Bien, todo tiene sentido ahora que me lo han explicado mejor. Trabajaremos en función a mejorar esas cifras. Espero que a corto plazo podamos ver los frutos de una decisión así que estableceremos el tiempo para que podamos hacer las evaluaciones pertinentes. –Tras una breve pausa,

mientras casi todos respiraban de alivio, dirigió la mirada a Elena- Sin embargo me gustaría hablar contigo, Elena. Tengo entendido que fuiste la persona que encontró el desperfecto por lo cual asumo que tienes un buen ojo para los detalles. Caballeros, ¿qué les parece si me dejan a solas con ella, por favor?

-Seguro, señor Julio.

Como no era raro pedir más información al respecto, salieron sin sospechar nada. Así pues que Elena se quedó con ese hombre alto e intimidante que se permaneció en silencio hasta que los dejaron solos.

Ella, desde su asiento, con el rostro asustado, con la mirada nerviosa, sólo le quedó observar a ese hombre que parecía desnudarla con los ojos. El porte, la altura, la manera de hablar y de moverse. Cada gesto, desde hablar con las manos hasta los lentes que se ponía para leer mejor. Julio, sin lugar a dudas, era un tío atractivo e increíblemente guapo.

-Leí los informes que me pasaron y me di cuenta que tienes buen ojo para los detalles.

-Sí, apenas noté la anomalía, le informé a mi jefe que aquello podría ser una tendencia peligrosa si no se prestaba atención.

-Entiendo –Se quedó un raro en silencio. –Verás, yo también lo soy. Y eso es muy importante en cualquier ámbito, no importa si son negocios o no. La observación es una poderosa arma que puedes usar a tu favor y así obtener los resultados que quieres.

Elena no entendía hacia dónde iba la conversación, no obstante, se quedó callada, atenta a lo próximo que él diría.

-... Lo cierto es que, después que te vi ayer, me quedé intrigado en saber más de ti. Traté de buscar información pero ya era muy tarde y no podía molestar al jefe de Recursos Humanos. Sería un poco extraño. Sin embargo, comencé a tontear en Internet. Entré a una página web y te encontré, Elena. Por un lado, resultó una sorpresa pero después me di cuenta que fue más agradable de lo que pude pensar.

Ella se quedó en el sitio cuando lo escuchó. En ese momento, recordó el sitio web, las fotos provocativas, la extensa descripción de sí misma. Todos los recuerdos le vinieron encima como una aplanadora y no supo cómo actuar. Una especie de frío helado le recorrió el cuerpo y pensó que el mundo se le vino abajo.

Cuando se resignó ante el futuro que le esperaba, Julio se acercó a ella como una pantera.

-Fui yo quien te mandó ese mensaje, fui yo quien compró tu compañía. – Elena lo miró con sus grandes ojos- Quiero que vengas conmigo ahora.

-Pe-pero... ¿Acaso es prudente?

-¿Qué importa? Sólo tienes que venir conmigo y ya. –Se acercó más a ella. –Recuerda, estoy en mi derecho de reclamar lo mío. Lo que ahora me pertenece.

Elena pensó que todo esto que le estaba pasando era una situación extraña y muy confusa.

-Te espero en el lobby.

Se marchó de la sala, dejándola con la incertidumbre. Lo vio irse pero de inmediato sintió que sus pies comenzaron a andar. Como si su cuerpo supiera exactamente qué hacer.

Salió y se dirigió a su oficina. Recogió sus cosas y fue directo al lobby. Justo cuando se preparaba para irse, su jefe quiso saber adónde iba pero no tuvo tiempo. Los dos salieron y se dirigieron a los ascensores.

Tras cerrarse las puertas, Elena no pudo ocultar ni su nerviosismo ni su ansiedad. Comenzó a mover la pierna insistentemente. Ese detalle no se le escapó a Julio quien prefirió quedarse en silencio. En vista de que la situación no cambiaba, se acercó a ella por detrás.

-No tienes por qué preocuparte. Lo que nos pasó es una coincidencia sumamente agradable y ya conocerás las razones.

El calor de su aliento sobre su cuello, la cercanía a su cuerpo, el tono de la voz, todo actuó sobre ella de manera sumamente seductora. Hubo un punto en que no estaba segura si de verdad aquello era de verdad. Pasó de la incredulidad, de la incapacidad de creer que alguien fuera capaz de solicitar sus servicios a la sorpresa. Estaba con un hombre poderoso, millonario y de paso su jefe.

Salieron al lobby y el Camaro del 79 estaba aparcado en todo en frente. Elena no pudo evitar exclamar admiración al ver el coche. Eso, por supuesto, fue una caricia al ego de él.

Julio le abrió la puerta con galantería y ella entró. Se sorprendió aún más con los detalles dentro del coche. Era un hombre que no escatimaba en exponer su buen gusto. Luego de unos segundos, él se reunió con ella y encendió los motores con decisión. Pisó el acelerador, tomó el volante con ambas manos y se dirigió hacia una de las calles contiguas.

Mientras en el camino, Elena no paraba de preguntarse un montón de cosas: ¿Qué le dirían sus compañeros de trabajo? ¿Qué haría con él? ¿Cómo

fue posible que diera con ella? ¿Por qué demonios no respondió con más rapidez el mensaje privado que le envió? Fueron tantas cosas que no se percató que él la miraba de reojo. El pecho de ella estaba agitado debido a la incertidumbre que estaba sintiendo.

-¿Qué te parece si tomamos un café? Aún no es mediodía y es muy temprano para tomar unos tragos. ¿Te gustaría?

-Ehm, sí, sí, claro.

-Conozco un sitio que queda por acá cerca. Creo que te gustará.

Luego de un par de vueltas más, Julio aparcó cerca de un café en una de las calles más concurridas y elegantes de la ciudad. Inmediatamente, Elena se sintió como pez fuera del agua aunque hizo un gran esfuerzo por ocultarlo.

Salieron del coche y entraron a un lugar increíble. Era un café de dos pisos cuya vida anterior fue una casa antigua. La acondicionaron y ahora era uno de los sitios más populares. Después de un cálido recibimiento, subieron unas escaleras de madera y se ubicaron en una pequeña mesa con vista la calle. Un par de puertas estaban abiertas y el sol entraba acariciando el piso de parqué.

Julio extendió la mano, pidió un par de capuchinos y esperó a que sirvieran la orden.

-¿Qué te parece?

-Es un lugar precioso.

-Lo es. A veces organizan veladas de arte y poesía. Pero ya eso son eventos en donde vienen los chavales a pretender que son cultos y lo publican en sus redes sociales.

El comentario le pareció gracioso a Elena quien trató de disimular una risita.

-Esa risa me hace entender que no estoy muy lejos de tener razón. Ahora, creo que es conveniente de que nos sinceremos – De repente cobró una actitud un poco más severa. - ¿Qué te hizo entrar en esa página?

Una pregunta que, sin duda, temía. A cualquiera le resultaría difícil confesar que presenta problemas de dinero. Así que permaneció callada por un rato y trató de encontrar una excusa que sonara más o menos valedera.

-Quise probar algo diferente. La verdad es que escuché unas chicas de la oficina hablar sobre el asunto y pensé que sería buena idea aventurarse con esto... Aunque no pensé que mi jefe me encontraría allí. –Trató de mirarlo mientras se colocaba un mechón de cabello detrás de las orejas.

-Es una casualidad que a mí también me asombra. ¿Quién lo diría? –La miró con más insistencia. –Entonces se trata de aventurarse, de hacer cosas

diferentes. Vale. Entiendo.

Aunque él le siguió el juego, Julio sabía que no todo aquello era verdad. Algo le decía que existía una razón detrás de eso pero prefirió dejar ese asunto así. Cada quien se tomaría el tiempo para confesar en su momento las cosas. Por otro lado, quiso aprovechar la oportunidad de decirle algo que para él era un asunto muy personal. Si quería probar cosas nuevas, él le daría razones suficientes para hacerlo.

-Verás, para mí es muy importante esto de decir la verdad. Forma parte de un mantra que tengo. No creas, esto me ha valido situaciones incómodas y difíciles pero es una manera de vivir sin arrepentimientos y sin hacer que los demás pierdan su tiempo. Con esto quiero decir algo muy importante, pero primero una pregunta de rigor: ¿Conoces el BDSM?

Los ojos de Elena brillaron. Recordó las veces que investigó sobre el tema, las veces que leyó blogs y escuchó podcasts al respecto. Recordó las ganas que tuvo de experimentar y adentrarse a ese mundo, la necesidad de saber si existía la posibilidad de probar un poco de eso. Como perdió las esperanzas, dejó ese asunto allí y se olvidó de eso. Sin embargo, las palabras de Julio retumbaron en su oído.

-Sí, por supuesto. Sólo la teoría. No he tenido oportunidad de experimentar.

De inmediato, él sonrió con esa sonrisa encantadora y aplastante. Ella quedó soldada en esa silla, mirándolo como si fuera una especie de dios griego. Acomodó sus lentes y como para terminar de espabilarse.

-Excelente. Entonces puedo hablar libremente al respecto. –Se acomodó para tomar un sorbo de café mientras sintió la mirada curiosa de ella- Bien, soy Dominante. Me gusta el control y la humillación. Me gusta que la persona que esté conmigo esté sometida a mis designios y a mis decisiones. Cuando yo pido algo, se tiene que hacer de inmediato. Sin chistar ni quejas.

Ella tragó con fuerza.

-Claro, esto no lo hago a la fuerza. Cada acción está discutida y consultada previamente. Así funciona en el BDSM. Nada, absolutamente nada se hace por obligación. En el primer momento que es así, tienes todo el poder de detener las cosas y dejar esa relación.

-Vale... Entiendo.

-Cabe acotar que todo esto que te estoy diciendo es información susceptible. Cualquiera podría usarla contra mí y perjudicarme. Por lo que, digamos, los dos estamos en igualdad de condiciones. Me parece justo, ¿no

crees?

Ciertamente, Julio tenía razón. Aquella confesión podía arruinarle la carrera sobre todo tratándose de alguien tan poderoso y tan influyente como él. Incluso, en ese momento, llegó a recordar que su rostro apareció en una de las portadas de las publicaciones más importantes en el mundo de la economía y los negocios.

Un solo rumor podría ser suficiente como para sembrar la duda y arruinar su carrera. Así pues que se sintió un poco más segura con él. Tenía claro que no la manipularía ni la obligaría a hacer algo que no quisiera.

-Insisto. Todo esto te lo digo para que sientas confianza al respecto. También me sirve para dejar en claro el tipo de persona que soy y los gustos que tengo. Quiero tener la tranquilidad de que puedo ser yo a plenitud sin problemas. Cuando uno se vuelve más viejo, uno desea que le respeten su espacio en la misma que respeta en de los demás.

-Tiene completo sentido.

-Bien. En vista de que dejamos esto en claro. –Se acercó a ella- Te recuerdo que estoy para cobrar lo que me pertenece.

Ella pensó de nuevo en la oficina, en las habladurías, en las responsabilidades.

-Casi me atrevo a decir que estás pensando en qué harás en la oficina. Francamente no deberías pensar al respecto. Ellos se las arreglarán sin ti. Además, soy tu carta blanca, soy la perfecta excusa.

Trató de asentir con cierta timidez. Julio se acercó hasta hablarle al oído.

-No tengas miedo. Sólo quiero que te sientas cómoda conmigo... -Hizo una pausa, incluso sintió la forma en cómo sonreía. El calor de su aliento sobre su piel, ese mismo que le ponía la piel de gallina. –Quiero que me digas si te parece bien. Quiero escucharte.

-Sí... Me parece bien. Hasta ahora estoy bien.

-¿Tienes miedo?

-Un poco... Lo siento. Esto es muy nuevo para mí.

-No te preocupes. Todos pasamos por situaciones así.

Volvió a incorporarse y sintió cómo sus mejillas rozaron entre sí. Por dentro, Elena sintió que su corazón iba a estallar, que estaba a punto de desfallecer y sinceramente era lo que quería. Cerró los ojos instintivamente y sintió el roce de los labios sobre los suyos. Julio dudó un poco, no porque no quisiera, sino porque le gustaba hacerlo para alimentar el suspenso y el morbo. Sonrió un poco más y tomó el rostro de ella entre sus manos la besó

con suavidad.

Sus labios se entrelazaron así como sus lenguas. El calor del aliento de Julio invadió la boca y el cuerpo de Elena. Las manos de él, grandes y gruesas, descendieron poco a poco pasando por el cuello y los hombros. En ese punto, Julio se encontró muy cerca de volverse un poco más agresivo y más intenso. Sin embargo, se frenó en seco y se reencontró con los ojos de ella quienes lo miraban con ansiedad y deseo.

-Podría llevarte muy lejos de aquí. Podría tomarte sin miedo y sacarte de este lugar. Podría hacer muchas cosas contigo pero sé que tengo tiempo para hacerlas. Sé que, aunque todavía me falta, no es mucho el recorrido que nos queda porque esto que siento contigo sé que también te pasa.

Elena se quedó en el sitio. Entre las sensaciones después de ese beso intenso y aquellas palabras. Por un momento, pensó en entregarse a él, en decirle que sí sin importarle nada, en continuar el camino sin mirar atrás.

-... Además, una semana es muy poco para lo que tengo pensado hacerte.

El fulgor de esos ojos cafés la estremeció por completo.

-No obstante, debo irme. Me hubiera encantado comer contigo y decirte más cosas divertidas –Dijo con una amplia sonrisa-, pero no puedo. Lo siento mucho.

-Entiendo. Tiene cosas que hacer, no es para menos.

-¿Me tratas de usted? Qué linda. –Le rozó los dedos en el mentón hasta que se volvió a acercarse a ella. –Mejor no. Trátame de tú, aunque luego tendrás la oportunidad de usar esos términos en otro contexto. –Le guiñó el ojo y ella comprendió completamente lo que quiso decir.

Se levantó de repente se levantó para pagar la cuenta. El café, todavía estaba desierto a pesar que estaba acercándose el mediodía. Este hecho pasó desapercibido en ella porque todavía estaba concentrada en las palabras de Julio y en la manera de tomar lo que consideraba suyo.

Pensó en su timidez y en las fotos, en las poses que preparó y en la aventura en la que estaba a punto de afrontar. La mano de Julio se posó sobre el hombro de ella para acariciarla suavemente, cuando se preparó para levantarse, él se acercó y le rozó los labios con los de ella.

-¿Nos vamos?

-Sí. Sí.

Elena se levantó y en seguida se enfrentó al sol del verano. Los rayos de sol incidieron sobre su piel y sobre el rostro. Respiró un poco el aire y sus oídos comenzaron a percibir el sonido de las cornetas, de la gente caminando

y de los neumáticos sobre el asfalto. Percibía las cosas que estaban a su alrededor como si hubiera adquirido una nueva vida.

Caminó por la calle junto al hombre más poderoso y atractivo del momento, con un tío que cada paso que daba, robaba la atención de la gente. Uno con una sonrisa que entremezclaba sensualidad y dulzura, como si fueran dos cosas que siempre van de la mano.

Por otro lado, pensó en esas duras palabras que se dijo a sí misma, a la duda que tenía sobre si era posible convertirse en el objeto de deseo de cualquiera, pero por suerte, la vida le demostró una vez más que estaba equivocada.

Llegaron al coche y repitieron el ritual de la primera vez. Él se abrió la puerta, esperó a que entrara para hacer él lo mismo. Al acomodarse en el asiento, giró hacia Elena quien lo miraba atenta.

Esta vez, la tomó por el cuello con un poco más de decisión y la volvió a besar pero con más fuerza. Incluso Julio pudo escuchar el sonido de sus lenguas lamiéndose y chupándose entre sí. Elena instintivamente le tomó por los hombros y se sostuvo de ellos como si tuviera temor de que él se desprendiera de su lado.

En ese momento, en donde no había nadie que los pudiera interrumpir ni molestar –así como ellos tampoco-, aprovecharon para comer sus bocas como era debido. Para Elena, cada roce de sus labios con los de él le provocaba una fuerte sensación en su entrepierna, como si la hiciera estremecer. Comenzó a palpar con fuerza y sintió incluso cómo sus fluidos comenzaron a salir de ella con salvajismo. Estaba deseosa de que él la poseyera en ese lugar, por más incómodo que fuera.

... Pero claro, ese no era el estilo de Julio. Tenía la costumbre de hacer las cosas como debían hacerlas. Era un hombre y no un chiquillo, esas prácticas era permitidas quizás si eres un calenturiento de 15 años que está urgido de un coño caliente pero ya no era así, Julio era un hombre y como tal, sabía que no había nada mejor que explorar la piel y los placeres de una mujer con tiempo y espacio suficiente. Le gustaba el buen sexo y practicarlos bien, como se debía hacer, por lo que se separó de ella de nuevo, dejándola sedienta y hambrienta.

Ese rostro enrojecido y agitado le proporcionó un inmenso placer, sin embargo. Volvió a acariciarle el mentó y se preparó para arrancar. A medida que avanzaron, Elena notó que iban camino hacia El Cubo Negro. Así que trató de arreglarse un poco, tenía que disimular que estaba todavía excitada.

-¿Qué te parece si nos vemos esta noche?

-Pues, excelente.

-Muy bien. Cuando tengas oportunidad, mándame la dirección por Google Maps. Así llegaré más rápido para buscarte.

-En donde vivo es un poco colapsado... -Dijo con algo de pena.

-No hay problema. Más razones para mí para buscarte. -Le guiñó.

-Vale. Lo haré.

Cuando aparcó al frente de la entrada del edificio, ella se preparó para salir rápidamente cuando sintió la mano de él sosteniéndola por el brazo.

-Ven acá.

Ella se sorprendió porque temió que alguien los viera. Era obvio que aquello no representaba un problema para él. Tan sensual, tan descarado.

Volvió a darle un beso pero uno ahora más suave que el anterior. Elena pensó que podría hacerse adicta a aquellos labios que parecían llevarla a una serie de sensaciones de todo tipo. La llevaba desde la pasión hasta la ternura en cuestión de instantes.

-Recuerda enviarme la dirección, ¿vale?

-Sí... Vale.

Le dio otro beso pequeño y la dejó salir. Ella cruzó la calle y él permaneció dentro de coche, mirándola hasta que se le perdió entre la gente. Retomó la vista al frente y pisó el acelerador.

Mientras manejaba, se lamentó de no haber tenido tiempo suficiente para seguir besándola y acariciándola. Deseó tanto jugar con su cabello entre los dedos, con seguir sintiendo ese miedo producido por su presencia. Pero bien, ya tendría tiempo para seguir tentándola, para seguir arrastrándola hasta un abismo que estaba seguro le gustaría.

Fue a la oficina con esa actitud resuelta de siempre. Apenas llegó, su secretaria lo atiborró de compromisos y una agenda que prometía dejarlo ocupado por mucho, mucho tiempo. Sin embargo, estaba acostumbrado a ese ritmo de vida que lo arrastraba al escritorio, a los papeles y reuniones. Aunque hubiera preferido tener un poco más de tiempo libre, pero tenía que regresar al ruedo.

Dejó sus cosas sobre un mueble grande en la amplia oficina y procedió a sentarse en la silla de cuero. Se colocó sus lentes y comenzó a mirar la pantalla ya con la concentración de siempre. Pocos minutos después, escuchó el sonido del móvil, la costumbre de revisarlo constantemente le obligó dejar lo que estaba haciendo para concentrarse en la pantalla del aparato.

Aun con los lentes puestos y con la expresión de seriedad, poco a poco

dibujó una sonrisa en su boca. Elena le envió un mensaje con una imagen con la dirección de su casa. Observó que estaba muy cerca del Barrio Chino y recordó esas palabras de ella de que vivía en un lugar un poco caótico. Guardó de inmediato la dirección y se apresuró en responderle.

-No ha pasado demasiado tiempo desde que nos vimos y ya ansío verte. Pasaré por ti a eso de las 9.

Dejó el móvil a un lado y se volvió a concentrar en la pantalla de la computadora pero esta vez con un rostro de alegría.

Después de leer ese mensaje, Elena no supo qué responder. Optó que lo mejor que podía hacer es sonreír y disfrutar el frío de la emoción que él le hacía sentir.

Llegó a la oficina con las miradas de interrogación de los otros quienes parecían estar a las expectativas de lo que ella tendría que decir. Elena se escudó en la excusa de que más bien el jefe quería saber una opinión sobre cómo estaban las cosas en la oficina.

Ella, como estaba allí, la escogió y le invitó a que fuera sincera al respecto. La excusa no le resultó muy convincente a su jefe pero prefirió no ahondar más sobre el asunto, sobre todo porque no parecía un problema grave. Las aguas volvieron a calmarse y Elena aprovechó para concentrarse y recordar el encuentro que tuvieron en ese café.

Se sentó en la silla de su pequeña oficina y miró andar de un lado para el otro a sus compañeros de trabajo que estaban concentrados en sus quehaceres de siempre. Vio cómo la rutina era la misma de todos los días salvo que para ella todo un vuelco inesperado. Sintió cómo la sangre golpeó sus mejillas violentamente por lo que trató de concentrarse en las cosas que tenía por hacer las cuales eran bastantes.

El día pasó velozmente y Elena se dio cuenta de ello cuando sintió que la oficina quedó vacía de un momento a otro. Se levantó y miró el reloj. Las 7:00 p.m. Dio una especie de brinco y se preparó para buscar sus cosas y salir. Mientras estaba en el proceso, leyó un mensaje de él que le había envidado hacía un par de horas atrás.

“Contando las horas”.

Sintió de nuevo ese fuerte palpitar entre sus piernas. El coño caliente y húmedo. La necesidad de sentir el cuerpo de él cerca del suyo. Se apresuró para salir porque tenía la leve sospecha que el tráfico no sería nada amigable.

Luego de una hora y un poco más entre la conglomeración de coches, autobuses y el subterráneo atestado, Elena pudo llegar al Barrio Chino sin

mayor contratiempos, sin embargo, no tendría suficiente tiempo para arreglarse para él. Se dirigió hacia los elevadores con rapidez y entró al piso dejando sus cosas prácticamente en el suelo. El correr del tiempo le pisaba los talones.

Entró a la ducha, se bañó y salió medio desnuda para pararse frente al clóset. Buscó algo que fuera adecuado para la noche pero le abrumó saber en ese instante que su guardarropa básicamente consistía en franelas de Star Wars y Star Trek.

Lo cierto es que no tenía demasiadas opciones. Sin embargo, se topó con un vestido vaquero que le pareció adecuado para la ocasión. Se quitó la toalla, se colocó el vestido y volvió a correr al baño para secarse el cabello mientras se hacía la hora. Sintió que no faltaba demasiado para que él le avisara que estaba próximo a avisarle que estaría cerca así que hizo un mayor esfuerzo para arreglarse lo más rápido posible.

Julio tomó la vía más rápida para llegar porque, cuando era chico, el Barrio Chino era uno de sus lugares favoritos para estar. Como sabía que era el centro muy activo, optó por un camino más seguro y despejado. Al llegar, se concentró en la serie de edificios que estaban allí, preguntándose en dónde viviría Elena.

Le envió un mensaje avisándole que estaba esperándola y permaneció allí unos minutos, mirando los alrededores y pensando en la buena época que había vivido durante la infancia. Sus pensamientos fueron interrumpidos por un destello que le llamó la atención. Elena salió de una de las callejuelas mirando hacia los dados, buscándolo.

Julio hizo un ademán para salir aunque se detuvo. Permaneció un tiempo allí porque le gustó mirarla desde donde se encontraba. Admiró sus piernas, sus caderas pequeñas y su cintura. El cabello espeso que se movía sin parar y la expresión de duda en el rostro.

Entonces, se bajó del coche con la intención de acercarse y sorprenderla. Dio unos cuantos pasos hacia ella hasta que Elena sintió su presencia.

-¿Llego tarde?

Ella sonrió ampliamente y sacudió la cabeza. Las manos de Julio fueron directamente hacia su cintura con la intención de atraerla hacia él. Ese primer contacto hizo estremecer un poco a Elena quien estaba un poco oxidada en eso de establecer contacto tan íntimo con un hombre, sobre todo, después de un tiempo.

Se acercó a él para sentir el calor de su cuerpo y alzó la mirada hacia su

rostro. Casi le hizo suspirar encontrarse con ese par de ojos cafés y la media sonrisa en los labios. Inmediatamente se puso se puntillas para poder alcanzarlo un poco y besarlo. Ansiaba tanto hacerlo que casi no lo podía creer.

Julio aprovechó la oportunidad para sostenerla entre sus brazos y estrecharla para sí. Sintió la delgadez de su cuerpo y percibió el olor suave de su piel, mientras quedó embebido por los labios de ella y esa manera tan dulce de besar. Esperaba ansioso por quitarle todo, por despojarle de lo último que tuviera para hacerla suya... Y para hacerla sufrir.

Le tomó la mano y la llevó hasta el coche. Se montaron y fueron camino a uno de los barrios más populares de la ciudad. Poco a poco, el caos del Barrio Chino quedó y se abrió paso un paisaje más agradable y hasta bohemio.

Se encontraron en un distrito muy diferente y hasta interesante. Los restaurantes, cafés y bistrós; y las tiendas de comida y diseñador, se entremezclaban con la arquitectura colonial del lugar. Se detuvieron a pocos metros de la plaza principal y se sentaron en uno de los bancos que estaban allí. Para sorpresa de Elena, la fuente que estaba frente a ellos estaba en funcionamiento por lo cual era un espectáculo para la vista.

Mientras ella tenía la vista concentrada en los chorros de agua, Julio se acercó de nuevo al oído de ella.

-Podría estar así contigo todo el tiempo.

Ella ladeó un poco la cabeza debido a la sensación agradable que sintió gracias al calor del aliento de él. Cerró los ojos y se concentró un poco más como si no existiera nada más en el mundo. Cesó el sonido del agua, el de la gente alrededor, el de los coches y las bocinas, era como si él tuviera una especie de poder en su cuerpo y el cual canalizaba a través de su voz. Lento, suave, grave y despacio, las palabras salían de su boca como si fueran lo más perfecto del mundo ya que estaban hechas sólo para él.

-Vamos, tomemos unos tragos.

Se levantó y le extendió la mano. Mientras caminaban, Elena recordó que él había comprado su compañía pero de repente aquello careció de sentido. Estaba con él y nada más importaba.

Entraron a un bar frente a la plaza. La fachada embestida de negro y plateado, le recordó a Elena ese estilo Art Decó que llegó a leer en esas revistas de moda y decoración.

El lugar tenía un aspecto elegante y minimalista. Las sillas y las superficies de las sillas parecían brillar aunque era efecto de las luces del techo. El ambiente estaba tranquilo y apacible, gracias a que un grupo de jazz

estaba tocando en el escenario en esos momentos. Elena se sintió como si estuviera fuera de una era y se sintió increíblemente consentida por él.

Se sentaron en una mesa cerca de la banda y de inmediato pidieron un par de cervezas.

-Que estén frías, por favor.

-Sí, señor.

Mientras esperaban, Julio se acercó a ella y le dio un beso, primero en la mejilla y después en los labios. Estuvo así, muy junto a ella hasta que le sirvieron las bebidas. Se separaron un poco y brindaron.

Después de unos cuantos sorbos, Julio le preguntó a Elena.

-¿Qué te parece lo que te mencioné del BDSM?

-Pues, como te dije, investigué sobre el tema tiempo atrás. Me topé con el término en una de esas veces que me encontraba revisando el móvil sin ningún interés. Me interesó e incluso, revisé blogs y testimonios de todo tipo para empapar me sobre el tema. Pero no se presentó la oportunidad y no supe más del tema.

-¿Qué es lo que más te intimida de todo el asunto?

-Supongo que todo eso relacionado a la sumisión. A esa que es total, casi absoluta. Me da miedo ceder tanto de mí misma.

-Vale, tiene sentido pero también tienes que entender que existen diferentes niveles. Hay quienes se someten todo el día, todos los días. Otros que permiten que el Dominante o Dominatriz también tome el control de sus mentes. Cosa que, en lo particular, no me llama la atención. Eso dependerá enteramente de ti. Pero lo importante es que recuerdes que nada se hará sin tu consentimiento. Cada cosa será hablada y discutida debidamente. Ten la confianza de decirme cualquier cosa que te moleste o incomode, yo haré lo mismo contigo.

Cada vez más que hablaba con él, comprendía la seriedad de esos gustos que tenía. Entendió la importancia de la comunicación por lo que trató de hacer un compromiso consigo misma para hacerlo y llevar las cosas por el buen sendero.

De nuevo, él se acercó a ella con suavidad y le rozó parte del rostro con el suyo. Ella sintió esa barba rasposa sobre su mejilla y rió por las cosquillas que le hizo sentir. Esa sonrisa hizo que él tuviera la acción de acercarse más.

-Quiero llevarte conmigo ahora.

Elena cerró los ojos, hipnotizada por esa voz.

-Llévame.

-¿Segura?

-Siempre.

Pagaron la corta cuenta y se subieron al coche. La noche, tan clara y fresca, fue suficiente para que los dos se refrescaran un poco debido al calor que estaban comenzando a experimentar.

Se encaminaron hacia una urbanización que Elena no conocía. Los altos árboles y el verdor mezclado con las casas y edificios modernos así como casas de hermosa arquitectura. Siguió el camino hasta que él frenó poco a poco cerca de un conjunto de edificios que estaban allí. Se bajaron un caminaron hacia una elegante entrada de vidrio. Como siempre, Julio saludó al portero y los dos se prepararon para ir a los elevadores.

Luego de cerrarse las puertas, él la tomó por la cintura con ambas manos y se acercó a ella desde atrás. Respiró sobre su cuello, olió de nuevo esa piel tan suave y deliciosa, besó su nuca con suavidad. Elena, desde esa postura rígida que adoptó por miedo y timidez, sintió que sus rodillas flaquearon un poco ante los estímulos que él le hacía así como el tiempo que se tomó para hacerlo.

Llegaron al piso y él se adelantó un poco para abrir la puerta. Elena trató de no sorprenderse demasiado con lo que la rodeaba. El piso y las paredes de mármol lustradas, el techo perfectamente blanco, las luces empotradas que lucían casi como nuevas. Incluso las plantas se veían increíblemente cuidadas, casi como si tuvieran un aspecto de mentira.

Se interrumpió de sus pensamientos al entrar al pent-house de Julio. Amplio, el piso de parqué, el ventanal que dejaba ver la luz de la noche y los muebles lujosos que ayudaban tener una decoración minimalista y sobria. Él tomó sus cosas con gesto amable y los colocó cerca de un mueble que estaba en la entrada.

Ella avanzó unos cuantos pasos y se quedó hipnotizada por la vista que tenía. Además, el fantástico silencio que percibió. Sin sonidos del caos al que ya estaba acostumbrada en el Barrio Chino. Cerró los ojos y se imaginó vivir así todos los días, rodeada de tranquilidad y paz, sin ruidos constantes ni molestias. La imagen que se dibujó en su mente fue más agradable de lo que imaginó.

-¿Se te apetece algo para beber? –Dijo Julio.

-No, gracias. Así está bien.

Él se sentó en el apoyabrazos del sofá. Tenía una expresión tranquila y despreocupada. Por otro lado, también se veía un poco peculiar, como si

estuviera estudiándola.

Elena trató de esquivarle la mirada pero como si él leyera cada uno de sus pasos, le hizo gesto de que no lo hiciera. Ella en cambio sintió que no iba a poder lograrlo. Por alguna razón, se le hacía difícil mantener la mirada y más con él. Recurría a cerrar los ojos para relajarse, para dejarse llevar pero ya no podía ser así. Por otro lado, Julio estaba demostrando sus dotes como Dominante al darle una orden indirecta.

-Cuando estés conmigo, cuando estés junto a mí así estemos en medio de una multitud, tendrás que mirarme a los ojos. No es una petición amable, es una orden. Así que vete acostumbrando.

Ella instintivamente asintió.

-Así es. Por cierto, cuando te hable o te pregunte algo, tu respuesta será “sí, Señor”, ¿entendido?

-Sí, señor.

-Buena chica, ya veo que aprendes rápido.

Aunque nunca se vio a sí misma en esa posición no le pareció molesto en absoluto, más bien cada vez más le gustaba. Se relajó de inmediato y siguió mirándolo con concentración. Julio se colocó de pie y se acercó a ella. Por un momento, Elena pensó que se le iría encima pero no, permaneció quieto y con la misma expresión que cuando estaba sentado.

Luego de unos minutos de tensión, él extendió su mano y le acarició el mentón. Lo hizo suavemente hasta que encerró sus dedos sobre su cuello. Apretó un poco e hizo que ella se acercara a él. Jaló la cabeza hacia abajo para verle los labios. Los miró por un rato más hasta que por fin la besó. La tensión era una de las cosas que él más disfrutaba.

Se besaron con pasión y con el paso de los segundos todo se volvió más y más intenso. Así que él no esperó demasiado para tomarla por completo entre sus brazos y bordearla con su cuerpo. Mientras estaban allí, Elena pudo sentir el bulto de él, el cual estaba más duro y firme de lo que hubiera creído. El percibir aquello le hizo gemir espontáneamente hasta que notó que él sonrió.

-Sí... Así es, pequeña.

Julio tomó una de las manos de Elena y procedió a colocársela encima de su entrepierna.

-Demuéstrame que te sientes bien en tenerlo entre tus manos. Venga.

Ella comenzó a acariciar lentamente y luego tomó más confianza a medida que se excitaba cada vez más. Con los besos intercalaba gemidos y una respiración agitada que se escuchaba como un fuerte eco en el piso.

Julio pudo haberse quedado allí, jugueteando y disfrutando de ella pero llegó a un punto en que no pudo más. La tomó entre sus brazos y la cargó como si no pesara lo más mínimo. Ella se aferró a los hombros de él. Subió los escalones mientras la aferraba contra su pecho con fuerza. Estaban tan cerca, que Elena pudo sentir su pecho, corazón y la respiración. Percibió ese aroma tan masculino y viril que la hacía derretirse. No podía creer que todo lo que estaba pasando era verdad.

Llegaron a la gran habitación y él la dejó finalmente sobre la cama. Elena estaba un poco agitada y ansiosa. Se sintió como una tonta y fue cuando él se le acercó.

-Tengo demasiadas ganas de hacerte sentir sensaciones que jamás habías experimentado. Desde el primer momento en que te vi. El tenerte así, tan cerca, sólo me provoca arrancarte la ropa y comerte entera.

Ella, ya controlada por esa mirada y por esa voz, se acercó a él.

-¿Qué espera para hacerlo, Señor?

Julio sonrió y volvió a tomarla con pasión entre sus manos. La rasposidad de la barba de él, la sintió como una oleada de cosquillas agradables y dulces. La sensación se volvió más intensa cuando se acercó más y cuando sintió que sus manos se disponían a quitarle la ropa. Sin embargo, él no tendría que hacer demasiado esfuerzo, un vestido era una prenda lo suficientemente ligera para deshacerse de ella en poco tiempo.

En un dos por tres, ella quedó prácticamente desnuda sobre su cama. Salvo por un par de bragas negras. Julio también notó que ella no tenía sujetador así que pudo encontrarse de frente con sus pechos pequeños, redondos y firmes.

Sus pezones lucían como un par de botones pequeños de flor. Rosados y delicados. Al verlos, no pudo evitar tomarlos entre sus manos y llevar su boca sobre ellos. Abrió lo suficiente porque quería devorarlos por completo. Con sus dientes mordió un poco, incluso hasta hacerla gemir.

Las manos de Elena terminaron sobre ese cabello castaño, acariciándolo un poco. Aunque también tenía la intención de sostenerse y así mantenerse en la realidad, en una que le demostraba el placer de ser objeto de ese hombre. Julio comenzó a sentirse desesperado por seguir explorando en esa aventura que era Elena, por lo que descendió sus labios por el torso suave y delgado.

Sus manos se encargaron de quitarle el último bastión de ropa y así fue como su coño quedó expuesto por completo. Ella exclamó un pequeño gemido al sentir sus manos sobre su desnudez. Él apostó sus manos sobre sus muslos y llevó su cabeza entre ellas. Por un momento no supo bien qué hacer primero

pero eso no tardaría demasiado tiempo en darse cuenta que su lengua daría el primer paso para saborear los labios vaginales y el clítoris de Elena.

Abrió la boca y comenzó a comer de ese coño que le supo a gloria apenas lo probó. Ella, mientras, colocaba sus manos en el cabello de él, en sus pechos o en la cama. No sabía exactamente qué hacer. Estaba tan excitada que pensó que tendría un orgasmo en cualquier momento.

La lengua de Julio se iba a todas partes pero con suavidad. Aprendió con el tiempo que las sensaciones se potenciaban cuando se tomaba el tiempo de probar cada fragmento de piel y carne. Además, era una apuesta segura para lograr un coño más húmedo y más caliente. Esta vez no fue la excepción.

Elena no pudo evitarlo más así que comenzó a gritar. Cuando pensaba que lo hacía demasiado, buscaba una almohada para mitigar los ruidos... Pero todo esfuerzo era inútil. Él parecía estar determinado a hacerla explotar, en hacerla rogar. De repente, él dejó de lamerla y se incorporó. Ella lo vio relamerse los labios, cosas que también le excitó aún más.

Pudo haber seguido pero su concentración quedó a un lado cuando sintió la molestia que representaba la ropa que tenía puesta. Se quitó entonces el cinto de cuero –que dejaría más o menos cerca-, la camiseta blanca y los jeans oscuros. Hizo lo propio con los zapatos y calcetines. Mientras cada prenda caía al suelo, Elena pudo admirar el cuerpo de él que se veía increíblemente apetitoso.

Tanto el pecho y la espalda eran anchos, cubiertos de vello hasta un poco más debajo de los huesos de la cadera, los cuales, además, también se marcaban. Las piernas anchas, gruesas, fuertes. Los brazos que no se quedaban atrás y los cuales estaban marcados por unas largas venas.

Elena seguía respirando agitada porque la imagen de él era de una especie de guerrero y ella era el campo de batalla. Respiró profundamente hasta que él se caminó hasta el borde de la cama, le tomó por los brazos y la arrimó hasta el otro extremo de la cama.

Aún de pie y ella boca arriba, Julio le colocó su verga sobre los labios de ella, paseándolos y acariciándolos. El glande se quedó entre su boca por un rato, mientras Elena succionaba un poco. Ese momento para ella fue increíble porque disfrutaba inmensamente el dar sexo oral. Estuvo un rato así hasta que él le hizo abrir la boca para follarla allí. Puso las manos sobre su cuello y poco a poco metió el pene dentro.

Ella hizo unas cuantas arcadas hasta que logró hacerlo. Al tenerlo así, Julio procedió hacer movimientos de adentro y hacia afuera para complacer

sus instintos. El interior de la boca de ella se sentía tan bien, tan delicioso. El calor y lo húmedo eran la combinación perfecta. Por otro lado, le gustaba ver la forma en que Elena estaba devorándolo... Como toda una experta.

Cada tanto, él sacaba su verga de la boca y le daba golpecitos en los labios con el glande. Se divertía así un rato hasta que después lo volvía a meter.

Aunque le gustó ver esas capacidades en ella, esa habilidad de darle placer a pesar de tener ese rostro inocente, típico de ratoncillo de biblioteca. Elena tenía las mejillas encendidas por el calor de su cuerpo y por la intensidad del momento que estaba viviendo.

Julio tomó un poco de tiempo para relajarse y para pensar qué posición sería la más cómoda para disfrutar de nuevo de su cuerpo. Luego de unos segundos, hizo que se acomodara sobre el borde de la cama, esta vez boca abajo. La mitad del torso quedó en la superficie suave mientras que sus pies quedaron sobre el suelo.

Con las piernas extendidas, él pudo ver cómo los fluidos de su coño corrían por su pierna. Tuvo la tentación de lamerla de nuevo pero su pene pareció urgido por adentrarse entre sus carnes. Sin embargo, aprovechó un poco el tiempo para tantearlo con un par de dedos que se dedicaron a acariciar la zona un poco.

Metió y sacó sus dedos hasta que pensó que fue suficiente. Dejó de masturbarla y acercó su pene en su coño. Colocó su glande en toda la entrada hasta que la penetró con fuerza. Entró a las carnes calientes y deliciosas de Elena con el fulgor de su deseo por ella. Posó sus manos sobre sus caderas y se sostuvo con fuerza.

Cuando sintió que por fin estaba allí, haciéndola suya con su cuerpo y alma, comenzó a hacer un movimiento de vaivén agresivo para que ella lo sintiera de verdad por dentro. El calor de su cuerpo se traspasó al de ella y viceversa. Elena estaba sobre la cama chillando y casi sollozando de placer. Esos sonidos fueron el impulso que él tanto le gustaba porque le indicaban que ciertamente iba por buen camino... Además, también lo excitaban.

Siguió follándola en esa posición hasta que quiso mirarla a los ojos, por lo que sacó su verga y la tomó con ambas manos para dejarla sobre la cama.

-Ponte de lado.

Ella se acomodó como él le ordenó, dibujando marcado el perfil de ese cuerpo fino y con apariencia delicada. Él se subió a la cama, alzó una de sus piernas mientras que la otra permaneció apoyada sobre la cama. Sí, se veía

rosada, agitada, hermosa. Con una de sus manos comenzó a darle fuertes nalgadas. Estas, intensas y fuertes, le causaron escozor y un enrojecimiento que resaltó gracias a su piel clara. Julio procedió a acomodarse e introdujo su pene dentro de ella. Al principio fue lento pero después se quitó cualquier tipo de reservas por lo que la folló con la determinación del Dominante que era.

Adentro y afuera, una y otra vez hasta que volvió a escuchar los gritos y gemidos de ella. Sobre todo, porque esa posición proporcionaba un gran placer. Ella cerró los ojos un poco para concentrarse aún más en lo que sentía. Era más de lo que podía esperar, era más de lo que hubiera sentido jamás.

Estando allí, fue incapaz de sentir que él volvió a cambiar de posición para colocarse sobre ella. Una de sus manos fue al cabello y la otra sobre el cuello. Le excitó la idea de que en su mano cupiera el delicado cuello de ella.

-Eres mía... Lo sabes, ¿verdad?

-Sí. Sí, Señor.

-Bien... Acostúmbrate a llamarme así porque eso es lo que soy para ti. Tu Amo, tu Señor. ¿Entendido?

-Sí, Señor.

-Bien... Muy bien.

Siguió penetrándola, jalándole el cabello y haciéndole entender que todavía le faltaba para vivir experiencias con él. La semana que él compró sólo sería un abre bocas para Julio. Sólo el principio de todo lo que vendría.

Extendió más sus piernas y llevó sus brazos sobre la cabeza. Las juntó con una de sus manos y apretó fuerte para que ella no pudiera moverse demasiado. En ese momento, deseó mucho el poder atarla y someterla aún más pero tomaría ese proceso poco a poco.

Siguió entonces dentro de ella, exasperándose en el calor de esa carne exquisita hasta que comenzó a gemir involuntariamente. Quería decir que él estaba próximo a correrse. Miró a Elena, quien tenía los ojos cerrados y pensó en acelerar el proceso con un giro interesante. La otra mano que le quedaba libre, la usó para posarla sobre su coño y masturbar su clítoris con fuerza. No pensó que obtendría tan buenos resultados.

Elena de inmediato abrió los ojos en vista de esa fuerte estimulación que recibía al mismo tiempo. No sólo era la presión que sintió por ese pene grueso y venoso, sino también el toque del pulgar de él sobre su clítoris que le hacía sentir que tenía una especie de botón de placer que llenaba de corriente todo su cuerpo.

Se sostuvo fuertemente sobre las sábanas y mantuvo los ojos cerrados.

Julio siguió tocándola, acariciándola hasta que por fin ella emitió unos sonidos que le dieron a entender que estaba muy cerca de tener el orgasmo. Entonces aprovechó el momento para acercarse a su oído y decirle:

-Vamos... Dámelo... Dámelo que sé quieres... Vamos.

-Sí... Sí Señor... Oh Dios mío...

Gimió un poco más hasta que sus muslos temblaron con más fuerza y de manera continua por unos cuantos segundos. Mientras, los dedos de Julio quedaron empapados por los fluidos que expulsó el coño de ella.

Lo cierto es que para Elena todo esto resultó ser completamente nuevo. Por muchos años, no experimentó un orgasmo producido por otra persona sino por sí misma. Se acostumbró a valerse de un consolador y de paciencia para experimentar aquello que tanto anhelaba. Ahora, estaba sobre la cama, con las manos echas un par de puños y sintiendo una mezcla de dolor y euforia como nunca antes.

Julio, al notar la belleza de ese cuerpo relajado y feliz, aceleró un poco la marcha para que por fin, pocos minutos después, él pudiera correrse sobre el torso de su chica. Los hilos de semen se desplegaron hasta incluso llegarle a la frente, situación que le resultó incluso jocosa.

Se levantó rápidamente y fue hacia el amplio baño para tomar unas toallas de papel y así limpiarla a ella. Luego de ocuparse de ese asunto, regresó a la cama para verla. Se quedó de pie, sólo mirándola. Contempló su rostro y respiración, así que se quedó tranquilo. Supuso que probablemente había caído en la petit morte, por lo que le daría un poco de tiempo para que reaccionara.

Así pues que fue hacia el clóset, tomó unos pantalones de pijama y bajó a la cocina para servirse un trago. Tenía un poco de ser y además quería estar solo por unos minutos.

Al bajar, se sirvió un poco de bourbon en un vaso de vidrio con unos cuantos cubos de hielo. La noche estaba un poco cálida y aquello le refrescaría lo suficiente. Campanéó el trago y comenzó a hacer pequeños sorbos. Se relajó por completo y agradeció esos minutos de tranquilidad después de tener un largo día.

Estaba consciente que no podía quejarse. Se encontró por casualidad a la chica que tanto le atrajo en un primer momento como si fuera por obra del destino. Sonrió al saber que, a pesar de su cansancio, por fin la había poseído, por fin la tenía en su cama, dormitando después de penetrarla como quería.

Obviamente, tenía claro que todavía tenía unos cuantos asuntos que

explorar. Deseaba incluso amarrarla y suspenderla, o atarla sobre un mueble de madera para que ella quedara completamente inmovilizada mientras le diera sexo oral. Durante ese momento, se le mostró un sinfín de posibilidades.

Tomó lo último que quedaba del vaso, se levantó con cierta pereza y se preparó para subir las escaleras. Estaba ansioso por dormir. Al entrar a la habitación, Elena todavía estaba allí, acostada y respirando suavemente. Esa imagen casi lo enterneció.

Entonces fue hacia la cama, se acostó suavemente para no despertarla y permaneció quieto mirando el techo por un rato. Por fin le invadió un sentimiento de paz y se quedó dormido.

El sueño, sin embargo, no pudo más que el deseo de tenerla ahí tan cerca, así pues que Julio despertó en la madrugada con una muy fuerte erección. Aunque tenía ganas de seguir durmiendo, el cuerpo de Elena pareció llamarle a la acción. Así pues que se acomodó mejor en la cama y comenzó a acariciarla por los muslos.

Sus dedos rozaron ese lugar hasta pasearse también por las caderas. Los huesos sobresalían un poco de la piel de Elena, así que aprovechó para quedarse allí un rato. De repente, Julio volvió a escuchar los suaves gemidos de ella. Estaba despertándose.

Lo cierto es que Elena, después de la petit morte, quedó prácticamente rendida del sueño. Despertó unos minutos y miró que Julio estaba en el baño. Sonrió porque ese hombre se veía tan apetecible en cualquier circunstancia. Así que se encontró satisfecha de verlo allí y se quedó dormida. Sin embargo, no tardó mucho en sentir los dedos de él que la tocaban lentamente. De igual manera, percibió el calor del aliento de Julio sobre su nuca.

Las caricias terminaron por excitarla mucho, así que se volteó para quedar frente a él. Julio la miró con lascivia y la tomó entre sus brazos, acercándola y besándola con pasión. Luego, su boca descendió por su cuello y se quedó entre los pechos que a él tanto le gustaban. Los apretó y mordió, sostuvo con fuerza con ambas manos.

Al final, él terminó por colocarse por encima de ella, haciendo ver a Elena como una pequeña criatura en comparación con él.

Ella se sostuvo de su cuello al mismo tiempo que Julio tomaba sus pies y piernas para colocárselas sobre los hombros. Elena y él se miraron fijamente hasta que su pene entró en su coño caliente. Ella lo sintió profundo, mucho más que la primera vez. Intuyó que eso se debía a la posición en la que estaban, por eso, prefirió sostenerse de los brazos de él los cuales estaban sobre la

cama y cerró los ojos para concentrarse en las sensaciones que estaba experimentando. Sin duda, era increíblemente delicioso.

Elena no paraba de gemir debido a la intensidad. Por un instante, Julio escuchó un leve “un poco más suave que me duele”. Esas palabras tan delicadamente pronunciadas, le provocaron el efecto contrario. Él más bien tomó el impulso necesario para empujárselo más por lo que ella se retorció por el placer.

Aunque quiso ir más rápido, Julio prefirió torturarla un poco por lo que bajó el ritmo de sus movimientos concentrándose más bien en lo profundo que podría penetrarla. Elena gimió aún más fuerte porque no pensó que sería posible sentirse así. Era un calor incesante, un calor que la hacía vibrar, un calor que recorría todo su cuerpo.

-Por favor... Más duro... Por favor, más... Más duro.

Julio no paraba de sonreír.

-Qué linda te ves suplicando. Anda, pídelo.

-Por favor... Por favor, Señor. Se lo ruego.

Echó su cabeza hacia atrás como buscando una manera de conectarse con la realidad. Los movimientos lentos de Julio la estaban llevando al borde de la locura. Cuando pensó que no podría más, él apretó el ritmo en sus caderas, las movió rápidamente para no sólo ir más adentro sino también más rudo.

Siguió así por un rato. Elena estaba sumida en un mar de sensaciones intensas hasta que volvió a rogar pero para que le permitieran correrse. Como Julio estaba probando su resistencia y no quería ejercer demasiada presión, así que esperó sólo un poco más y luego folló con más fuerza hasta que le permitió correrse con él dentro de ella.

Sin embargo, Julio todavía estaba excitado por lo que cambió de posición. Se levantó y colocó sus rodillas sobre la cama. Avanzó un poco más hasta que el glande quedó en los labios de Elena.

-Chúpalo.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse debido a que todavía estaba un poco atontada por el orgasmo que acababa de tener. Así pues que tomó fuerzas de donde pudo y sacó su lengua para lamer el delicioso glande que tenía frente así. Este todavía húmedo por sus fluidos, terminó por completo en su boca a medida que lo chupaba con más soltura. Luego también lo masturbó con una de sus manos, ayudándose.

Mientras lo hacía, mientras sus ojos estaban cerrados concentrada en lo que estaba haciendo, Julio se inclinó un poco más para llenarle más la boca de

su carne. Paralelamente, también tomó su cabello para halarlo un poco. La obligó incluso a que lo mirara a los ojos, a que recordara que eso también a él le excitaba.

Estuvo disfrutándolo mucho, demasiado, hasta que comenzó a temblar. Sus muslos y brazos se agitaban fuertemente por lo que se apostó más en la cama para acomodarse lo suficiente. Así pues que exclamó unos cuantos gemidos más hasta que se corrió en la boca de Elena.

Fue tanto semen, que su boca se desbordó del líquido caliente y unos cuantos chorros se deslizaron por la comisura hasta el cuello. Ella, como una buena principiante de sumisa, tragó todo cuanto pudo, incluso se llevó a la boca los restos que le quedaron por el rostro.

Agitado y en extremo cansado, Julio pareció ver estrellas por lo que se recostó sobre la cama casi de inmediato. Elena lo recibió entre sus brazos, con las manos acariciándole el cabello hasta que él poco a poco pudo recobrar el ritmo cardíaco. Se quedó allí, un rato entre su piel hasta que se arrimó a un lado para no abrumarla con su tamaño. Se quedó dormido prácticamente a los pocos minutos.

VII

Elena se despertó de sobresalto. Miró el reloj que estaba a su lado y se llevó las manos a la cabeza. Además, Julio no estaba junto a ella. Inmediatamente se preguntó por qué no la había despertado. Casi saltó de la cama y comenzó a vestirse hasta que percibió el aroma de café recién colado. Arrugó la cara porque no sabía lo que estaba sucediendo.

Así pues que, después de vestirse, bajó las escaleras con cuidado, con el temor de pensar que era otra persona la que estaba allí. De repente, se encontró a Julio vestido de traje y corbata, sentado en el mesón con una taza de café humeante.

-Buenos días. Pensé que te provocaría un poco así que preparé para los dos. ¿Cómo dormiste?

Ella estaba un poco impresionada aunque se apresuró en responderle.

-Bien, bien. Creo que caí como bloque. Ahora debo salir corriendo porque debo arreglarme y...

Él se apresuró en acercarse y besarla. Sus labios supieron a café dulce y cerrero. Esos sabores también se entremezclaron con el perfume que expedía su piel.

-Olvídate de eso. No vayas al trabajo. Es fácil inventarse una excusa.

-¿Y qué se supone que haga?

-Descansar y servirme, por supuesto. Ese será tu deber de ahora en adelante. Mientras, tómate el día y listo. Yo quisiera hacer lo mismo pero, como verás, se me hace imposible. Creo que soy un workaholic.

-¿En serio? ¿Qué debo hacer entonces?

-A ver... ¿Qué te parecen los ganchos anales?

-Pues, no los he visto muy bien pero creo que se ven interesantes.

-Perfecto. Investiga más al respecto... Es algo que me gusta mucho, la verdad.

Le guiñó el ojo y le dio otro beso corto.

-Termina de arreglarte y nos vamos en cinco. Ya están reventándome el móvil.

Después de un sorbo rápido de café y subió las escaleras para buscar sus zapatos y el resto de sus cosas. Aún estaba abrumada por el cambio de planes tan abrupto.

Salieron en el flamante Camaro y anduvieron por la calle como si fuera un día cualquiera. Elena estaba descubriendo su gusto particular por colarse por

las calles y por esos sitios elegantes como si formara parte de esa sociedad exclusiva.

El día estaba claro y agradable, las calles recibían los rayos de luz del cielo despejado de verano. Elena aprovechó para sacar las manos de la ventana y acariciar el viento con sus dedos. Cerró los ojos y sintió que era libre. Ese sentimiento, además, se vio incrementado por el hecho de que su único deber del día era leer o investigar sobre los ganchos anales. No había nada mejor que dedicar tiempo al placer.

Julio aparcó cerca del edificio en donde vivía ella. Se bajó un poco los lentes y miró a Elena a los ojos.

-Espero que recuerdes lo que te toca a hacer.

-Sí. Así lo haré, Señor.

Él sonrió como gesto aprobatorio.

-Excelente. Empápate bien del tema porque me interesa que entiendas que me gusta usarlo para las sesiones. Claro. Eso dependerá también si estás dispuesta a hacerlo.

-Por supuesto. No lo dudes.

-Bien, debo irme.

Extendió la mano para besarla con pasión.

-Sospecho que si sigo aquí, no me iré a ninguna parte.

-Tampoco sería mala idea.

Julio estuvo a punto de considerar la idea cuando le vino a la mente las pilas de papeles y las llamadas por atender, así como esa urgencia por su presencia que lo hacía sentir un poco fastidiado al respecto.

-Eres la ostia, eh.

Ella sonrió.

-A lo mejor me llegue más tarde por acá. Te estaré escribiendo.

-Vale.

Se alejó rápidamente y ella se quedó allí hasta que lo perdió de vista. A pesar del caos, los gritos y de las humaredas productos de la comida cocinándose, Elena caminó con una amplia sonrisa en el rostro. Por si fuera poco, acaba de ver una notificación de PayPal anunciándole que ya se había hecho efectivo la mitad del dinero que Julio había pagado por ella. Sin duda, cada centavo lo valía.

Subió el estrecho corredor y unos cuantos pisos más para reencontrarse con la soledad de su piso. El ambiente le pareció extraño hasta que recordó que nunca lo había visto a esa hora en la mañana salvo cuando era fin de

semana. Inmediatamente procedió a quitarse la ropa y dejarla en el suelo. Caminó con lentitud al recordar las caricias de él sobre su cuerpo, sus besos y, obviamente, el grosor de ese pene exquisito. Tan grueso, venoso y el poder de doblegarla por completo.

Se metió a la ducha y disfrutó la sensación de agua tibia corriendo por su piel. Estaba plena y tranquila. Se olvidó por completo de los problemas. Después de mucho tiempo, sintió que las cosas marchaban mejor que mejor.

Comenzó a secarse y salió para volver a vestirse. Quería ir a una tienda erótica que estaba a un par de calles de allí. Mientras pensaba en lo nuevo que iba a comprar, recordó que no le mencionó a Julio que ella ya había experimentado con su ano y que, además, era una de las sensaciones más increíbles del mundo. Así que llevaría las cosas a un nuevo nivel porque quería probar algo nuevo.

La tienda erótica era un local cuya entrada hacía pensar que era un lugar pequeño y de cierta manera así era. Era angosta pero larga así que era posible pasearse por una serie de objetos que sin duda resultarían interesantes para cualquiera.

Elena entró y se sintió como si estuviera en una dulcería. Había lencería, máscaras, látigos, esposas, cuerdas, vibradores, arneses, fuetes, consoladores, cinturones de castidad y hasta atuendos para todos los gustos y tamaños. Además, le agradaba la idea de que la tienda estuviera iluminada con luces de neón lo que por cierto recreaba un ambiente eléctrico y provocador.

Aunque estaba familiarizada con ese tipo de lugar, ahora era capaz de ver las cosas de manera diferente. Entendió un poco más sobre los objetos que estaban allí. Sus ojos estaban siendo moldeados por el BDSM, por lo que aquello que no le prestó demasiado la atención, ahora cobraban sentido. Se detuvo por los atuendos y máscaras y hasta pensó que sería interesante comprar una.

Siguió caminando hasta que encontró unos buttplugs que les parecieron encantadores. Unos eran de vidrio, transparentes, con luces en las puntas y hasta con joyería falsa incrustada. Sin embargo, nada le llamaba la atención hasta que encontró uno con cola de zorro. Acarició el pelaje y le pareció agradable al tacto.

Sonrió pensando que sería una opción interesante para probar con él. Así pues que lo llevó a la caja más con un vibrador a control remoto y pagó todo con una amplia sonrisa. Estaba ansiosa por lo que él diría. Esperaba que aquella sorpresa le resultase agradable.

Julio estaba sentado frente en el escritorio, con los lentes puestos y con la mirada fija a uno de los inversionistas quien le hablaba sobre la importancia de la comunicación entre los departamentos de ambas empresas para asegurar el buen funcionamiento de las operaciones. Siendo sinceros, él estaba más bien a punto de caer rendido sobre la superficie y mandar a todo el mundo al diablo.

Por otro lado, tampoco podía dejar de pensar en Elena. Ese cuerpo frágil y pequeño, moviéndose a la par de sus caricias, era un recuerdo que le volvía loco. Como era inevitable todo aquello, tuvo que hacer un enorme esfuerzo por concentrarse.

Como las cosas no parecían que iban terminar pronto, él tomó el móvil que tenía cerca y comenzó a teclearle a Elena.

-¿Qué haces?

Probablemente no le respondería aunque albergaba la esperanza de que no fuera así. Esperó unos minutos más entre asientos de cabeza y monosílabos, hasta que escuchó el aparato vibrar.

-Esto. Espero que no interrumpirle, Señor.

El texto estaba acompañado por una foto que se dedicó a mirar con más cuidado. Resultó que ella de pie, con una cola de zorro saliendo de entre sus nalgas. El culo se veía tan provocativo que él sintió de inmediato cómo se le subió la sangre a la cabeza.

-¿Estás bien?

-Sí, sí... Sólo unos informes que tengo que revisar después.

-Vale, como te iba diciendo...

Continuó la perorata pero sin el mínimo de concentración. Julio estaba desesperado por salir y encontrarse con ella. Estaba ansioso por darle nalgadas, por propinarle dolor y placer. No obstante, como buen Dominante que era, pensaría las cosas con más frialdad para disfrutarlas debidamente.

Esperó que la reunión terminase. Se levantó de la silla, estrechó manos y despidió amablemente a todo el mundo. Cuando por fin se encontró solo, caminó para calmar la ansiedad pero le fue imposible. Estaba como una pantera enjaulada.

-Violeta, que nadie me moleste, por favor.

-Sí, señor Julio.

Colgó el auricular y pasó seguro a la puerta. Aquellas peticiones no eran extrañas a su secretaria ya que a veces su jefe se tomaba un momento para jugar algún videojuego para hacer llamadas importantes... Pero esta no era la

ocasión. Esta vez era diferente.

Esa misma sangre que se le subió a la cabeza, bajó de repente hasta sus pantalones. Sintió que se le subió la presión, que el mundo le daba vueltas. La entrepierna comenzó a ponerse dura a un ritmo vertiginoso. Fue calmadamente al baño, cerró la puerta y se bajó el cierre del pantalón. Al desabrochar el botón, de inmediato notó el pene erecto. Pareció que incluso rompería la tela que lo contenía.

Se quitó el bóxer negro y aquella verga salió libre para que cayera justo en una de sus palmas. Sí. Estaba caliente, palpitante, con el glande desprendiendo el flujo pre-seminal.

Respiró despacio y lo sostuvo con fuerza. Cerró los ojos y se le vino la imagen del culo de Elena con la cola de zorro. Esas nalgas rosadas que pedían castigo... Y claro que se los daría. Comenzó a masturbarse en silencio en el cuarto de baño, en silencio y muy quieto como si fuera un adolescente. Por un lado, se sintió mal y hasta un poco culpable, por otro, ese remordimiento quedó en un segundo plano porque su cuerpo estaba siendo dominado por el descontrol y el deseo que le hacía sentir esa mujer.

Recordó el sabor de su coño, la calidez de sus carnes, la estrechez de las mismas, la belleza de su rostro que quedaba embebido por la excitación y el deseo. Apretó los párpados, esas imágenes se mostraron ante él de manera continua y agresiva como si no hubiera manera de escaparse de ella.

Siguió tocándose. De lento a rápido, de suave a duro. Intercalaba ritmos e intensidades, estaba decidido a dejarse llevar por esas sensaciones hasta que por fin, sintió temblar sus muslos anunciando su orgasmo. Apoyó una de sus manos sobre la pared que tenía en frente y dejó escapar un sensual gemido.

Luego otro. Y otro. Por fin, después de unos minutos, un chorro de semen cayó sobre la pared de donde se sostenía, aunque para él, era el rostro de ella que recibía el premio de él. Se corrió un poco más hasta que se dejó caer al suelo agitado por esos minutos intensos y fuertes.

Cuando recobró la tranquilidad de su cuerpo, miró hacia el frente, con la determinación de hacer que ella recibiera el castigo que le correspondería por incitadora, por provocadora. La mente de Julio iba a mil por hora.

Como él le indicó, Elena procuró leer todo sobre los ganchos anales. Aunque realmente estaba esperando respuesta sobre la foto que le envió. No obstante, tuvo el presentimiento que había causado el efecto deseado.

Indagó más sobre las tiendas virtuales, foros y blogs que hablaban al respecto. Incluso conoció que hay modelos también para hombres. Se sintió

intrigada por aquello. Algunos de estos objetos, tenían piezas que los conectaban a la cabeza, otros no, pero sí tenían un espacio en forma de círculo que le permitía al Dominante a conectar amarres si lo quisiera. Había un sinfín de permutaciones.

Se quedó mirando la pantalla mientras veía un video de shibari usando el gancho anal, cuando recibió un mensaje de él.

-Te pasaré buscando en 10. Y más te vale que tengas esa cola todavía.

Ella sonrió satisfecha porque ciertamente funcionó la treta. Se levantó lentamente de la cama y procedió a acomodarse el plug. Aunque se había olvidado de él, no pudo evitar sentirse un poco excitada al usarlo.

Buscó otro vestido y se colocó encima sin nada más. Se miró en el espejo y se acomodó el cabello. Pintó un poco los labios y los ojos. Quería verse hermosa para él.

Terminó de prepararse cuando se dispuso a bajar para esperarlo. Se impresionó cuando lo vio parado, apoyado sobre el coche, con esa mirada de hambre y desesperación que tenía.

Fue hasta él y se dieron un beso. Las manos de Julio la tomaron por la cintura e hizo que se diera la vuelta, echó un vistazo por el culo y notó que sobresalía la cola de zorro. Cuando se dio cuenta de ello, le causó risa que descubriera que ella tenía ese toque de pseudo-exhibicionista. Después se encargaría de descubrir un poco más al respecto.

No se dijeron nada durante el camino, era como si supieran exactamente lo que iba a suceder. O al menos eso era lo que creía Elena. Lo cierto era que Julio estaba ansioso por sentir los labios de ella sobre su pene y tenía pensado también buscar una manera de castigarla. Así que maquinó un poco hasta que se detuvo en un semáforo en rojo.

-¿Sabes lo que produjo esa foto que me enviaste? Fui incapaz de contenerme y me tuve que masturbar. Aunque me gustó debo ser franco contigo, aquello representa un atrevimiento de tu parte porque para hacerlo, debes pedirme permiso primero. -Elena estaba emocionada por saber que de alguna manera había desafiado su autoridad- Es por ello que tendrás que asumir las consecuencias de ello.

-¿Qué debo hacer, Señor?

-Chúpalo.

Para llevar las cosas a un nuevo nivel, el bajó el vidrio del asiento de ella.

-Tengo entendido que tienes cierto gusto por el exhibicionismo. Vemos si es cierto.

Aunque aquello podría también ser un riesgo para él, no le importó mucho ese asunto porque estaba demasiado excitado. Cuando Elena procedió a bajarle el cierre y a tomar su pene con una de sus delicadas manos, él se acomodó sobre el asiento sin dejar de ver la vía que tenía frente a sí. Segundos después, escuchó los lamidos y gemidos de ella. La dulce y sensual Elena no tardó demasiado en devorarse ese pene.

A ella no le importó mucho el que él bajara los vidrios. Ese gesto que sirvió para retar su vergüenza pública no le importó en lo más mínimo. Mientras lamía la verga de Julio, no pensó verse a sí misma de esa manera.

A pesar de su aspecto conservador y tímido, él le daba las posibilidades de explorar partes de sí misma que nunca había conocido. Se sentía sensual con él, atrevida, capaz de cualquier cosa. Como si el conocerlo hubiera sido el empujón suficiente para que fuera un poco más lejos.

Justo cuando se lo metía por completo en la boca, sintió la mano de él que comenzó a acariciar su espalda y nalgas. Apretó a cada una e incluso llegó a darle unas buenas nalgadas. Se detuvo por un momento hasta que colocó su mano sobre el plug.

Comenzó a moverlo suavemente, a darle vueltas, a incluso hacer que entraba y salía de ese ano delicioso. Elena, quien por supuesto no se esperaba ese gesto, comenzó a gemir, interrumpiendo la chupada que estaba haciendo.

Una fuerte nalgada y la voz de mando de él, le sacó de ese ensimismamiento.

-¿Acaso te dije que pararas?

-No, Señor.

Continuó chupándose en medio de las calles de esa ciudad grande y caótica. Por suerte para él –y para ella-, llegaron pocos minutos después. Aunque los alrededores de los edificios estaban vacíos, Julio no se quiso arriesgar, así que tomó el cuello de su mujer y la miró a los ojos. Aquellos labios, húmedos por los flujos de él, era el marco perfecto para la expresión de excitación que tenía.

-Prepárate para salir.

-Sí, Señor.

Se acomodó el plug, el vestido y el cabello. Retocó su maquillaje y salió como si no hubiera pasado nada. En cambio él, como no podía esconder la erección, colgó el saco en uno de sus brazos y lo colocó frente a él para poder caminar sin problemas. Saludaron al portero quien estaba más del lado del sueño que de la consciencia y se apresuraron a tomar los elevadores. Ante la

notable soledad del lugar, Elena se apresuró en decir:

-¿Esto siempre está así de solo?

-Tenemos la suerte de que es así... Agáchate.

Cambió la voz drásticamente, haciendo que ella hiciera caso la orden de inmediato. Se agachó y Julio dejó libre su verga que no había cedido ni un momento. Estaba tan excitado, que Elena apostó internamente que no le faltaba demasiado para correrse en cualquier momento. Abrió la boca de nuevo y entornó los ojos hacia él como le gustaba, a pesar que le resultase un poco difícil.

Primero introdujo el glande entre los labios, succionándolo. Al mismo tiempo, Julio le tomó por el cabello, jalándoselo.

-Muy buena chica.

Ella rió un poco y se lo introdujo en la boca por completo. Los hilos de saliva comenzaron a caer sobre su vestido y el suelo.

Al poco tiempo llegaron a la planta en donde estaba el piso de Julio.

-Sígueme... Gateando.

Él camino hacia la puerta con una Elena que gateaba tras él. Parecía una gatita ansiosa por los mimos de su Amo. Abrió la puerta y la dejó pasar primero. Cuando los dos se encontraron allí, Julio la tomó por la cintura e hizo que se levantara para apoyarla sobre el mesón de la cocina.

Elena apoyó las manos sobre la encimera y extendió las piernas a la espera de lo que haría él. Las manos de Julio inmediatamente comenzaron a tocarle las pantorrillas y los muslos hasta colocarse finalmente en las nalgas.

-Aprenderás a obedecer a tu señor. ¿Entendido?

-Sí, Señor.

Se acomodó, plantándose bien y procedió a darle una nalgada tras otra. Las primeras fueron un poco suaves pero después soltó la muñeca debido a la ansiedad que tomó su cuerpo. Su ser Dominante salía poco a poco a la superficie.

Después de un rato, la piel de Elena se volvió rojiza y con las marcas brotadas. La respiración agitada de ella le advirtió que era buen momento para hacer algo diferente. Aun detrás de ella, sostuvo su culo con ambas manos y lo apretó con fuerza. Incluso hizo que Elena se colocara de puntillas.

Estuvo allí un rato más hasta que una de sus manos fue directamente a la cola de zorro. Movié el plug despacio, lentamente, con la finalidad de hacerla gemir... En efecto así fue.

Después de estimularla analmente, bordeó su cintura con uno de sus brazos

y la llevó contra sí. La apretó fuerte y después llevó la otra mano que le quedaba libre para comenzar a masturbarle.

Sus dedos primero tantearon la suavidad y carnosidad de los labios vaginales, después se enfocó en el clítoris. El movimiento circular constante y firme, fueron suficientes como para que Elena sintiera que estaba a punto de flaquearle las piernas. Sus rodillas perdían la fuerza por lo que se apoyó aún más sobre el mesón.

-Te dije que tenías que aprender a ser una buena chica. Todo tiene un castigo.

Ella apenas escuchaba, apenas estaba allí. La voz suave y grave de Julio, sin embargo, le penetró el cerebro y el cuerpo. Ciertamente él tenía una especie de poder que hacía que ella se volviera más y más cerca de la locura.

Bruscamente, dejó de tocarla y le tomó por el cuello la giró con rapidez y le comenzó a besar apasionadamente. Al mismo tiempo Julio se bajó el cierre del pantalón para sacar su verga y que ella comenzara a lamerlo.

-Ya sabes lo que tienes que hacer.

Aún con la debilidad por la excitación, Elena se agachó hasta que se quedó de rodillas. Acomodó su cuerpo y se preparó para hacerlo.

-No, sólo la boca.

Primero mojó sus labios con el líquido pre-seminal de él por unos largos minutos. Se concentró en ellos sin dejar de mirarle ni por un segundo. Se acostumbró a mantener la mirada, tal y como él le había ordenado.

Poco a poco abrió la boca para dejar entrar esa verga gruesa y venosa. Tanto su cabeza como su cuello, comenzaron a hacer un movimiento adelante y hacia atrás de manera continuar. Primero lo hizo con suavidad, con paciencia.

Con los ánimos típicos de alguien que se toma el cariño de hacer una buena chupada. Después sí fue con más ahínco. Al mismo tiempo, su Amo se reclinó un poco hacia atrás, tomándole el cabello con fuerza como deseando que ella no dejara de hacerlo.

Julio descubrió el enorme placer que le proporcionaban los labios finos de Elena, así como esos enormes ojos que se concentraban en los suyos, buscando reconectarse en la pasión que ambos llevaban en el cuerpo.

Los hilos de saliva cayeron sobre su cuerpo y esa imagen le hizo que él pensara en probar algo que tenía el presentimiento que sería divertido y quizás un poco fuerte para una principiante como ella.

Se inclinó un poco hacia ella, apretándole el cuello con firmeza.

-Párate.

Ella obedeció y en seguida se encaminaron a hacia la habitación. Subieron las escaleras. El ánimo que tenían los dos era de absoluta concentración. Llegaron a la habitación y Julio le hizo entrar primero. Poco después le ordenó:

-Acuéstate boca abajo pero con la cabeza un poco fuera del borde de la cama. A ver... Ajá, así.

Elena estaba ansiosa por saber lo próximo que él haría. Julio, mientras, buscó una mordaza de bola y unas cuerdas. Al regresar, le colocó el objeto sobre la boca de ella, haciéndola casi babear a los segundos. Mientras estaba allí, también le ató los brazos, sólo las muñecas porque de lo contrario, todo le resultaría demasiado abrumador.

Él le extendió las piernas sobre la cama, separándolas un poco una de la otra. Verificó que los amarres estuvieran bien y miró el progreso de la baba que iba cayendo poco a poco al suelo. Por otro lado, él se subió sobre la cama y retomó las nalgadas como lo hizo al principio. Le encantó escuchar los gemidos contenidos de ella, gracias a la bola de goma y a esa postura que la obligaba a mantenerse erguida.

Cuando sintió que la muñeca estaba doliéndole, paró y se levantó. Se encontró con un pequeño charco de baba el cual tomó de un poco, restregándose sobre la cara de ella. El maquillaje de los ojos y los labios quedaron mezclados con su propia saliva. Desparramados sobre ese rostros dulce y perfecto.

-Qué bella te ves así. No tienes idea.

Siguió colocándole la saliva sobre su rostro hasta que volvió a irse para limpiarse. Elena estaba tan excitada que casi no podía emitir ruidos, era como su cuerpo siguiera instintivamente los designios de él.

Después de regresar, Julio se quitó la ropa, quedando completamente desnudo. Se acercó a ella y le acarició el cabello, la espalda y las nalgas. Quiso mitigar un poco la rudeza de las nalgadas y del gesto con la mordaza de bola. Volvió a subir a la cama y tomó su pene para masturbarse sobre ella, violentamente, como un salvaje.

A medida que lo hacía, se percató que dejaba escapar unos cuantos gemidos. Así que estuvo preparado para follarla. No quiso esperar más tiempo.

Llevó un par de dedos a su coño caliente y sintió lo húmedo que estaba. Masturbó un poco más hasta que se inclinó sobre ella para penetrarla. Empujó poco a poco su glande dentro de su carne hasta que, apoyándose con sus

brazos, se posicionó mejor y embistió a Elena con fuerza.

Ella dejó escapar un grito, o al menos algo que él creyó escuchar. La mordaza seguía privándole de emitir esos ruidos con libertad.

Comenzó a penetrar sobre ella, incluso de vez en cuando se inclinaba para ir más y más adentro de su cuerpo. La espalda arqueada, los movimientos limitados de sus brazos, la piel enrojecida, la desesperación que le brotaba en cada agitación. Cada detalle de ese sexo tan perfecto y caliente, excitaba aún más a Julio.

-Eres mía... Sólo mía.

Esas palabras que se entremezclaban con el aliento caliente de él, le recordaban a Elena que así era, que no había duda en ello. Al estar sobre esa cama, al dejar que su cuerpo fuera el canal para que él satisficiera todos sus deseos.

Y eso sólo era una primera parte, lo más interesante era que ella pudiera ser capaz de soltarse lo suficiente como para permitirse una situación así. Nunca pensó que tendría la oportunidad de experimentar esa mezcla tan intensa de emociones en su cuerpo y mente. La mejor decisión que tomó fue empujarse a sí misma y explorar los límites y capacidades.

Julio dejó de penetrarla para colocarse de pie e ir hacia donde estaba la cabeza de ella. Le quitó lentamente la mordaza de bola. Le dio unas cuantas bofetadas suaves con esa sonrisa amplia y pícaro que tanto le gustaba.

-Voltéate.

Ella trató de acomodarse con la ayuda de él. Sintió un enorme alivio cuando pudo apoyar la cabeza sobre la cama... Pero las cosas no habían terminado allí.

-¿Cómoda? Te daré algo que sé que te gustará...

Elena le respondió con una sonrisa y abrió la boca ampliamente para recibir la verga de su señor. Julio lo introdujo con cuidado, procurando el máximo placer posible. Poco a poco, miró cómo su pene adentro hasta que ella lo tuvo por completo en su boca. Elena quiso tanto tocarlo, acariciarlo, sentir sus piernas y arañarlas pero no pudo, estaba inmovilizada e incapaz de tocarle como quería. Aun sí, encontró todo aquello sumamente excitante.

Adentro y afuera, afuera y adentro, lo hizo en un movimiento continuo y lento. Julio posó por un momento sus manos sobre el cuello de ella, apretándolo un poco. Permanecieron un rato así. Elena estaba en el paraíso.

Siguió chupándolo hasta que se detuvo. Julio tuvo la repentina necesidad de follarla pero de una manera diferente a lo que solía hacer. Quitó la verga de

la boca de Elena, fue hacia los brazos, le quitó los amarres y ayudó a acomodarla. Julio se subió a la cama para unirse con ella estando sobre su cuerpo.

Primero la besó suavemente, mordió su boca, chupó su lengua y siguieron besándose hasta que ella sintió de nuevo la verga de él en su coño. Lo recibió tan caliente y mojada que pensó que se había corrido sin darse cuenta.

La penetró lento y suave, el pene de Julio sintió cada centímetro de las carnes estrechas de Elena. Llevó sus manos al cabello de ella, hundiendo los dedos esas hebras de pelo espeso y castaño. Sus ojos se encontraron al mismo tiempo que sus bocas. Julio siguió empujando, penetrando, sintiendo cada parte con sumo placer.

Siguieron unidos en uno solo por un largo rato hasta que ambos comenzaron a experimentar que estaban cerca de llegar al orgasmo. Elena se aferró a los brazos de él, enterró sus uñas sobre la piel y cerró los ojos para sentir que estaba al borde de la desesperación.

Julio no pudo decirle nada porque también estaba embebido del placer que estaba experimentando en ese momento. Apoyó su cabeza sobre el cuello y llevó sus labios hasta esa parte de piel. Chupó y lamió un poco hasta que le dejó unas cuantas marcas de dientes en el lugar. Sonrió porque le gustó ver que la había marcado.

Elena se aferró aún más hasta que por fin se corrió con su Señor adentro de ella. Empapó la verga de él por completo y se mantuvo en la misma posición porque él también se corrió dentro de ella. La mezcla de los fluidos calientes y deliciosos hicieron que los dos cayeran abatidos sobre la cama, cansados.

Después de ese momento tan intenso y a pesar de las ganas de no desprenderse del lado de ella, Julio se levantó poco a poco porque pensó que estaba listo para entregarle un símbolo de la relación que tenían. Fue hacia el clóset y sacó una pequeña caja que le extendió al rostro sorprendido de Elena.

-Quiero que llevemos esto al próximo nivel.

Abrió la caja aterciopelada y le mostró una hermosa y sencilla pulsera de plata. Era delgada y resplandeció gracias a la luz de la luna que entraba a la habitación.

-Quiero que seas mi sumisa. Que seas sólo mía.

Ella estaba sorprendida aunque no pudo esconder la alegría que sintió al ver el accesorio. Extendió la mano con suavidad para que él se lo colocara. Al final, se miraron como un par de cómplices.

VIII

Elena tenía la vista concentrada en la pantalla, mientras tecleaba sin parar. Su jefe estaba ansioso porque pronto lanzarían una nueva de software de diseño y, aunque las pruebas salieron bien, no podía esconder que se encontraba preocupado.

Ella, por otro lado, estaba más radiante que nunca. Sonreía sin parar a pesar que todavía tenía el mismo trabajo, en la misma oficina con la gente en sus cubículos y oficinas.

Después de la semana con Julio, Elena comprendió que de vez en cuando debía permitirse vivir experiencias que la ayudaran a disfrutar las cosas. Pasó tanto tiempo reprimiéndose cualquier tipo de sentimientos y emociones que, estando con él, a veces no sabía qué hacer. Ahora era diferente porque se permitía ser como quería ser. Sin importar nada, sin sentir arrepentimiento.

Siguió en la misma oficina hasta que cayó la noche. Miró el móvil cuando se percató que había recibido un mensaje de Julio.

-¿Lista para divertirnos?

Ella sonrió y miró la pulsera de plata... Por supuesto que lo estaba.

El Amigo Dominante de mi Hermano

Sexo Duro y Pasión Prohibida

I

Salió a la terraza y la encontró desierta. El aire frío de la tarde le hizo dudar por un momento pero ya había tomado la decisión. Apoyó una de sus piernas sobre la mesa de madera que estaba allí y la otra la dejó en el muro no muy lejos de él. Encontró el equilibrio ideal y se sostuvo. Miró hacia abajo y encontró unas pocas personas que hablaban y uno que otro coche que tomaba esa calle para ir hacia la avenida.

Alzó de nuevo una pierna para dejar atrás el obstáculo del pequeño ventanal que emergía del muro no muy alto. Hizo lo mismo con la otra extremidad sin dejar de sostenerse con las manos. Cuando se encontró cómodo, miró sus palmas que estaba sangrando porque, por error, se apoyó con un cactus que tenía cerca. Maldito cactus.

Pero, ¿qué más daba? De todas maneras iba a lanzarse y dejar las vísceras desparramadas por la acera. ¿Qué haría esa gente estaba allí? ¿Habría gritos? ¿Le dolería?

Respiró profundo y el aire frío le hizo doler los pulmones. Se quejó. Llevó la mirada al cielo y había unas cuantas nubes con apenas forma.

-Esta puñetera ciudad ni un cielo decente tiene, joder.

Un policía acaba de salir cuando vio una figura extraña en el tope de un edificio.

-HEY, HEYYY.

El chico salió de su concentración y notó que un gordo vestido de uniforme le hacía señas desde el suelo. Se veía tan ridículo que no pudo evitar reírse. Sin embargo, dejó de hacerlo. El vacío y el miedo volvieron a él.

El sol cayó y en poco tiempo, aquel policía gordo, estaba acompañado por un puñado más. También estaba un camión de bomberos y un grupo de vecinos bastante alarmados. El chaval alto y flacucho, se moría de frío y hambre.

-Pronto va a terminar todo esto.

Repentinamente, escuchó unos pasos. La imagen de la terraza solitaria quedó en el pasado.

-Hey, chaval. ¿Qué hacéis? Mejor ven conmigo y hablamos, ¿eh?

Apenas lo escuchó. Por culpa suya le había largas al asunto.

-Eh, ven. Seguro tus padres están preocupados por ti.

-No tengo padres. Déjame en paz.

-Vale, vale. ¿Qué ha pasado con ellos?

-No me importa. Déjame en paz.

La voz serena del adolescente tenía desconcertado al policía gordo. En su estrechez de mente, no concebía que los jóvenes fueran infelices. Es más, aquello no existía. Era producto de la televisión. Todo era culpa de la televisión.

Él tanteó con el borde. Se escuchó algo que se rompía y vio como unos pequeños trozos de ladrillo y yeso cayeron lentamente. Fijó la mirada en el descenso pero no oír más necesidades.

-Venga, tío. Venga y nos tomamos un café. Hablemos de esto.

-No me gusta el café.

Agudizó los oídos, giró la cabeza y efectivamente había más personas allí. El policía gordo los encabezaba y, al parecer, estaban esperando a alguien más. De seguro algún idiota con intenciones de lavarle el cerebro.

Ya no había cielo para mirar porque todo estaba oscuro. Suspiró y lamentó no tener un cigarro, al menos para disfrutar el sabor amargo de la nicotina.

-¿Quieres?

Volteó con violencia y fue como si le hubieran leído la mente. Alguna mano le extendió una cajetilla con un cigarro sobresaliendo de esta. Dudó por un momento pero las ganas eran demasiadas. Luego de terminar, acabamos con esto.

-Vale.

Era su marca favorita. Sonrió. Colocó el cigarro sobre sus labios cuarteados y se acercó para que lo encendieran.

-Con una noche así hace falta esto, ¿no?

Asintió y exhaló el humo. Sintió un poco cómo le quemaba la garganta. Cómo le gustaba esa sensación.

-A ver, ¿qué haces en una noche como esta?

-¿Qué haces tú?

-Ja, ja, ja. Bien, haré el intento de que no saltes.

-Suerte.

-Gracias. Pero, ¿me permites una pregunta?

A ese punto del día, el chico accedió. No supo si era por el hambre o por el sueño. O por las dos. Así que asintió y suspiró.

-Todo esto es una mierda. ¿Sabes? Llevo mucho tiempo pensando en esto y creo que es la mejor solución para todo.

El joven policía tomó un envase vacío para dejar las cenizas. Se lo acercó al chico y lo dejó cerca. No respondió inmediatamente hasta que finalmente rompió el silencio.

-Sí. Todo es una mierda. De hecho, me levanté esta mañana y lo único que he visto ha sido algún tío que mató a un grupo de niños porque se levantó con el pie izquierdo o el presidente que dice gilipolladas. Hombre, qué pesao'.

El adolescente estudió la cara del hombre y sintió sincera sus palabras.

-Pero luego veo a mi hijo. Es un chiquillo de seis meses. Gordito y rosado, como un pan. Cada vez que lo veo, me da miedo que crezca en un mundo como este pero luego me doy cuenta que puedo ayudarlo a hacerlo un lugar menos miserable. Mi padre me enseñó lo mismo.

-Suena interesante...

Por supuesto que para él no lo era.

-Lo sé, lo sé. Suena mucho a libro de autoayuda pero es así. Soy un sentimental, qué quieres que te diga.

El chico había hablado más en ese rato que todos esos días. De hecho, se sintió cómodo a tal punto que dejó ese borde para estar al otro lado del muro aunque todavía podía lanzarse al vacío estando allí.

Un segundo cigarro y ya casi eran amigos. Se escuchaban risas aunque los bomberos dispusieron de una gran tela para recibir el chaval por si las cosas salían mal.

-Mis padres murieron en una redada. Solían lavar dinero. Lo único que tengo en mi mente son los sonidos de las balas y el olor de la sangre.

-Lo siento mucho.

-No te preocupes. Ellos fueron los que decidieron su destino aunque fueron unos ilusos al pensar que quizás se saldrían con la suya, ¿no crees?

El tono sarcástico le valió al policía entender que ciertamente el chico estaba pasando por un momento muy difícil. Años de carrera no fueron suficientes para decir las palabras correctas. Simplemente no las había.

-Estoy cansado de eso. Me duelen las piernas, tengo hambre y quiero dormir.

-Aquí hay cerca un lugar que preparan unas hamburguesas deliciosas y si

eso no te llama la atención, pues el café también es estupendo. ¿Qué dices? Yo pago.

Le vio el brillo de esperanza en sus ojos y le esquivó la mirada. Volvió a concentrarse en el horizonte. Tiró la colilla por los aires y el destello de naranja dibujó un patrón casi dulce en el aire.

-Lo siento.

-NOOOOOOOO.

Cerró los ojos. Sintió su cuerpo más pesado y más rápido. Ese micro instante se sintió fascinado por la gravedad y esas clases de física las cuales no les prestó atención. Fue como imaginó.

Max quedó inconsciente antes de rebotar contra la gran tela gruesa que los esperaba. Los bomberos, cerca de una veintena, lo dejaron despacio en el suelo y luego lo tomaron para llevarlo en una camilla. Tenía síntomas de shock. Lo último que recordó fue el sonido de las sirenas.

El chico pasó varios días en el hospital. Aunque no sufrió ningún golpe o herida, no había despertado desde el momento en que ingresó.

Despertó un día con el cuerpo cansado y la mente en blanco. La idea del suicidio ya no le bailaba entre las neuronas. Comenzó a desconectarse los tubos y agujas hasta que sintió que alguien se le acercó.

Otro chaval más o menos de su edad. Tan alto como él pero más fornido. Rubio y con los ojos grises más tristes que jamás había visto.

-Me llamo Joe.

-¿Qué quieres?

-Que vengas conmigo.

Max no tenía qué perder. No tenía familia ni amigos, así que todo le daba igual. Removió la última aguja del brazo y buscó su ropa que se encontraba en un casillero. Los dos no decían palabra, era como si más bien se comunicaran de otra manera. Salieron juntos de la sala sin que algún alma lo notara.

Desde ese día, Max se convirtió en un recluta más de una organización criminal por un gesto de solidaridad hacia un chico atormentado. El jefe de ese grupo, era uno de los espectadores que se encontraban el día con él tanteaba con la idea de acabar con su vida.

Pensó que le faltaba más bien enfocar la mente y que un trabajo era la mejor opción. Por eso, envió a Joe para invitarlo a formar parte de la organización. Esperó ansiosamente hasta que el chico pudiera recuperarse.

Al asomarse ese recuerdo, Max ríe para sí mismo. Su imagen de chaval flacucho flaco y alto, con ojeras y desesperanzado le hizo pensar en lo mucho

que había cambiado. Se levantó de la silla para servirse un trago. Aunque el cielo de la noche se veía despejado, deseaba quedarse en ese lugar cálido por un rato más.

Max ya no tenía la expresión de miedo o cansancio que alguna vez tuvo. Su cuerpo también dio muestras de cambio. Ahora era mucho más alto, de contextura fuerte, el cabello largo hasta las clavículas, la barba de tres días y los ojos azules con aire ausente.

Los años le quebraron la inocencia y le forjaron el carácter. Se volvió más distante pero también más eficaz a la hora de hacer su trabajo. Así fue que se convirtió en el sicario más letal de la organización. Incluso, llegaron a describirlo de “pura voluntad y concentración”. Por lo que no era buena idea cruzarse en su camino. Gracias a su temperamento frío y controlado, era capaz de manejar cualquier inconveniente e imprevisto.

Caso contrario a Joe. De hecho, él se volvió volátil, mujeriego y predecible. Dos puntos débiles que le jugaban en contra en cualquier situación. Por suerte, la amistad con Max le ayudó a centrarse más en las misiones que le correspondían.

A pesar de ser dos personas opuestas y con pasados tan diferentes, habían encontrado la forma de ayudarse y apoyarse mutuamente.

II

Max era prácticamente una especie de sombra. No tenía identificación alguna más allá que su nombre y sus gustos eran más bien reservados. Le gustaba hacer paseos en motocicleta y solía estacionar en una colina para fumar un pitillo y bajar hasta su apartamento. No le gustaba beber ni enredarse sentimentalmente. Su poca capacidad emocional no le daba lo suficiente como para hacerlo. Sin embargo, él tenía un detalle mucho más oculto que lo demás.

Descubrió que era Dominante un día que tuvo un encuentro sexual con una de las chicas que frecuentaba el grupo. Ella no paraba de mirarlo y él no sabía cómo responder ante las insinuaciones. Aún era un chaval que no sabía muy bien qué hacer con su vida.

Mientras todos estaban sentados jugando póker, Max salió a fumar para despejarse la mente. Estaba inmerso en la nada cuando sintió la mano cálida de una rubia tan alta como él. Tenía puesto un muy seductor vestido rojo que cubría parte de sus muslos a duras penas. Un escote profundo que dejaba ver sus grandes y redondos senos y una sonrisa que lo aplastó en un primer momento.

-¿Por qué tan solo?

-Me gusta estarlo.

-¿De verdad?

-Sí. A veces es bueno estarlo.

-Tienes razón, allá hay mucho escándalo y apenas podía tolerar el ruido.

Max comenzó a sentirse nervioso, por lo general no tenía una conversación muy extensa con nadie y menos con una mujer. Ella, sin embargo, siguió interesada en él a pesar de la actitud fría y distante.

Dio un paso hacia adelante y él percibió el aroma de su cabello y cuello. Era frutal y cítrico. De cerca pudo observar el color de los ojos así como la forma de sus labios. Se veía dulce y también muy sensual.

-¿Por qué no me invitas un trago?

-V-vale. ¿Qué te apetece?

-Esto...

Con sus finos dedos, rozó la mano de Max la cual sostenía una botella de cerveza. Cedió y la observó cómo bebió. Quedó atontado con la gracia con que lo hizo.

-¿Vives aquí?

-Oh no. A unas cuantas calles de aquí.

-¿Por qué no vamos a tu sitio? Podríamos estar un poco más tranquilos, ¿no crees?

Después de tomar un gran trago de cerveza, asintió.

Los dos entraron a la sala. El olor a habanos, licor y perfume barato hicieron que el ambiente se volviera denso y hasta difícil de respirar. Las miradas de los asistentes quedaron fijos en el chaval tímido y la mujer que iba con él. Rieron un poco. En ese instante, Max sintió la urgencia de enterrar la cabeza en el suelo.

-Mucha suerte, tío, porque esta mujer acabará contigo.

Ella, de pie junto él, le tomó la mano y le hizo un guiño. Por un momento tuvo una expresión de disgusto que supo disimular muy bien.

Salieron entonces y el frío se sintió casi de inmediato. La mujer tomó su abrigo y él se colocó la chaqueta de cuero. Avanzó unos cuantos pasos y ella lo observó desde lejos. Sí, era tímido pero vaya que era atractivo, aunque quizás no estaba muy consciente de ello.

El sonido de los motes de la moto, la emocionaron e inmediatamente rodeó su torso con sus finos brazos. Max se sintió como el hombre más poderoso del mundo.

No pasó mucho rato hasta que llegaron a la casa de este. Se trataba más bien de un pequeño edificio con seis pisos. Aparcó al frente y ayudó a su acompañante a bajar. Al darse cuenta que no sabía su nombre, tomó un poco de valor para preguntarle.

-Sé que eso sonará un poco tonto pero no sé cómo te llamas.

Ella sonrió y lo miró fijamente.

-Como das buena vibra te diré mi verdadero nombre pero eso sí, que quede entre los dos, ¿vale?

-Vale.

-Laura. Soy Laura.

A pesar de quedarse en silencio, no se sintieron incómodos.

-Venga que está haciendo frío.

Laura miró de reojo a Max. No le pareció bruto ni tosco como los demás. De hecho, percibió nobleza y sinceridad de su parte. No obstante, tenía que guardar cierta distancia porque así son los chicos de la mafia.

La entrada era limpia y ordenada. No había lujos pero eso era un mínimo detalle. Estaba allí para tener un poco de sexo y listo.

Max, mientras tanto, se sintió más ansioso que nunca. Sus experiencias pasadas le resultaron frustrantes básicamente porque no se sentía

completamente cómodo. Algo dentro de él le pedía tener el control de la situación, algo que le hacía pensar en la urgencia del poder. Pero ese concepto abstracto no se terminaba de aclarar por lo que trató en lo posible de evitar cualquier tipo de relaciones. Esta, sin embargo, era una clara excepción.

Después que las puertas de los elevadores se abrieran, él avanzó por un pasillo con luz tenue. Laura estaba un poco asustada a pesar de ser una mujer que había experimentado cualquier tipo de situaciones. Se relajó un poco cuando lo vio sonreír.

Luego de hacerle un truco a la cerradura oxidada, Max abrió la puerta. Su piso era mínimo y oscuro. Además, tenía una decoración bastante frugal. Un sofá y un sillón de cuero gastado, una lámpara alta y un triste afiche de The Doors que más bien parecía tapar algún desperfecto de la pared. Sin embargo, todo se veía ordenado. No había ropa ni basura.

-¿Quieres algo de beber?

-Sólo agua, por favor.

La cocina era abierta y con un aspecto un poco más moderno. Laura aprovechó los minutos a solas para pasearse un poco por el lugar. Le pareció graciosa la ausencia de decoración pero encontró la razón por la cual él se decidió por un lugar como ese. Había una serie de ventanales cuya vista daba hacia una colina y, desde allí, era posible ver gran parte de la ciudad.

Ella se acercó un poco y pudo ver las minúsculas luces que brillaban. Estaba encantada. De repente, sintió la presencia de él detrás.

-Aquí tienes.

-Gracias.

Tomó el vaso de manera tal que quedaron de frente. Laura bebió sin dejar de verlo. Sus ojos eran penetrantes aunque aquello no intimidaba a Max. Más bien le hacía sentir que estaba muy cerca de dejar libre ese animal que vivía dentro de él.

Se acercó a ella con actitud segura, apartó el vaso de su mano y fijó la mirada en sus labios carnosos. Finalmente, la besó y ella internamente agradeció que finalmente se rompiera la tensión.

Laura rodeó el cuello y parte de los hombros de Max. Él tomó su cintura llevándola hacia su cuerpo. Sintió el calor y la suavidad de sus pechos.

El beso se volvió más intenso y fuerte por lo que se detuvo un momento, sostuvo su mano y la llevó hacia la habitación. Laura lo siguió y se encontró con un espacio grande y con una cama que se veía cómoda.

-Antes, debo decirte algo.

La expresión de miedo y sorpresa le hicieron acotar rápidamente lo que quería terminar de decir.

-Me gusta tener el control aunque, si te soy sincero, no lo he hecho como tal aunque siento que estaría siendo franco contigo si oculto algo así. No puedo más... Sin embargo, entenderé si esto es extraño para ti. También lo sería para mí.

Laura siguió observándolo y luego asintió.

-Claro que entiendo. Entonces, haz conmigo lo que quieras.

-¿Estás hablando en serio?

-Claro que sí.

Se sintió emocionado pero también desconcertado. Tenía una oportunidad de oro pero no sabía por dónde empezar.

Como si estuviera leyendo su mente, Laura lo besó para que él se dejara llevar y así pudieran continuar con lo que hacían en la sala.

En efecto, Max experimentó una especie de calor que parecía nacer en el centro de su cuerpo. La tomó entre sus brazos con una fuerza impresionante. Tanta que hasta ella pareció impresionada pero recordó las palabras que le había dicho. Ahora sólo quedaba entregarse a él por entero.

Llevó sus manos hasta sus nalgas apretándolas con intensidad. Su lengua fue dentro de su boca y, de vez en cuando, sus dientes mordían sus labios. La tocaba y manoseaba a su antojo por lo que comenzó a sentir confianza de verdad. Aquella timidez quedó borrada de la faz de la tierra y la evidencia era esa especie de fuerza que emanaba de sus ojos azules.

Laura no supo en qué momento él le quitó el vestido pero si sintió cómo su cuerpo era guiado hasta la superficie mullida de la cama. Sus pechos quedaron liberados de la prisión de la ropa y su entrepierna, cubierta por el encaje de los calzones, desapareció apenas sintió los dedos de Max que lo buscaban para quitarlos del camino. Rió un poco. El chaval encorvado se había transformado en una especie de bestia.

Él, sumido en su nueva identidad, tomó las muñecas de la chica para colocarlas sobre su cabeza. Volvió a besarla y pensó que sería buena idea estimularle el clítoris. Quería ver qué tanto podía resistir aquello.

Primero lo hizo suavemente y sintió cómo el cuerpo de ella se retorció un poco. Los gemidos trataban de escapar de su boca. La firmeza que ejercían sus extremidades lo acercaron a lo que siempre quiso.

Eso, sin embargo, fue el principio. Max se alzó sobre la cama y le hizo un gesto a ella para que lo siguiera.

-Arrodíllate.

El tono de voz que empleó para decirle esas palabras la desconcertó un poco, pero también la excitaron. Hizo lo propio y esperó a lo próximo que haría él.

De pie, Max se quitó la chupa y la franela que tenía. Dejó al descubierto la definición de los abdominales y los músculos, lo que dejó en evidencia que era alguien que se preocupaba por su salud.

Bajó el cierre y desabrochó lentamente el botón de su pantalón, para luego apartar la prenda con los pies. Quedó completamente desnudo frente a ella.

Laura pudo ver el tamaño y el grosor del pene de Max. Se veía simplemente exquisito. Aquellas venas, el color bronceado de la piel que lo hacía ver como un dios. Estaba impresionada de lo hermoso que era.

Él se echó el cabello hacia atrás y llevó la mirada hacia ella.

-Chúpalo.

Apenas terminó de escuchar estas palabras cuando abrió para dejar salir la lengua y comenzar a lamer el pene de él. Primero el glande y luego descender por el resto del cuerpo. Lo hacía lentamente porque le gustaba y porque quería saber si ese era el ritmo que él deseaba.

Max hizo unos cuantos gruñidos. Con una de sus manos, tomó la cabeza de Laura para hacerla tragar más. Ella se apoyó entonces de las piernas fuertes de él. Sí. Lo tenía más dentro de su boca que incluso llegó a sentirlo hasta la garganta. Iba hacia adelante y hacia atrás. Lento y rápido. Los movimientos le hicieron sentir más y más desesperado por penetrarla.

Hubo un momento en el que escuchó cómo ella se atragantaba con su pene y decidió sacarlo de entre sus labios. Observó los deliciosos hilos de saliva que caían sobre sus rodillas y parte de sus pechos.

Sus pechos, grandes redondos, con los pezones rosáceos y erectos. Se tambaleaban con ese mismo movimiento de cuerpo y cabeza de ella. Ese mismo que también lo tenía hipnotizado. La hizo levantarse para volver a dejarla sobre la cama. Fue hacia a ella como un animal con ansias de devorar su presa.

Su boca y sus manos fueron directamente sus pechos. Los tomó con fuerza mientras los lamía y los mordía. Laura, mientras, parecía perderse en ese trance de puro placer. Acariciaba el cabello de ese semental.

Siguió haciéndolo hasta que no pudo más, volvió a alzarse pero esta vez con la intención de follarla. Tomó un par de dedos y los introdujo en el interior de su coño húmedo. Masturbó un poco hasta que tomó parte de esos flujos

para mojar el glande que ya estaba a punto de explorar. Le sonrió y la penetró haciéndola gritar.

Las manos de Laura se aferraron a las sábanas, tanto que sintió por un momento que sus uñas reventarían. El sentir la carne de Max dentro de ella fue una sensación fuera de este mundo. Empujó su pene de manera decidida hasta que finalmente lo hizo por completo. Permaneció un rato allí y luego comenzó a moverse con intensidad.

Ella mantuvo los ojos cerrados y la boca abierta porque tenía unos cuantos gemidos que no podían salir debido a lo que estaba sintiendo. Era mucho más de lo que pudo imaginar alguna vez.

Esto, además, le sirvió de oportunidad para que él pudiera tomarle el cuello y apretarlo un poco. Por un momento dudó de esta estrategia pero era demasiado tarde para echarse para atrás. Estaba demasiado excitado y demasiado poseído por ese espíritu insaciable de poder y control.

Sonrió para sus adentros cuando notó el entusiasmo de su compañera y cuando, además, volvió a moverla como si nada para que esta quedara en cuatro.

Observó sus nalgas por un momento. Redondas y firmes, como una fruta jugosa. Tampoco pudo resistirse ante esta imagen y le propinó unas cuantas nalgadas. Su intención, al principio fue el hacerlas con suavidad pero no pudo. Fueron fuertes e intensas... Y deliciosas.

No pasó mucho tiempo después para que volviera a penetrarla. Se sostuvo de sus caderas y las embestidas fueron más rudas que al principio. Sin embargo, en un momento en el que quiso ir un poco más allá, comenzó a masturbarla al mismo tiempo que la follaba. Laura sintió que todo se volvió oscuridad para dejarse vencer por un intenso orgasmo.

Max se sintió sorprendido pero no pudo concentrarse demasiado en esto porque explotó sobre la espalda suave y blanca de Laura. Fue tan increíble que perdió las fuerzas de sus piernas y cayó sobre ella. Ambos, en ese momento, comenzaron a reírse como si fueran unos niños.

Minutos más tarde, luego de limpiarse un poco. Ella se quedó rendida junto a él y Max consideró la idea de encontrarle una definición a lo que acababa de experimentar.

III

Laura y Max estuvieron juntos en secreto por un tiempo. De hecho, los dos desarrollaron una relación Dominante /sumisa a raíz de las investigaciones de Max. Él, además, sintió un enorme alivio al darse cuenta que había una definición a algo que siempre vivió dentro de su cuerpo y mente.

Aunque los experimentos que hacían los dos los hicieron experimentar sensaciones en todos los niveles, tuvieron que terminar la relación. Laura quería un compromiso serio y dejar de jugar a las escondidas. Max, por otro lado, estaba concentrado en seguir escalando en la organización para ganar más poder y dinero. Era obvio que los dos estaban en direcciones opuestas.

A pesar de la sensación amarga de la separación, Max logró recuperarse con rapidez. Incluso no pensó más en mujeres porque representaban un problema para él. Sin embargo, nunca imaginó lo que le sucedería.

Él y Joe formaron parte de un grupo que estaba organizando el robo a uno de los bancos más importantes del país. A pesar de las protestas y argumentos de Max en contra de la idea, la operación siguió su rumbo.

Joe estaba flipando con lo que haría con el dinero, incluso ya fantaseaba con la idea de ir de vacaciones a una isla del Caribe y comer langostas con champaña.

-Sí, tío. Lo tengo todo aquí, planificado. Después tomaré unas merecidas vacaciones con Sara.

Max nunca escuchó el nombre hasta ese momento.

-¿Sara? ¿La nueva conquista del mes?

-Venga ya, tío. Esto es diferente. Verás, Sara es una tía inteligente y hermosísima. A veces me pregunto cómo hice para estar con una mujer así... Aunque le falta poco para la mayoría de edad.

El resoplido de Max hizo que Joe se enojara un poco.

-Le falta poco, eh. Tampoco es para exagerar. Además, la ves y nunca se te cruzaría por la mente que es...

-... Una adolescente- Se animó a responder con desdén.

-Vale. ¿Qué tal si te la presento un día de estos? Es más, mañana en la noche los chicos se reunirán a jugar póker. ¿Por qué no vas y así la conoces de una vez?

-Ya veremos...

Taciturno como siempre, Max dejó de hablar del tema porque le pareció aburrido. No pudo creer que su amigo se metiera en camisa de once varas por

una chiquilla. Por más que pensaba en el asunto, más le indignaba. Por lo tanto, pensó que lo más sano sería dejarlo hasta allí y concentrarse en los puntos débiles de la operación que se haría en los próximos días.

Las insistencias de Joe y las de otros de sus compañeros fueron demasiadas para la poca paciencia de Max. No opuso más resistencia por lo que se encontró un viernes en la noche preparándose para esas tediosas reuniones de juego.

Un par de jeans oscuros, una camiseta negra y la chupa de cuero del mismo color. Ese era su uniforme que de hecho variaba muy poco por cuestiones de practicidad y comodidad.

Tomó las llaves del piso, no el mismo en que llevó a Laura la primera vez, y salió con tranquilidad puesto que no había necesidad de apuro.

Encendió la motocicleta y dio un par de vueltas como para hacerse la idea de que tendría que tener contacto social. Aunque eso lo hacía sentir un poco incómodo, no estaba mal que de vez en cuando hablara con la gente.

El centro de reuniones era un bar irlandés en el centro de la ciudad. El grupo lo reservó para que sólo los miembros pudieran asistir. Max aparcó un poco lejos de la entrada porque todo estaba repleto.

Caminó entonces, tocó la puerta y enseguida escuchó el sonido de las carcajadas y de los vasos y botellas sonando entre sí.

-¡Eh, tío! Finalmente has venido, eh.

Estrechó unas cuantas manos, conversó ligeramente en un par de grupos y luego se sentó en el bar. Para ser sincero, estaba bastante impresionado con el lugar porque no parecía un basurero sino más bien lucía como un sitio agradable y perfecto para pasar el rato.

Justo en el momento en el que iba a tomar la cerveza fría, sintió la mano pesada de Joe sobre su hombro.

-No puedo que estés aquí. Esto es como un milagro, eh.

Max quiso saludar hasta que le golpeó la imagen de una chica que estaba junto a Joe. Era alta, blanca, de ojos negros almendrados y el cabello muy corto pero con el flequillo que tapaba la frente. Tenía un vestido negro y tacones los cuales le hacían ver aún más alta. Ella permaneció detrás de Joe con la expresión tranquila.

-Ella es Sara, mi novia. Recuerdas que te hablé de ella, ¿verdad?

La mano de Sara se encontró con la de Max. Ambos se miraron fijamente como si todo los demás hubiera desaparecido de la tierra.

-Mucho gusto, Max.

-El placer es mío.

Tenía la voz un poco grave y segura. Le pareció extraño que una chica de su edad no se sintiera intimidada al verse rodeada de tipos rudos pero ya después haría tiempo para investigar más al respecto.

-Mi amor, espérame en la mesa de allá, ¿sí? Tengo que hablar un momento con Max.

-Vale.

Dirigió una última mirada Max y caminó hacia el sitio sugerido.

-Venga, ¿qué te parece?

Él tuvo que hacer un esfuerzo para no desbocarse. Era obvio que la encontró atractiva. Bien, más que atractiva. Ciertamente tenía la apariencia de alguien mayor pero no lo era. Para peor, estaba con su amigo así que tuvo que reprimir cualquier instinto que lo delatara.

-Tenías razón. Es muy mona.

-Te lo dije, eh. Es una belleza.

-Ya lo creo. Cuéntame algo, ¿cómo la conociste?

-Es hija de uno de los proveedores del grupo. La vi un día cuando hacíamos negocios con el padre. Me dejó boquiabierto.

-No lo dudo. ¿Él sabe lo de ustedes?

-Por supuesto que no. Me mataría. Aunque, siendo sincero, no me importa. Es una mujer increíble.

-¿De verdad piensas eso?

-Sí. ¿Sabes? Sé que es muy pronto para decirlo pero así es, así lo siento. Es como si ella me hiciera mejor persona. —Quedó un momento en silencio hasta que continuó— De hecho, pienso retirarme después de lo del banco. Así tendré dinero suficiente para que los dos nos vayamos de aquí.

-Pe-pero si es una menor, Joe. Piensa un poco, hombre.

-Eso lo tengo cubierto, tío. No soy tan tonto.

Le hizo un guiño y trató de tranquilizarse por su amigo. Sin embargo, tenía la sensación de que las cosas no saldrían bien.

La noche transcurrió entre cartas, pool, cervezas y pitillos. Entre toda la bruma del lugar, los ojos de Max y Sara se buscaban y se encontraban. Cualquier oportunidad era ideal para hacerlo.

-Me voy. Gracias, muchachos. Ha sido una noche estupenda pero estoy molido. Además, tenemos que prepararnos para el gran evento.

Todos alzaron botellas y vasos como señal de brindis y que habían entendido la señal de que era mejor el vicio para otra ocasión. Antes de salir,

dio un último vistazo al local. Encontró a su amigo hablando dulcemente con la chica. Esta, le hizo una rápida mirada como queriéndole decir algo más.

IV

Sonó la alarma.

Las 6 de la mañana.

Todavía estaba oscuro cuando Max se despertó. Apagó el reloj y quedó tendido sobre la cama. Miró el techo alto y en ese instante se agudizó el miedo que hacía días estaba sintiendo.

-Tonterías.

Entonces se levantó para tomar un baño.

El piso de otros años no se podía comparar con este. Era un lugar más espacioso y moderno. Incluso, la decoración podía haber impresionado a cualquiera. Ya no había un afiche viejo de The Doors colocado para tapar la filtración, ese problema era inexistente. Ahora las paredes tenían arte abstracto más por una cuestión de adorno que por gusto propio.

Entró al baño y se miró en el espejo. Notó una arruga en el entrecejo. Sin duda era una mala señal.

Siguió examinándose y notó que en los nudillos aún debía retocarse la tinta de las letras tatuadas allí. Lo hizo en forma para intimidar a quien se atreviera ponerse en su camino.

Buscó el iPod y puso Infected Mushroom. Esa música, por extraño que fuera, lo relajaba y lo ayudaba a concentrarse.

Luego de una ducha reparadora, salió con la expresión de concentración. Tenía que tenerla puesta que el día que tenía por delante era un poco fuerte.

Al terminar de secarse, fue al clóset a sacar la ropa. Jeans, jersey y botas negras. En un bolso que tenía aparte, metió un pasamontañas del mismo color, otra muda de ropa y la Glock 17. Su arma favorita.

Se miró en el espejo y se dijo:

-Nos vemos.

Antes, tomó el móvil y verificó si Joe le había escrito. Nada.

Lograron reunirse en un café frente al banco. Después de varias discusiones, se concluyó que cinco personas eran más que suficiente para la operación. Joe sería el líder así que estaba haciendo toda la logística al respecto.

-Te quiero en la retaguardia, Max. Eres el más habilidoso con las armas.

-Joe, sin muertos. No nos compliquemos más.

-Vale.

-Sin muertos.

-¡Joder! Que sí.

Joe parecía notablemente de mal humor.

-Venga, mejor nos vamos. Tenemos que hacerlo rápido y contundente, ¿entendido?

Todos asintieron y se levantaron tomando sus cosas. Max esperó un momento para hablar a solas con él.

-Tengo un mal presentimiento. ¿Por qué no olvidamos esto? No lo necesitamos.

-Max, yo sí. Ya te dije para qué.

-Por favor, Joe. No exageres.

-Tengo deudas, ¿vale? Y las tengo que pagar rápido. Esto me ayudará.

-¿Por qué no me dijiste antes?

-Porque no quise preocuparte. Lo puedo resolver solo... Eh, es en serio.

Max sacudió la cabeza y quiso adelantarse a él pero Joe lo tomó con fuerza.

-Si pasa algo, cualquier cosa, cuida a Sara.

-¿Pero qué coño hablas?

-Hazlo. Promételo.

-Joder, sí.

-Confío en ti. Sabes que eres como un hermano para mí.

Esas palabras cayeron en él como un peso sobre el pecho. Se abrazaron y cruzaron la calle juntos. El show estaba por comenzar.

El cartel de cerrado cambió por el de abierto así que sería cuestión de tiempo para que llegasen los clientes. Se trató de un día cualquiera cuando un ruido potente seguido de una espesa cortina de humo, dio espacio para que se manifestara una voz de mando ordenando a los presentes a echarse al suelo y que guardaran la calma.

Una de las mujeres encargadas de la taquilla pareció quedarse congelada hasta que empezó a gritar por su vida.

-CÁLLATE, ESTÚPIDA Y ÉCHATE AL SUELO. VENGA, VENGA YA.

Los ojos llorosos de la mujer y el temblor de sus manos dejaban ver el pánico que sentía en ese momento. Aun así, no se movió permaneció de pie.

Joe volvió a gritarse hasta que sintió que no pudo más, sacó una pistola y le apuntó al corazón.

-SI NO LO HACES TE MATO, ¿ENTENDISTE? ÉCHATE.

Max, en vista de la situación, corrió para mediar el asunto pero fue muy tarde. Se escucharon dos balazos y el cuerpo de la mujer cayó pesadamente al

suelo haciendo que el resto comenzara a gritar.

-¿PERO QUÉ COÑO HAS HECHO, TÍO?

Joe pareció fuera de sí mismo. Tardó unos segundos en reaccionar y se acercó a su amigo.

-He hecho lo que debía hacerse. Esta golfa me estaba reventando los huevos.

El ambiente se volvió pesado pero el plan estaba en marcha. No había tiempo que perder.

-¿EN DONDE ESTÁ EL GERENTE? VENGA.

Alzó la mano un hombre robusto y muy colorado.

-Llévame a la bóveda o te vuelo los sesos como a tu amiguita. RÁPIDO.

Max seguía vigilante aunque sabía que la policía no tardaría en llegar.

-RÁPIDO.

Su amigo no escuchaba.

Al estar frente a la bóveda, Joe esperó ansiosamente a que la abrieran.

-A DARLE CAÑA, EH.

El pobre hombre nervioso pudo hacerlo y el suspiro de alivio hizo que el alma le regresara al cuerpo... Pero a Joe no. Joe estaba particularmente alterado y Max no sabía qué hacer. En comparación con otros días, ese carácter volátil parecía a punto de ebullición.

Le dio un empujón tan fuerte el pobre empleado que este cayó en el suelo aturdido. Ya adentro, hizo un silbido para llamar al resto del grupo.

-Joder, tío, esto está lleno.

-Apúrense que no tenemos tiempo, la poli está en camino. –La voz calmada de Max tenía un dejo de desesperación.

Grandes sacos de tela negra comenzaron a llenarse con pacas de dinero. La velocidad de los brazos y manos del grupo era como ver un baile en perfecta sincronía. Todos, sin embargo, estaban concentrados menos Max quien vigilaba la llegada de las autoridades.

Ese presentimiento, ese frío de desconfianza se hizo realidad cuando observó el destello de la sirena de una de las patrullas. En ese instante, su mente comenzó a maquinarse el plan de escape.

Los ojos se movían con rapidez con el objetivo de detectar las salidas y pasillos que tanto memorizó antes de ese día. Quizás fue el único en hacerlo cosa que tampoco ayudaba mucho en un instante como ese.

-HEY. Basta, mejor síngame que hay una salida lateral y nos dará tiempo para escapar. Venga.

Todos salieron según las instrucciones de Max menos Joe. Hizo caso omiso y siguió moviendo sus brazos con violencia.

-Vamos, tío. Ya está. Ya tenemos suficiente...

Un fuerte ruido seguido por gas pimienta hizo que los dos cayeran al suelo. Max dejó el arma y se concentró en buscar a su amigo.

-VETE, VETE YA. PROMETE QUE LA CUIDARÁS. HAZLO. ARRRGH.

Una especie de mancha gris emergió del humo para tomar el cuerpo de Joe quien parecía haber perdido la consciencia. Max no dejó de ver a su amigo sobre el suelo de granito y, aunque tuvo el impulso de agarrarlo, sabía que no podría hacerlo.

Como pudo se incorporó y salió hacia la única salida disponible. Al encontrarse afuera, cayó al suelo haciendo arcadas gracias a los gases que había inhalado. De repente, alguien lo tomó y perdió el conocimiento.

Max despertó a los dos días. El abrir los ojos representó también el sentir dolor en el pecho y en las piernas. Escuchó pájaros y que quizás todo se trató de un sueño... Pero no fue así.

Trató de levantarse y sintió el pinchazo de una aguja en el brazo. Trató de enfocar hasta que alguien le habló.

-Quédate tranquilo. Aún te estás recuperando de todo el jaleo.

-¿Joe?

-Ya hablaremos de eso. Descansa.

Volvió a quedarse dormido.

Max fue el menos lesionado del grupo aunque tardó más tiempo en volver a la actividad. Esto se debió principalmente al hecho de que no pudo asimilar cómo su amigo y hermano estaba en la prisión.

Sus superiores, según, insistieron tanto como pudieron para absolverlo pero las evidencias fueron abrumadoras. No hubo un ápice de salvación.

Con esto se convirtió en uno de los líderes de la organización por lo que dividía su tiempo en mostrarse implacable mientras pensaba en Joe. ¿Qué podía hacer para ayudarlo? Nada se le ocurría.

De repente recordó la promesa que le hizo: el de cuidar a su novia. Aunque la verdad, no sentía mucha inclinación al respecto. Pero en vista de la situación, era una de las pocas que resultarían útiles.

Gracias a algunos contactos, no fue difícil encontrar la dirección de Sara. Sostuvo las instrucciones en su mano y se prometió a sí mismo que lo haría con premura.

Lo cierto es que pasaron varios meses más. El caso de Joe estaba

estancado y la organización pareció darle la espalda. Max, por su parte, decidió visitarlo para verlo y hablar con él.

La cárcel era como un recuerdo lejano para él. Tanto que en ese punto no sabía si se trataba de un momento de su vida que realmente había pasado o una ilusión de su mente. Prefería lo último.

Las rejas se abrieron delante de él y entró con expresión calmada. Durante los juicios recordó escuchar a los testigos hablar sobre un hombre que hizo el intento de calmar la situación pero que no pudo. Se referían a él.

Nadie pudo identificar al resto porque sus identidades estaban protegidas por capas de ropa y por un pasamontañas que habían comprado en una tienda de abarrotes. Le pareció irónico que un trozo de tela era lo que le ayudó a seguir siendo un hombre libre.

Aunque la policía celebró el hecho de capturar a Joe, sus intentos de hacerlo confesar sobre las actividades del grupo fueron inútiles. No hubo trato lo suficientemente atractivo como para hacerlo cambiar de opinión.

-Estúpido. –Se dijo para sus adentros.

Revisaron su ropa y le miraron con recelo los tatuajes de las manos. Él ignoró todo porque lo tomó como una actitud que debían tener los guardias. Siempre en estado de alerta.

Lo dejaron en una habitación con sillas y mesas casi vacía. Sólo estaba una mujer conversando con un tío. La habitación estaba vigilada por cámaras y por más guardias. Sintió que en cualquier momento sufriría de claustrofobia.

El sonido metálico de la puerta lo hizo reaccionar. Las rejas se abrieron y dejaron salir a Joe. Max se levantó con rapidez y sintió la frustración naciéndole en el estómago. Su amigo, su querido amigo, se veía más delgado y pálido. Aquella energía vivaz tan característica de él, abandonó su cuerpo y ahora parecía un zombi.

Trató de disimular y, al encontrarse, se dieron un fuerte y largo abrazo.

-Me hacía falta ver una cara amiga.

-Siento mucho no haber venido antes. Soy un gilipollas.

-Ja, ja, ja. Lo eres.

Le alegró escucharlo reír.

-¿Qué dicen los abogados?

-Que hacen lo que pueden. Ellos piensan que pueden apelar por un episodio de insanía. Eso no lo entiendo muy bien pero creo que lo menos mierda es que me ubicaron en una prisión de mediana seguridad.

-Meteré presión.

-No lo hagas. Podrías meterte en problemas.

-Maldita sea, Joe.

-Lo sé. Es mi culpa. Debí escucharte.

Se quedaron en silencio.

-Voy a salir. Lo sé.

Las falsas esperanzas de Joe le hicieron descomponerse aún más. Sabía que no sería así pero no tenía tripas para confrontar la mentira. En ese momento también quiso creerlo.

Hablaron muy poco porque el encontrarse representó el asumir la realidad que tenían frente a ellos. Volvieron a abrazarse y Max salió entre las rejas para encontrarse de nuevo en el dilema.

En la motocicleta, recordó las palabras de Joe antes de irse.

-Cuida a Sara. Es una chica inteligente que merece más que esto. Lo sé.

Sacó la billetera y extrajo el papel con la dirección de la chica. Ya no pudo dar más largas al asunto.

Luego de un par de horas, se encontró en una zona residencial muy agradable. Las calles estaban rodeadas de árboles y arbustos, aceras impolutas y niños corriendo de un lado para el otro. Fachada perfecta para uno de los colaboradores más poderosos de la mafia.

Max aparcó frente a una gran casa de color marfil. La entrada estaba enmarcada con un par de columnas simples y una fuente en el medio. Ese toque de extravagancia típico de los hombres con dinero.

Esperó un poco puesto que no le pareció prudente aparecerse y más cuando no tenía una excusa. En ese momento, vio abrirse la puerta. Se trató de Sara quien tenía una bolsa negra en su mano derecha.

Bajó los pocos escalones de cemento con actitud sombría hasta que se quedó paralizada al ver a Max.

-Hola, Sara.

La voz grave de él la hizo retroceder un poco.

-No vengo hacerte nada. Tranquila.

Su cuerpo se aflojó un poco.

Él la observó desde la motocicleta. Tenía pantalones negros ajustados y una camiseta del mismo color. Unas Converse bastante rotas y unos lentes de sol.

-Lo siento. Desde, bueno... Todos están un poco frenéticos. Apenas pude salir recientemente.

-Entiendo. Estamos pasando por lo mismo.

-¿Lo has visto?

Alzó el rostro y se quitó los lentes. La expresión de cansancio se notó aún más gracias a las ojeras que tenía.

-Sí. Hace poco.

-¿Cómo está?

-Ahí va.

-Siento que tengo la culpa de esto.

-No tiene nada que ver contigo, Sara.

Volvieron a quedarse en silencio.

-A veces tomamos decisiones sin saber realmente las consecuencias.

-Lo sé.

Claro que sabía. Sara era perfectamente consciente del entorno en donde se encontraba. Para ella nada era un misterio.

-He venido para saber cómo estás. Ten, aquí está mi número. Si necesitas algo, llámame o escíbeme. Trataré de ayudarte en lo que pueda.

-Gracias.

Se incorporó y encendió la motocicleta. Ella se echó para atrás. Se despidió con la mano y ya en el camino de regreso, supo que la atracción que sintió la primera vez que la vio, le causaría un conflicto más adelante.

V

Después de dejar la bolsa en el contenedor de reciclaje, Sara volvió a casa. A diferencia de otros días, su hogar siempre permanecía en silencio por el temor de que algo afectara la ingenua sensación de paz.

Aunque el robo fue una catástrofe, el padre de Sara, llamado “El Proveedor”, pensó que era mejor permanecer bajo perfil durante un tiempo. Ella, mientras, tuvo que lidiar la sorpresa del arresto de Joe.

Lo cierto es que el día anterior tuvo una pelea con él. Le dijo que la relación no tenía sentido, que él actuaba como un chiquillo y que estaba cansada de todo. Por supuesto, Joe no tardó en explotar como la bomba que era.

Pasó meses asumiendo la culpa de lo sucedido. Pasó el tiempo convenciéndose que pudo haber hecho la diferencia. Que pudo callarse pero no. Era necesario decirlo.

Se acostó en la cama también con otro pensamiento en la mente: Max. Al verlo sintió como si el suelo se moviera debajo de sus pies. Inmediatamente recordó la primera vez que lo vio. Esa actitud tranquila, fría, sin que existiese algo que lo perturbara, le atrajo de inmediato.

Luego observó sus ojos azules. Al encontrarse, al mirarse, quiso perderse en él. Fue allí cuando supo que debía dejar de tontear con Joe. Y más cuando se enteró que él y Max eran amigos de la infancia. Debía hacer lo posible para alejarse de todo esa situación.

... Pero pasó lo del banco. La muerte. El robo. Estúpido, Joe.

Llevó sus manos a la cabeza. Se frotó el cabello corto con la esperanza que alguna idea se le manifestara milagrosamente. Escuchó entonces el sonido del papel entre sus dedos.

-El número de Max...

“Llámame”.

Claro que lo haría. Tomó el móvil y guardó el número inmediatamente. Caminó de un lado a otro en la habitación hasta que se animó a escribirle.

-¿Nos vemos más tarde?

Lo dejó sobre la cama con la esperanza en el alma.

-Sí. ¿En dónde?

Respondió él.

-Lo tengo... -Se dijo en un susurro.

VI

Max dejó el móvil en la mesa de la sala con decepción de su capacidad de respuesta. Pudo esperar un poco más o pudo decir simplemente que no. Pero qué va. Lo hizo casi inmediatamente. Lo peor, además, es que se trataba de la pareja de su mejor amigo.

Se levantó del sofá y se acercó hacia el ventanal. No tomaría demasiado tiempo, sería un encuentro fugaz. Nada del otro mundo. Así que sí, ya basta de invocar problemas en donde no los hay.

Volvió a la calle dirigiéndose a un café en donde concertaron el encuentro. Mantener la situación a escondidas podía traer consecuencias para ambos así que mientras más transparente fueran las cosas, mejor.

Llegó un poco más temprano y se sentó en una mesa un poco alejada del bullicio. Esto del ruido de verdad que lo sacaba de quicio. Cuando estuvo a punto de arrepentirse, escuchó la campanilla de la puerta. Era ella.

Tenía un vestido negro ajustado de algodón, unas botas planas de gamuza cuya caña le cubría parte del muslo. Se veía altiva, segura y seductora. Ya no tenía la espalda encorvada ni la actitud taciturna. Parecía otra persona.

-¡Hola! Lamento llegar tarde.

-Vale, no hay problema. A ver, ¿todo bien?

-Sí. Sólo quería salir de casa. No aguantaba el ambiente.

-Pareces estar animada.

El tono de reproche la enojó un poco.

-Estar encerrada más de seis meses e incomunicada son el epítome de la diversión. Cualquiera persona estaría encantada tener el miedo calado en los huesos, ¿cierto?

Sara era una chiquilla pero sabía cómo defenderse con todo. Después de la intensidad de su argumento, sintió el calor en las mejillas. Max se sintió culpable porque aún tenía la imagen malograda de su amigo en su mente.

-Lo siento. Creo que todos estamos un poco preocupados por todo.

Sara se quedó en silencio por un momento, hasta que alzó la mirada para verlo.

-Estaba alegre porque por un momento podía olvidarme lo que estaba pasando en casa.

-¿Has hablado con él?

-No.

-¿Por qué?

Sara no le quiso dar más vueltas al asunto así que confesó la pelea que tuvieron el día anterior del robo. De su boca salió la descripción de la escena, el conflicto y el dolor que sufrieron los dos.

-No sabía lo que iba a pasar después. Lo juro.

Max se quedó pensativo. Eso fue el detonante de aquella conducta errática y sin sentido. Suspiró entre molesto y decepcionado.

-Le dije que no anduviera contigo. Que eso lo afectaría y tenía razón.

Sara dio un resoplido.

-¿Me estás culpando? ¿En serio?

Se sintió herido por él y era obvio que trataba de defenderlo lo más que pudiera.

-Mejor me voy.

-Venga, venga. Lo siento, Sara. Soy un bruto para las relaciones.

-Ya me di cuenta.

Volvió a sentarse a regañadientes y con la mirada fija a la mesa de madera. El café quedó, con el paso de la discusión, quedó repleto de gente y de sonrisas, de celebraciones y de conversaciones alegres. Sólo dos personas estaban lamentando la suerte de estar allí.

Pasó un rato más hasta que volvieron a dirigirse la palabra. Aunque, a pesar de la tensión, de la dureza en el trato, la química que sentían era imposible de negar.

-¿Quiere tomar algo?

-Creo que necesito algo más fuerte. —Respondió ella con tono aliviado.

-Ven, aquí hay un bar que creo que te gustará.

Dejaron la mesa y caminaron unas cuantas calles hasta dar con una estrecha puerta. Al abrir, se encontraron con un gran espacio. La barra, por otro lado, era amplia y con una superficie suave. Se sentaron en un par de bancos y agradecieron el estar en un lugar menos ruidoso.

-Mucho mejor, eh.

-Sin duda.

Dos vasos de Bourbon y unos cuantos cubos de hielo. Suficientes para romper la tensión y volver a empezar.

-¿Tuviste problemas en llegar?

-Digamos que más o menos. Antes hubiera sido imposible. ¿Cómo están las cosas en el grupo?

-Iguales. Manteniendo el bajo perfil.

Continuó la conversación pero con un tono más relajado. Ya no hubo

necesidad de hacer comentarios fuertes ni cargados de sarcasmo. Tanto Max como Sara conversaban casi alegremente.

El alcohol fluyó unas cuantas horas más. La prudencia de él pudo más por lo que rechazó la seguidilla de vasos. Ella, por otro lado, tomó un poco más. Era obvio que había pasado demasiado tiempo sin saborear un poco de libertad.

-Creo que ya es hora de llevarte a casa.

-Tienes razón. Creo que estas horas fuera me ayudaron a recordar que todavía tengo algo de vida.

Él esbozó una sonrisa. Sara sintió que hizo un gran logro.

-No puedo creer lo que acabo de ver. El tío más serio que he conocido jamás sí puede sonreír. Qué bárbaro.

-Claro que puedo. No soy una máquina.

-Ja, ja, ja. Tuve mis dudas al respecto.

Max siempre estuvo preparado para las balas y la sangre, para las órdenes, los puños y el ruido de la sirena. Nació y creció en un entorno que le prometió dolor y pánico. Siempre estuvo preparado para ello pero no para un lado amable de la vida. Joe fue el primer vistazo pero ahora contempló un aspecto muy diferente y que no había visto antes: el de una sonrisa sincera y, de paso, hermosa.

Esta era muy diferente a la que vio la primera vez. Reflejó a una Sara hermosa pero también auténtica, sin el afán de abrirse paso sobre un montón de matones.

Tragó fuerte y peinó su cabello con la mano.

-¿Nos vamos?

-¡Vale!

Saltó del taburete y se incorporó ante él. Se miraron por un momento. Max tuvo la necesidad de besarla hasta que recordó el rostro de su amigo entre las rejas. Se echó para atrás.

Salieron del bar en silencio. Sara estaba un poco mareada pero lo suficientemente consciente de la situación. También lo estaba de la atracción que había entre los dos así que no quería esperar a que él se decidiera.

Se montaron en la motocicleta. Repartieron los cascos y emprendieron el camino hacia los suburbios.

A pocos metros, Max se aventuró en preguntar:

-¿Estás bien?

-Sí... Sólo que esto me pone casi eufórica. Nunca anduve en moto. ¡Esto

es genial!

Max volvió a reírse.

Finalmente llegaron a la entrada de la casa. La noche estaba tranquila y fresca.

Sara bajó con la alegría a flor de piel.

-Estuvo genial. Tienes que admitirlo.

Él se quitó el casco. En el proceso ella lo vio y se quedó concentrada en la forma en cómo lo hizo. En el cabello negro, en las manos gruesas y fuertes, en los ojos azules y en ese rostro enmarcado con esa mandíbula cuadrada. Ella estaba convencida de que lo haría y así fue.

Antes de responder el comentario, él sintió la suavidad de los labios de Sara sobre los suyos. Ella le tomó el rostro con ambas manos mientras que él no supo muy bien cómo reaccionar.

La fidelidad, la lealtad y la promesa que hizo se le mezclaron con el deseo de que ese momento no se acabara nunca. Fue en ese momento en donde sus manos, como teniendo voluntad, propia, fueron hacia su cintura.

Sus bocas se entremezclaron, se unieron, jugaron entre sí. Mordieron los labios y descubrieron que el chispazo que sintieron la primera vez era la premonición de que terminarían así... Aunque claro, esto era sólo el principio.

Max se detuvo. El sentimiento de culpa pudo más y alejó a Sara con un gesto rudo.

-Esto no está bien...

-Lo siento. Es mi culpa.

-No. Yo lo permití.

-Claro que no. Mejor me voy. Gracias por la velada.

Esperó a que entrara a la casa y cayó abatido sobre la motocicleta.

-Esto está mal.

Luego de tragar fuerte, encendió los motores y se fue a máxima velocidad. El viento frío le golpeó la cara desnuda y el pecho. Los ojos le dolían y la boca entreabierta exclamaba maldiciones a sí mismo.

Llegó a edificio en medio de los nervios y la ansiedad. Recordó el aroma de Sara, sus labios, la sonrisa, la cintura y esas piernas largas. Cada detalle alimentó aún más el deseo que sentía por ella.

Subió los escalones de la entrada con rapidez, sacó la tarjeta magnética para abrir las puertas y fue directamente a las puertas de los elevadores. Llevó sus manos a su cabeza hasta cubrirla por completo.

Sin embargo, la vergüenza que sintió quedó desplazada por la lujuria de

ese beso, de esas curvas, de esa mirada inocente y sexual. Así que pues que de repente sintió cómo su entrepierna se endureció.

Llegó al piso y sacó las llaves. El temblor de sus manos le impidió hacerlo como de costumbre.

-Joder. VENGA.

Abrió y dio un portazo. Caminó unos cuantos metros. Pensó en su amigo y en esa mujer que debía proteger. Le resultó cómico que después de hacer tanto reproches, fuera capaz de sentirse así por ella.

-No puedo. No puedo. Es mi amigo, por Dios.

¿Pero qué más daba? Estaba seguro que no lo soltarían, al menos no pronto. Esos pensamientos daban vueltas una y otra vez. Hasta que, finalmente, mandó al diablo todo lo demás.

Lo cierto era que estaba excitado. Mucho, la verdad. Sintió como esa fuerza animal salía de su cuerpo. Fue allí cuando comenzó a desvestirse con violencia. La ropa cayó en el suelo como si resultara una molestia. Entró en la habitación con la respiración agitada y con la mente repleta de Sara.

Se echó sobre la cama y notó lo duro que estaba su pene. Tan duro que estaba en un ángulo perfecto de 90°. Su lado animal pudo más que él y comenzó a masturbarse con fuerza.

Cerró los ojos para concentrarse en ella. En su perfume, en el andar, en la mirada lasciva que se entremezclaba con otras cosas que le resultaron igual de excitantes.

La vio con ese par de botas altas que se veían como una caricia a sus largas piernas. Imaginó que las tocaba lentamente para luego abrirlas de par en par. Sus manos irían hacia arriba para descubrir qué habría entre ellas. Al encontrarse con el lugar indicado, sus dedos rozaron su coño caliente. No tocarla sería un pecado.

Introdujo sus dedos y sintió el calor de sus carnes. Una sensación que fue más allá que cualquier fantasía que pudiera imaginar. Aquello era comparable con los gemidos que hacía. ¿Cómo sonarían? ¿Serían tan suaves como su voz? ¿O intensos? Podría pasar un buen rato imaginando cómo sería todo aquello.

Luego de tocarla hasta hallarse satisfecho, su fantasía fue un poco más allá. La vio acostada en su cama, con las piernas abiertas y con la expresión de urgencia. Esa urgencia que clamaba tenerlo dentro de ella.

Pero todavía no. Aún no. Primero tendría que torturarla un poco, así que lo haría con un fuste. La punta de cuero serviría para estimular su clítoris. Un primer impacto, corto, contundente. Luego otro. Y luego otro. A ese ritmo,

aumentó la intensidad hasta que la encontró con los ojos llorosos.

-Pero, pequeña, si aún no termino contigo.

Los azotes se reubicaron en sus muslos finos y delicados. Cada golpe le volvía la carne roja. El ardor la hizo sentir más excitada porque, por supuesto, a ella le gusta el dolor. Y más cuando se conjuga con el placer.

La volteó, la colocó en cuatro y vio la perfección de su trasero. No pudo evitar tocarlo y sentir la firmeza de los mismos. Acercó su boca y los besó dulcemente y hasta los mordió. Estaba en el cielo con aquella mujer.

Entonces recordó que su misión era disciplinarla, demostrarle quién era el que mandaba. Así que tomó de nuevo el fuste y le dio más azotes en el culo.

-¿Te gusta? Sí, sé que te gusta. A las ramera como tú les gusta esto.

Sonrió al verla agotada, al verla suplicante por él. En ese instante, soltó lo que tenía en la mano y tomó sus caderas para penetrarla desde atrás.

-Serás mía las veces que me dé la gana. Lo sabes, ¿verdad?

Introdujo su pene con una fuerza tal que la hizo gritar. Pero, claro, no le importó, así que no tardó en hacerle más embestidas intensas. Quería probar su aguante y el deseo. Era obvio que el de él iba más allá de lo pensado.

Continuó haciéndolo hasta que le despertaron las ganas de verle a los ojos. Lo sacó de ella y la colocó con la espalda apoyada sobre la cama.

Ese rostro hermoso tenía sudor y lágrimas. Las mejillas estaban encendidas por la excitación. La acarició suavemente y fue hacia ella. Los rostros de los dos estaban muy cerca y en ese momento la volvió a penetrar como el macho que era.

Primero suave y después más rápido. Más fuerte. Sus manos tomaron el cuello y el cabello, sus labios se juntaron con los de ella, sus ojos azules y los de Sara se fundieron en una sola mirada hasta que, por fin, se corrieron al mismo tiempo.

Max quedó sin respiración por unos segundos hasta que abrió los ojos. Sus manos y las sábanas estaban empapadas de sus líquidos. Le costó creer que había experimentado un orgasmo tan potente.

-Joder.

Su mano cayó cerca de su torso y respiró profundamente. Sabía que debía limpiarse pero no había prisa. Luego de unos minutos de letargo, se levantó con energía y buscó el cesto con las toallitas húmedas. Tomó unas cuantas más para limpiar sobre la cama. Al terminar, volvió a acostarse desnudo para mirar el techo y volver a pensar en Sara.

Recordó la noche que tuvo con ella. Discutieron al principio por lo que

nunca se imaginó que terminaría así. Sintió que se le diluía la amistad entre la lujuria que ella le hacía sentir.

Trató de despejar la mente y cerró los ojos.

-Luego me ocupo de esto.

VII

Pasaron los días y Sara no tenía noticias de Max. Cada vez que recordaba el beso que le dio se sintió como una chiquilla. Pasaba del arrepentimiento a la euforia cada tanto por lo que era difícil decir cómo se sentía.

Pero había algo cierto, estaba segura que ella quería estar con él. El sentir sus manos sobre su cintura, el calor de su aliento sobre ella, el destello de sus ojos azules, la suavidad de su lengua que jugaba sin miedo con la suya. Ese instante en el frío de la noche, supo que quería entregarse a sus brazos lo más pronto posible.

En ese tiempo, miraba el móvil sin parar. Lo tomaba, tecleaba algunas palabras y luego lo dejaba por ahí con el deseo de que se le hiciera algún milagro.

Un día se encontraba en la computadora, mirando videos de cualquier cosa cuando escuchó un pitido. Lo ignoró porque podría tratarse de su padre o de alguna actualización de las aplicaciones. Siguió el pitido hasta que lo encontró fastidioso. Tomó el aparato y cambió su expresión de fastidio a sorpresa.

“Hola, espero que estés bien. Me gustaría que nos viéramos pues para saber cómo andas y eso. ¿Qué dices”.

El corazón le latió con fuerza pero sus dedos se movieron con rapidez.

“Sí. Me encantaría. Dime en dónde nos encontramos”.

Esperó un rato hasta quedaron en encontrarse en el parque central de la ciudad. Lugar ideal para ella por si quería llegar en el subterráneo o por la línea de autobuses que pasaba cerca de casa.

Al acercarse la hora, se paró frente al clóset con el deseo de encontrar la ropa que fuera ideal para impresionarlo. Quería impresionarlo.

Sin embargo, sus planes de usar un vestido atrevido se fueron por la borda al darse cuenta del reporte del tiempo. Las temperaturas descenderían un poco más a pesar de que ya era primavera. Sin embargo, haría el mejor esfuerzo en vista de las circunstancias.

Tomó un par de jeans negros desgatados, las mismas botas altas y suéter tejido color crema con el hombro al descubierto. Arregló su cabello y se pintó los labios de rojo para mayor impacto. Se echó un último vistazo en el espejo y se encontró conforme con el aspecto.

Tomó el bolso y esperó a que el ánimo fuera tranquilo. Al salir de la habitación, su padre estaba en la sala viendo televisión con un vaso de whiskey en la mano. Tenía los ojos concentrados en la pantalla. Lo miró por un

rato hasta decidirse ir a la puerta. En ese instante tuvo el deseo de no volver jamás.

Efectivamente, hizo el frío que esperaba así trató de apretar el paso para llegar a la parada más cercana y así tomar el tren. Aunque era una chica acostumbrada a los lujos de todo tipo, estas situaciones no le resultaban intimidantes.

Sara tenía la cualidad de adaptarse cuando fuera necesario. Esto lo aprendió de la vida agitada que le tocó vivir. A pesar de los esfuerzos de sus padres por mantener el secreto de aquella doble vida, siempre supo a lo que él se dedicaba. Aun sí, guardó silencio para que la armonía familiar no se destruyera.

El día de la discusión, supo que Joe estaba involucrado en una serie de negocios complejos y sumamente peligrosos, más de lo que estaba. Así que tomó la decisión de dejar ese asunto a ese punto para protegerse a sí misma y los suyos. También se animó a pensar en elaborar un plan de escape al otro lado de la tierra... Pero no contó con un detalle, conocer a Max.

Vivir rodeada de chicos malos lujuriosos la convirtieron, de alguna manera, en una chica precoz. Se saltó años de juegos de muñecas y risas inocentes, para cambiarlas por la agudeza de alguien mayor. Esa misma que le permitió infiltrarse entre los círculos importantes de la mafia. Así le sirvió a los propósitos familiares.

Ahora con 18 años tenía un poder importante de decisión. Sin embargo la balanza estaba inclinándose a favor de Max.

Bajó para fundirse con el mar de gente que se dispuso a entrar a una de las estaciones del subterráneo. Como era fin de semana y el destino era un lugar bastante concurrido, tuvo que manejarse con flexibilidad entre los cuerpos.

Tiempo después, se encontró con la animosidad de la ciudad. Las luces brillantes, el tráfico, la gente caminando por las aceras. Aunque le gustaba la tranquilidad del suburbio, no podía esconder la fascinación por el ambiente urbano.

Caminó unas cuantas calles para encontrarse con el parque. Había un grupo de niños cantando, gente paseando a sus perros y algún instrumento musical que sonaba a lo lejos. El ambiente se sentía ligero, para variar.

Se sentó en un banco a esperarlo, por un lado quería que se tardara un poco para así prepararse un poco mejor pero de a ratos sentía la urgencia de verlo. En medio del dilema, una sombra se acercó por detrás.

-Hola. Disculpa la demora. Olvidé que estos días son una mierda para

encontrar un sitio para aparcar.

Se sobresaltó un poco hasta se rió por el nerviosismo. Él al verla así, sonrió un poco.

-Vale, ¿todo bien?

-Oh, sí, sí. Lo que pasa es que tenía la mente en otro lado y bueno, me sorprendí un poco. Ja, ja, ja.

-Vale. ¿Tienes hambre? ¿Se te apetece algo?

-Sí, ¿qué te parece si vamos a Moshi Moshi? Hay uno por aquí cerca.

-Vale, vamos.

Se levantó del banco con entusiasmo y también con la imagen de él sonriéndole. No sabía cómo era posible ser más guapo pero al parecer eso no era problema para Max.

Atravesaron el parque y tomaron un camino que los llevó hacia uno de los barrios más populares para comer. Aunque él no era muy amante de los espacios concurridos, curiosamente no se sentía incómodo.

-Este lugar lo descubrí cuando solía escaparme para aquí. A ver... A ver... ¡Ajá! Mira, es por aquí.

Las calles se volvieron estrechas y la velocidad en la que iba Sara le hizo sentir que estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad. De repente, se encontró de frente de un establecimiento sencillo y poco llamativo. Antes de entrar, vio una pareja muy amorosa salir y fue allí cuando se dio cuenta que la puerta era de madera y de paso, corrediza.

-Particular –Se dijo.

Sara logró adentrarse y apenas lo hizo, sonrió.

-Vaya, tenía tiempo sin venir para aquí. Se siente como regresar a casa.

El restaurante era bastante pequeño, de hecho sólo había espacio para tres mesas para dos personas y la pequeña cocina en donde se preparaban los platillos.

-Ven... Tenemos suerte esta noche, eh.

Escogió la mesa más apartada. Max respiró aliviado. Luego de quitarse los abrigos y acomodarse, él notó el hombro precioso que quedó descubierto por el suéter tejido. Ella interceptó el esto y él hizo el esfuerzo de parecer inocente de toda intención.

-Entonces, ¿así que antes has venido para aquí?

-Sí, sí. Antes solía escaparme mucho de casa y pasaba mucho tiempo deambulando por ahí. Encontré este lugar por casualidad. Recuerdo que nunca había probado nada similar y cuando vine todo me pareció delicioso. Mmm.

Déjame ver la carta.

Leyó interesada en lo que había en la lista. Max se contagió de su energía.

-¿Por qué no pides por ambos? Parece que conoces bastante bien el lugar así que depositaré mi confianza en tu buen gusto.

-¡Perfecto! Acepto el reto.

Se levantó de repente y fue hacia la barra para pedir la comida. Desde su puesto, Max tuvo tiempo para observar otras partes de su cuerpo. El brillo de la luz del techo incidía en el hombro, haciéndolo ver brillante y suave.

Su espalda dibujó una silueta delicada hasta terminar con sus nalgas que lucían apetecibles en esos jeans oscuros. Esa misma posición le hizo recordar la fantasía que tuvo la noche anterior, por lo que hizo el esfuerzo de controlar sus impulsos carnales.

-Había un montón de cosas que quería que probaras pero me he decidido por el Chanko Nabe.

-¿Qué es?

-La comida de los sumos. Es una especie de sopa que tiene hongos, bolas de pescado, fideos y más. Es deliciosa. Aunque te advierto, creo que nos sacarán rodando de aquí.

El caldo humeante descendió entre la mirada maravillada de los dos. Un plato de roles de atún y un par de pintas de cerveza.

-Esto se ve increíble.

-Espero que te guste.

Comenzaron a comer y Max entendió que tenía sentido pagar el precio de la multitud para comer aquellos platillos exquisitos. Por un momento pudo olvidar el remordimiento de consciencia y el hecho de ser un criminal. En ese momento era sólo un tío común y corriente que compartía la cena con buena compañía.

Luego de un rato de halagos a la comida, los dos se dejaron vencer sobre la silla con satisfacción.

-Nunca había comido algo así. De verdad, muchas gracias por esto.

-Me encanta que te haya gustado.

Esa Sara era muy diferente a la que conoció. Le pareció realmente dulce y mucho más madura para alguien de su edad.

-Creo que podría levantarme. ¿Nos vamos?

Se levantaron y decidieron caminar por ahí para quemar un poco las calorías que acaban de consumir.

-Me sorprende que una chica como tú haya estado por ahí sola.

-Bueno, era una forma de lidiar las cosas que pasaban en casa. Me funcionó.

-¿Y tus padres?

-Más preocupados por las apariencias que por otras cosas.

-Vale.

Estuvo tentado en preguntarle sobre Joe pero supo que sería poner el dedo en la llaga. Se quedó en silencio y terminaron por sentarse en una plaza.

-Creo que esta es la mejor cita que he tenido hasta ahora.

-¿Te parece que tuvimos una cita?

-Pues sí. Y la he disfrutado muchísimo.

Ella lo miró con esa expresión inocente y de mujer sensual que habitaba en su cuerpo. Dos cosas tan opuestas convivían dentro de ella en perfecta armonía.

Max entendió su mano y acarició su mentón suavemente. La miró un minuto más hasta que por fin se decidió besarla. Sus labios se juntaron como si conocieran de siempre, como si conocieran los movimientos que darían. Esa sensación de sincronización los hizo acercarse aún más, ya sea por el frío que hacía o por la necesidad de fundirse entre sí.

Los brazos de Max, fuertes y decididos, la bordearon y en ese momento Sara la invadió esa impresión de seguridad. Una que nunca había sentido.

No faltó mucho para que sus lenguas también se rozaran y se acariciaran en un círculo interminable de deseo. Sara se separó un poco agitada.

-Quiero quedarme contigo esta noche.

-¿Estás segura?

-Sí... Por favor.

A Max se le manifestó una sombra de duda. No estaba seguro que era lo correcto. No, simplemente no lo era. Sin embargo, ahí estaba ella. Tan dulce, tan sensual, tan suave. Ansiaba probar su carne, romperla. Ansiaba nadar entre sus piernas, lamerla y hacerla gritar... Ansiaba dominarla y hacerla suya hasta el cansancio.

-Por favor...

Insistió con voz suave.

-Vámonos.

Le tomó la mano y caminaron en dirección al parque. En su interior, Sara sabía que Max no era un hombre común y eso era lo que más le gustaba de él.

La algarabía que estaba a su alrededor contrastó con los ánimos que tenían los dos en ese momento. La fuerza del deseo los llevaba por la ciudad como si

no hubiera un mañana.

Después de unas cuantas calles, llegaron a un coche. Sara se sorprendió por un momento.

-La moto la dejé. No creí que fuera buena idea salir con ella con el frío que está haciendo, ¿no crees?

-Oh sí, tienes razón.

El coche era un Camaro del 1969. Si bien Max no era el tipo de hombre que ostentara mujeres o joyas, demostraba su buen gusto en otras cosas.

-Lo encontré en un taller viejo en las afueras y repleto de polvo y óxido. Se convirtió en mi proyecto personal y creo que no ha quedado nada mal.

De hecho estaba más que mejor. Tenía asientos de cuero, techo reformado, vidrios reforzados y pintura que resaltaba los detalles clásicos. Cualquier aficionado a los coches clásicos estaría más que admirado.

En el camino, la tensión sexual entre los dos era cada vez más grande. Pararon en un semáforo en rojo y se miraron. Ella se acercó a él y descendió hasta su entrepierna pero sin dejar de verlo.

Bajó el cierre, desabrochó el pantalón y llevó a su mano hasta el bulto que ya estaba tan duro como una roca. Lo acarició suavemente hasta que lo sacó por completo. El glande, incluso, estaba húmedo.

Sostuvo el cuerpo y al mismo tiempo abrió la boca para lamer su pene. Admiró por un momento las venas que se le formaron gracias a la excitación, observó la ligera curvatura de su miembro. No quiso esperar más tiempo y dio una primera lamida muy despacio. Sintió ese respingo de él y lo hizo por segunda vez.

Continuó lamiéndolo hasta que lo introdujo en su boca por completo. Sus labios percibieron cada textura de ese pene delicioso.

Justo cuando aumentó el ritmo de las lamidas, sintió la mano de él sobre su cabello, acariciándola. De repente, escuchó que se había aparcado en un lado de la calle. Presintió que esto debía ser porque él estuvo a punto de perder el control.

Desde el momento en que sintió su boca sobre su pene, Max tuvo que hacer un enorme esfuerzo por controlarse. Así que mantuvo la mirada al frente, en la vía, para obligarse a seguir adelante hasta que llegó un punto en que no pudo más. Aparcó en un sitio en la autopista lo suficientemente solo como para no preocuparse por si alguien los interrumpía. Luego de hacerlo, se echó un poco para atrás para observarla mejor.

Le resultó excitante la forma en cómo movía su cuerpo al son de un ritmo

que le hacía endurecerse más y más. Le gustaba delicioso escuchar las arcadas y el sonido de la saliva recubriendo su pene. Luego de acariciarle el cabello, sus dedos rozaron el cuello. Se sostuvo de allí un rato hasta que la empujó hacia abajo para que fuera más profundamente.

Ella se sostuvo de lo que pudo tener a la mano, cerró los ojos y sólo quiso hacerlo lo suficientemente bien para que él se sintiera al borde de la desesperación. De repente, cuando estuvo a punto de quedarse sin aire, él echó su cuerpo hacia atrás como una forma de frenar las sensaciones.

-Dame un momento... Dios...

Respiraba agitado. Los ojos estaban casi en blanco.

-¿Estás bien?

Él no le respondió, sólo la observó para después darle un beso. Lo hizo con violencia, con pasión. Tomó el volante con ambas manos y pisó el acelerador. Ansiaba ir a casa para hacerla suya.

Gracias a la velocidad, llegaron en poco tiempo. Sara se percató del lugar en donde vivía Max. Un sitio elegante pero no demasiado, de hecho, le llamó la atención que fuera muy diferente a lo que estaba acostumbrada.

Max estuvo prácticamente mudo. La razón era porque sólo tenía en mente en tenerla para sí lo más pronto posible. Mandó al diablo la incomodidad y los remordimientos. No había cabida para pensar demasiado. La quería suya a diera lugar.

No hubo tiempo para detallar el mundo de él, más bien lo poco que ver Sara fue un par de cuadros elegantes de arte abstracto. De resto quedó frente a los ojos azules que parecían estar encendidos.

Esta vez, la boca de Max no fue dulce ni delicada. Fue hacia su cuello para chuparla, para morderla, para marcarla. Pareció estar en un trance. Antes de continuar, la miró para preguntarle:

-¿Estás segura de esto?

-Más que nunca.

-No soy como todos los demás, Sara. Tengo... Ciertas inclinaciones.

-Quiero hacerlo. Hazme tuya.

Volvió a sentirse arrastrado por la lujuria y por ese instinto salvaje que habitaba en él. La besó de nuevo pero con la intención de desnudarla. Cada prenda cayó en el suelo de la sala como si fueran capas que envolvían algo precioso.

Rozó el hombro con un par de dedos, lo besó y se quedó en su cintura, apretándola, llevándola contra su cuerpo. Al tener su rostro tan cerca de su

piel, pudo olerla y sentirse como si estuviera en el paraíso.

Después la vio desnuda. Observó su piel clara y la sensualidad de sus ojos que lo llamaban a gritos. La cintura pequeña, los pezones erectos y esas piernas que podrían ser la perdición para cualquier mortal.

La cargó y la llevó a la habitación. Ella permaneció en silencio, con la cabeza apoyada sobre su pecho.

Dejó su humanidad sobre la cama amplia y ancha. La suavidad de las sábanas la hicieron sentir como si reposara sobre unas nubes.

Él se quedó de pie y comenzó a desvestirse. Para Sara, la ropa no le hacía justicia, ni un poquito. Era alto, fornido. El cabello y los ojos negros acentuaban esa aura de misterio, su torso parecía tallado por un escultor, sus muslos y piernas lucían de piedra pero sin duda era sus ojos con ese azul intenso y penetrante la que la hacía sentirse atravesada por el deseo.

La dejó allí por un momento. Ella quedó consumida por el suspenso de su repentina desaparición.

Al dejar la ropa, Max también dejó cualquier intención de reprimir su ser Dominante. Sin embargo, había un detalle, Sara no sabía esa faceta de él así que tendría que hacer alguna alternativa que le permitiera hacerla suya y que complaciera sus impulsos.

Aprovechó la oscuridad y se acercó a un mueble de madera que se encontraba junto al clóset. A primera vista, daba la impresión de que se trataba de algún mueble decorativo, de hecho, no se le veían ninguna abertura. Era perfectamente cuadrado y con algunos detalles en la superficie. Sin embargo, Max ajustó unas cuantas piezas que pasarían desapercibidas a cualquier persona. Un rápido movimiento y se abrió un compartimiento. Allí se encontraban una serie de cuerdas de todas las texturas y colores. Tomó unas cuantas para decidir cuál sería la indicada. Luego, volvió a cerrar. Por los momentos con eso bastaría.

Sara sintió de nuevo la presencia de Max y, aunque estaba contenta de verlo, observó algo que sujetaba sus manos.

Él se acercó más hacia una fuente de luz y dejó ver su rostro concentrado y más inexpresivo que de costumbre.

-¿Está bien si quiero amarrarte?

Ella contuvo el aliento hasta que pudo contestar.

-Sí, hazlo.

-Lo haré con cuidado. Lo prometo.

Asintió y casi inmediatamente sintió las manos de él sobre sus muñecas.

Las puso sobre su cabeza. Después separó las piernas con delicadeza. Dos fracciones de cuerda irían para amarrar los tobillos. Al final, sus extremidades, a excepción de los brazos, quedaron extendidas sobre la cama.

-Cierra los ojos.

Así lo hizo con un poco de miedo en el pecho.

Max se acercó a ella y dio un pequeño soplido sobre el cuello. Ese estímulo fue suficiente para que todo su cuerpo se estremeciera. La piel erizada y los pezones aún más endurecidos, eso era lo que él estaba buscando.

Sus manos se pasearon por los hombros, los pechos y la cintura. La acariciaba suavemente, la preparaba para castigarla después.

Siguió acariciándola hasta que terminó en su entrepierna. Gracias a las piernas extendidas, advirtió el calor que se desprendía de su coño. Otro ligero roce entre los labios vaginales, uno muy suave para notar la humedad. Siguió tocando hasta que la comenzó a masturbar.

El clítoris jugoso, rosáceo, como un botón de flor, se veía perfecto y tentador. Entre las caricias, se escuchaban los gemidos y súplicas de Sara. Cuando podía abrir los ojos, quedaba más atontada ante los placeres que él le hacía sentir. Esa fuerza marcada en sus brazos, esa manera de mirarla. Quería más.

Max introdujo los dedos para sentir la estrechez de ese coño. Estaba más y más excitado por lo que no pudo evitar inclinarse para también estimularla con su lengua. Tal y como lo imaginó, el sabor lo llevó a la gloria.

Siguió estimulándola al mismo tiempo hasta que sus manos, como actuando con voluntad propia, tomaron sus muslos y para quedarse allí, chupándola un buen rato.

La textura de su coño más el calor que desprendía, era una combinación que lo convenció aún más que las fantasías podían hacerse realidad y que esta, además, podía superar cualquier cosa.

Desde el primer momento en el que la probó supo que se quedaría allí por mucho tiempo, quería que así fuera pero había mucho más que quería explorar así que no paró.

Sara estaba a punto de explotar, le suplicó que parara, que tuviera piedad con ella. Pero, por supuesto, esas palabras no tuvieron ningún sentido para él. Se quedó absorto en lo que saboreaba sus labios hasta que se levantó para respirar un poco. Sara, mientras, tenía las mejillas encendidas y la frente perlada por el sudor. Su cuerpo desnudo, tan bello y tan perfecto, parecía una

perla.

Max pensó en azotarla, en abrirla la carne, en hacerla sufrir. Pero tenía que calmar los bríos. Por lo que peinó su cabellera salvaje y se dispuso a dar unos cuantos golpecitos a la vagina con la intención de excitarla aún más. Todo eso mientras la miraba a los ojos.

Le gustaba verla retorcerse en su propio placer, le gustaba ver esa expresión de súplica, de esas que no serían respondidas por más insistentes que fueran.

Esperó un poco más hasta que su pene pareció que iba a explotar. Se alzó y la penetró lenta pero profundamente. La cara de Sara, justo en ese momento, se transformó en una obra de arte que mezclaba placer y lujuria al máximo.

Él se sostuvo de la cintura y comenzó a hacer un movimiento uniforme que permitió golpear su pelvis contra la de ella. Sus brazos estaban apoyados sobre la cama, marcando cada músculo y cada vena que brotaba de ese deseo reprimido y que por fin veía la luz.

Se inclinó un poco hacia un lado con la finalidad de tomarle el cuello. Lo hizo con el afán de control pero sin olvidar la fragilidad de ella que apenas conocía los primeros pasos del BDSM.

Así estuvo, dentro de ella por un rato largo. Desconoció por cuánto. Sólo estaba concentrado en ese calor que abrasaba su pene, esa carne dulce y joven que estaba dispuesta a él de manera incondicional, ese rostro divino, esos labios gruesos y tentadores, esos ojos que lo miraban y adoraban. Porque sí. Porque él sabía que dentro de ella vivía la sumisa perfecta.

Dejó de moverse para luego desatar los amarres de sus tobillos. Sara permaneció en suspenso hasta que notó que el cambio de posición. Su cuerpo quedó tendido de lado quedando de perfil. Max alzó una de sus piernas y comenzó a acariciarla con cuidado y delicadeza. Pero, de un momento a otro, sintió de nuevo la presión deliciosa del pene de Max dentro de ella.

Dicha posición resultó ser increíblemente placentera para los dos ya que podían sentir cada parte pero en grado superlativo.

Sara mantuvo los ojos cerrados, con la esperanza de aferrarse a esas sensaciones tanto como pudiera. Max, por su parte, podía regular la intensidad de la penetración y también disfrutar de dar unas cuantas nalgadas para llevarla más cerca al orgasmo.

Siguió penetrándola pero fue de suave a muy rápido y duro. Tanto así que tuvo que sostenerse de las cuerdas que la ataban. Max continuó hasta que llevó su pulgar y lo colocó sobre el clítoris de ella para masturbarla un poco. El

ritmo fuerte más la estimulación, fueron demasiado para Sara quien, entre sollozos, le suplicó a Max.

-Por favor... Por favor.

-¿Por favor qué?

-Déjame correrme... Por favor.

-¿Cuánto lo quieres?

Su voz se volvió más grave, más severa.

-Mucho. Demasiado...

-Dime “señor”.

-Señor...

Max adoraba esas palabras, adoraba sentirse poderoso, viril. Le tomó la pierna con fuerza y continuó follándola como el macho que era. De repente, ese cuerpo dulce comenzó a estremecerse.

-Dámelo todo...

-Sí... Sí, señor.

Bastó para que lo hiciera con pasión para que, al final, ella se deshiciera en la cama.

Sara sintió en ese instante, que su cuerpo y mente eran dos entes que flotaban por los aires. Gracias a sus párpados cerrados, viajó por la oscuridad y el orgasmo hasta que perdió la consciencia por unos segundos.

Al verla abatida y feliz, Max se sacó su pene. La observó en silencio mientras descansaba entre las sábanas. Aún estaba con la excitación al máximo. En ese momento, Sara abrió los ojos y sonrió.

-Lléname toda de ti. –Le dijo entre susurros.

Se acercó para darle un beso intenso y sujetó su pene para masturbarse. La rigidez no había cedido sino más bien lo contrario. Estaba tan duro como una roca. Para provocarlo aún más, Sara se acomodó y abrió las piernas.

Con sus finos dedos, rozó su clítoris con un gesto delicado y dulce. Él pareció ensimismado con la belleza de Sara, con la silueta y con las formas de hacer las cosas. Esas mismas que lo hechizaron en un primer momento.

Explotó entonces sobre su torso. Las gotas de semen se esparcieron por ella y hasta la cama. Luego de caer sobre su cuerpo, ella lo recibió entre sus brazos, sintiendo el corazón que le latía a mil por hora. Le besó la cabeza y permanecieron así un buen rato.

Ella dormitaba para cuando él, finalmente, se levantó. Lo hizo con cuidado para no incomodarla. Encendió la luz del baño y se encontró con su reflejo. Lo primero que pensó fue en que necesitaba afeitarse urgentemente, ese aspecto lo

hizo sentirse como indigente.

Luego de aquella sesión de vanidad, se observó con más detalle. Escudriñó sus rasgos, las heridas por el trabajo, el cansancio debajo de sus ojos y unas cuantas arrugas producto del estrés. Más allá de todo eso, parecía que algo por fin se había liberado y que ya no había vuelta atrás.

Volvió a asomarse por la puerta y Sara todavía dormía. Tomó algunas toallitas húmedas y las llevó a la habitación para limpiarla. Al llegar, la posición en la que dormía le recordó el cuadro de Venus sobre el mar.

Más cerca todavía, se percató de esa expresión calma, imperturbable. Le acarició el rostro y la dejó allí.

Caminó hasta la cocina y la luz de la nevera irrumpió la completa oscuridad del piso. A pesar de la comida que tuvieron, le apeteció algo dulce así que sacó una caja de pequeños bocados de cheesecake de Philadelphia. Esos mismos que comía cuando era niño.

Sacó un par y se sentó en la encimera. La luna llena iluminaba casi toda la sala por lo que pudo observar con detalle cada una de sus cosas. Los sofás y sillas, las paredes decoradas con arte abstracto que más bien eran símbolos para recordarle que tenía que hacer lo posible para caer en la miseria.

Devoró uno de los bocaditos con rapidez y se dispuso a abrir el otro cuando decidió que le contaría su doble vida a Sara... ¿O mejor esperar? Apenas compartieron una noche de lujuria, eso no quería decir que sería así todo el tiempo. No obstante, le pareció más que claro la conexión que tenían, ese magnetismo obvio desde el primer instante. ¿Por qué seguir negándolo?

Volvió a quedarse pensativo, saboreando el sirope de fresa con regusto a artificial. Permaneció allí un rato más hasta que el cansancio convenció a su cuerpo que era hora de dormir.

De regreso, Sara todavía dormía así que se acostó con el cuidado de no despertarla. A pesar de las mujeres y de las experiencias cortas en las relaciones, Max tuvo la impresión de sentirse cómodo. Más de lo que había pensado en algún momento.

VIII

A lo lejos, se escuchaba I'm Too Afraid To Love You de The Black Keys, el sonido de la voz de Dan Auerbach sirvió como de despertador para Max. Él abrió los ojos y se encontró sólo en la cama.

Tanteó entre las sábanas para asegurarse. Se levantó violentamente y por un momento sintió que todo aquello que había vivido se trató de un sueño. Fue al clóset y tomó un par de pantalones de pijamas. Estaba todavía un poco confundido.

Al ir a la cocina, se topó con una taza de café caliente y con la sonrisa de Sara.

-¡Buenos días! Hasta hace poco me desperté y bueno, pensé que prepararte un poco de café no sería mala idea. ¿Está bien?

Se rascó la cabeza y asintió animado.

-¿Cuánto quieres de azúcar?

-Dos, por favor.

Ella comenzó a servir con aire de naturalidad, como si aquello lo hicieran todos los días. Max la miraba un poco desconcertado porque era obvio que no estaba acostumbrado a ese tipo de escenas. Siempre solo, siempre taciturno y ahora tenía compañía.

-Gracias.

-De nada... Oye, en un rato debo irme a casa. ¿Sabes si...

-Yo te llevo. No te preocupes por eso. Me tomo esto, me visto y salimos.

-Vale.

Antes de terminar la miro fijamente.

-... Así en el camino te comento algo que es importante para mí.

Sara esperó que Max terminara el café para levantarse.

-Me cambio rápido.

-Vale.

Se quedó sentado, tonteando con el móvil hasta que recordó que dentro de poco debía visitar a Joe. Esa sensación de culpa que había logrado espantar un poco, de nuevo se manifestó y cayó sobre él como una ola.

Pero bien, no había que alarmarse, más bien esto es una aventura por lo que no duraría demasiado. Se convenció a sí mismo que todo estaba bajo control por lo que terminó de espabilarse y fue hacia su habitación.

Al entrar, se topó con Sara quien terminaba de vestirse. Él la miró por un rato y pensó que sería mejor verla con algo suyo.

-Espera un momento.

-Vale.

Se acercó a uno de sus cajones y tomó una franela algo vieja pero que ya le quedaba pequeña.

-Ten, ponte esto. El día parece que está un poco más cálido así que creo que no tendrías problemas.

-¿Trentemoller?

-Ah, sí, sí. Es un artista de música electrónica. Fue de uno de sus presentaciones.

-Vaya que sí tienes facetas interesantes, eh.

-Todos las tenemos.

Ella pareció sonrojarse.

-Bien, ya me cambio y nos vamos.

Tomó un par de jeans, una camiseta y un jersey por si hacía frío. Se echó un poco de agua en el rostro y salió.

Minutos después, llegaron al estacionamiento y se encaminaron hacia los suburbios.

-¿Están esperándote?

-No pero creo que es mejor que haga acto de presencia. Ya sabes, ¿para evitar problemas?

-Correcto.

Con la mirada fija en el camino, se armó de valor para decirle lo siguiente.

-¿Sabes qué es ser Dominante?

-Creo tener una noción al respecto... ¿Tiene que ver con lo que pasó ayer? Él asintió.

-Soy Dominante. Me gusta tener el control, así como disciplinar y humillar. No siempre lo hago en todas las sesiones pero digamos que está sujeto al humor que tenga en el momento. Ayer, por ejemplo, sé que me salí un poco del comportamiento normal pero traté de no hacerlo demasiado porque no es algo que todo el mundo digiera con facilidad. Lo siento por si te lastimé, aunque es absurdo que lo diga a estas alturas.

Se sintió mínimo. A pesar que era una persona que siempre tenía en cuenta las consecuencias, por alguna razón, se le hizo difícil contenerse con ella. Ahora, trataba de enmendar el error.

-Max... Pedí ser tuya porque realmente lo quiero. Si te soy sincera, presentía que tenías algo oculto y ayer me quedó más que claro. Y no, no me hiciste daño. Pero sé que puedo decirte si algo está mal.

Ella le sonrió.

-Y no te preocupes. Esto queda entre nosotros.

Se sintió aliviado pero todavía quedaba algo más por decir.

-¿Te gustaría que probáramos más cosas?

-Me encantaría.

Giró para verla.

-Tendremos que establecer los límites de cada uno para que no haya malos entendidos. ¿Te parece?

-Lo único que realmente quiero es lo que te dije hace poco: ser tuya.

No resistió la tentación y la besó ignorando el tráfico. No importaba nada más.

Aparcó frente a la gran casa de estilo kitsch entre la tranquilidad de los suburbios.

-La pasé increíble. Creo que no me había divertido tanto en mucho tiempo. De verdad, gracias. Luego te la devuelvo. –Dijo en alusión a la camiseta.

-Para mí fue un honor... Quiero que te la quedes.

-Vale...

Antes de bajarse, se colocó frente a él y para perderse en el azul de sus ojos. Acarició su fuerte mentón, rozó con sus dedos los labios que tanto dolor y placer le causaron. Se mantuvo allí hasta que lo besó con suavidad.

-Espero que nos vemos pronto.

-Así será.

Él se inclinó hacia ella y volvieron a besarse. Era una despedida que no quería que se terminara. Finalmente, Sara se alejó de él y se bajó del coche. Dio unos cuantos saltos hasta la puerta. Volteó e hizo un último gesto con la mano.

Max se quedó un rato allí como esperando que algo más pasara. Pero no, no pasó nada. Sostuvo el volante y recordó que debía ver a Joe. El instinto le dijo, además, que algo sucedería y que no sería nada bueno.

Al día siguiente, tomó la moto y fue hacia la prisión. Esas mismas rejas blancas vueltas a pintar, el frío salón de espera con ese color verde hospital y las sillas y mesas atornilladas en el suelo con la intención de que no fueran usadas como armas de defensa o ataque. Los guardias ubicados en los mismos puntos y el pitido metálico que sonaba cuando se abría alguna celda cercana.

Por alguna razón, Max sintió cierta densidad en el ambiente. Una especie de pesadez que pensó sería momentánea pero que se volvió casi palpable mientras esperaba a su amigo.

Estuvo inquieto, bastante, hasta que lo vio entrar en el salón. No se veía demacrado o cansado, más bien su físico volvió a ser como era antes: fuerte y macizo. Sin embargo, cuando lo miró más de cerca, detalló cierto fuego en los ojos. Esa sensación le recordó el día del robo frustrado.

Ambos de pie, se dieron un largo abrazo. Joe pareció genuinamente contento y Max pretendió que también lo estaba.

-Siento no haber venido antes. He estado ocupado con unas cosas.

-Tranquilo, tío. Estoy contento de que estés aquí. ¿Cómo están los muchachos?

-Pues, bien. Cada vez que me ven, me preguntan por ti.

-Es raro... Ninguno ha venido, ¿sabes? Hasta sé muy poco de mis abogados. Creo que echaron por la borda mi caso.

-Eh, no digas eso, tío.

-Es así, es así. Ya no quiero seguir mintiéndome. Pero no te preocupes, entiendo todo. Además, aquí no me va tan mal como pensé. –Se acercó lo suficiente como para susurrar- Me he convertido en uno de los que mandan. ¿Puedes creerlo?

Max hizo un gesto de desaprobación.

-No, no, no. No es así como piensas. Es MEJOR, ¿entiendes? La gente me tiene miedo y me respeta. Son increíbles las cosas que puedes hacer.

-Joe...

-En serio. No tienes por qué preocuparte por mí.

-Sabes que llevar este tipo de vida puede ser fatal para ti. Tienes que entenderlo.

-No me vengas con sermones cuando no eres el que está encerrado.

Max comenzó a enojarse y Joe leyó los gestos de molestia.

-¿Cómo está Sara?

Esa pregunta la sintió como una punzada en la espalda, como un golpe en el estómago. Trató de incorporarse para darle a entender que estaba todo bajo control.

-Bien. La primera vez que la visité me comentó que los controles de su casa habían estaban menguando. El robo fue todo un asuntillo.

-Me lo imagino. Todos quedaron más crispados que de costumbre. ¿Ha preguntado por mí?

Desde que se sentaron a hablar, ese quizás fue el único rasgo de esperanza que ocupó la oscuridad de su mirada. Max se echó para atrás. Quiso tomarse unos minutos para decidir si era conveniente decirle la verdad o mentirle al

respecto. Luego de analizarlo rápidamente, respondió.

-Siempre me pregunta por ti. Está preocupada...

Joe se llevó las manos a la cara como un gesto de alivio. Suspiró un rato y luego miró a su amigo.

-Creo que es mejor que no sepa más de mí. Debes asegurarte de ello. ¿Vale?

-No te preocupes.

Ese momento sintió lástima por él y por la situación.

Se levantó de la silla y abrió los brazos.

-Creo que no nos veremos en mucho tiempo.

-¿Por qué?

-Cosas, amigo. Por favor, cuídala.

Se abrazaron un rato hasta que Joe le dijo al oído.

-Has sido mi único amigo, mi única familia. Gracias.

Se dio media vuelta y desapareció entre el silencio y la solemnidad de los guardias. Max se quedó solo pensando en que quizás todo aquello se trató de una amarga despedida.

IX

Joe se sentó sobre el catre luego de que el guardia lo dejara en su celda. Era un pequeñísimo cuadrado de 2 x 2 mts². Apenas había espacio para dormir, un lavabo y un retrete. Cerca del techo, se encontraba una minúscula ventana que servía para indicar si era de día o de noche, si llovía o nevaba. Al menos era suficiente para mantener la cordura de Joe en los días más críticos.

Lo cierto es que los primeros días de reclusión, fueron los más impactantes y difíciles para él. Llegó a pensar que sería incapaz de superar la situación. Mantuvo la esperanza cuando supo que sus abogados impidieron su traslado a una prisión de máxima seguridad a pesar de sus cargos de secuestro, homicidio e intento de robo.

Sin embargo ese anhelo se diluyó cuando pasó el tiempo y su realidad pasó a ser una tortuosa rutina. Así que maquinó que la mejor forma de sobrevivir y de tratar de tener la vida que tuvo era convirtiéndose en otro matón de cuidado.

Así pues realizó alianzas con los guardias y con otros reclusos con el fin de contar con su propia corte de lacayos. Paralelamente, adquirió un físico intimidante.

Se encargó de dar señales de que era un hombre de cuidado pero sabía que, dentro de ese microcosmos, sería víctima de sus actos. Una prueba de ello fue el recibir una noticia que estremeció su médula. Algunos de sus propios aliados estaban preparando todo para matarlo en la noche.

Trató de que no se le notara en el rostro el dolor y la angustia de una muerte cruel en un entorno frío, pero pretender que su vida tendría un final feliz sería un absurdo de su parte. Tenía que pagar el precio.

Aceptó su destino en ese catre, mientras miraba el techo. Recordó sus años de hombre exitoso de la mafia, recordó los coños que folló y el extraño sentimiento que le produjo Sara cuando comenzó a andar con ella. Cerró los ojos y esperó ansiosamente la llegada de la noche.

X

Durante el camino, el pecho de Max se le hizo un nudo. Tuvo que reconocer que el presentimiento se hizo más fatalista cuando salió de la cárcel.

-Maldita sea, Joe.

Se paró en un semáforo y escuchó el móvil. Era Sara.

-Quiero verte.

Él también quería. Deseaba enredarse en su cuerpo y perderse en él. No lo pensó demasiado y marcó su número.

-Te voy a pasar buscando. Te aviso cuando esté cerca.

Dejó el móvil sobre el asiento de al lado. Volvió a tomar el volante y miró hacia el frente. Observó un conjunto de nubes oscuras que comenzaban a acumularse sobre la ciudad.

-Bah, qué irónico.

Volvió a la realidad al darse cuenta que estaba por perder la próxima salida que lo llevaría a la casa de Sara. Hizo un movimiento brusco y luego de unos cuantos cornetazos, pudo llegar en cuestión de minutos.

Apenas se acercó, la vio de pie esperándolo. Tenía un vestido corto de flores, una chupa de jean y unos botines de cuero negro. Ese aspecto jovial y dulce, le hizo olvidar cualquier momento amargo.

Aparcó y salió para encontrarse con ella. Sus brazos fueron directamente a la cintura de ella. Sus labios manifestaron un beso largo, tanto así, que escuchó los gemidos que salieron de su boca.

-¿Tardé demasiado?

-Ni un poco... Señor.

Sus ojos se concentraron en ese gesto complaciente que hizo por lo que tuvo que aguantar el impulso de tomarla del cuello y obligarla a hacerle sexo oral. Apenas se montaron, Max ya tenía unas cuantas ideas de lo que quería hacer con ella.

Sara estaba con el pecho acelerado porque estaba decidida en complacer a Max tanto como pudiera. Fue por eso que, luego de su primer encuentro, comenzó a investigar más sobre el BDSM. Sabía que era una práctica poco común pero eso no le bastaba, deseaba conocer más al respecto.

Entendió un poco más sobre el pensamiento y las inclinaciones de los Dominantes, comprendió la importancia de plantear límites y cómo estos eran necesarios para que la relación estuviera basada en el respeto mutuo.

Asimismo exploró diferentes dinámicas entre Dominante y sumisa pero lo que más le gustó fue aquello de depositar la confianza y todo su ser a una persona que estuviera dispuesta no solamente a controlarla sino también a cuidarla. Sentía que Max era la persona indicada para ello.

En su bolso tenía un par de pinzas de madera viejas que rescató del lavadero, incluso hizo lo mismo con una vela. Sería una buena introducción para el dolor y el placer.

Ocultó la sorpresa hasta que entraron al piso. Él le ofreció y trago y ella aceptó. Sí, estaba muy nerviosa.

Max se escabulló en la cocina y hundió la cabeza entre los estantes buscando un par de copas y la prometida botella de vino. Mientras, ella aprovechó el momento para ir a la habitación y quitarse la ropa. Dejó el vestido sobre una silla, así como la chupa. Quedó en ropa interior: bragas y sostén negro de encaje.

Él fue a encontrarse con ella pero no la vio. La llamó y escuchó un ligero “esto aquí”. No sospechó nada hasta que la vio. Estaba de pie, frente a él y con esa actitud de mujer fatal que le volvía loco.

Dejó las copas sobre un mueble y quedó un poco más cerca, sin muy bien qué hacer. No tardó mucho tiempo en darse cuenta que lo mejor que podía hacer era tomarla entre sus brazos y comerla a besos... Y así lo hizo.

Al estar en contacto con su cuerpo, sintió el pecho agitado de ella. Trató de calmarla con más besos y caricias. La suavidad de su tacto, sin embargo, fue momentánea. Sus manos fueron a sus nalgas para apretarlas casi salvajemente. Su boca mordía los labios y el cuello de Sara. Eso respondió a su afán de marcarla y de hacerle entender a los demás que le pertenecía.

La alzó y las piernas deliciosas de ella bordearon su torso. Se sostuvo de sus hombros mientras las lenguas comulgaban en el deseo una y otra vez. Él la quiso llevar hasta la cama, para poseerla pero Sara lo frenó.

-Espera... Quiero mostrarte algo.

La bajó por un momento y vio que corrió hacia su bolso. Sacó las pinzas que tenían guardadas y la vela.

-Leí un poco y quisiera probar esto.

Él pareció sorprendido.

-¿Estás segura?

-Sí. Más que nunca.

Volvieron a besarse y en cuestión de segundos, la ropa interior de Sara cayó en el suelo como un estorbo más. Las manos de Max parecían inquietas,

desesperadas. Apretó sus pechos perfectos y lamió los pezones. También los mordió.

En el afán de hacerla gritar, tomó las pinzas y las colocó sobre los pezones lentamente. Quería que sintiera que era posible sentir dolor y placer al mismo tiempo. Sara gimió con fuerza y trató de sostenerse de la fuerza de Max.

-¿Estás bien?

-Sí... Oh sí.

Sonrió y fue besándola desde los labios hasta descender por el abdomen y terminar en su coño. Le abrió las piernas estando de pie por lo que él aprovechó el momento de arrodillarse para lamerla.

Uno de sus dedos se aventuró entre sus carnes mientras su lengua acariciaba el exquisito clítoris. Eso más la presión que sentía que los pezones, Sara estuvo a punto de desfallecer.

-Aún falta, pequeña...

-Sí, señor.

Retomó el sexo oral hasta que se cansó de la posición y la acostó sobre la cama. La dejó boca arriba y continuó lamiéndola pero, esta vez, con furia. En el silencio del piso, sólo era posible escuchar los gemidos de ella entremezclados con la lengua que le succionaba sus jugos.

Max se levantó de repente y notó el rostro enrojecido de Sara. Se acercó a su oído y le dijo muy suavemente:

-Quiero azotarte.

-Hazlo, por favor.

Se acercó más.

-¿Por favor, qué?

-Por favor, señor.

-Buena chica.

Sacó de algún rincón un látigo de cuero. De hecho, tenía varios trozos de este material.

-Avísame si sientes demasiado dolor. ¿Vale?

-Sí, señor.

Los latigazos comenzaron en sus piernas y muslos. La palidez de los mismos fue reemplazado por el rojo de los impactos que recibía sin parar.

Para Sara todo le pareció irreal. Aquella información que encontró en Internet, resultó ser apenas una parte de lo que realmente era el asunto. Las palabras que leyó no tenían comparación con las sensaciones que estaba experimentando.

-¿Sigo?

-Sí, por favor, señor.

Él subió un poco más hasta el torso, no quería lastimar ese dulce rostro. Inmediatamente después, paró los azotes para acariciar los pechos con las cintas de cuero del látigo, sobre todo los pezones. Ese gesto fue suficiente para ella gimiera un poco más. Se concentró allí y con una de sus manos, dio unos cuantos golpes sobre el clítoris para estimularla aún más.

Las manos de Sara sobre las sábanas así como sus ojos cerrados, fueron señal que estaba a punto de perderse en ese vórtice que le arrastraba la excitación. Sin embargo, en medio de su trance, volvió a escuchar la voz sensual de Max.

-Aún falta lo cera, ¿recuerdas?

-Sí, señor.

A ese punto era seguro que ella perdería la consciencia en cualquier momento.

Max no quiso sobreexponerla a la excitación ya que todavía era una persona con un largo camino por recorrer. Así que dejó el látigo a un lado así como las pinzas de madera. Sonrió para sí mismo al recordar el gesto voluntario de ella con el fin de probar nuevas sensaciones. Iban por buen camino.

Entonces encendió la vela. La dejó sobre un mueble cerca y se dedicó a besarle la frente hasta la punta de los pies. Sus manos la acariciaban lentamente hasta que observó que su pecho recuperaba la normalidad de los latidos.

Volvió a levantarse para tomar la vela. No escondió en ningún momento la ansiedad que le producía probar un momento como ese.

Max se puso de pie. Sara nunca olvidaría un momento como ese, el verlo así, de pie junto a ella, con el deseo a flor de piel y con las ganas de hacerla sufrir.

Un chorro de cera cayó sobre sus muslos al mismo tiempo. Hizo un largo alarido para luego sentir otros más sobre sus piernas, brazos y abdomen. Él, al verla torturada y hermosa, descendió para verter un poco más sobre sus pechos. Al hacerlo, procuró ser cuidadoso pero sin dejar de lado ese espíritu dominante que vivía dentro de él.

El afán de empujarla hacia la locura rindió sus frutos. A ese punto, Sara suplicó que la penetrara. La hizo esperar un poco más hasta que la levantó de la cama y la puso contra la pared, pero dándole la espalda.

-Inclínate.

-Sí, señor.

Arqueó la espalda para exponer más los glúteos para él. Ese culo tan delicioso, tan provocativo. Le dio un par de nalgadas hasta que se acomodó tras ella. Sus caderas serían el apoyo perfecto para sus manos y fue allí que la penetró con fuerza.

Los brazos de Sara se encontraban sobre la pared. Tenía la suerte de que al menos pudiera sostenerse de algo porque cada embestida que hacía Max, le hacía perder la razón.

Su pene, duro y muy firme, se adentraba en ella con una fuerza descomunal, por lo que los gemidos se convirtieron en gritos intensos de placer. Max le nalgueaba, la tomaba por el cuello, le mordía la espalda. Le repetía lo zorra que era y que él tenía el poder de decidir si se corría o no.

Decidió apretar uno de sus pechos mientras la follaba desde atrás. Dejó de hablar para concentrarse en esa estrechez que lo hacía enloquecer. Ese coño tan húmedo y cálido, era una adicción para él.

Cada tanto lo sacaba para volverlo a empujar con fuerza. También recurrió esta medida para darse pequeños intervalos y así frenar un poco las ganas de correrse dentro de ella.

Cuando presintió que no podía más, la agarró por la cintura la hizo arrodillarse.

-Chúpalo, ramera.

-Sí, señor.

Sostuvo la cabeza hasta que vio cómo su boca se abría lentamente para devorar su pene. Ese rostro sudado y los ojos llorosos, le pareció excitante. Así pues le dio una primera bofetada por el impulso de su ser Dominante que se dejó llevar por el momento.

Sara se sintió más excitada al recibir ese gesto de él, por lo que le pidió más con la mirada. Max, en su punto más alto de complacencia, lo volvió a hacer. Una y otra vez.

Ella lamió y mordió el glande húmedo, trató de introducirse todo el pene dentro de su boca y, para lograrlo, se sostuvo de las fuertes pierna de ese semental. Estaba en el paraíso al tener semejante trozo de carne entre sus labios.

Siguió lamiendo como si un hubiera mañana. El estar así, le ayudó a darse cuenta que adoraba darle placer y pensaba que tenía que hacer el esfuerzo de dárselo las veces que fuera necesario.

Fueron a la cama de nuevo pero con una posición diferente, ella estaría sobre él. La ayudó a introducirse esa verga. Los dos estaban desesperados por vivir ese momento.

Sara se quejó un poco al principio ya que lo sintió más que otras veces. Se acomodó un poco más, hasta que finalmente se encontró a gusto. Buscó las manos de Max para llevarlas a la cintura. Él estaba concentrado en las expresiones de ella. Ella también.

Comenzó a moverse con delicadeza, luego cobró un poco más de confianza y lo hizo con fuerza, como para satisfacerse ella misma. Max la miró ensimismado. Esa imagen de ella montándolo con energía y confianza, le hizo sentir que estaba con una diosa.

Acarició su torso, los pechos que rebotaban al ritmo de sus movimientos, las caderas, las piernas. En última instancia la atrajo al tomarla del cuello. Los dos estuvieron con los rostros muy juntos. El mundo podía desaparecer y para ellos cualquier caos carecía importancia. Ellos eran lo único que necesitaban.

Max sintió el temblor de los muslos de Sara así que quiso que ella se corriera con él adentro. Hizo que se moviera con más violencia. Los gritos y los gemidos se hicieron más intensos hasta que por fin, un alarido, fue suficiente para que sus fluidos bañaran por completo su pene.

Él también estuvo muy cerca pero algo lo tomó por sorpresa. Ella se bajó de él y lo miró fijamente. Sostuvo su pene al mismo tiempo y volvió a lamerlo como cuando estuvo arrodillada. Max hizo unos cuantos gruñidos hasta que le haló el cabello.

-Todo esto es para ti.

-Sí, señor.

Respondió ella con una sonrisa en los labios.

Max sintió que le faltaba la respiración hasta que por fin se corrió en la boca de Sara. Ella recibió todo el semen que expulsó en ese momento. Unas cuantas lamidas finales para limpiar todo y listo. Ella se levantó y le sonrió.

-¿Lo hice bien?

Con pocas fuerzas, Max se incorporó y la miró como si tuviera frente a sí la cosa más hermosa del mundo.

-Claro que sí, pequeña.

Le dio un beso. Los dos se acostaron pero Sara quedó sobre su pecho. No hubo más conversación porque no era necesaria. Sólo ansiaban compartir ese momento a solas tanto como pudieran.

No supo el momento exacto en que se quedó dormido. Pero él se alegró saber que ella todavía estaba junto a él, incluso le pareció cómico la forma en cómo roncaba. Acarició el cabello y trató de recordar ese momento de paz gracias a ella.

Cuanto estuvo a punto de quedarse dormido, escuchó el pitido incesante del móvil. Al principio le restó importancia pero después recordó que eso sólo sucedía cuando se presentaba una emergencia.

Así pues, trató de levantarse con cuidado para no despertarla y comenzó a buscar el móvil. Levantó cada prenda de ropa hasta que siguió el ruido a la cocina. Tenía 10 mensajes sin leer y un número similar de llamadas perdidas.

Al darse cuenta de esto, sabía que algo grave había sucedido. Luego de que los nervios le dejaran leer con calma, sólo llegó a entender unas últimas palabras.

“Joe ha muerto”.

Una ola fría le invadió el cuerpo. Soltó el móvil y cayó al suelo conmocionado. No podía creer que perdiera a su amigo y hermano.

XI

La noticia se esparció como pólvora entre los miembros. Max fue uno de los primeros al ser notificados pero se enteró sino hasta después. La tragedia fue suficiente para reconsiderar sus acciones.

Horas antes, Joe decidió que pelearía hasta el final. Así que esperó pacientemente a que cayera la noche para enfrentar a sus enemigos. Lo hicieron salir de la celda con la excusa de que esta se sometería a una revisión de rutina.

Esperó en un pasillo, completamente aislado y a oscuras. Sabía que la muerte le respiraba la nuca. Sin embargo, se prometió a sí mismo que no lo tomaría desprevenido así que escondió tanto como pudo, un puñal hecho con un cepillo de dientes e hilo dental. Lo afiló por varios días y estuvo listo para la ocasión.

Escuchó el sonido de unos pasos y se preparó para la batalla. Un golpe hizo que se arrodillara del dolor pero inmediatamente se puso de pie. El terror se le asomó en los ojos cuando pilló que era una cantidad considerable de hombres. Perdió la cuenta porque la oscuridad lo confundió aún más.

Aún con las esposas puestas, maniobró todo lo que pudo. Incluso recordó las veces que se enfrentó a pandillas en la calle cuando era un adolescente. Fue su primera escuela de pelea ya que aprendió cómo moverse con agilidad.

Un par de movimientos fueron suficientes para derribar tres de los traidores. Cayeron al suelo y dibujaron charcos de sangre debido a los cortes en la garganta. Nada mal para alguien cuyo movimiento estaba limitado.

Aun así, no advirtió la presencia de un guardia y de otro preso mucho más alto y fuerte que él. Sintió el golpe del garrote sobre la nuca. Un impacto tan fuerte que le hizo volver a caer. Al hacerlo, perdió el contacto con su única arma. Quedó desamparado a su suerte.

Medio mareado, sintió que una mano tomó el cuello del uniforme para arrastrarlo por el suelo prístino. Le sorprendió el silencio, uno demasiado anormal.

Llegó a lo que pudo identificar como las duchas. Frotó los ojos debido al brillo de la luz y así observó al resto de los atacantes. Efectivamente eran esos hombres que pensó fueron sus aliados.

Con los ojos enrojecidos por la ira, Joe se sintió inferior al ver que moriría de la manera más infame. Un último impulso lo hizo levantarse del suelo y gritar maldiciones a sus rivales.

Uno de ellos detuvo a unos cuantos más que quería irse sobre él.

-Dejen que grite todo lo que quieran. Este tío ya está muerto.

Corrió hacia a él y sintió el filo de algo que lo atravesó sin problemas. Perdió el equilibrio. Su cuerpo cayó entre los azulejos mientras, asustado, trató de buscar la herida para tapársela.

Dejó la desesperación y cerró los ojos. En ese momento hubo más dolor del que jamás se imaginó sentir.

Encontraron su cuerpo en la madrugada. Le cortaron el cuello, las muñecas y parte de la ingle. Incluso hicieron un intento de quitarle el cuero cabelludo pero lo dejaron a medias, quizás por cuestiones de tiempo.

Esa escena de horror fue inmediatamente notificada al resto de los guardias, a las autoridades de la cárcel y al líder de la banda quien recibió la imagen en medio de la noche. Así pues, no pasó mucho tiempo en que se corroborara la información y fuera transmitida al resto.

Max, aún en el suelo, deseó con sus fuerzas que se tratara de una broma pero no. No lo era. Así que como pudo, se levantó y comenzó a vestirse. No sabía qué hacer pero su cuerpo se lo exigió.

Salió a la habitación y Sara seguía durmiendo apaciblemente. Quiso decirle pero no quería.

-Sara, tengo que atender algo. Debes irte.

Ella despertó sobresaltada sin entender bien la situación. No obstante, asintió y comenzó a vestirse.

-Te llevaré a casa.

Unos minutos después, el sonido de los motores anunció la marcha a la casa de ella. A pesar de otras veces, no había tensión ni pasión esperando por manifestarse. Más bien era un ambiente pesado y triste.

Las preguntas de Sara pasaron inadvertidas para él. No tenía tiempo para ello. La dejó en su casa y volvió a acelerar para tratar de encontrar una razón en medio del caos.

XII

Sara se enteró de la muerte de Joe poco después. Comprendió, además, la ausencia y el silencio de Max. No sabía de él desde hacía meses por lo que desechó toda esperanza de verlo alguna vez.

La noticia alarmó a su familia así que no tardaron en mudarse a otra ciudad. Ella, mientras, optó por buscar su propio camino lejos del desastre y los negocios ilícitos. Aspiraba tener una vida mejor y quería estar hacerlo por su cuenta.

Encontró un trabajo como camarera en un hotel y gracias a ello, pagaba un curso de computación en las noches. El cansancio de ese ritmo de vida la hacía aprovechar cada hora de sueño en sus días libres. Pero, al final, tenía la satisfacción de que estaba logrado encaminarse.

Cortó comunicación con su familia. Descubrió que sus padres estaban en proceso de divorcio y que sus hermanos estaban planificando un futuro menos tormentoso. Al menos por ese lado, no todo salió mal.

Aunque celebraba internamente el hecho de que las cosas estaban tomando otro color, le era inevitable no pensar en él. Cada día, al regresar a casa, soñaba con encontrarlo y hacerle el amor. Pero en cambio se topaba con la realidad de la soledad de un piso pequeño y frío.

Como otras tantas veces, salió tarde del trabajo. El instituto anunció las vacaciones así que no tenía prisa en tomar el autobús. Cruzó la calle pensando en qué cena se prepararía. Mientras lo hacía, sintió que alguien la observaba. Apretó el paso con miedo y esperó en una calle oscura para enfrentarlo.

-Estoy loca. –Se dijo.

Al comprobar que efectivamente la seguían, sus ojos se abrieron como platos.

-¿Max?

Él se paró en seco, tan sorprendido como ella.

-Lo siento mucho si te asusté.

-¿Qué haces aquí?

La pregunta le desgarró la garganta y el corazón. No sabía si abrazarlo o huir de él.

-Tengo mucho que explicarte.

Se acercó y Sara quedó prendada de sus labios, como la primera vez.

-Más vale que comiences a hablar.

“*Bonus Track*”

— Preview de [“*La Mujer Trofeo*”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente

generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni

los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el

gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Sumisión Total – Alba Duro](#)

[10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo](#)

(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)